

Uno. Dos. Tres pasos de ancho

n
o
.
T
r
e
s
.
C
i
n
c
o
.
S
i
e
t
e

n
u
.
s
e
r
T
.
o
c
n
i
C
.
e
t
e
i
S

ESCRITO SIN PERMISO



Reportaje desde el calabozo

MANUEL VÁZQUEZ PORTAL

Konrad Adenauer Stiftung




CADAL
CENTRO PARA LA APERTURA
Y EL DESARROLLO DE
AMÉRICA LATINA

pasos de largo.



Manuel Vázquez Portal (Morón, Cuba 1951). Poeta y Periodista. Licenciado en Lengua y Literatura Hispanoamericana y Cubana por la Universidad de Santa Clara. Fue profesor de enseñanza media, asesor literario del ministerio de cultura y periodista en diferentes medios estatales cubanos. Obtuvo varios premios nacionales de literatura y periodismo en su país, entre los que se destacan los de la Unión Nacional de Artistas y Escritores (UNEAC), La Edad de Oro del Ministerio de Cultura y el Abril de la Editora del mismo nombre. Publicó en Cuba los libros *Del pecho como una gota*, *A mano abierta*, *Cantos iniciales*, *Un día de Pablo* y *Cascabeles*, en Estados Unidos dio a conocer su poemario *Celda número cero*. En 1995 ingresó a la prensa independiente cubana en la agencia Cuba Press, más tarde fundó el Grupo de Trabajo Decoro, el que presidió hasta su encarcelamiento en marzo de 2003. Condenado a 18 años de prisión por el gobierno cubano por ejercer el periodismo independiente, recibió en la cárcel el Premio Internacional de Libertad de Expresión del Comité de Protección al Periodista (CPJ, por sus siglas en inglés) así como el premio internacional de libertad de expresión Hellman Hammett que otorga Human Right Watch. Liberado en junio de 2004 bajo licencia extra penal por razones de salud partió al exilio en 2005. Actualmente ejerce el periodismo en algunos medios de la ciudad de Miami y mantiene una columna dominical en *El Nuevo Herald*. Su poemario *Cambio de Celda* será publicado próximamente en Italia.

ESCRITO SIN PERMISO

Reportaje
desde el calabozo

MANUEL VÁZQUEZ PORTAL



Vázquez Portal, Manuel

Escrito sin permiso : reportaje desde el calabozo. - 1a ed. -
Buenos Aires : Fundación Cadal : konrad, 2007.

228 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-23446-0-3

1. Investigación Periodística. I. Título
CDD 070.44

Fecha de catalogación: 27/02/2007

© 2007

Diseño de tapa y armado: Fernando Jiménez

ISBN: 987-23446-0-3

Impreso en la Argentina por La Imprenta Wingord

www.wingord.com

Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopia, sin la autorización expresa de los editores.

Febrero 2007

A Yolanda, por su amor probado en horas angustiosas.

A Tairelsy, Manolo, Pablo, Gabriel, Isauro.

A Samuel, por su risa.

A mis 74 hermanos de la primavera negra.

A todos los cubanos que han padecido presidio político.

A las Damas de Blanco.

Prólogo

Para las organizaciones internacionales, Cuba representa un verdadero desafío en términos de defensa y protección de los derechos humanos y la libertad de expresión. Con un régimen que viola las normas más básicas del derecho internacional y que rechaza la crítica en forma sistemática, resulta complejo elaborar una estrategia que permita alertar sobre los graves abusos contra los derechos humanos cometidos en la isla.

Con 24 periodistas independientes actualmente en prisión, Cuba es uno de los países que más reporteros tiene tras las rejas, sólo superado por China. La mayoría de los periodistas que permanece en la cárcel fue arrestada durante la masiva embestida contra la disidencia en marzo del 2003, cuando el gobierno cubano detuvo a 29 reporteros de un total de 75 disidentes. La ofensiva no fue casual: el gobierno cubano aprovechó que la atención del mundo se centraba en la invasión a Iraq de las tropas estadounidenses. Dos semanas después de los arrestos, los periodistas fueron sometidos a juicios sumarios —duraron un día— a puerta cerrada, y fueron sentenciados a penas que oscilan entre los 14 y los 27 años de prisión.

Por el solo hecho de ejercer su derecho a expresarse libremente, Vázquez Portal recibió un castigo severísimo. El juicio se celebró a principios de abril. El periodista fue enjuiciado por violar la Ley 88 de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba, que dispone sanciones de privación de libertad de hasta 20 años para toda persona que cometa acciones “que persiguen subvertir el orden interno de la Nación y destruir su sistema político, económico y social”. El 7 de abril del 2003, el Tribunal Provincial de Ciudad de La Habana anunció que lo había condenado a 18 años de cárcel.

El gobierno cubano ha insistido en señalar que los periodistas son “mercenarios” o “espías” al servicio de los Estados Unidos pero las pruebas presentadas para sustentar las acusaciones son inconsistentes. Un análisis de las acusaciones demuestra que la labor que los periodistas se enmarca en los parámetros del ejercicio legítimo de la libertad de expresión consagrado en las normas internacionales en materia de derechos humanos.

En mayo del 2003, Vázquez Portal escribió un diario en la cárcel, que luego fue sacado a escondidas por su mujer Yolanda Huerga, en el que describía las duras condiciones en la prisión de Boniato, en Santiago de Cuba. El escritor detalló las condiciones en las que estaba encerrado, en una celda de aislamiento, que “se inunda todos los días con aguas residuales del pasillo”; relató las dificultades que tenía para dormir en un colchón “sucio, roto, viejo y duro”; narró el traslado al hospital con “grilletes en los pies y esposas en las manos” como si fuera un preso de alta peligrosidad, y las pocas posibilidades que los carceleros le ofrecían para ver la luz del día y respirar aire puro. Vázquez Portal denunció, además, las deficientes condiciones sanitarias y la inadecuada atención médica.

Fue Sauro González Rodríguez, entonces investigador del programa de las Américas del Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ, por sus siglas en inglés), quien propuso el nombre de Manuel Vázquez Portal para el Premio Internacional a la Libertad de Prensa 2003. En el CPJ pensamos que el premio, un reconocimiento a periodistas que se destacan en su tarea de promoción de la libertad de expresión, contribuiría a mantener el tema de los abusos a los derechos humanos en Cuba en el centro de la atención pública.

Y además valdría para honrar la labor de todos los periodistas independientes cubanos que tratan de informar en un clima de severa represión gubernamental.

¿Por qué el CPJ decidió escoger a Vázquez Portal? Sauro, que es cubano de origen, conocía la trayectoria de Manuel como escritor y poeta. “Es bien conocido en Cuba aunque no tanto en el exterior”, indicó mi colega. La idea era distinguir el trabajo de Vázquez Portal para que trascienda fuera de la isla y al mismo tiempo destacar el coraje de un hombre que, durante su encierro en la cárcel, exhibió una voluntad inquebrantable frente a los permanentes excesos de las autoridades cubanas.

El 16 de marzo del 2004, en el primer aniversario de la ofensiva contra la prensa independiente, el CPJ envió una carta al Presidente cubano Fidel Castro Ruz reclamando la liberación de Vázquez Portal y los demás presos. Fue sorprendente la solidaridad de la comunidad de prensa internacional. Más de 600 periodistas de todo el continente firmaron peticiones solicitando la liberación de los periodistas cubanos, que fueron enviadas por correo a la Sección de Intereses de Cuba en Washington, D.C.

Asimismo, el CPJ lanzó una sección especial en su página de Internet con el título “Libertad para Vázquez Portal”. Entre los periodistas estadounidenses que se adherieron a la campaña se destacaron Carl Bernstein, Clarence Page, David Remnick, Ed Bradley, Anthony Lewis, Gwen Ifill y Michael Massing. Prominentes periodistas y escritores latinoamericanos también se sumaron a la campaña: Tomás Eloy Martínez, Sergio Ramírez, Elena Poniatowska, Javier Darío Restrepo, Michèle Montas y Teodoro Petkoff firmaron peticiones, entre muchos otros.

Vázquez Portal fue liberado el 23 de junio del 2004. Originalmente, informes de prensa señalaron que al escritor se le había otorgado una licencia extrapenal por motivos de salud. Pero en conversación telefónica con el CPJ días después de ser liberado, Vázquez Portal manifestó que sus problemas médicos no eran las únicas razones por las cuales las autoridades habían decidido liberarlo. Y nos contó algo que llenó de satisfacción al plantel del CPJ: según Vázquez Portal la campaña que lideró nuestra organización fue clave para lograr su salida de prisión.

La valentía fue una de las virtudes que más me impactaron en él, incluso antes de conocerle en persona. Ni los castigos más crueles pudieron doblegar su espíritu. Estuvo tres semanas en ropa interior en una celda fría y sin colchón, en total aislamiento, por ejemplo. Y se mantuvo de pie, estoico. El relato de sus memorias en la cárcel, que incluye cartas y poemas, es un testimonio inapelable y una lectura que tiene gran valor histórico. Entre ellos elegí un bellissimo poema que compuso mirando la noche y es una metáfora casi perfecta del lapso en que permaneció encarcelado. Dice así:

*Mi celda
No es más amplia que un sarcófago
pero afuera la noche,
-ya inmensa sin Yolanda-
de hermosa, me desvela;
nadie puede enjaularla.*

*No han podido matarme
y me sepultan vivo:
un cadáver incómodo que canta.*

*La cárcel,
sucedáneo del cadalso,
le sirve a los verdugos
para la treta atroz
de simular
que son harto benevolentes.*

*Mi corazón,
majada fruta,
-lo he prodigado tanto!-
no muere
ni se asusta,
palpita suavemente
-decoro proverbial de tanta sístole-
exhala su perfume entre las rejas
y avisa
a cada enamorado,
cada ciudad ruinosa,
cada enfermo de miedo,
que talado
resucito y les doy
quizás
otra leyenda.*

En noviembre del 2005, el CPJ le entregó el premio a Vázquez Portal en una emotiva ceremonia realizada durante la cena anual de recaudación de fondos de la organización en el hotel Waldorf Astoria de Nueva York. La elocuencia de Manuel Vázquez Portal en el discurso pronunciado al recibir el premio cautivó a las cerca de mil personas presentes en la cena, incluyendo algunos de los periodistas y ejecutivos de medios más prominentes de Estados Unidos. “...Traigo aún olor de cárcel en la piel. Se me condenó por expresar lo que pensaba, lo que pienso. Pero no hay prisiones que impidan el pensamiento ni rejas que detengan la palabra. Se supo el crimen. Se condenó al verdadero culpable. Se premió a la verdad. Ganó la libertad de expresión”.

Carlos Lauría
Coordinador del programa de las Americas
Comité para la protección de periodistas (CPJ)

1

UNO . DOS . TRES PASOS DE ANCHO
 N N
 O U
 . .
 T S
 R E
 E R
 S T
 . .
 C O
 I C
 N N
 C I
 O C
 . .
 S E
 I T
 E E
 T I
 E PASOS DE LARGO S

TRES PASOS DE ANCHO TIENE MI CELDA.
 MI CELDA TIENE SIETE PASOS DE LARGO.

Holgado hospedaje. Una gaveta. Rústico sarcófago pudridor de sueños.
 Oscura ergástula para esclavo. No pudieron hallarme mejor acomodo.
 Aquí soy tan feliz como Yenima.

Cuando conocí a Yenima, recién llegado a estos aposentos, andaba sigilosa
 y veloz. Algo escuálida, es cierto, pero yo la he engordado. Todo cuanto no
 como de lo que me brindan mis carceleros, que es todo, se lo regalo.

Yenima se enamoró de mí. La comida fabrica amigos, amores. Desde entonces no fue a ninguna otra celda. Es mi novia. No la comparto con nadie. Lástima que no podamos realizarnos. Un amor difícil. Yo diría que imposible.

¡Ah, no! No se hagan ilusiones. No es un pederasta. Aquí no hay cuentitos escatológicos, ni jueguitos con excrementos. Yenima es una rata.

Su delgadez me conmovió el primer día que la vi. Era de un gris penoso. Las costillas se le notaban a simple vista. Los ojos marchitos. Me pareció enferma. Eso sí, caderuda como una mulata de solar habanero.

Me propuse robustecerla. Ya que yo enflaquecía irremediable, raudamente. Por lo menos que Yenima estuviera presentable. Además, se me antojó pensar que su desnutrición se debía a su falta de costumbre de convivir con ratas presidiarias.

La percibí más refinada. Tenía un aire aristocrático que la adecentaba. Había en su andar una suavidad, una levedad de bailarina. ¡Cuando uno se va a enamorar idealiza sin escoltas!

Y me enamoré.

Yenima fue como una bendición. Me habían condenado a la soledad y el mutismo. Pero allí estaba. Solícita. Arrojada. Pertinaz. Llegaba al amanecer. En los primeros momentos recelosa. Luego desembarazada. Hasta que se adueñó de su sitio particular en mi celda. Se marchaba, supongo que a sus quehaceres. Volvía a mediodía. Tan voraz como por la mañana. Se retiraba. No la veía otra vez hasta el atardecer. Entonces se quedaba más tiempo.

Luego vinieron otros vecinos a visitarme. Pero ella fue la primera. Ese mérito es de ella. Las moscas, las hormigas no eran visitas; vivían ahí antes que yo. Los alacranes, las cucarachas: inquilinos ocasionales. Los lagartos, unos lagartos feos como igüanas diminutas, con la cola enroscada y rostro feroz, solo llegaban a mediodía cuando el calor los sofocaba. Las arañas hacían sus acrobacias eternamente en las alturas sin pretensiones de amistad.

Yo le contaba a Yenima sobre mis novias antiguas. No se inmutaba. Su seguridad en mi amor se la proporcionaba el celo con que me encerraban: unos muros de ladrillos, de medio metro de grosor; unas rejas, en la única ventana, compuestas de barrotes de una pulgada de diámetro; una puerta, con los mismos barrotes de la ventana, y por si fuera poco, una plancha de acero tapiando la puerta desde media pierna hasta la altura de la nariz; por fuera un candado de

medio kilogramo; para los paseos al patio, al hospital o a alguna conversación, siempre recriminatoria, con algún oficial de la penitenciaría, con grilletes en los pies, esposas en las manos, perro pastor alemán al frente y dos guardianes flanqueándome. Así qué escapada de su cariño podía darme.

Ella había llegado antes que yo a la cárcel de Boniato. Parecía ya adaptada a las duras condiciones de vida. Yo llegué, exactamente, en la madrugada del 25 de abril de 2003. Nuestra presentación no fue muy agradable. Nada de: *nice to meet you*; y mucho menos: *echanté de faire votre connaissance*. Apenas la vi reculé, vertiginosamente, hacia la puerta; ella chilló, entre feroz y temerosa, saltó con elasticidad formidable y se perdió por la ventana. “¡Carajo!” Dije yo. “¡Chruiiiiiff!” Hizo ella.

No pude observarla bien hasta su tercera o cuarta visita. Las primeras veces seguíamos asustándonos uno al otro. Después entramos en confianza. Ella se contoneaba con menos premura por mi celda y yo me comportaba más serenamente. Comencé dejándole algunos mendrugos sobre el antepecho de la ventana. Se acercaba. Me miraba con sus ojillos brillantes y redondos y, sin apartar la mirada, atrapaba la comida y partía como impulsada por un misil. Era una visión fugaz.

Quise bautizarla Estrella. Dudé. Me pareció ridículo. Recordé una novia antigua. Fondilluda ella. Rata en el horóscopo chino. Y entonces la nombré Yenima.

Yenima se instaló, por fin, en el pretil de la ventana. Allí se alimentaba y defecaba. Nunca he visto otro animal que coma y cague tanto. Las ratas cuando no están comiendo, están cagando; cuando no fornicando, están pariendo. Laboriosas y divertidas que son las ratas.

La primera bronca sería que tuvimos Yenima y yo ocurrió después de la primera visita que me hicieran mis familiares a la cárcel. Mi esposa y mis hijos me trajeron lo necesario para sobrevivir en mi sepultura. Desde una cuchara, sábanas, mosquitero, jarro, libros, víveres, hasta una frazada de piso y aromatizante. Hasta ese momento había estado soportando el mismo estado de miseria que Yenima. Mis carceleros me habían avituallado con un short y una camisa sin mangas y sin cuello, fabricadas ambas piezas con una tela basta de color gris que me daban un aspecto de excelente marido para Yenima; una colchoneta de huata, sucia, dura, vieja, rota, apestosa; y para instalarme, a mis

anchas, una celda que debía llevar, por lo menos, tres años sin limpiar. Yo debía parecerle a ella algo así como una ampliación de Mickey Mouse. ¡Y, ¿qué rata no se enamora del simpático Mickey?!

Apenas mis familiares se marcharon me afané en una limpieza general. Yo esperaba esa visita desde hacía tres meses. En Villa Marista, mientras me interrogaban, procesaban y condenaban, solo me permitían cinco minutos de conversación, altamente vigilada, controlada, y por supuesto grabada. Sería la primera vez, desde el 19 de marzo de 2003, que podría departir con mi esposa y mis hijos. Los carceleros me avisaron de la visita una hora antes. Me sacaron esposado de la celda. En la antesala del pabellón más riguroso de la penitenciaría, Boniatico: sólo para condenados a la pena capital, cadenas perpetuas, y castigados por indisciplinas peligrosas, rodeado por un muro de más de ocho metros de altura, me ordenaron desnudarme. En cueros vi como requisaban, tramo a tramo, mi short y mi camisa desmangada. Mandaron que alzara los brazos, que me diera la vuelta, que me levantara los testículos, que hiciera una cuclilla. Me pareció humillante. Pero era el reglamento. Los guardias no podían sacarme sin cumplir esos requisitos. Me esposaron nuevamente. Dos gendarmes y un perro de presa me acompañaron hasta un salón enrejado. Allí había unas mesas sucias y unas sillas enclenques. Tras una pared de ladrillos escuché las voces conocidas de mis familiares. Entonces me quitaron las esposas y los celadores se retiraron hasta la puerta de entrada que ya había sido cerrada. Entró mi familia. Abrazos. Besos. Lágrimas. La visita transcurrió bajo el atento escrutinio de los cancerberos. Era ya el 31 de mayo. Ese día se escapó de la requisa la primera parte de mi diario de prisión.

Cuando mi esposa y mis hijos se marcharon quedé muy ansioso. Tenía que dedicarme a alguna tarea para canalizar mis energías. Si me quedaba inactivo podía deprimirme. Y eso no me lo iba a permitir. De regreso a mi celda sufrí la misma requisa personal. Los objetos y los alimentos que me trajo mi familia ya habían sido sometidos a la rigurosa inspección. Ordené, como pude, mis nuevos bártulos sobre la litera, fabricada con cabillas corrugadas y empotrada a la pared por unas grapas también de cabilla. Fue entonces que descubrí mi nueva colchoneta. La de huata. La sucia. La rota. Laapestosa. La habían cambiado por una de espuma de goma. Mis viejos, cansados huesos intuyeron alivio y casi aplaudieron. La emprendí con la limpieza.

Primero las paredes. Abajo polvo acumulado desde el mioceno. Abajo telas de arañas que, como doseles de dormitorios de mendigos, colgaban sus filigranas. Abajo obras artísticas que manos obscenas, que antes que yo habían pasado por el minúsculo recinto, grabaron en los muros: grotescas representaciones de *Kama Sutra* criollo. Abajo la costra pestilente del retrete turco.

Agua.

Mucha agua.

Gracias a Dios aquel día manaba del herrumbroso grifo sin escasez.

Detergente.

Mucho detergente.

Cepillo.

Mucho cepillo.

Pero la pestilencia continuaba.

Aromatizante.

Mucho aromatizante.

Pero la pestilencia continuaba.

Palabras procaces.

Muchas palabras procaces escapándose de mi boca.

Pero la pestilencia continuaba.

Era la garganta inmisericorde del retrete turco.

¡Eureka! (No pude salir corriendo desnudo como Arquímedes, la reja estaba cerrada) ¡Eureka!

El diámetro de la garganta del retrete era el mismo de los pomos plásticos que me habían traído mis familiares. Llené uno de agua, lo voltee, lo introduje en el agujero inmundado y, ¡ah, qué alivio! Había salvado a mi nariz.

Le tocó entonces a la litera. Saqué una sábana. Albura. Aroma de pulcritud. Añoranza de hogar. La tendí sobre la colchoneta de espuma de goma. Extraje una toalla. Suavidad. Perfume. Un jabón de tocador. ¡Coño! Un jabón para bañarse como un ser humano. Y me bañé. Me jaboné hasta el delirio. La espuma blanca, pura, fragante bajándose por el pecho, el estómago, los muslos, los pies.

Quedé como para fiesta. Más calmado. Podré comer.

Yenima no ha aparecido. Debe andar asustada con tanto trajín en mi celda. Comparto los alimentos con Normando Hernández y con Próspero Gainza, dos de mis compañeros de infortunio. Les mandé su parte con uno de los

guardianes que al atardecer reparten la alimentación del penal. A Yenima, por si vuelve, le dejé su cena en el pretil. Sé que hoy no volveré a verla. He quedado exhausto. Siento en mi cuerpo el peso de todas las faenas inmemoriales del hombre. Dormiré como un bendito. Sin embargo los músculos saltan. Los pensamientos se enredan. Reaparece el rostro angustiado de Yolanda. Se abre nuevamente la sonrisa de Gabriel. Me doy vueltas sobre la sábana. ¿Será que no me reacostumbro a la limpieza? Me rindo. No creo haber soñado.

Otra vez despierto. La celda en penumbras. No hay bombillos. Busco a tientas el paquete de cigarrillos. Enciendo uno. ¿Qué hora será? No tengo idea. Por la ventana un aire frío, el titileo de algunas estrellas. Demora el amanecer. Mientras tanto fumo. Me entretengo componiendo octosílabos, trato de memorizarlos para transcribirlos cuando amanezca:

*Luna de la madrugada
que me punza las pupilas,
candil del cielo, y en filas
las estrellas. La alborada
demora. Una bocanada
de mi cigarrillo inhalo.
Espero. Ya se ve el halo
de luz que por el levante
me indica que es el instante
de empezar un día malo.*

*Me levanto. Hay una queja
de mis huesos. En mi cara
crece la barba. Se para
un oficial en mi reja.
Es “el recuento”. Se aleja.
Voy al retrete. Me lavo.
Leo la Biblia y alabo
a Dios. De pie desayuno.
No estoy solo. No soy uno.
Empiezo donde me acabo.*

Llega entonces Yenima. Sonríe. La veo olfateando y reculando. Oigo sus chillidos tenues, asordados. No repara en la comida que le había depositado en el antepecho. Se marcha sin despedirse. Parece como despechada. No le gusta el olor que ha adquirido la celda. No le digo nada. El carácter femenino es así. El perfume de otras es para ellas toda una señal de catástrofe. Le hablaré cuando se haya calmado. Con las hembras suspicaces hay que dejar que las pasiones se apacigüen. Ella volverá.

Y volvió. Pero cuando yo no estaba. Me habían sacado al patio. Todos los días, menos sábados y domingos, nos permiten tomar el sol por una hora. Vienen los carceleros. Sacamos las manos por las rejas. Nos ponen las esposas. Nos conducen hasta un patio de muros altísimos. Y allí nos dejan. Vigilados por varios guardianes y un perro acechante. A los demás presos los sacan en grupos. A nosotros, los políticos, nos brindan el solarium individualmente. Es la orden de las esferas superiores de gobierno. Cuando regresé allí estaba Yenima. Pero no en su sitio habitual. Había saltado del pretil de la ventana hacia la litera. Las huellas de sus patas quedaron impresas con tinta de cloaca sobre mi sábana impoluta. Y había llegado hasta mi despensa, improvisada en un rincón de la celda. Se despachaba a sus anchas. Un frasco plástico que contenía mayonesa derramaba la salsa. Lo había roído sin compasión. Y lo había abandonado. Se hartaba de galletas a mi entrada. El chirrido de los goznes de la reja la alertó de mi presencia. Corrió hacia la litera. Saltó sobre la sábana que ya antes había manchado. De un vistazo me percaté de su venganza. Tome una chancleta y se la lancé con furia. “¡Putá!” Le grité. Voló hasta el pretil de la ventana y desapareció raudamente.

Samuel es mi nieto. Cumple años el 16 de marzo. Es hermoso y risueño. También caprichoso y perretudo. En 2003 era su primer aniversario. Fuimos a la celebración. Yolanda, Gabriel y yo viajamos hasta Ciego de Ávila, que es donde vive Samuel con sus padres. Partimos de la Habana en un tren que demora seis horas en recorrer apenas 500 kilómetros. El viaje, suponíamos, también serviría para despedirnos de la familia. En ese momento creíamos no habría más tropiezos para nuestra partida definitiva hacia los Estados Unidos. Desde el 19 de octubre del año anterior el gobierno cubano, después de dos años de espera, nos había entregado el Permiso de Salida.

Fuimos a la fiesta de Samuel con una mezcla de alborozo y melancolía. Un doble sentimiento. Nos punzaba el pensamiento. Irnos al exilio representaba el fin de la situación peligrosa que, tanto yo - periodista independiente- como mi familia, estábamos atravesando. Eso nos alegraba. Dejar atrás a los familiares, los amigos, las raíces, los recuerdos. Eso nos entristecía. No barruntábamos todavía que se cernían sobre nosotros tristezas, angustias mayores.

El gobierno cubano nos había entregado entonces la Tarjeta Blanca porque sabía que los vuelos de refugiados políticos estaban sometidos a una nueva revisión. Los atentados terroristas contra las Torres Gemelas, en septiembre de 2001, determinaron que Estados Unidos no permitiera la entrada de cubanos a su territorio sin una confirmación de sus visas por parte de Washington. El truco de las autoridades cubanas era burdo, visible, casi pueril. Entregar permisos de salidas en esos momentos no significaba un acto de justicia, de respeto al derecho que tiene todo ciudadano de emigrar, en caso de peligro para su vida o su libertad, hacia el país que lo acoja. Significaba crearles un problema a las autoridades norteamericanas para hacerlas aparecer como las culpables de la emigración ilegal y desordenada. Ya no eran ellos quienes no permitían la salida de personas comprometidas, sino el gobierno norteamericano. ¡Qué tontos! ¿No era yo un ejemplo palpable de todo lo contrario? ¿No me habían mantenido desde octubre de 2000 encerrado en Cuba sin otorgarme el Permiso de Salida?

Por eso, cuando en octubre de 2002 me dieron la Tarjeta Blanca, la recibí con poco entusiasmo. Sabía que detrás de esa supuesta concesión se ocultaba la ponzoña. Dejé de creer en las buenas intenciones, y costumbres, del gobierno castrista hace mucho tiempo. Sin embargo Yolanda, temerosa por mi seguridad, y Gabriel, ufano porque el esperado viaje se concretaría, me impulsaron a admitir que sería posible.

Viajé a Morón, un pueblecito emprendedor, romántico, al Norte de la antigua provincia Camagüey, donde nací. Me reuní con mis hermanos, que aún viven allí, y les conté. No tenía un centavo. Los costos que el gobierno imponía se elevaban a los mil ochocientos dólares. Yo había agotado todos mis ahorros del negocio de libros de uso en la Plaza de Arma mientras esperaba y ahora me encontraba en una encrucijada abrumadora. Arturo y Darío se miraron con complicidad. Sonrieron. “Se jodió el almendrón” Dijo Arturo, “¿Qué le vamos a hacer? Dijo Darío.

El almendrón era un Chevrolet de 1957, sin columnas. Cuba es un museo viviente de almendrones. Se vendió. Me entregaron 48 000 pesos cubanos.

Regresé a La Habana confiando en que no tuviera que comerme también este dinero. Pero había otro escollo. Debía convertir esa moneda, casi inservible, en divisa. La Plaza de Arma volvió a auxiliarme. Los amigos que conseguí en mi época de mercachifle no me habían olvidado. Entre ellos pude cambiar. Las casas de cambio cubanas son una especie de embudo. Sólo compran. Venden muy esporádicamente, y cifras reducidas. No me quedó otra alternativa. Peso a peso fui transformando el almendrón en dólares. Otra vez la reserva en la gaveta de mi buró aguardando para ser empleada. Otra vez la espera incierta.

El 24 de febrero de 2003 Fidel Castro cogió un berrinche de ampanga. Le dijo curdonauta a James Cason, el jefe de la Oficina de Intereses de Norteamérica en la Habana, amenazó con cerrar la sede diplomática de marras, y roció con un florido aguacero de insultos a la oposición interna y a la prensa independiente cubana. Yo no supe en ese momento si reírme u orinarme. Cuando El Máximo se sulfura y despótica de esa manera hay que esperar el fuacatazo después. Y total, lo único que había ocurrido era que Martha Beatriz Roque Cabello celebró el día del alzamiento de Baire con una reunión en su casa, a la cual asistieron algunos disidentes, la prensa extranjera y ciertos diplomáticos. Y al Sr Cason se le ocurrió decir que El Supremo le tenía miedo a la libertad y a la democracia.

¡P'a qué fue aquello, compadre! Se armó el titingó vigueta. Don Omni montó en cólera. Miedo él. ¡No joda! ¿Acaso ha andado con escolta alguna vez? Y entonces preparó la pachanga. Jolgorio de canallas. Jubileo de traidores. Verbena de timoratos. Carnaval de rábulas. Procesión de nazarenos.

Yo andaba alerta y preocupado. Se preparaba otra candanga donde el Sr Cason debía estar involucrado para que la emboscada fuera eficaz: un seminario de ética periodística que, diligentemente, organizaba Manuel David Orrio. Yo no participaría. Por nada del mundo dejaría de asistir a la fiesta de mi nieto. Cuando uno tiene el primer nieto cree que es el único en el mundo con ese orgullo y anda por la vida mostrándolo como un trofeo. ¡Qué bello! ¡Que simpático! ¡Que inteligente! Ah, y si alguien afirma que se parece a ti, entonces es cuando el pobre niño, que no le ha hecho daño a nadie, todavía, se trasmuta en el *non plus ultra* de la infancia. Así que ciego de vanidad me fui a Ciego. Jugué con Samuel. Bebí cervezas con Isauro, el padre de mi nieto. Bailé con Tairelsy, mi hija, la madre de mi nieto. Discutí con los otros abuelos sobre los genes dominantes en mi nieto: mi nieto, mi nieto y mi nieto: nada posesivo que soy; en fin, la chochera padre.

El 17 de marzo de 2003 era lunes. Regresamos cansados pero contentos. Bajo un aguacero madrugador y primaveral dejamos Morón atrás. Nos dormimos en el tren. En Cuba, por muy corto que sea el trayecto, da tiempo para roncar. Entramos a La Habana al filo del mediodía. ¡*Home, sweet home!* Mi buró. Mi silla. Mi vieja máquina de escribir. Esta semana no habrá nada para Cubanet. Le escribiré una carta a Rosa Berre, ella también es abuela. Me comprenderá. Duermo de un tirón hasta el atardecer. Me despierta un aguerrido discurso que pronuncian en La Mesa Redonda. Los panelistas se banquetean con su posibilidad de insultar sin posible réplica por parte del agredido. Las diatribas ya son consuetudinarias en ellos. No me extrañan. Pero me llama la atención el tono amenazante que usan hoy. Sucede algo diferente. Aquí hay gato encerrado. Lo comento con Yolanda. Ella también presiente el peligro. Pero el peligro era más inminente de lo que suponíamos. La guerra que muy pronto se desataría en Irak tenía al mundo en vilo. En Cuba el asunto tomaba dimensiones exageradas. En las altas esferas se urdían sabe Dios qué truculencias. Quizás pensaban que se trataba del momento propicio para asestar un golpe definitivo a la oposición interna. Muy pronto lo sabríamos.

Me bastó una llamada telefónica. “¡Vázquez... Vázquez!” , voceó mi vecina de los bajos. Era Ernesto Roque quien trataba de localizarme. “Oigo”, dije.

“Mi hermano, la cagástrofe, como tú dices... Hay una tonga de presos... Y por la Mesa Redonda están diciendo que la jodienda seguirá hasta que no quede un gusano suelto...”

“¿Quiénes están presos?...”

“No tengo los nombres todavía, pero son un montón...”

“Oye, si puedes, arranca ahora mismo para casa de Farah Armentero, que es quien tiene línea directa de fax, y empieza a notificar la situación. No podemos permitir que nos tomen la delantera. Si empieza la guerra en Irak, esa será la mayor noticia. Es la cortina de humo que quieren usar. El gobierno ha escogido muy bien la fecha para neutralizar a la disidencia interna. Llámame luego para estar informado. Por ahora no puedo moverme de aquí, tengo que hacer un montón de cosas antes que carguen conmigo también.”

Qué bueno es tener café. Instantáneo. Frío. Es cierto. Pero café. Yolanda me trajo un paquete. Tuvo que trasvasarlo a un envase plástico. Aquí no dejan entrar nada de metal ni de cristal, con imaginación y tiempo pueden convertirse en armas. Lo saboreo, lo degusto despacito. Raciones pequeñas. Debe durarme hasta la próxima visita. Tres meses. A Yenima no le gusta el café. La he invitado. Pero inmediatamente lo rechaza. A Antonio Villarreal sí le gusta. Lo hago por la mañana y le mando una porción. Después que vierto el líquido en un pomito plástico, por medio de un hilo, lo hago descender hasta la celda de abajo. El preso que la ocupa se encarga de hacérselo llegar. Villarreal grita de contento cuando lo recibe. Yo oigo sus alabanzas a los colonos franceses que lo introdujeron en Cuba cuando aquel jaleo de la Revolución Haitiana. Villarreal también es de Morón. No lo había vuelto a ver desde la adolescencia, cuando el soñaba ser pelotero y yo escritor. Se mudó para Villa Clara y por allá fundó su familia. Más de treinta años sin reencontrarnos. Lo reconocí al segundo día de que llegáramos. Aquel gordito me era tan desconocido como Normando Hernández o Próspero Gainza, tan extraño como Nelson Aguiar o Juan Carlos Herrera. Mi único conocido era Edel García. Pero cuando Villarreal se quitó los espejuelos y vi sus ojos grandes y saltones, me acordé enseguida. “¡Coño! Tu eres Villa, el sobrino de la profesora de música, la que vivía frente a los bomberos, en la calle Narciso López, en Morón.” Y ahí mismo comenzaron los recuerdos, las leyendas, las exageraciones. Morón se transformó, de repente, en la capital del mundo. Aparecieron novias comunes, amigos comunes, paisajes comunes. El gallo de Morón cantó para nosotros ese día hasta quedarse ronco. Nadamos en la Laguna de la Leche. Paseamos por la calle Martí. Fuimos al cabaret Salón Rojo. Nos emborrachamos en los carnavales. Corrimos despa- voridos cuando Juana, la loca, empezó a dispararnos botellas llenas de orina. Reconstruimos la fuente del parque Echevarría. Volvimos a la glorieta del Parque Agramonte. Soportamos las peroratas históricas del Dr. Benito Llanes. Vimos al enano Lorenzo tocando una conga en sus sartenes.

Después que le hago llegar el café a Villarreal, me dedico a leer. No hay mejor manera de dejar que el tiempo corra. A las 11 de la mañana me sacan al patio. Las ventanas de Normando, Juan Carlos, Villarreal y Próspero, dan al patio. Me paso esa hora conversando, a gritos, con ellos. Normando ocupa la celda 2 del piso alto; Villarreal, la 10, de los bajos, Próspero, la 14, del alto; Juan Carlos, la 36, de los bajos, y todas se asoman al Este. Mi ventana mira al Oeste. Lo único que veo cuando oteo por ella es un cerro pelón, una elevada torre de comunicaciones y la danza eterna de las ratas que pululan en el penal.

Tras el almuerzo Boniatico cae en una modorra evanescente. Los reclusos se han hartado con el sancocho que les sirven y duermen una siesta que se prolonga hasta media tarde. Los guardianes también se adormilan. Es el momento propicio para escribir sin ser visto, sin ser molestado. Sólo Yemina me observa de soslayo. En el pretil ha comido y defecado a sus anchas. Parece reposar. Pero no aparta sus ojillos redondos, brillantes de mí. Parece alelada. Cualquiera que la viera, diría que me adora, que está perdida de amor por mí. Yo sé que ante cualquier movimiento brusco mío saldrá como una exhalación. Me mantengo sentado en el suelo, frente a la litera. Escribo despaciosamente. Si tengo que cambiar de posición para aliviar las nalgas que se entumescen por la dureza de tan inusual asiento, lo hago parsimoniosamente, como en cámara lenta para no sobresaltarla. Me complace que permanezca ahí, callada, tranquila, como una musa de la soledad y la pobreza.

Cuando voy a esconder los manuscritos sí me muevo con rudeza para que se vaya. Ni a Yenima le permito que conozca mis escondrijos. La confianza es peligrosa. Aquí más. En las requisas sorpresivas no buscan papeles. Buscan armas, ganzúas, dinero, drogas. Pero si encuentran un papel que les parezca comprometedor, culpable, cargan con él también. No puedo admitirme el desliz. Mis manuscritos son mis únicas armas contra tanta injusticia y hostilidad cometida contra mí. Voy a convertirles estas páginas en un estruendo esplendoroso.

“¿Qué hago?” Me preguntó Yolanda cuando en la visita le expliqué dónde hallar el diario.

“Entrégalo a la prensa”

“¿Estás loco?”

“Haz lo que te digo

Se acerca el guardián. Nuestra conversación, en voz baja, se le hizo sospechosa. Abraza a mi hijo Gabriel para disimular. El me acaricia el rostro sin barba. Nunca me había visto afeitado.

“Te ves distinto. Más flaco. Más blanco.” Me dice Gabriel.

El guardián carraspea. Se ajusta la gorra. Vuelve sobre sus pasos. Se sienta otra vez en el umbral de la puerta de entrada.

“Pueden tomar represalias.” Me dice Yolanda.

“No me importa. Ellos debían suponer que no me iba a quedar callado.”

Tairelsy me mira con hondura. Es la persona que más me conoce y me comprende. Entre mi hija y yo siempre ha existido una comunicación muy estrecha. Sabe que cuando decido algo lo he meditado antes con calma, con mesura. Toma una de las manos de Yolanda entre las suyas. Parece animarla con los ojos. En silencio le agradezco ese gesto a mi hija.

Yenima escapa entre los barrotes. Camufló mis papeles. Los presos despiertan. El penal se anima. Escucho los golpes del bastón del ciego Norges Cervantes sonando rumbo a mi celda. Grito su nombre para que se oriente. Llega a mi celda. Le brindo del café que hice por la mañana. Me lo agradece con una sonrisa y frases de elogio. Acomodo la voz en su tono más alegre para devolverle sus lisonjas. No tengo otro modo. Si le sonrío simplemente, como acostumbro en esos trances, no se daría cuenta. Enciende un tabaco. Veo sus ojos muertos. Son un cristal artificial. No tienen el brillo que pone el alma en la mirada. Guardo silencio. El habla atropelladamente como si tuviera muchas cosas que contarme y no le diera tiempo.

“¡Norges! Se oye el grito del carcelero. Ya terminaron de limpiarle su celda.

“Mañana hablamos” Me dice. Oigo como se aleja sonando su bastón.

Treinta cuclillas.

Cuarenta abdominales.

Sesenta plancha.

Sudo.

Pudiera hacer ejercicios en el patio. Pero si gasto el tiempo en acrobacias no podría hablar con mis compañeros. Prefiero la celda para la ejercitación física. Luego un buen baño, si hay agua, si no, un baño a medias con el agua que acopio por la mañana en el cubo, plástico, por supuesto, que me trajo Yo-

landa. Me preparo la cena. Leche en polvo con chocolate instantáneo, que me trajo Yolanda; galletas de sal, que me trajo Yolanda; queso blanco, que me trajo Yolanda. Después a esperar la noche. La noche honda, silenciosa, larga. Hoy, al amanecer, escribí un poema que medio compuse ayer mirando la noche:

Mi celda

*no es más amplia que un sarcófago
pero afuera la noche,
-ya inmensa sin Yolanda-
de hermosa, me desvela;
nadie puede enjaularla.*

*No han podido matarme
y me sepultan vivo:
un cadáver incómodo que canta.*

*La cárcel,
sucedáneo del cadalso,
le sirve a los verdugos
para la treta atroz
de simular
que son harto benevolentes.*

*Mi corazón,
majada fruta,
-¡lo he prodigado tanto!-
no muere
ni se asusta,
palpita suavemente
-decoro proverbial de tanta sístole-
exhala su perfume entre las rejas
y avisa
a cada enamorado,
cada ciudad ruinosa,*

*cada enfermo de miedo,
que talado
resucito y les doy
quizás
otra leyenda.*

4

Telefonee a Claudia Márquez Linares. Ya sabía que Osvaldo Alfonso era uno de los presos. Ella me contó, grosso modo, lo sucedido. No pude evitar un estremecimiento mientras me hablaba. El rostro asustado de Christian, el hijo de Osvaldo y ella, no se apartaba de mi mente. Pensaba también en Gabriel. Las imágenes de ambos niños se mezclaban, se superponían entre sí, no lograba apartarlas de mi cerebro. Era la mañana del 19 de marzo.

Hice otras llamadas. Mis familiares de Morón desesperados, asustadísimos. No sabían si yo estaba entre los presos que ya habían anunciado por la radio y la televisión. Me comuniqué con ellos. Los tranquilicé. Pero yo estaba convencido de que su tranquilidad duraría poco. La ola represiva se encrespaba, crecía, se acercaba. Llegó a mi casa por la tarde.

No tuve que esconder nada. En mi casa no había sino pobreza, papeles empolvados, cetrinos, apergaminados; una vieja máquina de escribir y libros. ¡El dinero! El dinero que me habían brindado mis hermanos corría peligro. Era necesario ponerlo a buen recaudo. Mi hermana Xiomara vive en Centro Habana. Ella es la persona que me ofrece mayor confianza. Su casa un refugio seguro para el dinero. Tomo el sobre de la gaveta del buró y parto. Xiomara me recibe con el pelo descenchado, los ojos abotagados y voz sonnolienta. Acaba de levantarse. Me abraza apenas abre la puerta. Me estrecha duro contra su cuerpo. Trémula. Muda. Las manos sudorosas. Me conduce hasta la cocina. Siempre que voy a su casa es ahí donde le hago la visita. Me gusta verla trajar entre cacharros y cacerolas. Me recuerda a mi madre. Ella es, de todas mis hermanas, la que más se parece a mi madre. No ha podido hablar. La voz no le brota. Toma la cafetera. La desenrosca. Vierte agua. Pone el polvo en el depósito. Enrosca. Sus manos regordetas aprietan fuerte. La fosforera le tiembla entre los dedos. Coloca la cafetera sobre las llamas. Viene hacia la mesa. Hala una silla. Se sienta. Respira hondo. Inhala fuerte. Exhala despacio. Me mira con firmeza. Habla al fin.

“¿Te vas a esconder aquí o vas para otra parte?”

No puedo evitar la carcajada. Mi situación no es para risas. Pero el patetismo de Xiomara me impulsa. Pone cara de asombro. Veo en su rostro a la niña que nunca ha dejado de ser. Me conmueve su romanticismo, el halo heroico que la envuelve. Voy hasta ella. Tomo su cabeza entre mis manos. Presiono su cabeza contra mi pecho. Beso su cabeza.

“No vale la pena. Al final me encontrarían. Vivimos en una isla rodeada de militares.”

“¿Vas a dejar que esos maricones te agarren?”

“No he cometido ningún crimen. No soy un delincuente. Soy un simple hombre que escribe. Tendrán que soltarme.”

“Esa gente no cree en la poesía ni en la madre que los parió.”

“El mundo, la humanidad sí cree en la poesía, en el periodismo y en la libertad. Tendrán que soltarme.”

“Yo, tú, no me confiaría”.

“No hay otra alternativa. Podría encaramarme en una balsa. Largarme. Pero, ¿Yolanda y Gabriel? Jamás los haría correr ese peligro por salvarme yo de la cárcel. Y dejarlos sería como abandonarlos, como traicionarlos. No hay otra alternativa.”

“¿Qué vas a hacer?”

“Por el momento, unas llamadas por teléfono: a Morón, a Claudia...” Xiomara me interrumpe.

“En Morón la gente se está cagando de miedo. Desde anoche han llamado para acá como cuatro veces.”

“Después almorzamos juntos: me haces una tortilla con pan, una limonada, nos conversamos un buen café, y me voy a la casa a esperarlos.”

Xiomara se hurga las uñas mientras llamo por teléfono.

“Titi, soy yo...” Le digo a mi hermana Lázara que es quien ha salido al teléfono en Morón. Hubiera preferido que fuera uno de mis hermanos quien contestara. Lázara fue intervenida quirúrgicamente hace muy poco. Le practicaron una radical de mama. Está muy delicada de salud.

“¡Dime, Caballón!” Quiere simular alegría. Yo la conozco demasiado como para no saber que está aterrada.

“Te llamé para...”

“¿Tú, cómo estás?”

“Suelto todavía”

“Pero, ¿hasta cuándo?”

“No te preocupes.”

“¿Cómo están Yolanda y el niño?”

“Bien: Gabo, en la escuela; Yolanda, en la casa, esperándome.”

“Cualquier cosa, llama para acá.”

“Bueno, si me dejan.” Ahora soy yo quien trata de restarle importancia al asunto. No quiero que ella perciba mi estado de ánimo. En mi familia siempre han creído que soy invulnerable al miedo. En este instante me esfuerzo porque a ella no se le rompa esa imagen.

Tocan fuerte a la puerta de casa de Xiomara. Ella se sobresalta. Me mira con los ojos llenos de pavor. Se demuda. Se petrifica. Me despidio de Lázara lo más calmado que puedo. Le sonrío a Xiomara. Ella me hace señas con la mano. Me indica la escalera de la barbacoa. Quiere que me esconda. Vuelvo a sonreírle. Sudorosa. Pálida. Inmóvil. La levanto por los hombros. Siento que tiembla.

“Escóndete.” Me dice en un susurro.

“Abre.” Le digo, imperioso. Vuelvo a sentirme atenazado por mi innmerceda fama de “tipo duro”. No quiero que ella tampoco pierda la visión que tiene de mí.

El rostro se le compone. Le vuelve la decisión a los ojos. Va a la puerta. Abre.

“¡Comemierda! ¿Tú no tienes llave? Por poco me da un infarto.” Oigo que le grita a alguien.

Es su marido que se ha quedado pasmado ante la puerta. No sabe qué decir. Luego ríe. Entra.

“Se me quedaron las llaves en el otro pantalón.” Explica.

“¿Qué bolá, cuña?” Lo saludo.

“Asere, esto está en candela, ¿qué vuelta contigo?”

“Esperando que me guarden.”

“¿Tú crees?”

“Al segurete.”

Xiomara esta más tranquila. Yo también. Telefono a Claudia Márquez Linares. Ya sé que Osvaldo Alfonso es uno de los presos.

Yenima anda alarmada. Almorzó y se fugó enseguida. No esperó para verme escribir. Cuando hay bronca ella se altera. No camina con-toneándose. No marcha con esa levedad de bailarina con que logró cautivarme. Las hembras detestan la violencia. Suelen arreglar los diferendos de otro modo. Recurren a métodos más refinados, más sutiles, que, a veces, son más eficaces y hasta más peligrosos para el adversario. Sin embargo cuando una hembra acude a la violencia, puede ser devastadora. No conocen los límites. Están, por naturaleza, más preparadas para el dolor.

Al regresar del patio me extrañó no verla en el pretil. Apareció cuando sintió el chirriar del carro donde traen la comida para los presos.

Colao, un recluso viejo, descalzado, sin dientes, enteco, es quien tira del carro. Lo acompañan tres guardianes.

Los guardianes reparten los alimentos. Por una abertura situada en la parte superior de la puerta semitapiada, los presos sacan sus vasijas y los guardianes les vierten los condumios.

De celda en celda va Colao tirando del carro. El carro es un armatoste de planchas de acero soldadas. Sus ruedas rechinan con cierto acento lúgubre. La mugre, de años, chorrea por los laterales del carro. Es un carromato pringoso y pestilente. Su tirante es un semicírculo de cabilla. Colao va, como un mulo manso, dentro del tirante. Se encorva. Afinca los pies desnudos en el suelo resbaladizo del pasillo. Puja. Suda. Resopla.

Los peroles que contienen los alimentos están tan cochambrosos como el carro. Se pierde el apetito de solo verlos. Un caldero enorme para la sopa: una sopa grisácea con hierbas irreconocibles que logra su densidad a base de harina de trigo. Un tambuche con bolloe'vaca: un engrudo indescriptible que fabrican a partir de la harina de trigo y algún desecho cárnico. Un bullón para el arroz: un arroz apelmazado, cundido de gorgojos, granos sin descascarar, semillas de otras yerbas y piedrecillas que le dan una coloración entre ocre y terracota. Un último bidón con mermelada: un líquido ambarino, pegajoso, repugnante. Colao arrastra con esa carga. Piafa. Transpira. Es un arco con la cabeza pegada al pecho.

A Yenima no le gusta el bolloe' vaca. Se lo coloco en el murete de la ventana y lo hociquea pero no lo come. La burundanga si le apetece. La burundanga tiene peste de demonio. Huele a cadáver, a podredumbre. Son los residuales de animales sacrificados en el matadero, traídos, sin refrigerar, a la penitenciaría, y cocinados sin aliño alguno. Tiene un color entre amaranto sucio y carmelita lodoso. Parece vómito de algún animal prehistórico. De ese color era también la sangre de Urbano cuando se secó en el patio.

Urbano Escalona. Mulato. Joven. Infectado de SIDA. Ocupa la celda 17. Jorge Ochoa le propinó una cuchillada en el cuello. La sangre estaba en el patio cuando me sacaron. Yo leía en mi celda mientras se producía la reyerta. Oí la algazara. Los gritos subieron hasta mí. No me apartaron de la lectura. Aquí el vocerío es normal. Ya me acostumbré. Fui a tomar el sol sin saber qué había ocurrido. Villarreal que sí presencié desde su ventana la tremolina, me contó. Parece ser que el problema venía de antes. Ochoa profirió unas ofensas contra Urbano. Le dijo homosexual. Urbano se defendió con otros insultos. Ochoa extrajo una cuchilla que traía escondida entre los genitales y el calzoncillo y le tajó el cuello a Urbano. Los guardianes abrieron el candado del patio. Entraron, tonfa en mano, perro gruñendo, y detuvieron la gresca a porrazos. Urbano fue del patio a la enfermería, donde lo zurcieron torpemente, y de ahí a su celda. Ochoa fue del patio a la tola.

La tola es una celda igual a las que ocupamos pero sin litera, sin retrete, sin grifo. La ventana de la tola permanece sellada con ladrillos, la puerta totalmente tapiada por una lámina de acero. En ella la penumbra es absoluta. Los insectos y las alimañas la copan sin que uno pueda verlos. Allí fue a carenar Ochoa, sin más ropas que el calzoncillo.

Ochoa canta por las noches. Les demuestra así a los carceleros que no tiene miedo de permanecer en la tola. Los otros presos lo estimulan para que cante. Las canciones de Ochoa hablan de mujeres traidoras, de amigos ingratos, de beodos, de pérdidas de fortunas, de hijos abandonados, de madres santas. Es el clásico repertorio de boleros alambicados, melodramáticos que inundan la música popular cubana. Ochoa tiene filosofía de bolero y fama de bragado. Es todo un hombre, al decir de los otros presos. Los otros presos, los que lo admiran, se las ingenian para hacerle llegar cigarrillos, agua y sábanas.

Desde la tola sube olor de telas quemadas. Ochoa ha encendido una hoguera para espantar los insectos. Los guardianes del turno de esta noche hacen la vista gorda. Son buenas personas. Saben que Ochoa la está pasado mal. Si estuviera aquí Kindelán, el panorama sería distinto. Kindelán es un reverendo hijo de puta. Un verdugo verdadero. Hubiera ido a la tola, con dos carceleros más -no tiene coraje para hacerlo él solo- abierto la puerta tapiada, tirado un cubo de agua contra la fogata y contra Ochoa, luego retirado riendo de su heroicidad. Kindelán es cruel y cínico. Ha trabajado durante muchos años en esta prisión y se ha impregnado de lo peor de la conciencia humana. Se relame con los padecimientos ajenos. “¡Un chacal!”, aseguran quienes le conocen. Ojalá no tropiece conmigo. No se cómo yo reaccionaría. Y por el momento, me conviene pasar lo más inadvertido posible. Juan Carlos Herrera si ha tenido discusiones con Kindelán. Le ha dicho sicario, esbirro, ladrón, chantajista. Kindelán le ha sonreído. “Goza, goza, ahora”, le ha dicho Kindelán a Juan Carlos. Por la tarde, cuando el carro chirriante y apestoso pasa frente a la celda de Juan Carlos, Kindelán aprovecha para desquitarse: toma el cucharón, revuelve la sopa nauseabunda, aparenta que busca algo, simula que lo vaciará completo en la cantina que Juan Carlos saca por la abertura de su puerta, pero deja caer el líquido de nuevo en el caldero, y solo vierte una mínima porción del agua grisácea. Juan Carlos le grita una palabrota y le lanza la cantina. Kindelán sonrío. “Goza, Goza”, le dice a Juan Carlos. “¡Arrea!”, le grita a Colao. Dios quiera que yo no tropiece con Kindelán.

No conocía a Juan Carlos Herrera. Había leído algunos de sus reportes en el boletín de Cubanet. Sabía que vivía en Guantánamo y que era periodista independiente. Pero personalmente no había tenido el gusto. Y fue un gusto verdadero conocerlo. Es un valiente. Lo trajeron a Boniatico un par de semana después de estar yo allí. Llegó con un ojo amoratado. Los guardianes lo habían golpeado salvajemente. Luego él mismo me contó que el carcelero se había aprovechado de que estaba esposado y otros celadores lo sujetaban por la espalda para darle un puñetazo en el rostro. El hecho ocurrió porque había gritado: “¡Abajo Fidel Castro!” Nos hicimos amigos sin siquiera darnos un estrechón de manos. Nos abrazamos, con esposas puestas los dos, muchos días después cuando ya nos habían rapado la cabeza -y a mi la cara también- y nos estaban tomando fotografías para el expediente de prisioneros. Coincidimos

en la antesala de Boniatico y, antes de que los guardianes pudieran evitarlo nos fundimos en un abrazo.

La ola represiva se encrespaba, crecía, se acercaba. Tomó dimensiones de Tsunami política. Llegó a mi casa por la tarde. Cuenta Yolanda: *“Cuando el 19 de marzo de 2003, entre las 5:30 y 5:45 de la tarde abrí la puerta de mi casa a la policía política, supe que mi familia iba a ser cercenada y mi hijito de 9 años condenado a sufrir vejaciones. Esa tarde será inolvidable para nosotros, y sobre todo para nuestro hijo. Mi esposo, Manuel Vázquez Portal, y yo estábamos en el cuarto conversando cuando llamaron a la puerta. No fueron toques fuertes, más bien mesurados, lo que se contradice con el despliegue policiaco que hicieron al llegar al edificio los agentes de la Seguridad del Estado, según me contaron los vecinos. Muchos de ellos me comentaron que parecía que iban a capturar a Bin Laden: tres carros, dos motos. Catorce hombres subieron a mi apartamento con cámaras fotográficas, de video y otros artefactos propios e impropios de lo que se proponían realizar, todos vestidos de civil. El responsable del “operativo” me metió un papel por los ojos y terminó de empujar la puerta que yo sólo había abierto a medias. Me siguieron hasta el cuarto donde estaba Manuel y le mostraron la orden de registro. A partir de ese momento se dividieron en cuatro bandos, uno con Manuel en la habitación donde escribía, otro conmigo en el dormitorio, un grupo estaba en la sala con el jefe, quien se sentó a nuestra mesa a recopilar las “evidencias” y un último bando que entraba y salía de la casa sin cesar. Abajo había otro grupo más, en los alrededores del edificio, pero entonces yo no lo sabía. El niño estaba en ese momento en casa de un vecino y le pedí “al jefe” que me permitiera salir a decirle a éste que retuviera lo más posible al niño para que no estuviera presente en nuestra casa durante el registro. Ellos accedieron, recalcando que no eran monstruos y que no deseaban hacer daño a un niño. Me dejaron salir sin el carnet de identidad y así pude avisar a alguien quien se encargó de divulgar la noticia. Revisaron minuciosamente, con verdadera habilidad, mueble por mueble; gaveta por gaveta; hojeaban los libros, escudriñaban entre las ropas, leían los papeles, miraban las fotografías.(...) Nuestro hijo llegó por fin al*

cabo de cuatro horas, pues el vecino no pudo entretenerlo más tiempo. El niño miraba con ojos aterrorizados lo que estaba pasando en su casa y no entendía y preguntaba qué hacían esos hombres. Manuel y yo tratábamos de consolarlo y de darle alguna explicación. Se acurrucó en los brazos de su padre temblando como una hoja. Cuando vio los pasaportes le preguntó a Manuel: “¿Papá, y eso?” Y éste le respondió: “Esos son los pasaportes que ya no podremos usar”. Alrededor de las diez de la noche terminan de husmear en nuestro hogar y se llevaron a Manuel. Al despedirse el niño le preguntó dónde iba. “Voy a dar una vuelta con estos señores, cuida mucho a mamá y pórtate bien que volveré”. Ya se iba con su bolsa de aseo para que supiéramos que sería un largo paseo.”

Serían las once y media de la noche cuando entré a la celda 47 de Villa Marista. Desde mi casa hasta el cuartel general de la policía política cubana viajé “muellemente”: un auto Lada, ruso, como vehículo: un policía, mestizo, gordo, con cara de idiota agresivo, al timón; el jefe del operativo, en el otro asiento delantero; yo, emparedado entre dos policías, en el asiento trasero. Me ordenaron que pegara la cabeza a las rodillas y no hablara durante el recorrido.

Apenas llegado me despojaron de las pocas pertenencias que llevaba en una bolsa plástica, me quitaron el cinto y los cordones de los zapatos, pidieron mis datos generales, me tomaron huellas dactilares, me fotografiaron, me condujeron por un laberinto de pasillos -con cámaras vigilantes- y escaleras estrechísimas hasta un cubículo donde me ordenaron cambiar mis ropas por un uniforme de tela basta color verdeazul. De ahí a la celda. Ya era todo un preso.

Mis lentes de aumento habían quedado al resguardo de la policía política. Penetré en la celda sin poder identificar objetos ni personas. La celda me pareció una ratonera. Un metro y medio de ancho por tres de largo. Dos literas de armazón de hierro con dos niveles ambas. Un cuadrado de apenas medio metro de área servía de ducha y retrete a la vez. Una lámpara fluorescente eternamente encendida. Tres ocupantes desconocidos que me saludaron recelosos y yo saludé también con desconfianza. Transcurrieron unos treinta minutos. Los portazos, escándalo de hierro contra hierro, estremecían el lugar con breves intervalos.

“682”, gritó un guardián por una mirilla que había abierto desde fuera en la puerta de metal. Nadie se movió.

“682”, volvió a gritar el celador.

“Ese es usted”, me dijo uno de los inquilinos anteriores a mí.

“Dígame”, le respondí al militar.

“Prepárese”, me ordenó.

Me calcé y caminé hasta la puerta. El soldado cerró la mirilla. Se oyó un crujir de candado, un deslizarse de cerrojo, un chirriar de los goznes. La puerta se abrió. Tres guardianes en el pasillo.

“De frente a la pared”, manda uno mientras los otros cierran la puerta y me vigilan.

“Por aquí, mirando al frente, con las manos atrás”, dice imperioso otro.

Recorro un largo pasillo con celdas cerradas a ambos lados. Dan una contraseña. Se abre una reja. Camino. Me ordenan detenerme. Otra contraseña. Otra reja que se abre. Llegamos hasta un consultorio médico. Hay una militar con bata blanca. Me ausculta. Me toma las señas personales. Me pesa. Me mide. Me regresan a la celda.

Es más de media noche. No concilio el sueño. No puedo fumar. Me despojaron de mis cigarrillos y mi fosforera. La luz me molesta. Hay mosquitos. Los portazos no cesan.

Normando Hernández amaneció con diarreas. Me lo dice por la ventana del patio. A Villarreal se le están inflamando las piernas. Me lo dice por la ventana del patio. Juan Carlos tiene una erupción con escozor en los genitales. Me lo dice por la ventana del patio. Todos han pedido atención médica y no se la han brindado. Esto se está poniendo más feo de lo que nos pareció la madrugada en que llegamos.

Nelson Aguiar hace dos días no sale a tomar el sol. Él y Juan Carlos rechazan la hora de patio. Dicen que no tomarán sol hasta que no nos saquen a todos juntos. No me parece una buena idea. Se lo hago saber. Les digo que no es bueno para la salud mental permanecer por tanto tiempo encerrado, que esa hora de patio puede resultar una buena terapia, un tiempo para relajar, para liberar las tensiones provocadas por la soledad. Tengo otras razones. Quisiera explicárselas. Pero por el momento no es recomendable. Cualquier indiscreción malogrará el plan que me he propuesto, y creo mejor. El asunto radica en no desgastarse aquí dentro sino armarle al gobierno un buen escándalo en el exterior para reforzar la campaña internacional que se está llevando a cabo por nuestra liberación. Yenima es mi única cómplice en esto. Y eso, porque no puede hablar.

Juan Carlos quiere declararse en huelga de hambre. Expone que la situación es insoportable. No tenemos acceso a la prensa escrita ni radial. La alimentación es pésima. No hay iluminación en las celdas. Las plagas de insectos y roedores son inmensas. Solicitamos se fumigara y han hecho oídos sordos. Hemos pedido atención religiosa y no nos permiten el servicio de la iglesia. Nos informaron que las visitas familiares se reglamentaron cada tres meses, que las licencias conyugales cada cinco. Realmente es como para lanzarse a la huelga pero no me parece el momento adecuado, hay que dar tiempo a que las condiciones en la comunidad internacional maduren. Cualquier acto apresurado, imprudente puede quedar sin resonancia. Les escribo notas y les explico mis criterios, sin revelarles mis intenciones a mediano plazo. Con las notas hay que tener mucho cuidado. El penal está plagado de delatores. Nos las pasamos con suma precaución. Normando está de acuerdo conmigo en que todavía no es el

momento adecuado para la huelga. Hay que prepararse. Investigar con los más experimentados. Saber qué medidas tomarán las autoridades para sofocarla. Aprender cuáles son los mecanismos físicos y psíquicos para resistirla.

Yenima asiente y roe -nunca cesa de roer- cuando se lo explico. Ella sabe que estoy preparando una variante mejor. Me ha visto trabajar con esmero y cautela. Estoy convencido de que los resultados de mí plan serán más ventajosos que cualquier otra cosas que podamos hacer en estos momentos. Hace apenas dos meses estamos presos. Somos todavía, tanto en Cuba como en el extranjero, unos perfectos desconocidos. Hay que dar un golpe informativo contundente primero. Cuando el mundo sepa las condiciones infrahumanas en que nos mantienen, los sacrificios y crueldades a que han sometido a nuestras familias, redoblarán sus esfuerzos. Y eso es más importante que estragarnos de hambre, para, al fin no conseguir nada. Además, el gobierno tuvo la precaución de atomizarnos. No somos más de seis o siete en cada cárcel del país. Eso nos debilita como fuerza de choque. Por el momento no creo que la lucha deba ser frontal y física. Hay que apelar a la inteligencia. Y la inteligencia indica que el primer paso tiene, indefectiblemente, que ser informativo.

Mientras las condiciones me lo permitan trataré de evitar la huelga. Después acometeré lo que crea sensato en cada momento. Y si es inevitable me someteré al sacrificio. Pero por ahora nadie me apartará de lo que he planeado.

Cuando Sabino, el reeducador, vino por mi celda esta mañana yo estaba leyendo. Él recorre las celdas un par de veces por semanas. Se detiene ante cada reja y simula, pacientemente, que escucha las solicitudes y quejas de los presos. En realidad cumple una rutina que de nada sirve. Pero, por lo menos, aparenta que realiza su trabajo. Sabino es un hombre descompensado mentalmente. La guerra en Angola le dañó el sistema nervioso. Quizás él no lo sepa. O lo sabe y lo disimula. Pero de solo conversar con él por unos minutos se descubre su obsesión por la guerra. Se paró ante mi reja y me saludó con una cortesía inusual. Yo estaba en calzoncillos. El calor es agobiante. Y en calzoncillos permanecí. No creo en su cortesía, y no se la devolví. A boca de jarro le relaté como mi celda se inundaba todos los días con las aguas residuales del pasillo. El me contó sobre los ríos desbordados de Angola que las tropas cubanas debían atravesar en su avanzada hacia el Sur. Le expliqué que el techo de la celda tenía filtraciones y goteaba hasta después de terminada la lluvia. El

me narró los torrenciales aguaceros de Angola, las pésimas condiciones de las trincheras que se anegaban, y donde ellos debían permanecer por días, mientras de un techo fabricado con leños y paja se filtraba el agua a raudales. Le hablé de lo mala que estaba la alimentación y me describió el funche y la mandioca que comía en Angola. Me dieron deseo de sacarme el pene del calzoncillo, enseñárselo y preguntarle si en Angola había visto uno como ese. Hice un esfuerzo supremo. Me contuve. Con la mejor de mis sonrisas, mientras pensaba en lo que les estaba preparando, dije como admirado: “Sí la vida de (iba a decir los mercenarios de Castro en Angola) los internacionalistas en esa guerra fue dura”. Noto que mi respuesta le complace. Esboza una sonrisa que parece cínica pero es, en realidad, pueril. No creo que Sabino sea un mal hombre. Algo socarrón, eso sí, pero cuál de estos hombres no ha tenido que aprender la socarronería para sobrevivir en su oficio de ordeno y mando, de cumpllo y guardo silencio, de acato y no discuto.

A mi regreso del patio traía la información del estado de salud de mis compañeros. Eso me reafirmó el criterio de lo improductivo que podría resultar una huelga de hambre en este momento. Por otra parte medité en la edad de cada uno: solo Normando, Próspero y Juan Carlos no llegaban a los cincuenta años. Sería gastar recursos en vano. Más adelante, y teniendo en cuenta el eco en el exterior, se podría manejar la posibilidad de una huelga bien organizada y con cobertura mediática internacional. Pero para eso había que llamar la atención primero. Lo que yo estaba preparando me parecía el mejor primer paso por parte de nosotros. Yemina me dio la razón, comió opíparamente, cagó despampanantemente y se quedó mirando cómo yo escribía este soneto, con estrambote, para, como se dice en jerga beisbolera, ir calentando el brazo:

*Añoro el inodoro de mi casa
-éxtasis cagatorio sin apuros-.
Añoro mi colchón, sin grumos duros,
que me muelen los huesos como maza.*

*Añoro la muchacha que no pasa
y me pregunta con sus ojos puros
por los dulce poemas, los oscuros
dilemas. Añoro la humeante taza*

*de café, que con sus manos cálidas
cada tarde me brindaba Yolanda;
añoro los retozos de Gabriel,*

*sus brazos en mi cuello –mi bufanda
mejor- añoro su dormir, el beso aquel
que me puso en las mejillas pálidas
al salir de mi casa, detenido,
por escribir del tema prohibido.*

Jueves y viernes los pasé sin fumar. Comprendí cómo era el juego. Iban a tratar de quebrarme. ¡Imbéciles! No sabían que la aparente docilidad iba a ser mi mejor arma contra ellos. El viernes en la noche comencé a exigir mis cigarrillos de tal modo que pareciera una crisis por ausencia de nicotina. Golpee la puerta de acero en repetidas ocasiones y siempre, al guardián que abría la mirilla, le pedía, de forma airada, los cigarrillos que había traído conmigo la noche del arresto. El pobre hombre, respondía que eso lo debía autorizar el instructor del caso. Repetí tanta veces la operación que por fin me sacaron de la celda. Creyeron que ya estaba maduro. El primer teniente Amaury Manuel Cabrera Gómez me esperaba sentado tras un buró. Llevaba unas gafitas ridículas y por debajo de la camisa verde oliva otra camisa de civil. El acondicionador de aire enfriaba con fuerza. Antes de llegar allí yo había recorrido el mismo laberinto de pasillos y escaleras que anduve el primer día, pero a la inversa. “Aquí, mirando la pared” decía uno de los guardianes que me conducía. Contraseña. Reja que se abre. “Continúe, con las manos atrás”. “Aquí, mirando la pared”. Contraseña. Reja que se abre. “Continúe, con las manos atrás”. Así hasta llegar a la oficina de doble puerta. Me recibe el instructor.

“¿Cómo te sientes?” Me pregunta.

“Me siento bien, el problema es cuando quiero levantarme”. Le repito el mismo chiste que he usado desde la noche en que me arrestaron.

“Cómo está la comida”.

“Mejor que la que come el 80% de los cubanos”.

“No diga eso, aquí, en la casa más pobre, se comen un bistec”.

“Es que yo soy bizco, no veo bien; creía que era picadillo de soya”.

“Vamos a dejar el cinismo”.

“No es cinismo. Soy estrábico de verdad, y hace tanto que no veo un bistec, así, cualquiera se confunde.

“Debe firmar la orden de arresto” Y me alarga un papel.

“No puedo”.

“¿Por qué?”.

“Los espejuelos. No veo. Sin leer no voy a firmar.”

“No hay problemas”. Se recuesta en la silla giratoria. Presiona un timbre oculto entre las gavetas del buró. Se abre la puerta. Aparece el guardián. Es un rubito con jeta de *bull dog*, uno de los que me trajo desde la celda. Da la orden de que me traigan los espejuelos. Los cigarrillos me los había dado de un paquete que traía en el bolsillo de la camisa. Solo cinco cigarrillos. Sale el *bull dog*.

“Tu esposa es joven”. Me dice. Comprendo por dónde viene. Es un tarado. Cree que todas las mujeres traicionan a los hombres cuando caen presos. Él, y los otros van a tener tiempo para conocer a Yolanda. Voy a hacerle un chiste: “Cuando se ponga vieja, la cambio”, recuerdo a Pablo Picasso. Reflexiono. No. No se lo merece. Y a lo mejor pierdo mí tiempo porque no conozca de Picasso más que alguno de sus cuadros famosos. Le respondo que sí, que es joven. A renglón seguido le pregunto si ya comenzó la guerra en Irak. Me responde que sí. Le dije que es un buen momento para arrestarnos. Se sulfura:

“¡Para la revolución cualquier momento es bueno!”

Lo tengo. Ya es mío. De ahora en adelante voy a hacer con él lo que me dé la gana. Digo, si sus superiores cometen la torpeza de dejármelo para nuevos interrogatorios. Le hallé fácil el lado flaco. Frente a obviedades responde con rudeza. Pienso en los animados infantiles rusos: “*Liebre, deja que te coja...*”. No lo volví a ver hasta el día 4 de abril. El día de la farsa que ellos nombraron juicio. El instante propicio, para con testigos, mostrarle una parte de mi rostro verdadero, sin que pudieran negarlo o tergiversarlo.

El resto fue simple. Llegaron los espejuelos. Me los puse. Tengo barba, tengo pelo revuelto, tengo espejuelotes. Ya soy yo. Veo mejor al joven oficial Amaury Manuel Cabrera Gómez. Descubro por qué la silla donde permanezco es tan rígida y no pude pegarla al buró cuando lo intenté a mi llegada. Está empalmada al piso. Valientes que son los policías políticos. Así nadie se las puede estrellar en la cabeza. Leo la orden de arresto. Digo que no la firmo. Me dice que no tiene importancia, que con la firma de los dos guardianes que me condujeron hasta allí como testigos, basta. Le digo que si le hace algunos cambios la firmo. Vuelve a caer en la trampa. Le doy mi opinión sobre el significado de algunos vocablos utilizados. Puro entretenimiento semántico mío para com-

probar hasta dónde quiere llegar para lograr que le firme el papelucho. Es muy joven, y como joven, ambicioso, quiere méritos, quiere hacer carrera. ¡Infeliz! No sabe que yo sé que da lo mismo que firme o no. Esto ya está cocinado en las altas esferas. El no es más que un simple monigote para hacerlo efectivo. Si nos van a condenar, la condena ya está dictada. Manda hacer los arreglos que le propongo. Fumo mientras esperamos. Vuelven los papeles con las enmiendas. Creo que se los volví a enmendar y creo que volvió a enviarlos y creo que regresaron corregidos. Me había divertido. Se los firmé. Primera muestra de supuesta docilidad. Ya creían tenerme en sus manos. Ellos ahora tienen la ventaja. Estoy incomunicado. No tengo por testigos más que al instructor, a los policías que me llevan y traen, las cámaras ocultas y los micrófonos instalados. Me tienen a sus expensas. Debo parecerles una mansa ovejita hasta el momento propicio para ponerlos en ridículo. Le solicité más cigarrillos. Accedió. Nos vamos entendiendo. El tablero está listo. Ha empezado la partida. De regreso a la celda.

¿Quién será este zoquete? Camisita a cuadros. Jean de medio pelo. Barriguita cervecera. Rosquitas adiposas en la cintura. Rostro rubicundo. Ojillos azules. Voz engolada. Gestos de guapetón barato. Un absoluto coprófago. En el mejor de los giros del habla popular cubana, un reverendo comemierda. Me doy cuenta enseguida. Es el teniente coronel que vino de la Habana. Anda acompañado por un séquito de guatacas: un mayor de aquí de Santiago, Arrate, el oficial de la policía política que atiende la cárcel de Boniato, y dos guardianes del penal. Quiere asustarme.

“Pórtate bien, Vázquez Portal”, me amenaza.

“Yo no me porto, yo soy”.

“Yo sé bien quien tú eres. Aconseja a tu mujer. Dile que lo que está diciendo a la prensa puede costarte, y costarle caro”.

“Ella sabe lo que hace y lo que dice. En mi casa existe la libertad de expresión.”

“Está diciendo mentiras”.

“Está diciendo que me han encarcelado por escribir.”

“Por decir mentiras”.

“Yo no trabajo en *Granma*”.

“Te digo que te portes bien”.

“¡Oye, ñoetumadre, vete a amenazar a lojombre a otro lao que aquí nadie come miedo!” Le grita Raumel Vinajera desde la celda de enfrente. Veo al teniente coronel enrojecer aún más. Su rostro se congestiona. Se vuelve hacia Raumel.

“¿Tu eres guapo?”

“Yo soy un pingú” Le grita Raumel. “Abre la reja p’a demostrártelo.” Se arma el vocerío. Otros presos comienzan a gritar, a ofender a las autoridades que, de repente, han perdido la autoridad. Le hago señas a Raumel para que no discuta. Pero Raumel sigue con la andanada de insultos conminado a que le abran la reja. El teniente coronel, con su séquito de guatacas, se retina resonando los zapatos por el pasillo.

Raumel Vinajera es un negrón de casi dos metros. Vive en Palma Soriano. Está preso por un delito de atentado. No es un terrorista. No ha dinamitado un edificio. No ha preparado un atentado armado contra El Máximo ni contra el alcalde municipal de su pueblo natal siquiera. Simplemente le sonó par de bofetadas a un policía que le faltó al respeto en una fiesta popular. Fue él quien me explicó quiénes eran los hermanos Agustín y Jorges Cervantes el día que los derribaron del muro que bordea Boniatico. Los muchachos se habían subido y gritaban consignas contra el gobierno. Vino un enjambre de guardianes. Ninguno se atrevió a subir para bajarlos. Vino la policía política, con otra miriada de carceleros. Ninguno se atrevió a subir para bajarlos. Vino el jefe de Orden Interior de la prisión con una legión de presos sobornados con promesas de visitas familiares y licencias conyugales. Y los presos subieron al muro y los rodearon y los acosaron y los derribaron violentamente. Agustín cayó desde lo alto contra el suelo reseco. Allí quedó tendido. Inconsciente. Unos presos lo cargaron y lo trasladaron al hospital. Fue el primer suceso verdaderamente triste que presencié en Boniatico. Después vendrían otros. Pero ese me impresionó hondamente.

Esa misma tarde, por orden del valiente teniente coronel que nos visitara, Raumel Vinajera fue trasladado hacia otra parte del penal. No volví a verlo. Estaban intentando sofocar cualquier tipo de manifestación solidaria con nosotros. Pero, sobre todo, estaban cortando cualquier influencia que pudiéramos ejercer sobre el resto de la población penal.

Al otro día Normando y yo comentamos la visita del teniente coronel. Era innegable que las mujeres estaban dándoles dolores de cabeza a la policía política. Nos habían llegado informaciones de que un grupo de esposas, vestidas de blanco, asistían cada domingo a la misa de la iglesia de Santa Rita, en Miramar, y que no pasaba un día sin que alguna de ellas hiciera declaraciones a la prensa extranjera, explicando las condiciones en que extinguíamos nuestras largas e injustas condenas. Ese día me reafirmé en la idea de que había que reforzar el trabajo de Las Damas de Blanco, que así comenzaba la prensa a llamar a las esposas, desde dentro de las cárceles. Mi plan se me convirtió en un compromiso moral con Yolanda y con las otras mujeres de mis compañeros.

Mumúa canta para entretenerse. Hectico, el carnicero, y yo jugamos a las damas. Improvisamos un tablero en el tablón de su litera: los cuadros blancos, con pasta dentífrica; los negros, del color del tablón; las piezas, pedazos de papel que ripiamos de una revista. Cachirulo, tirado en su camastro, se revuelve de dolor de cabeza. Tiene medio cráneo de platino. Estos son los inquilinos que encontré en la celda 47 de Villa Marista la noche que perdí el nombre y comenzaron a llamarme por el simpático apelativo de 239682, el número que habían puesto a la altura de mi pecho cuando me fotografiaron para darme alojamiento en el antiguo recinto de los curas Maristas de Ciudad de la Habana.

Mumúa me ha contado que su pasión son los caballos. Me habla de puras sangres y de percherones, de tordos y canelos. Hubiera sido un magnífico jockey si existieran los recreos hípicas. Apenas alcanza los cinco pies de estatura y no ha de pesar siquiera cincuenta kilogramos. Sus ojos se iluminan cuando le cuento de Clementina, mi yegua de la infancia.

Hectico, el carnicero, ama los automóviles. Las manos se le crispan, como aferradas a un volante, cuando comentamos sobre el film “*Rápido y Furioso*”. Me cuenta que ha visto la película como veinte veces. Vive en la calle Figuras, en el reparto Los Sitios, a dos cuadras de casa de mi hermana Xiomara. En los primeros días se me hizo sospechoso que departiéramos con personas comunes, que frecuentáramos lugares comunes. Me pareció ver en él a un agente encubierto, sembrado en mi celda de antemano, con el plan de ganarse mi confianza y sacarme la información que los instructores no pudieran. A él le ocurrió lo mismo, creyó que el agente era yo. Y nuestras primeras conversaciones fueron un duelo de estocadas sutiles, de frases cargadas de doble filo, de preguntas capciosas y respuestas enmascaradas. Yo no tenía nada que esconder. Era un simple periodista independiente, y eso, la policía política lo sabía de sobremanera. ¿A qué tanto rejuego con Hectico entonces? El primer acuerdo fue no decirles a nuestros familiares que nos habíamos conocido. Si lo hacíamos, nos separaban. Todas las conversaciones, cuando nos dan los cinco minutos de

visita, quedan grabadas, y en caso de que se sepa de amistades dentro de las celdas, inmediatamente los separan.

Cachirulo –nunca llegué a saber su nombre verdadero- se ha pasado casi toda su vida preso. En la cárcel fue que consiguió ese medio cráneo de platino que le produce intensas y frecuentes cefaleas. Un machetazo en una bronca en la cárcel. Tiene el cuerpo repleto de cicatrices. Es hijo de un Héroe Nacional del Trabajo de la rama del ferrocarril. Cuando no se está riendo, se está quejando de sus dolores.

Aquí, con mis supuestos “narcotraficantes”, he pasado varios días. Ya tenemos pocas mentiras que contarnos. Siguen los portazos. Sigue la luz encendida las veinticuatro horas. Siguen los “682, prepárese”. Siguen los “Mirando la pared”. Siguen los “Continúe”. Esta noche conozco a mi segundo instructor. Ignacio Cantero se llama. Es Mayor, no de edad, sino que lleva una estrella en el cuello de su camisa y está jerárquicamente por encima del capitán. Alto. Gordo. Negro. Se abre la doble puerta de la oficina. Entro. Segundo interrogatorio. Quiere saber el Mayor cuántas veces he ido a la Oficina de Intereses de Estados Unidos en la Habana. Le hablo de la garita que tienen instalada en la esquina de la Oficina y del largo protocolo que miembros del Ministerio del Interior efectúan cada vez que alguien va a visitar la sede diplomática. Con ello le doy a entender que deben saber cuántas veces yo he asistido, que son raras, escasas. Hace caso omiso. Quiere que sea yo quien se lo cuente. Me alarga una hoja de papel en blanco y un bolígrafo.

“Escribalo ahí”. Me dice. Ya entiendo. Quiere una declaración por escrito. Es realmente torpe. Subestiman a la gente. Se creen que porque forman parte de la Contrainteligencia cubana son inteligentes de verdad. La partida que había abierto con el Primer Teniente Amaury Manuel continúa. Variante Lomaciega. Lomaciega es la zona campesina donde nací.

“El problema es que no tengo cigarros, y yo sin cigarros no puedo escribir”. Le explico.

Asunto resuelto. Timbre, camuflado entre las gavetas, pulsado. Guardianes que aparecen. Orden de que se lleven a la celda a buscar los cigarrillos. Los tomo. Regreso a la oficina. Me arrellano en mi silla rígida, empotrada al piso. Critico la mala decisión de que sea la Seguridad la encargada de llevar adelante la Operación Coraza, digo que debía ser la Policía Nacional, el departamento

antidroga quien debiera hacerlo. El hombre guarda silencio. Explico que eso puede dañar la imagen que tiene el pueblo de la Seguridad, le recuerdo la serie televisiva “*En silencio a tenido que ser*”. Busco el filón novelesco que lleva dentro todo policía; en fin, quiero engordarle el ego para continuar con la diversión. El hombre guarda silencio. Le tiene más miedo a las cámaras y micrófonos ocultos que yo. El sabe que yo sé que esa decisión fue tomada muy arriba pero no se atreve a comentar. Debe saber que tal decisión se tomó porque las altas esferas no confían en la eficiencia de la Policía Nacional, que hay sospechas de corrupción entre sus filas. Se está conservando. Arremeto entonces contra la cobardía de algunos ministros para rebatir ideas descabelladas, por miedo a perder su posición. El hombre guarda silencio. El sabe que en Cuba los ministros son, a lo sumo, viceministros del único y verdadero ministro. Me arriesgo más. Le digo que Celia Sánchez sí tenía ovarios para contradecir a Fidel. Cosa que no creo haya hecho nunca. Se rumorea que lo amaba demasiado. El hombre guarda silencio. Está bien entrenado. No por gusto ha llegado a Mayor. Quiero engatusarlo, hacerlo decir algo que lo comprometa pero el hombre parece perseguir un solo objetivo: que yo le escriba una declaración que luego el pueda enarbolar como prueba de su eficacia. Variante “Tumba Cuatro”. “Tumba Cuatro” es un barrio de mi pueblo, Morón. Tomo el papel. Elogio su bolígrafo. Es de donación. Quizás alguno de los incautados en los registros efectuados a los opositores y periodistas independientes. Me ajusto los espejuelos. Comienzo a redactar mi declaración. Me tomo todo el tiempo. Dibujo mi letra más legible. Hace mucho no escribo a mano, y cuando me apuro, realmente, lo que trazo son garabatos. El hombre se reclina y me observa. Fumo y escribo. Se me reseca la boca. Pido agua. Me la brindan, fría, sabrosa. Escribo y fumo. Le suelto el chascarrillo de que es la primera vez que escribo vigilado, tan de cerca quiero decir, por un Mayor. El hombre sonrío ligeramente. Eso quiere decir que la cámara debe estar frente a mí. De lo contrario no se hubiera permitido el lujo de la sonrisita, imperceptible, fugaz, pero sonrisa al enemigo. Firmo mi testimonio acusatorio. Tendremos una auto acusación auténtica, a la vieja manera stalinista. El hombre está satisfecho. Manda mecanografiar los papeles. Debo decir digitalizar, que ya en Villa Marista hay computadoras. Conversamos. Conversamos. Vuelven los papeles, ya impresos, para que los firme. Los leo con calma. Encuentro algunos errores. Se lo digo. No hay problemas.

“Ahora mismo los mandamos a “enmiendar”, me dice.

Río para mis adentros. Este es el hombre ideal para la variante “Tumba Cuatro”. Mi actitud, mansa, complaciente lo ha convencido de que lo escrito es lo que esperaba de mí. Conoce tan bien el idioma que no desconfía de él. Y de mí mucho menos. Yo estoy madurito. Dispuesto a colaborar con mi propia condena. Se van los papeles. Conversamos. Vuelven los papeles. Se los firmo. Nos despedimos amigablemente. Parecemos dos escolares jugando al villano y al policía. Cuando se acabe el juego, cada uno para su casa. ¿Son tan imbéciles que creerán que los demás son imbéciles? No. Son cínicos, engreídos, engolfados por el miedo que les tiene la población. Deja que alguien con dos onzas de seso lea mi declaración. Ignacio Cantero se llevará una sorpresa.

Exaltado. Enojadizo. Irritable. Soy una bola de testosterona. “¡Yenima, por tu madre!” Si yo fuera Mickey Mouse, cómo nos íbamos a divertir. Llenaríamos Boniatico de guayabitos comilones, fornicantes y cagones. La testosterona es mala para los pensamientos. No te deja concentrar. Te pone a imaginar libidinosamente. Todo lo que te rodea te sugiere voluptuosidad y humedades. Añoras el olor de la hembra. Recuerdas vívidamente todas tus aventuras eróticas. No te deja sesos más que para el llamado de la carne.

Es junio y ha llovido muy poco. El calor es agobiante. Normando y Próspero ya disfrutaron de sus licencias conyugales. Sus esposas les han traído noticias. El gobierno español que preside José María Aznar está haciendo presión. La Unión Europea nos apoya. Amnistía Internacional nos ha declarado presos de conciencia. Senadores y Representantes franceses nos están apadrinando. Decenas de intelectuales de todas las tendencias han elevado sus protestas. ¡Y el diario! El diario ya está circulando por todo el mundo. Ha tenido una resonancia mayor de la que yo esperaba. Río socarronamente cuando Normando me lo cuenta:

“Vázquez -me grita desde la ventana cuando estoy en el patio- me dijo Yaraí que hay un testimonio de uno de los 75 que le está dando la vuelta al mundo, en todos los idiomas. Tremendo palo. Ella no sabe el nombre de quien lo escribió pero me contó que lo describe todo. Me contó también que Rolando Cartaya, el de Radio Martí hizo un programa con poemas tuyos y que lo ha repetido un burujón de veces. El programa se llama “Voces Encarceladas”. También me contó que mi madre se reunió con Lincoln Díaz-Balart y que el apoyo que tenemos es grandísimo. Willy Chirino brindó un concierto en nuestro honor y donó el dinero recaudado para ayudar a nuestros familiares. ¡Esto se está poniendo bueno!”

Normando habla a voz en cuello. No puede contener la euforia. Yo le pido prudencia. Los guardianes están oyendo. No se pierden ni una palabra de las de Normando. Yo sé que entre ellos hay muchos que no les dan importancia a lo que escuchan, pero sé también que hay otros que lo contarán todo a sus superiores. Y todavía tengo planes secretos.

Me voy a la celda rebosante de alegría. Iba a abrazar, besar a Yenima pero sé que si me le acerco demasiado saldrá huyendo. Nuestro amor es totalmente platónico. No va más allá de miradas arrobadoras, frases galantes, silencios cómplices. Sin embargo hoy la veo más caderuda que otras veces. Hoy me parece más bella, más sublime, más elástica, más subyugante. ¡Yenima, por tu madre! Si yo fuera Micky Mouse.

¡Al fin mi licencia conyugal! Cuatro meses de abstinencia. Estoy nervioso como un escolar en su primera cita de amor. Me sudan las manos. Me huelo para comprobar que no apesto a celda. Apenas amaneció me di un baño minucioso, me revisé las uñas, me cepillé los dientes con esmero, me puse desodorante en abundancia, lustré los zapatos –única prenda de vestir que me dejaron la madrugada que me disfrazaron de preso-, me afeité cuidadosamente. Fui al encuentro con mi esposa.

Las habitaciones de las licencias conyugales son un chiquero. Huelen a humedad, a fluidos resecos, a orina vieja; apestan a promiscuidad. Me condujeron esposado. Me habían requisado minuciosamente. Mi esposa también fue requisada humillantemente por una oficial de la penitenciaría. Cuando cerraron la puerta escuché un friccionarse de cerrojos, un chasquido de candados, un murmullo de voces cercanas. Quedé pasmado, anonadado. No pude apartar la idea de que Yolanda en ese momento estaba también presa. Todas las inhibiciones del mundo se apoderaron de mí. No atiné sino a preguntarle si me había traído café. Asintió, turbadísima. Me alcanzó un pequeño termo. ¡Ah, delicia del adicto a la cafeína! Sorbí con fruición. Un cigarrillo tras otro. Escuché a Yolanda contándome las noticias de la familia, de Cuba, del mundo. Se acabaron las tres horas. Otras requisas. Otra vez las esposas. Otra vez la soledad de mi celda.

Escribía este poema cuando Sabino, el reeducador, mandó llevarme hasta su oficina:

AMOR CONTRA RELOJ.

**¡Qué hermosa eres, amor mío,
qué hermosa eres!**

El Cantar de los Cantares.

*Después de cinco meses
me han prestado a mi esposa por tres horas.*

*Ese es el reglamento:
una guardia al umbral,
un cacheo indecente,
yo que llego esposado.*

*Ella
vino de lejos:
de un lecho que le di junto a la playa,
de un lugar intrincado de mi espíritu,
de un silencio jadeante
que nos cortó
el aliento en el último invierno,
de un andén que los trenes desconocen.*

*Bella y nerviosa ella,
como una novia inhábil,
me esperaba arrobada
con el rostro encarnado.*

*Yo,
casi cohibido,
como un tierno escolar
en su primera cita.*

*¡Qué hermosa eres, amor mío,
qué hermosa eres!*

*¡Qué sórdido el lugar
y qué grotesco
el gesto de mis benefactores!*

*¡Quién pudiera ser bestia
y revolcarse!*

-¿Por qué no conversamos?

*Cuéntame del mundo,
del sol
y de las yerbas.*

No hablaré de la cárcel.

Volveremos a amarnos al morir los relojes.

¿Qué querrá Sabino? ¿Algún problema? Me calmo. Guardo los papeles. Saco las manos. Cholo me pone las esposas. Cholo es el otro miserable del penal, compinche de Kindelán. Son los tipos más odiados en Boniatico. Me conduce a la oficina del reeducador.

Sabino furioso. Trata de disimularlo pero la rabia le brota por los poros. Elige las palabras. Me da la impresión que tartamudea. Está pálido. Me extraña que no haya ordenado quitarme las esposas. Siempre lo hace para dar un tono amistoso a sus conversaciones conmigo. Teme alguna reacción mía. Lo noto cauteloso. Cholo alerta. Amaza la tonfa. Me mira con ojos que quieren ser amenazantes. Al fin Sabino me explica que le incautaron unos papeles míos a mi esposa. Comprendo su furia. El mismo había estado presente cuando me requisaron para salir. El hecho de que aquellos papeles hubieran estado frente a su nariz y no los hubiera descubierto, lo sumía en el ridículo. Fue la oficial que requisó a Yolanda, a la salida, quien los descubrió. Me sobrepuse a la sorpresa. Le dije que yo no era culpable, que su deber era encontrarlos, y el mío pasarlos subrepticamente ya que ellos no respetaban la privacidad de la correspondencia. Para mortificarlo elogí la eficacia de la oficial del pabellón de licencias conyugales. Me amenazó con las consecuencias de mis actos. Le dije que lo lamentaba pero que lo seguiría haciendo con métodos más refinados. El me respondió que ellos también usarían métodos más sutiles. Quedó declarada la

guerra. Me devolvieron a mi celda. Cholo se quedó con los deseos de sonarme tres o cuatro tonfazos.

Todo ocurre muy rápido. Parece que los superiores de Ignacio Cantero no mordieron el anzuelo. Quizás entiendan mejor el español. Me han sacado para una oficina más amplia que las otras. Una señora, muy atildada ella, aguarda por mí. Me entrega la petición fiscal y me pide que la firme. No demoro mucho. El fiscal solicita para mí la ridícula cifra de 18 años de privación de libertad. Pregunto si puedo asumir mi autodefensa. Me explican que eso se puede decidir luego. No quiero que mi familia gaste dinero en abogados. Que la fiscalía ponga uno de oficio. Total. La defensa podrá hacer muy poco. Nuestras sentencias están ya dictadas. Se lo digo a Yolanda y a Xiomara cuando vienen a visitarme. Ellas se empeñan en nombrar un abogado. Y lo nombran. Y yo no lo conozco hasta cinco minutos antes de entrar al set de televisión; quiero decir, a la sala de juicios.

Regreso a mi celda. Leo con más calma los legajos. Hectico, Mumúa y Cachirulo se aterran cuando les digo que la petición fiscal es de 18 años.

“¿Y tú lo dices riéndote?” Exclama Hectico. “Si a mí me piden nada más que la mitad, me echo a llorar, y no paro hasta el día del juicio”.

“Esto es una comedia, Hectico, una farsa”.

Dormimos. Comemos. La comida ha ido empeorando. Jugamos a las damas. El Torito, un guardián con cara vacuna, se ha empeñado en que no juguemos. Nos ha quitado en varias ocasiones los trozos de papel que sirven de fichas. Hectico tiene malas pulgas y lo ha insultado varias veces.

“La cabeza, Hectico, la cabeza. Ellos tienen la fuerza”. Le digo. “¿A qué se te parece?”.

“Tiene cara de vaca”.

“Vamos a nombrarlo el Torito, y cada vez que el Torito se asome por la mirilla que nos vea jugando a las damas”.

“Pero nos quita las fichas”.

“La cabeza, Hectico, la cabeza. Ves ese periódico *Granma*. No hay Dios que se lo lea. Vamos a hacer con él diez o doce juegos de fichas. Con el papel más gordo, y de colores, del forro de esa revista, hacemos las fichas verdade-

ras. Cada vez que el Torito nos pida las fichas, sin discutir, les damos las de periódico. Y así hasta que se canse o termine su turno de guardia

Hectico ríe. Mumúa canta. Cachirulo no sabe jugar a las damas.

Hace como diez días no nos cambian el uniforme. Ya el mío comienza a quedarme holgado. He adelgazado. Me ha crecido mucho el pelo y la barba me llega casi al pecho. El primero de abril se abre la mirilla.

“682” Grita un hombre vestido de civil.

Me pongo en pie. El hombre me entrega por la mirilla un uniforme nuevo. “Ya era hora de que nos los cambiaran”, pienso.

“Pruébeselo”, me ordena. Y permanece en la mirilla.

Me pruebo el uniforme. Me está bien. Tiene olor de almacén. Aún conserva la etiqueta. ¡Claro! El show de la Mesa Redonda, se me olvidaba. El juicio es el día 4. No nos van a presentar hechos unos zarrapastrosos. Devuelvo el uniforme por la mirilla. Vuelvo a ponerme el viejo, manchado, mal oliente que he usado durante los últimos diez días.

Mumúa canta. Cachirulo se queja del dolor de cabeza. Lo llevan a la enfermería. Lo inyectan con un sedante. Hectico y yo jugamos a las damas.

El día 3, casi de madrugada, me traen el uniforme nuevo y un desayuno diferente al de los demás. Es el juicio. Me conducen hasta el mismo lugar por donde entré la noche del arresto. Permanezco en un banco, esposado. Los policías revisan papeles, rebuscan, consultan. Se oye una contraseña. Antes de que se abra la reja me esconden en un cubículo. No quieren que vea a mis compañeros. Me sacan del cubículo. Consultan, rebuscan, revisan papeles. Evidentemente se han confundido. Mi juicio no es hoy. Me devuelven a la celda. Me despojan del uniforme nuevo, impecable, telegénico.

Cachirulo duerme. Hectico y yo jugamos a las damas. Mumúa canta.

Juan Carlos me felicita. Ileana, su mujer le contó sobre el diario. No estoy contento, debía estarlo, pero no lo estoy. Yo había preparado el segundo envío con mucho cuidado. Pero me confié. No tuve en cuenta que esta vez no serían Sabino y los otros fronterizos los únicos que requisarían. La oficial del pabellón de licencias conyugales fue más lista que ellos. No tuve en cuenta esa posibilidad. Cuando hablé con Yolanda, por teléfono, bajo la atenta mirada de Sabino, que anotaba mis palabras en una agenda, supe que la mayor parte del segundo envío del diario había sido descubierto. Solos los primeros días de junio se habían salvado. Qué lastima. Cuando lo cuente nuevamente ya no tendrá la frescura de esas páginas escritas bajo la presión de la cárcel y la enamorada mirada de Yenima.

Yolanda se preocupa mucho por las amenazas de castigo que me hizo Sabino. Traté de restarle importancia al asunto. Le expliqué que lo más que podían hacer era “jalarle las orejas” a Sabino, por torpe en su trabajo, y suspenderme una visita o una licencia conyugal a mí. A ella le pareció desastroso. No comprendía cómo yo lo tomaba con esa calma. Al fin, el embrollo quedó sin consecuencias, pero Sabino me tenía el naípe guardado. Lo que decía el diario echaba por tierra todo el cacareo del gobierno cubano y su principal vocero, el canciller Felipe Pérez Roque, a sólo tres meses de los sucesos de lo que ya la prensa internacional llamaba “*La Primavera Negra de Cuba*”. En él se desmentían todos los argumentos esgrimidos para encarcelarnos y se mostraban las verdaderas condiciones en que extinguíamos nuestras condenas. Pero sobre todo, había puesto en ridículo la infiltrabilidad del sistema de máxima severidad en que nos mantenían y la eficiencia de los carceleros. Sabino, el reeducador, y Arrate, el oficial de la policía política que “atiende” la cárcel de Boniato, deben haber recibido un buen rapapolvos por parte de sus superiores. Lo intuí por lo frecuentes que se tornaron las visitas de altos oficiales de la dirección nacional del país a la cárcel.

En esos días desfilaron por Boniatico Generales y Doctores en procesiones abundantes. Parecían estar corroborando lo que decía el diario. El último en

presentarse fue el mofletudo Aramís. Una tarde lo vi aparecer, balanceando su gordura, frente a mi celda. Simulé que no lo recordaba. Hacía mucho tiempo no lo veía. Me habló del diario. Me dijo que lo había leído. Fue el primero en confesarlo. Todos los demás habían obviado el tema. Pretendían restarle importancia. No deseaban convertirse en propagadores internos de la noticia que ya toda la comunidad internacional conocía. Y más que todo deseaban que yo no me percatara de la resonancia que había tenido. ¡Bahhh, ni que yo necesitara de un estímulo externo para seguir jodiendo!

Aramís es el oficial de la policía política que, desde la fundación de la prensa independiente en Cuba, la persigue, acosa e infiltra con delatores a su servicio. Ha ido ascendiendo en la misma medida que ha ascendido el movimiento periodístico independiente cubano; así que debía ser General —como la prensa independiente— pero no lo es. No conozco su grado militar. Nunca quise averiguarlo. No me interesa.

Aquella tarde hablamos de muchos temas. El llevaba sus objetivos y yo tenía el mío. Uno sólo. Hacerle saber, a él y a sus superiores, por medio de él, que la prisión no me acoquinaba, que iba a estar ahí, en mi celda de castigo, todo el tiempo, que creía que era una locura lo que habían hecho, que les iba a hacer pagar un precio —político— alto por sus torpezas, y que no me rendiría.

Ya para entonces sabía que no podría volver a mezclar a Yolanda en los envíos de información desde la cárcel. En lo adelante sería requisada con minuciosidad y, lo más seguro, sería la policía política quienes se encargarían personalmente de hacerlo.

Trabé relaciones con algunos presos políticos que llevaban más tiempo en prisión y preparamos planes para lograr la salida de la información. Carlos Luis Díaz Fernández, quien hubiera dibujado las celdas que acompañaban mi diario, fue de gran ayuda. No volví a usar a Yolanda para esos menesteres. Pero las crónicas, los poemas siguieron saliendo. Mi compromiso con Sabino y con Aramís fue cumplido. No me callé.

“Y así llegamos al 4 de abril de 2003, -cuenta Yolanda- día en que Manuel y otros tres acusados fueron juzgados. Ese día Xiomara y yo nos levantamos muy temprano y alrededor de las 6:30A.M llegamos al tribunal de 100 y 33, donde se celebraría la vista. En la calle de entrada al edificio había un carro patrullero. Nosotras cogimos por la acera de enfrente y, encomendándonos sólo a Dios, entramos hasta el portal del tribunal. Ya había, a esa hora, muchos hombres vestidos de civil pero con wolkie-talkies. Después fueron llegando más policías, oficiales del MININT y algunos que supuse serían agentes de la Seguridad. También llegó un teniente coronel, que me pareció que era el que daba las órdenes afuera. Desde donde estábamos sentadas se veía, en el paseo de la calle 100, a un grupo de personas que supongo era el resto de los familiares de los acusados. Recuerdo que uno de los oficiales le preguntó quiénes éramos nosotras y el aludido respondió bajando la voz “familiares”. Me dio la impresión de que no estábamos en el lugar adecuado. Sentadas desde nuestro banco en el pórtico del tribunal, vimos traer a los prisioneros, cada uno en un carro de policías custodiados por dos guardias y el chofer. Venían esposados como criminales de alta peligrosidad. Desde allí pude enviar un beso a Manuel que me respondió con una sonrisa. El juicio debía comenzar a las 8:30A.M. pero debido a que los abogados llegaron atrasados (¡estos camellos!) empezó mucho más tarde. A la sala donde se celebró, nos entraron primero a los familiares, madres, esposas, hijos, hermanas y hermanos y después llegaron unos grupos de personas que no conocíamos y se llenaron los bancos. Yo me alarmé porque sabía que otras dos hermanas de Manuel venían en camino desde Morón para presenciar el juicio y salí a decirle al acomodador de las personas de la sala que faltaban dos familiares de mi esposo. Primero interpele a un joven alto con wolki-tolkie, me miró con cara de pocos amigos y me preguntó: “¿Pero ellas están en la lista?” Yo me sorprendí y le pregunté a mi vez: “¿Qué lista?” Entonces no me respondió y me indicó: “Vaya a ver a

ese compañero” Es decir, al acomodador. Fui diligente a este y le expliqué lo que quería y me tranquilizó diciéndome que no habría problemas con mis cuñadas. Así fue. Con la entrada de los abogados comenzó el juicio. En el caso particular de Manuel, yo salí esperanzadísima del juicio, me sentía orgullosa por su valentía y firmeza, pues no se dejó amedrentar por el fiscal. El instructor, teniente coronel Roberto, al igual que el fiscal dijo que eran apátridas, serviles, etc, pero a mi modo de ver no parecía que tuviera tantas evidencias, porque hasta el agente Miguel (cría cuervos que te sacarán los Orrios) no había podido aportar mucho...”

Manuel David Orrio, el chivato miguel, entró a la sala renqueando. Lo vi más débil que nunca. Me dio lástima. Venía cabizbajo, sudoroso. Iba a cumplir la tarea de los apóstatas. Lo acomodaron en una silla frente al micrófono. Fueron condescendientes con él. Sabían que le temblarían las piernas, y no debido a la poliomielitis que lo atacó de niño. No pude dejar de sonreír en todo el tiempo que duró su exposición. De mí sólo dijo que yo era un periodista de verdad, una de las tantas perogrulladas que hilvanó.

Mi abogado, a quien pude saludar solamente cuando ya caminábamos hacia la sala, y a quien le recomendé basara su defensa únicamente en mi derecho a la libre opinión, hizo una defensa brillante y valiente. Después supe que le había comentado a Yolanda que mi declaración a Ignacio Cantero era muy sutil e inteligente. Al fin apareció alguien con dos onzas de seso, y no era de ellos.

Por la mañana se había repetido el ritual del día anterior, cuando confundieron mi fecha de juicio: uniforme nuevo, desayuno diferenciado. “Mirando a la pared”. Contraseña. Reja abierta. “Continúe”. Lugar por donde entré la noche del arresto. Me saluda muy amable, cordial casi, un teniente coronel al cual no había visto nunca pero que parecía conocerme de toda la vida. ¿Cómo se llama? No sé. Yolanda dice que Roberto. Yo creo recordar un nombre femenino como Elaine, escrito al pie de algún documento que leí por esos días. Era el jefe de los instructores. Estaría al mando. Sería el encargado de la exposición acusatoria por parte de la policía política. Amaury Manuel Cabrera Gómez e Ignacio Cantero, a quienes no había vuelto a ver desde los interrogatorios estaban allí. Ocuparon el primer banco de la fila opuesta al banquillo de los

acusados. Iban a gozar del espectáculo y querían estar en primer plano de los paneos de la cámara que guardaría el evento para la historia.

Ese día pude ver, por primera vez, a algunos de mis compañeros. Jorge Olivera, viril en el juicio, Julio César Gálvez y Edel José García, compartieron conmigo el banquillo de los acusados. A otros, sólo de cruzadas, en el salón donde nos prestaban nuestros cintos y nuestros cordones para los zapatos. Al atardecer ya estábamos en nuestras respectivas celdas bien sancochaditos.

El Diario.

19 de marzo.

Registro de la casa y arresto.

4 de abril.

Juicio sumarísimo. Sin conocer ni hablar con mi abogado defensor.

24 de abril.

Salida de Villa Marista para cárcel de Boniato.

25 de abril (Madrugada)

Llegada a cárcel de Boniato. Ubicados en celdas de aislamiento. Celda 30.

Retrete tupido. No agua. Colchón en el suelo, sucio.

25 de abril (Tarde)

Traslado a celda 31. Retrete. Agua. La celda se inunda todos los días con las aguas residuales del pasillo. Presión arterial alta. Me llevan al hospital con grilletes en los pies y esposas en las manos. Colchón de güata, sucio, roto, viejo, duro.

27 de abril.

Llueve fuerte. Descubro goteras en el techo de la celda, abundantes.

28 de abril.

Permanezco celda de aislamiento. Me rapan la cabeza y la cara. Luego me afeito. La comida, como todos los días, indescriptible. Nos sacan juntos al sol. (Normando Hernández, Próspero Gainza y yo) Nos tomaron huellas dactilares.

30 de abril.

Visita. Yoly y Xiomy. 30 minutos. No nos permiten privacidad.

5 de mayo.

Hoy ingresan a mi hijo Gabriel para operación. Los días pasan lentos. Leo mucho.

8 de mayo.

Sobre el muro de más de ocho metros presencié un acto terrible. Los hermanos Agustín y Jorge Cervantes se amotinaron gritando consignas contra el gobierno. La guarnición no logra bajarlos. Envían a reclusos a que los derriben del muro por la fuerza. Deben haberse golpeado fuertemente. No supe nada más del hecho.

12 de mayo.

Fotos, huellas otra vez.

14 de mayo.

El jefe de la prisión, acompañado del jefe de reeducación y el jefe del pabellón donde nos hallamos nos informan que, por mandato de la nación, se nos mantendrá en régimen de mayor severidad (primera fase). Nos dan el calendario de visitas, jabs y licencia matrimonial, que es como sigue: VISITAS: mayo 31, agosto 30, noviembre 29. JABAS: junio 30, octubre 30. LICENCIAS MATRIMONIALES: junio 18, noviembre 17.

15 de mayo

Análisis de VIH y serología. Jeringuillas no desechables.

15 de mayo (Tarde)

Visita de un teniente coronel de Villa Marista. Acompañado de un mayor de la seguridad en Santiago de Cuba, además de Arrate (quien nos “atiende” por la Seguridad en el penal). Discusión fea. Se quejan de mi esposa y tratan de amenazarme. El teniente coronel me llamó mentiroso. Le respondí que yo no trabajaba en *Granma*.

16 de mayo.

Presión alta. 150/100. Me inyectan furosemida. Aún sin acceso a ninguna prensa. No acceso a televisión. La comida sigue infernal. No me han cambiado de colchón a pesar de que se lo he solicitado a todos los jefes en reiteradas ocasiones. Pusieron teléfono de tarjetas magnéticas en el pabellón donde estamos.

17 de mayo.

Seguimos en celdas de aislamiento y en mayor severidad. Los fines de semanas no nos dan sol. Presión arterial normal.

19 de mayo.

En tres ocasiones hablé con los jefes para que me permitieran llamar por teléfono para saber sobre la operación de mi hijo Gabriel. No me lo permitieron a pesar de que todos me lo prometieron. No acepté la comida (cena).

Nos sacaron al patio por separado. Normando con un condenado a cadena perpetua; Edel y Juan Carlos; Villarreal y Nelson; Próspero y yo. Dicen que es una orden de arriba.

20 de mayo (101 aniversario de la independencia de Cuba).

No acepté el desayuno. Salí al patio. Alerté a mis compañeros sobre la llamada a mi familia. No acepté los medicamentos (Vitamina C y E). No acepté el almuerzo. Inmediatamente “el reeducador” Sabino me llamó a su oficina. Me dijo que había hablado con mi hermana Xiomara y que la operación del niño se había pospuesto para junio. No sé la razón. Después hablamos, supuestamente sobre política, durante 2 horas y medias. Es una lástima su adoctrinamiento. No parece un mal hombre. A eso de la cinco de la tarde cayó un lindo, plácido, plateado aguacero (el primero de mayo aquí en Boniato; saqué las manos por los barrotes para mojarme). Era como si la naturaleza, con una hermenéutica sencillísima, estuviera saludando el 101 aniversario de la proclamación de La República y a la vez llorara por su encarcelamiento durante 44 años. Me acordé de la ferretería del abuelo de mi esposa, intervenida por el gobierno de Castro; se llamaba el 20 de Mayo. Normando me regaló unos caramelos. Pensaba escribir algunas crónicas sobre la cárcel, pero es mejor el diario.

21 de mayo.

Me siento más tranquilo. Saber que Gabriel y el resto de mi familia está bien me reconforta. Ya logré que la celda no se inunde. Enrollé dos jabas plásticas y las puse entre el piso y la reja. A veces entra agua, pero poca. Con el aguacero de ayer tuve algunas goteras. No me han cambiado la colchoneta. Tengo el cuerpo molido. Casi no duermo. Pero no me quejaré. Cuando vaya a tomar una decisión será definitiva. La comida sigue infernal. Hoy nos entrevistó una psicóloga. ¡La pobre es de manualitos y además algo presuntuosa y provinciana! Nos sometió a un test elementalísimo. Me pidió que dibujara una persona de cada sexo. Le hice unos garabatitos infantiles. Quiso realizarme un perfil de personalidad a través de frases que yo debía asociar con lo primero que se me ocurriera. Me divertí mucho. Le fabriqué oraciones a modo de sentencias o proverbios filosóficos (pseudofilosóficos, quiero decir), y aunque fui sincero también fui un poco burlón. Tendrán que resucitar a Sigmund Freud, o por lo menos a Pavlov. Ella también es de los robotitos del MININT-teniente. Si no saben cómo pensar con cabeza propia, no sé qué pueden llegar a saber –ave-

riguar- de las ajenas. No se que pensarían de ella el Dr. Rafael Alviza o el Dr. Licea, con los que alguna vez hablé de estos temas. Tienen un pensamiento estático debido al adoctrinamiento y el temor. Son incapaces de un análisis que se aparte de lo que ellos creen verdades inamovibles y refrendadas por el pobre poder que los protege y ostentan. Se pasan de aristotélicos. La mayéutica para ellos nunca existió, y hasta tienen una heurística particular. Fuera de sus significados son incapaces de ver otros. Me divertiré mucho en el futuro. La burla sagaz es ahora mi única arma. Ya les conozco la pata coja: quieren parecer cultos a mi vista. No saben en el embrollo en que se han metido, aunque no los subestimo, creo que será gracioso. Impostan como nadie puede imaginarse.

Tengo pocas noticias: seguimos sin acceso a la prensa, nada de radio, nada de televisión. Nada de nada. Me voy acostumbrando. Leo casi todo el día. Por las noches es imposible. No hay luz en las celdas. *La Guerra y la Paz* me sigue pareciendo una novela monumental. *Bomarzo* volvió a gustarme. Leí *El Perfume* y me pareció bien. Me morí de la risa con *Juegos Para Mortales* y *El Corazón de la Serpiente*. Son cuentos de ciencia-ficción de cuando los soviéticos creían en la ficción de globalizar el comunismo. No he leído nada más simpático en mi vida. La historia acabó con esos escritores. ¡Pobrecitos! ¿Quién hubiera pensado que les ocurriría tan rápido? Leo mucho *La Biblia*, una en muy mal estado que me prestaron. Me estoy leyendo ahora a *Harry Potter y la piedra filosofal*. Es una lástima que haya visto las películas. Me leí también un libro muy interesante sobre la visión cristiana del origen del universo y el hombre. *¿Existe un creador que se preocupa por nosotros?* Aunque está dirigido a los Testigos de Jehová me interesó mucho. Aprendí cosas que son buenas también para los católicos. En fin, he leído más cosas pero no estoy haciendo un inventario. Por las tardes antes de bañarme hago ejercicios. A pesar de la mala alimentación me mantengo en forma. Me he quemado mucho con el sol. Llevan casi una semana sacándome al sol a pleno mediodía, entre los ultravioletas y los infrarrojos me provocarán cáncer en la piel o terminaré “color Santiago de Cuba”.

¡Estoy excretando como los lactantes, y gracias a Dios, que mi familia me trajo leche, si no hubiera muerto de hambre! Mi familia también tuvo que traerme sábanas, frazada, toalla, dentífrico, mosquitero, etc. Aquí avituallan a los presos sólo con un short y una camisa sin mangas y sin cuello. Tenía razón

Miguel Hernández cuando invocó al Dante y escribió en su celda: “Dejad toda esperanza”, y eso que fue bajo Franco. Si lo coge el de aquí no hubiera podido escribir ni *La Nana de las Cebollas* antes de morir de tuberculosis.

Pero no todo es malo. Por la noche veo las estrellas entre los barrotes, aunque me paso el día también viendo las estrellas. Me acuerdo mucho de César Vallejo cuando en una cárcel del Perú escribió *Trilce*. Aquí tampoco la algazara deja testar, y uno también se pone los húmeros a la mala. Lo mejor de todo es cuando nuestros carceleros nos prestan el sol por una hora y vemos algunos pájaros en pleno vuelo. No acepté la comida. ¡Puaff! Infame. Los cerdos vomitarían.

22 de mayo.

Muy interesante: salimos al sol, Hoy me sacaron con Edel García. Me he vuelto su psicoterapeuta particular. No acepté el almuerzo. ¡Puaff! Otra vez. Normando Hernández no sale de una diarrea para empezar con otra. Próspero Gainza y Antonio Vilarreal se mantienen fuertes. Con Nelson Aguiar no he podido hablar. No hemos coincidido en el patio. Con Juan Carlos Herrera, el guantanamero – si Joseíto Fernández lo conociera le haría otra canción-, no he podido conversar más que por las rejas que dan al patio. Es un tipo divertido. ¿Cómo estarán los otros 68 que andan desperdigados por las cárceles cubanas? Algo sabré cuando tenga visita de mis familiares. Los presos, aunque no tenemos contactos con ellos, son solidarios y atacan al sistema más que nosotros. Nosotros hemos optado por dejar que el mundo nos defienda. Bajo la presión de la cárcel casi todo es imposible, aunque algo siempre se podrá hacer. Los guardias se mantienen respetuosos. Son pobre gente que recibe órdenes y percibo que están como asustados.

Ya descubrí la manera de sofocar un poco la peste que brota del retrete, con un pomo plástico que contenía aceite. Lo llené de agua y lo introduje en el agujero nauseabundo; el diámetro del hueco es igual al del pomo. ¡Qué alivio! Descansa un poco la nariz, aunque hay ciertos horarios que ni mi inusitado “tapón de retrete” protege de la baharada asquerosa. ¿Qué dirían los eximios (no tiene nada que ver con los monos) “colegas” de la Mesa Redonda si descubrieran en EE. UU una cárcel con estas magníficas condiciones higiénico-sanitarias? No olvidar que esta cárcel tiene más de sesenta años de construida. Por aquí han pasado Fidel Castro, Indamiro Restano y yo. De milagro no se ha hundido, sin dejar huellas, en el Valle de Puerto Boniato.

No acepté la comida (cena). ¡Recontrapuaff! Se me acabaron los libros. Menos mal que tengo *La Biblia* que me prestaron y que el “tapón de retrete” les impide a las ratas sus paseos por mi celda.

23 de mayo.

Salí al patio. Tomé mis vitaminas. Normando volvió a regalarme caramelos. El capitán Vázquez está preocupado porque no quiero aceptar la comida. Le dije que era muy mala. Me dijo que hiciera el esfuerzo. Le dije que me asqueaba, que hablara para que la mejoraran. Me quiso explicar las condiciones en que estaba el país. Le dije que yo estaba preso precisamente porque quería mejorar las condiciones del país. El problema por la alimentación puede agravarse entre él y yo. No estoy dispuesto ni mi estómago preparado para semejante sancocho. No acepté el almuerzo. No olvidar la descripción que hice sobre lo que ellos llaman alimentos. No es de extrañarse; si en la calle, supuestamente en libertad, le zumba, ¿qué se puede esperar aquí adentro?

Por la tarde “reforzaron” la comida. Acepté el pan –ya lo describí– y un pedacito de pollo. Aplausos. ¡Dieron agua fría! ¿Por qué no lo harán todos los días y nos obligan a beber la de la llave? Repartieron hoy un poco de zambumbia –diz que café. He pensado en las represalias cuando se publiquen estas páginas. Estoy preparado. Si por el simple hecho de oficiar el periodismo me condenaron a 18 años de privación de libertad, ya nada puede ser más injusto y desmesurado. He visto con asombro la expulsión de los “diplomáticos” cubanos de E. U. Parece que no quisieron seguir el ejemplo de Castro encarcelando a los opositores y periodistas. Cualquiera diría que allí hay espacio para los que opinan diferente.

24 de Mayo (Sábado, sin sol).

Día gris y húmedo. Anoche llovió. Terminé de leer *Hasta que la muerte nos separe*, de John Dickson Carr.

Hectico y Cachirulo por poco se van a las manos. Los regañé a los dos. Les expliqué que eso era lo que deseaban los instructores, que nos fajáramos entre nosotros, que nos exaltáramos, que nos tornáramos vulnerables. Me entendieron y se disculparon uno al otro. Los días de encierro, de portazos constantes, de luz encendida las veinticuatro horas del día, los interrogatorios sorprendidos, a cualquier hora de la noche o el día, comenzaban a hacer su labor de zapa en el sistema nervioso. Hectico había regresado de su visita muy excitado. Se la habían suspendido antes de agotar el tiempo supuestamente reglamentario. Parece que se puso a hablar sobre su caso y lo mandaron de vuelta a la celda. Había insultado a los guardianes y venía con la sangre caliente. Cachirulo, que es un hombre de muy poca instrucción, desde niño fue a parar a la cárcel, no supo sobrellevar el mal humor de Hectico y la situación se tornó tensa. Después de ese percance, como era de esperarse sacaron a Hectico para interrogarlo. Regresó de peor humor. Venía despotricando hasta del Diablo Colorado. Contó que el instructor lo había ofendido diciéndole Pablo Escobar y que él no tuvo más respuesta que decirle Arnaldo Ochoa. Esa era la impresión que dejó en la población toda la publicidad de la causa número uno de 1989 en que se vieron involucrados altos oficiales de las FAR y el MININT. Yo permanecí callado. A Mumúa le tocó entonces calmar a Hectico. Se conocían de antes y había mayor confianza entre ellos.

No tardó media hora en que volvieran a sacar a Hectico. Pero esta vez le ordenaron que recogiera su colchón y sus pertenencias. No volvería a la celda. Por esos días estaban trasladando para las cárceles a aquellos que consideraban listos para presentar a juicio. El se alegró. Ya estaba cansado de permanecer en Villa Marista. En varias ocasiones había expresado, entre nosotros, su voluntad de que lo trasladaran, a fin de cuentas, decía, se sentiría mejor. Creímos que iría para el Combinado del Este, la prisión nacional al Este de la Habana. No fue así, según nos contó el nuevo inquilino que vino para nuestra celda. Nos narró que lo había oído muy exaltado y que creía que le habían puesto los grilletes y lo habían dejado en otra celda. Quedamos un poco desconsolados. Él

y Mumúa hacían buena liga para sobrellevar el aburrimiento. Él y yo ya nos habíamos compenetrado y éramos buenos contrincantes del juego de damas para sobrellevar el aburrimiento. Él y Cachirulo, a pesar de la discusión, hacían una buena pareja, por contraste, para sobrellevar el aburrimiento.

Cuando llegó el Nuevitero (oriundo de Nuevitas, el puerto más importante del Norte de la provincia Camagüey), tuvimos nuevos temas de conversación. El primer tema. El obligado. Contar por qué lo habían arrestado. El hombre era pescador. Y en época de Coraza del Pueblo era una verdadera jodentina ser pescador. Las costas parecen ser, en Cuba, un semillero de recalos de drogas. Y, según él, sin comerla ni beberla se vio enredado en los cascos de los caballos.

El hombre resultó ser mejor contrincante que Hectico en el juego de damas. Flaco. Largo. Barbudo. Con el cabello por los hombros parecía un Quijote tropical. Era Técnico Medio en Química Industrial y empecé a bromear con él cuando lo supe.

“Dime, en serio, entre nosotros, ¿dónde tenías el laboratorio?”

“Puro, no juegue así, que aquí hasta los mosquitos tienen micrófonos instalados”

Fue la primera vez que me dijeron “puro” detrás de una reja. Ese es uno de los apelativos que usan los más jóvenes en Cuba para referirse a las personas mayores. Me sorprendió. Después me acostumbé a que me llamara así. Era su manera de demostrarme su cariño y su respeto a la vez.

El Nuevitero me trajo noticias. Me contó que había conocido a uno de los nuestros en la celda en que había estado anteriormente.

“El socio se llama Marcelo y trabaja con Elizardo Sanchez, el de los Derechos Humanos. Es buen socio. Me regaló este tubo de pasta para los dientes. Es un hombre inteligente y valiente. No se le queda callado a los guardias.”

“No lo conozco”, le respondí. En ese momento no sabía que se trataba de Marcelo López Bañobre y ni siquiera que había otro Marcelo, de apellido Cano. Mi incomunicación y desinformación eran totales.

El 26 de julio fue especial en Boniatico. Desde el día antes acuartelaron a toda la guarnición. Colocaron guardias en el techo. Trajeron perros de presas que permanecieron rondando el penal. El Jefe de Trabajo Operativo Secreto, con otros más de su departamento, inspeccionaba celda por celda. El estado de vigilancia, de máxima alerta, parecía más bien zafarrancho de combate. El acto central por la efeméride sería en Santiago de Cuba. El Supremo asistiría. No podía haber el más mínimo disturbio. Habían colocado una bocina chirriante en el piso alto y tenían a los presos entretenidos con un poco de música distorsionada que apenas si se escuchaba hasta la celda 10. El objetivo verdadero del altavoz era que escucháramos el discurso del Máximo cuando este lo ofreciera. Conmigo se fastidiarían. La potencia del altoparlante no llegaba hasta la celda 31, que era donde Yenima y yo pasábamos nuestros momentos mejores.

Juan Carlos Herrera se burlaba de los guardianes. Cada vez que pasaban en su ronda por la celda, él les decía:

“Están cagaítos... Y eso que no se ha caído todavía el gobierno”. Ellos simulaban desentenderse de la provocación de Juan Carlos, parece que tenían la orden de evitar cualquier incidente que pudiera trascender los muros de la prisión.

Lo que no se esperaban los carceleros era que habíamos acordado ayunar todo el día 26. La noche del 25, a las doce, cuando ofrecieron un caldo repugnante, todos lo rechazamos. No teníamos nada que esperar, y mucho menos, que celebrar. Juan Carlos, Nelson Aguiar, Próspero, Normando y yo no aceptamos los alimentos en todo el día. Nos amenazaron con castigarnos pero luego el castigo se disolvió en el olvido y los sucesos que se avecinaban. A quienes sí castigaron fue a algunos presos comunes que nos apoyaron en el ayuno. Era evidente. Daban un escarmiento para que no volvieran a solidarizarse con nosotros.

Para entonces ya sabíamos que la Unión Europea proponía un paquete de sanciones diplomáticas contra el gobierno castrista y esperábamos la reacción

de los gobernantes; es decir, de Don Omni, que es en realidad todo el gobierno. Lo que más nos interesaba era saber cuál sería su posición frente a la situación internacional que se le presentaba. Si el discurso del 26 de julio traía alguna noticia interesante para nosotros sería esa.

El discurso fue realmente breve y llorón. Se quejaba de la condena internacional. Recordó su autodefensa cuando el juicio por los sucesos del Cuartel Moncada y pluralizó el archiconocido “*condenadme, no importa, la historia me absolverá*” diciendo que condenaran a Cuba —olvidó que él no es Cuba— que los pueblos la absolverían. Se equivocó. En septiembre se hicieron efectivas las sanciones de la Unión Europea. Y no estaban condenando a Cuba. Estaban condenando al gobierno de Fidel Castro.

Yo no pude oír la perorata del Máximo. A mi celda no llegaba la voz, ya tropelosa, del Supremo. Con un file donde guardaba mis papeles fabriqué una especie de cono que, sacándolo entre los barrotes, me permitiera escuchar. Fue imposible. No se oía nada. Normando sí podía descifrar el mensaje de Don Omni. La vocina estaba instalada próxima a su celda. Él, a gritos, me traducía aquellos sarrillos ininteligibles del achacoso anciano. “La misma historia”, me decía. “Está llorón”, me explicaba. Tuve que conformarme con los escuetos epítomes de Normando. Ya el lunes 28, pude saber más detalladamente lo que había dicho el Gran Caporal.

El 27 fue domingo. Los guardianes andaban soñolientos pero alegres. Podrían descansar. Se terminaba el acuartelamiento. Irían a sus casas después de tres días de ajeteo. Habían cumplido su deber. Nada de qué ufanarse. Nada que lamentar. Todo en orden. Sin novedad en el frente.

El Diario.

31 de mayo.

Las primeras horas de la mañana fueron de mucha ansiedad. Esperaba la llegada de mi familia. Sería la primera visita en la cual verdaderamente tendría tiempo de hablar con ellos. ¡Qué alegría! Vino mi hija Tairelsy y mi hijo Gabriel. ¡Qué lindos son! ¿A quién habrán salido? La verdad es que tuve buen gusto para elegir a sus madres. Yoly es la verdadera heroína. ¡Qué grandeza de mujer! ¡Qué esposa me ha otorgado Dios! Estoy tan orgulloso de ella. No debí nunca haber conocido otra mujer. A veces creo que no la merezco, que Dios ha sido demasiado bondadoso conmigo. Haré todo lo que deba para seguir mereciendo su amor. Gabriel me trajo fotos de toda la gente que quiero. Un tal Moisés, de la Seguridad del Estado, estuvo en la casa molestando a Yolanda. La amenazó con encarcelarla y declarar a Gabriel “hijo de la patria”. Ya eso sería el colmo de una dictadura. Van a chocar con un muro. Yolanda está hecha de la fibra de los ineludibles. Nunca quise vincularla a mis ideas y mis actividades, pero los sicarios del régimen no tendrán en cuenta que ahora sólo defiende a su esposo de la injusticia. Es bueno que el mundo esté alerta. Los tiranos no tienen límites en su crueldad.

La visita fue estimulante. Y vaya sorpresa. Cuando regresé a mi celda, encontré que me habían cambiado mi colchoneta rota, sucia, dura por una colchoneta de espuma de goma. Los huesos se aliviarán. ¡Ah mis viejos, cansados huesos! No dormí bien. Mucho calor, muchos mosquitos, muchas ideas y recuerdos agolpándose. Compartí mi comida –la que me trajo mi familia- con Próspero y Normando. La moral de los que estamos aquí es alta. Los presos siguen siendo solidarios y los guardias respetuosos.

Mañana trataré de escribir a mis hermanos Darío y Arturo, a mis amigos Ernestico y Oscar Mario, a mis amigas Anita, Betty y Maité. Hacer cartas no deja que se me muera el amor por la gente dentro de tanta miseria que observo

en este lugar. Los guardias revisaron todas las cartas que escribí y envié. ¡Qué respeto a la privacidad humana!

1 de junio.

Como ya tengo fotos, por las mañanas saludo a la gente que amo. Después oro un Padrenuestro. Leo algún pasaje de *La Biblia*...

Luego literatura. Estoy terminando *Un asunto Personal*, del japonés Kazaburo Oë, una novela de corte existencialista a la manera de Camus sobre el corolario que dejó la explosión atómica de Hiroshima y Nagasaki. Es buena, aunque algo sórdida para mi gusto. Gracias a Dios, Yoly me trajo algunos libros. Tendré lecturas por lo menos un mes. Entre otras cosas me trajo las obras completas de Yeats, un poeta irlandés que admiro mucho. ¡Qué lástima no tener a Quevedo, vaya, para joder un poco entre los dos!

Una pequeña alegría me regalé hoy. Me estrené un calzoncillo, muy sexy él, que me trajo Yoly. Vaya, está como para hacer un strip-tease escuchando las notas de “Patricia”. Las otras ventajas de la visita: puedo tomar café (Yoly me trajo instantáneo), puedo combatir las pestes (Yoly me trajo aromatizante), puedo limpiar la celda (Yoly me trajo una frazada de piso), puedo escribir (Yoly me trajo más papel), puedo comer (Yoly me trajo féferes abundantes), puedo vivir (Yoly me trajo su amor y a mis hijos). Si no fuera por Castro pudiera decir que soy feliz. Ha sido un domingo mejor que cualquier domingo. Amaneció nublado. No llovió al fin. Luego hizo mucho calor. De la comida que ofrecen en la cárcel no me he enterado desde ayer.

2 de junio.

Me desperté con añoranzas. Recordé mi primera frase matinal: “Pucha, dame un poquito de café”. Cuando me di cuenta de que Yoly no estaba, me preparé yo mismo mi café instantáneo. Lo bebí. Fumé. Oré y leí un pasaje de *La Biblia* sobre Jesús. Terminé *Un asunto Personal*. Tiene un bello final. Gana el amor del hombre por su descendencia. La novela es una buena pancarta sobre la lucha contra la proliferación de armas nucleares. No acepté hoy tampoco la comida del penal. Creo que no la aceptaré mientras me alcancen los bastimentos que me trajo Yoly. Me sacaron al patio solo y bajo el sol del mediodía. Hoy nos volvieron a fotografiar, el médico militar nos auscultó. Sigo con la presión alta. Nos vacunaron contra la leptospirosis y la meningoencefalitis. Ya era hora. Aquí las ratas pululan, y de otros insectos ni se diga; gusanos, lo que se llama gusa-

nos, somos siete. Ojalá la vacuna no haga reacciones molestas. Ya lo único que nos falta es que nos cosan una matrícula en las nalgas. ¡Qué peligrosos somos! Llovió. La loma que veo por mi ventana oeste se veía hermosa envuelta por la grisura. ¡Ja! Digo ventana oeste como si tuviera otra. Mi celda es una Polifemo cualquiera, tiene un solo ojo al mundo, y el mundo para ella acaba en ese cerro pelón que han talado sin misericordia. La tormenta eléctrica fue más grande que el aguacero. Después quedó una especie de garuítá fría que refrescó la tarde. Había hecho mucho calor. La moral de los siete “emboniatados” sigue siendo alta. Nelson y yo nos cruzamos a la hora de las fotos y la auscultación, y pude darle un abrazo. Con Villarreal, Normando y Juan Carlos (Don Cojones de las Manchas, padece de vitiligo) hablamos desde el patio que da a sus ventanas. Por la noche me dolió la cabeza. Tomé Tylenol. Me dormí tarde.

Estoy muy pálido. Me dice Yolanda. No me han sacado al sol hace más de diez días. Tengo la barba larguísima. El pelo ya me llega a los hombros. El uniforme está sucio, trasudado. Soy una especie de Conde de Monte Cristo del siglo XXI.

“¿Quieres que traiga al niño en la próxima visita?”, me pregunta Yolanda. Xiomara tiene los ojos aguados.

“No”. Digo categórico. “No quiero que me vea en esta facha de derrotado”.

“Tú no eres un derrotado. El mundo entero está hablando de ti. Estoy muy orgullosa”.

“El niño no comprende eso.”

El guardián nos ordena cambiar el tema amenazando con que dará por concluida la visita. Siempre es igual. Los cinco o diez minutos son un paseo por el filo de la navaja. Además de saber que nos están filmando y grabando, tenemos a un oficial presente y atento a nuestra conversación. No se puede hablar nada del proceso que se lleva a cabo ni dar noticias que reconforten el espíritu del acusado. La banalidad y la intrascendencia son la orden.

“Ya recogimos la sentencia en el Tribunal. Son 18 años. Vamos a apelar”. Me explica Yolanda.

“No gasten dinero por gusto. No tiene sentido”.

“La peor gestión es la que no se hace”. Sentencia Xiomara. Vuelve a recordarme a mi madre. Doña Eva Portal tenía por costumbre educar por medio de aforismos, antes de usar el palo de la escoba.

“Eso es gastar dinero de balde”, reafirmo.

“Lo sabemos, pero, ¿quién sabe?” Dice Yolanda. Creo descubrir en su voz, en su mirada que tiene más información que yo. Veo en sus ojos la disposición de no rendirse. Dispuesta a seguir adelante me mira esperanzadoramente. Yo sé que no hay esperanzas, por lo menos hasta que El Máximo no se reponga del berrinche. Pero no quiero dejar en ella la impronta del escéptico.

Miro con detenimiento, por primera vez, la oficina donde nos propician el breve encuentro. Los muebles son viejos, deslucidos, algo deteriorados. Las cortinas de damasco descoloridas, raídas. Las alfombras desvaídas. Algunas paredes con la pintura descascarada. Se nota el desamparo en que ha caído la institución, altamente privilegiada siempre, después de la debacle del socialismo en Europa del Este. Sonrío, a mi pesar. El habitáculo me trae a la mente la decoración rusa. Qué hace una habitación, en medio del tórrido Caribe, recubierta con cortinas de damascos de tonos oscuros, alfombra rojas, sino gastar mucho en acondicionadores de aire. Hasta en eso quisieron parecerse al KGB y hoy son los niños huérfanos de la pompa soviética.

Yolanda se percata de mi fugaz sonrisa, mi leve alelamiento y cree descubrir complicidad con su idea de apelar la sentencia.

“Es un trámite más, ¿comprendes?” Me dice y creo hallar en sus palabras un hálito de picardía. “¿Qué se traerán allá afuera y que no pueden decirme frente a cámaras, micrófonos y policía?” Pienso. En algún momento me lo explicarán.

Vuelvo a mi celda. Me acuesto. Reposo un rato. Un guardián me llama a la mirilla. Rompe ante mis ojos la envoltura de los paquetes de cigarrillos que me trajeron mis familiares. Los va contando y entregándome los a granel. Me entrega también una toalla limpia que me trajeron. Por último me alcanza un libro y un tabloide del periódico *Juventud Rebelde*. Me explica que demoraron en darme mis pertenencias porque no puede hacerse antes de que las revise el oficial a cargo.

El tabloide me asquea de sólo hojearlo. No son nada más que Orrio y Baguer los chivatientes (significado obtenido de la mezcla de los significantes chivato y combatiente). Hay más. Son como una docena. Pero lo que más me asquea son las declaraciones de Felipe Pérez Roque, el canciller de la mentira. Es como para vomitar u orinarse de la risa, según por el ángulo que se tome.

Luego paso a ver las noticias de los juicios. Me conmociono ante las declaraciones de Osvaldo Alfonso. Pienso en Claudia Márquez, en su hijo Christian. No puedo contener un estremecimiento de rabia. Les entrego el tabloide a los demás. Trato de dormir con la toalla limpia cubriéndome los ojos. Me siento como avergonzado. Una aguda lipori me embarga por Osvaldo.

El Diario.

3 de junio.

Me duele un poco el brazo. Debe ser por la vacuna que me aplicaron ayer. ¡Qué bueno es tener café! Bebí. Lástima que no tenía agua caliente. Sabría mejor. Oré y leí un pasaje de la Biblia. Sobre la resurrección de Dorca por parte de Pedro, y el viaje de éste hasta casa de Cornelio, el capitán romano. Luego emprendí la relectura de los cuentos de Carpentier. Yoly me los trajo. No pude dejar de recordar la tarde en que conocí a “*Don Gil de la Boina Negra*” (Bager). Fue en la Sala de Té de la Unión de Periodistas (23 e I). Yo estaba recién llegado a la Habana y mis cicerones eran Raúl Rivero y Bernardo Marqués. Raúl entonces se desempeñaba como Jefe de Relaciones Públicas y Divulgación de la Unión de Escritores y Artistas. Era toda una celebridad. Bernardo trabajaba en la redacción de la revista *Bohemia*. Llegamos y la Sala de Té se conmocionó. Todos los “guatacas” de Raúl se levantaron a saludarle. Entre ellos “*Don Gil de la Boina Negra*”, que a esa sazón gastaba su dinero invitando a almorzar y a beber a Raúl, para que éste le ayudara a publicar un libro (pésimamente escrito) sobre el poeta y periodista José Z. Tellet. Al fin consiguió que Raúl se lo publicara en la editorial de la UNEAC. Cuando nos sentamos a la mesa, “*Don Gil*”, que siempre ha sido un buen cazador de oportunidades, se las arregló para ocupar la cuarta silla. Raúl me lo presentó: “Néstor Bager, periodista y académico de la lengua”, me dijo. El anciano, que ya lo era entonces, me hizo una reverencia casi cortesana. Yo sabía que la verdadera miembro de la Academia de la Lengua era Dulce María Loynaz, pero en esa época era peligroso hablar de ella. Bueno, a falta de Dulce María Loynaz, Bager venía siendo como el casabe para una tertulia. ¡Qué fiasco! El anciano se impuso de tal manera que *Don Gil de las Calzas Verdes* era menos hispano que él, hasta las zetas pronunciaba en su afectación. No sé por qué razón la conversación se encaminó por la ruta de Carpentier. Y fue que conocí verdaderamente al “genial académico”. Su único aporte a la tertulia fue decir

que Alejo Carpentier le disgustaba porque era “afrancesado”. Por supuesto el anciano no sabía que Carpentier padecía de frenillos. Me di cuenta de que no tenía nada que decir sobre Alejo. Azucé a Bernardo. Le pregunté si él consideraba que la bella, sofocante, pasional Sofía de *El Siglo de las Luces* le parecía muy francesa. Bernardo explotó en una de sus gárrulas carcajadas, y con los ojos anegados y las mejillas rojas me contestó: “Sofía es tan francesa como el Ti Noel de *El Reino de este Mundo*”. Y Raúl, para no perderse el chascarrillo, apuntó: “Tan parisina como el descendiente de Salvador Golomón en *Concierto Barroco*. El anciano habló poco después. Todos nos dimos cuenta de que de Carpentier había, a lo sumo, leído las notas de contraportada de sus libros. Raúl hizo entonces una broma premonitoria: “Bager -le dijo- para el ‘engome’¹ de esta tarde, Vázquez se escribe con Z, ¿sabes?”. Nos bebimos el té con ron y nos fuimos. ¡Qué recuerdos! Algún día los escribiré con más sosiego, recreándolos en todo su encanto. Quizá si puedo escribir la tercera parte de *Memorias de la Plaza*, que esta celda es una bomba antineuronas.

El resto del día tedioso. ¡Si tuviera una máquina de escribir! No sólo de lecturas puede vivir el hombre. A veces me impaciento esperando porque el Misterio (ha leído bien, no es una errata) del Interior me preste el sol por una hora. El patio resulta un buen interludio del hastío que produce hospedaje tan pequeño, alivio de la nariz, calor para los huesos, energía para los músculos, terapia para los nervios. Esto es verdaderamente “Orrio-pilante”. Norges Cervantes, un ciego que lleva más de cuatro años presos, ruge contra los guardias. Alberto Díaz Pérez, un muchacho moronero de apenas 24 años condenado a muerte por una fuga masiva producida en la prisión de Ciego de Ávila, donde resultaron muertos algunos guardias, grita a voz en cuello porque lo lleven al hospital. Un homosexual canta desafinadamente imitando a Shakira, un vecino de Normando, allá por las primeras celdas del pasillo (Normando ocupa la número 2) golpea con furor la plancha de acero de su puerta mientras aspira a que algún guardia atienda su solicitud de que le traigan un analgésico. Es dantesco, tengo que hacer un esfuerzo hiperhumano para concentrarme en la lectura. ¿Cuántas cárceles hay en Cuba? ¿A cuántos prisioneros ascenderá la población penal cubana? Realmente he pensado que si la educación fuera

¹. Engome: informe que hacen los chivatos a la policía política.

realmente inversamente proporcional al número de cárceles y de prisioneros, con los alardes que hace el gobierno cubano sobre la educación en Cuba no debería haber cárceles ni prisioneros. Hay algo que está fallando, pero no tengo los datos para demostrarlo. Lo que sí veo es que la poca población penal que he visto—incluyendo los guardias—tiene muy bajo nivel cultural y educacional, que es otra cosa, como se sabe.

El “reeducador” Sabino me trajo las tarjetas magnéticas para el teléfono. Yoly le había dado el dinero para que me las comprara. Me dijo que todavía desconocía la fecha de la licencia matrimonial, que pretendemos adelantar debido a la próxima operación de mi hijo Gabriel. El día de la visita (31 de mayo) le sugerí a Yoly la idea de que ella y el niño viajaran a Estados Unidos y se realizara la operación allá. Y ninguno de los dos estuvo de acuerdo. No quieren viajar sin mí. El niño fue muy simpático. Afirmó: “Papi, yo aquí contigo muero quema’o”. No dejé que se me aguaran los ojos. A él se le habían aguado al verme, y yo le hice el chiste de que le había caído una basurita en el ojo. El sonrió y cambió la expresión. Pero cuando me dijo eso, al que le dieron deseos de llorar fue a mí; me enorgulleció tanto mi hijo que me sentí hondamente conmovido. Hice un esfuerzo contra la basurita en el ojo.

Por la noche, antes de dormir, pensé en los métodos de la policía política cubana. Tuve noticias de que fueron al barrio y a la escuela de mi hijo Gabriel. Lo que supieron de mí no les sirve para su show desmoralizante contra la disidencia. Sé que en el barrio les hablaron bien de mí—no podía ser de otra manera. Sé que en la escuela de mi hijo recibieron igual respuesta, quizás más elogiosa de lo que esperaban. No por gusto mis dos hijos mayores son dos brillantes graduados universitarios. ¿Hasta cuando querrán demostrarle al mundo que los opositores son gente de dudosa moralidad y pésima conducta social? ¿Hasta dónde llega la inmoralidad de ellos?

Al oficial Zapata los presos le dicen Zapatica. Es un hombre pequeño. Habla con moderación y en voz baja. Tiene la mirada triste. Da la impresión de que ha sufrido mucho. Vino a sustituir al reeducador Sabino. Sabino enfermó. Dicen que está ingresado en Jagua. Jagua es el hospital psiquiátrico provincial de Santiago de Cuba. Zapatica me preguntó por los problemas de la celda. Los expliqué por no sé qué número de veces. El anotó en una agenda. Yo sonreí. “La misma rutina de Sabino”, pensé. Pero me equivoqué. El hombre emprendió lo que pudo resolver. Por la tarde vino un preso con un cubo de cemento y colocó un pequeño muro en la puerta de mi celda para que las aguas residuales del pasillo no siguieran penetrando. Ese mismo preso subió al techo y dejó filtrar por las fisuras un fluido de agua y cemento para que se sellaran las goteras. Hasta ahí pudo Zapatica.

La iluminación de la celda quedó pendiente. El acceso a la prensa quedó pendiente. El servicio religioso quedó pendiente. Las mejoras de la alimentación quedaron pendientes. Salir juntos al patio quedó pendiente. El calendario de visitas y licencias conyugales quedaron pendientes. La atención médica especializada quedó pendiente. Los motivos por los que Nelson y Juan Carlos querían lanzarse a la huelga no se resolvieron con la aparición de Zapatica.

Edel había solicitado un proctólogo. Normando había pedido un gastrólogo. Juan Carlos había demandado un dermatólogo. Yo había requerido un neumólogo. A Edel lo molestaban las hemorroides. Normando padecía de disturbios estomacales. Juan Carlos, además de la vitiligo, continuaba con una aguda irritación en los genitales y toda la zona inguinal. Yo recibía la visita intermitente de cierto dolor intercostal que me parecía de procedencia pulmonar. El cigarrillo, carajo, el cigarrillo.

Agosto prometía ser un mes caliente. Los lagartos feos como igüanas diminutas y con las colas enroscadas proliferaron. Venían en manadas buscando alivio para sus pieles escamosas a los umbrales de las ventanas. Se acomodaban en el antepecho, y mientras escapaban de la sofocante canícula, cazaban. El primer día los espanté temeroso. Después los dejé para disfrutar del espectáculo

de sus lenguas retráctiles, lanzadas como látigos fulminantes contra las moscas. Comprendí la utilidad de soportar la repulsión que me producían. No todo lo que se arrastra es Orrio. Me limpiaban de moscas y mosquitos la celda. Cuando llegaba Yenima, los lagartos, con un raro silbido, se alejaban presurosos. El equilibrio ecológico en mi celda era palpable. Las moscas y los mosquitos me jodían a mí, los lagartos jodían a las moscas y mosquitos, Yenima jodía a los lagartos. Sabino regresó para jodernos a todos.

El 13 de agosto, ¡válgame Dios!, no era viernes. Era el cumpleaños del Gran Burundú. Pero de todos modos el número 13 es de mala suerte. Y ocurrió lo que esperábamos sucediera de un momento a otro. Normando conversaba con Norges Cervantes sobre lo pésima que era la comida del penal. Serían cerca de las nueve de la noche. Buscando un poco de brisa, todos permanecíamos pegados a los barrotes de las ventanas. Ochoa cantaba uno de sus boleros sentimentales. De la celda del güije (Onnis Bázquez) llegaba el olor de papel ardiendo característico de la breva (cigarrillo liado por los presos con cualquier papel y colillas). Normando se quejaba de la burundanga y el bolloe'vaca. El suboficial Elio hacía su ronda. Se antojó de gritar a Normando:

“Oye, está bueno de hablar mierda”.

Fue la chispa. Normando le respondió con un exabrupto. Elio quiso envalentonarse y gritó un par de ofensas contra “los mercenarios”. Yo lo oí desde mi ventana y le voceé a Normando que se cagara en su madre. Normando no demoró en enfrascarse en un duelo de ofensas con Elio. Yo empecé a apoyar a Normando. Nelson Aguiar se sumó a la refriega. Juan Carlos, como un desenfundado guerrero de los insultos, vertió sobre Elio una caterva de obscenidades que sonrojarían a la mismísima Messalina. Próspero, guajiro de poco hablar, también le propinó algunos sopapos verbales. Elio, vencido por las andanadas, se retiró del campo de batalla. Pero nosotros nos habíamos quedado con ganas. De los insultos a Elio pasamos a las diatribas contra el gobierno y contra su principal representante. La juerga duró hasta más de media noche. El reeducador Sabino, de guardia esa noche no se atrevió a intervenir. Estaba muy ocupado anotando en su agenda los nombres de los participantes en la guerra de las groserías.

Al otro día lo supimos. Nos fue sacando de las celdas por orden de ingreso a la escaramuza. Primero Normando. Luego Nelson, Más tarde yo. Nos pidió

explicaciones, y se las dimos; nos quiso asustar, y no se lo permitimos; nos quiso castigar, y no se lo aceptamos. Ninguno de los tres le firmamos su reporte de indisciplina. Nos dijo que, por acuerdo del consejo de dirección, se nos suspendería la licencia conyugal correspondiente al mes de noviembre. No sabía el pobre que él mismo estaba allanando el camino para los sucesos posteriores. Nos estaba dando, sin suponerlo siquiera, el pretexto perfecto. Juan Carlos y Próspero no fueron convocados a la oficina del reeducador. En su pedestre esquema mental creía que con eso nos dividiría. Además, quería con ello demostrarles a sus superiores que la situación no había sido tan grave; estando él presente, y no habiendo podido controlarla, no le convenía. Error. No sabía con quiénes se las veía. Próspero y Juan Carlos solicitaron también su castigo alegando que habían participado en los hechos. Llegaría septiembre y Sabino sabría que el tiro había vuelto a salirle por la culata.

El Diario.

4 de junio.

Desperté animoso. Descolgué el mosquitero (que me trajo Yoly). Ordené mi jergón de prisionero. Me asee. Oré. Leí la parábola del mayordomo que abusó de la confianza de su amo, y cómo Jesús les explicó a sus discípulos que no se puede servir a Dios en la riqueza. Mientras leo La Biblia, dudo que se pueda escribir un libro más sabio. Cuánta necedad implica la manía de escribir sin el mandato divino, cuán exagerada es esa tendencia de creernos apostólicos a la hora de redactar lo que creemos verdades eternas. Alguien lo dijo antes que yo: la estolidez humana no tiene límites.

Hoy hace dos meses de la farsa donde me condenaron a 18 años de prisión. La sala parecía una locación de televisión, Jamás un tribunal. Es una lástima que no hayan podido usar sus cintas de video en el show de la Mesa Redonda. ¡Qué va! La virilidad de los periodistas independientes cubanos no era lo que querían mostrar. Parece que les jodí el guión que habían preparado. Algún día hablaré sobre el “juicio”. Por ahora hay que conformarse con breves apuntes. Eso no fue siquiera un juicio amañado –palabrita muy de moda por estos días. Fue una orden militar que pretendió legitimarse por medio de lacayos que emputecen el sagrado deber de la jurisprudencia. Mal anda un gobernante que se ve obligado a esas trácalas para ejercer su mandato. ¡Qué pena me dieron los abogados defensores tratando de dejar clara su filiación a “la revolución” para no ser juzgados a su vez! Su preocupación fundamental era hacer patente que eran revolucionarios aunque nos estuvieran defendiendo. ¡Qué bochorno! Ahora yo sí puedo decir como T. S. Eliot: *Abril es el mes más cruel*. Aquel 4 de abril cuando se fundó la Asociación de Pioneros (que así se llamaba en mi época de niño), mi madre me dio 18 correazos por ingresar a la Asociación sin su consentimiento, este 4 de abril me condenaron a 18 años de cárcel por “escribir sin permiso”. Un castigo fue de niño; el otro, al borde de la ancianidad. Parece que la represión no da buenos resultados, o yo soy demasiado testarudo.

De milagro no me he convertido en un ácrata irreductible. Todavía creo en la democracia, aunque nunca haya gozado de ella en toda mi vida. Quizá antes de morir ayude a instalarla en mi país.

Me fui a la cárcel de Boniato con un cepillo dental, dos libros, una toalla, tres paquetes de cigarrillos, algunos calzoncillos, mis chancletas y un miedo del carajo.

Era el 24 de abril.

Aquel día fue el último en que un guardián me dijera, asomándose por la mirilla de la puerta metálica: “682, prepárese, recoja sus pertenencias y el colchón”. Recuperé mi Manuel, que tanto me gusta, y por el cual me reconozco desde la infancia, cuando Doña Eva Portal me voceaba: “¡Manuel!... ¡Muchacho, que se te enfría el almuerzo!”. Volví a ser el Vázquez que conocen mis amigos, el eufónico Vázquez Portal por el que me nombran algunos lectores y enemigos.

“¡Asere, te piras!”. Me dijo Cachirulo.

“Allá vas a estar mejor” (Todavía no sabíamos dónde iba a ser ese allá). Me dijo Mumúa.

“Y ahora, ¿con quién juego a las damas?”. Me dijo el nuevitero.

Con la toalla hice un atillo a la manera pastoril. Si tuviera una vara, con ella saldría, como un peregrino, a desandar el mundo. Arrollé el colchón. Esperé a que se abriera la puerta. Llegaron a buscarme. Me despedí efusivamente de Mumúa, de Cachirulo, del nuevitero.

“Nos vemos en el camino, que es largo”, les dije.

Contra la pared. Contraseña. Reja abierta. Continúe. Contra la pared. Contraseña. Reja. Continúe. Y continúo con mi atillo en una mano y el colchón arrollado bajo el otro brazo. “Aquí”, dice el guardián. Y aquí estoy de nuevo en el mismo cubículo donde la primera noche me despojaron de mis ropas y me vistieron de preso. Y ya estoy en calzoncillos. Y el guardián me ordena que me apure. Y lo miro con arrogancia. Y me demoro a propósito. Y llega otro guardián. Y cae otro colchón arrollado en una esquina. Y es Héctor Maseda que acaba de entrar. Y, “¡coño! Que no te veía desde el 18 de marzo, en casa de Ana Leonar.” Y voy y lo abrazo. Y veo que está entero. Y los guardianes que quieren impedir nuestro saludo y nuestra conversación. Y yo que los mando

al carajo. Y Maseda que se ríe. Y me sacan sin que me haya abotonado aún la camisa. Y voy a dar al mismo lugar por donde entré la noche del arresto. Y me devuelven mis cordones y mi cinto. Y me esposan. Y me sientan en el mismo banco duro. Y me sacan a la luz del día. Y cierro los ojos. El sol me molesta. Y en el parqueo hay un ómnibus de turismo. Y me ordenan que suba. Y me conducen hasta los asientos finales del ómnibus. Y exclamo: “Al fin voy a montar en una guagua de turismo”. Y el guardián no puede menos que sonreír. Y me siento. Y espero.

Sube Jorge Olivera, medio cenizo el mulato por la falta de sol. Me levanto. Quiero ir a saludarlo. Los guardianes me lo impiden. Alzo las manos esposadas y lo saludo en la distancia. Entra Edel García, viene pálido, las diarreas no le han cesado desde hace un mes. Lo acomodan en el asiento anterior al mío. Le palmeo el hombro. Entra Oscar Espinosa Chepe, está muy desmejorado, la salud se le ha resentido más. Entra Adolfo Fernández Saíz, ha enflaquecido algo. Entra Pedro Pablo Alvarez, parece más encanecido. Entra Omar Rodríguez Saludes, tiene la cabeza rapada. Entra Regis Iglesia, me resulta muy joven. Entran muchos que no conozco. Entra Héctor Maseda. Me llama la atención que a todos nos han acomodado de modo que el espacio de al lado quede desocupado. Esperamos. ¿A qué, coño, esperamos? Falta Víctor Rolando Arroyo, que viene desde Pinar del Río. Llega Arroyo. Lo ubican en el asiento posterior al mío. Nos saludamos. Entran y salen guardianes. Traen cajas. Sacos blancos de nylon. Termos. Vasos plásticos. Llegan más guardianes. Están armados de pistolas. Llevan tonfas y chalecos negros con el monograma G-2. Son un burujón. Se van acomodando en el asiento libre al lado nuestro. El ómnibus calienta motores. El chofer abre el acondicionador de aire y alerta que no se puede fumar. Los guardianes cierran las cortinas de las ventanillas. Adiós paisaje habanero, por estos cristales polarizados no te vamos a ver, y, ¡sabe Dios!, hasta cuándo. Me pongo de pie antes de que el ómnibus parta. Miro las cabezas encanecidas de la mayor parte de mis compañeros y exclamo: “¡Coño! ¿Para dónde nos llevan...? ¿Para la cárcel o para un asilo de ancianos?”

La huelga de hambre era inminente. Queríamos evitarla pero las autoridades del penal, de la dirección provincial de cárceles y prisiones (esto me parece una redundancia, pero así la nombra el Ministerio del Interior, ¿qué le vamos a hacer?), la dirección nacional y por ahí para arriba, sabe Dios, quiénes más, se empeñaban en hacernos la condena más difícil. Organizamos la rumba. Nelson Aguiar se encargó de redactar una carta con nuestras peticiones. La firmamos Normando, Juan Carlos, Próspero, Villarreal, Nelson y yo. La enviamos por, conducto reglamentario, que así se llama ese protocolo en el lenguaje militar. Y comenzamos a esperar una respuesta que, de antemano, sabíamos no recibiríamos.

Entre tanto fuimos preparando las condiciones. La carta debía salir y ser entregada a la prensa extranjera. Nuestros familiares debían explicar por qué nos íbamos a la huelga. Nombramos dos voceros secretos dentro del penal para todo lo relacionado con nuestro ayuno. No debía iniciarse hasta que todos hubiéramos disfrutado de nuestras visitas y explicado bien el asunto, y las medidas a tomar, a nuestra familia. Lo más importante era su resonancia pública ya que coincidía con la puesta en vigor del paquete de medidas punitivas que tomaría la Unión Europea contra el gobierno cubano y debíamos reforzar su implantación con nuestra actitud, único modo de opinar sobre ello, y hacernos escuchar. Comprometernos a no suspender la huelga aunque nos dispersaran. No aceptar noticias del fin de la huelga de alguno de nosotros traídas por agentes de la policía política. En caso de que nos separaran y trasladaran a otras cárceles, los reporteros secretos debían informar que estábamos desaparecidos. Prepararnos, con tiempo, física y mentalmente para afrontar los rigores y riesgos del ayuno prolongado. Suspender la huelga cuando lo creyéramos conveniente.

La última visita del mes de agosto era la mía. A Villarreal no le dejaron entrar La Biblia que le llevara Silvia, su esposa. A Próspero Gainza no le dejaron entrar nada más que la mitad de los cigarrillos que le trajera su familia. A Nelson Aguiar no le permitieron la entrada de las medicinas que Dolia, su esposa, le trasladara desde La Habana. Las autoridades, en vez de conciliar,

retaban. Yo no esperaba otra reacción por parte de ellos. Y había tomado mis propias medidas adicionales. Entre ellas sacar fuera del penal todo lo que había escrito hasta ese momento.

La noche del 29 de agosto tuvimos la visita de Arrate, quien atendía la prisión por la Seguridad del Estado, y otro oficial de nombre Vladimir. Venían a persuadirnos de que no realizáramos la huelga. Demasiado tarde. Arrate me aseguró que nuestras peticiones iban a ser atendidas. Me calentó la sangre con su cinismo, y se ganó que le dijera algunas groserías. ¿Cómo era posible que tuviera la desvergüenza de recalcarme que todo se resolvería si días antes habían despojado de libros, medicinas y cigarrillos a mis compañeros? ¿Cómo se atrevía a hacerme promesas que yo sabía no cumplirían? Fue demasiado para mi espíritu rebencudo.

“Óyeme bien, Arrate, si a ustedes se les ocurre sustraerme de la jaba nada más que una aspirina o un cigarrillo, voy a devolver la jaba completa. Y no voy a esperar ni un minuto para comenzar la huelga.”

“Allá tú”, me respondió sonriendo y se marchó junto a Vladimir.

Ese día brindé mi primer recital de poesía a los presos de Boniatico. Se habían quedado con ganas de guarachear después de mis palabrotas a Arrate. Los complací. Les sugerí que hicieran silencio y les dije de memoria casi todo los poemas que había incluido en el libro *Cambio de Celda* que, según las noticias que me llegaban, se publicaría próximamente. El poema que más les gustó fue la *Canción de los setenta y cinco*. Me rogaron que lo repitiera. Y para que ustedes no escapen de él, aquí les va:

*¿Cuántos somos los presos,
cabremos algún día
en la pizarra de los mártires?*

*¿Se hará un censo
algún día?*

*¿Por dónde anda Normando,
y Próspero Gainza,*

*con su voz de montero,
por dónde es que anda Próspero?*

*¿Me habré quedado solo
o es que no dejan verlos?*

*Solo un cerro pelón por mi ventana,
los gorriones golosos que vienen al pretil,
donde les pongo pan,
mi vanidosa araña
que se empecina a veces en hacerme tejer:
y tejo sueño, ternuras, paisajes en la mente;
el guardián que me trae
el condumio diario,
el jefe que me mira
como se mira a un tránsito.*

*¿Por dónde anda Juan Carlos,
gárrulo como un gallo,
y Antonio Villarreal,
el niño moronero con quien jugué a las bolas,
con quien batí mi espada adolescente
por una novia efímera
y que volví a encontrar entre las rejas?*

*¿Y Edel,
dónde está Edel,
la niebla de sus ojos nos lo habrá descarriado?*

*¿Y Nelson Aguiar,
en qué celda está Nelson?*

*No puedo distinguir
sus voces entre la grito de los presos,*

*no puedo adivinar si les duele el estómago,
si requieren de mí para un consuelo;
sólo el cerro pelón por mi ventana:
una teta violácea que en las noches
deja de ser pelón,
se puebla de fantasmas,
me impide que contemple las estrellas.*

*¿Y dónde están los otros,
cómo serán sus cárceles?*

¿No me están engañando los periódicos?

*Tengo la sensación,
es casi una certeza,
de que un país entero no cabe en una cárcel,
a menos,
que el país sea la cárcel.*

Luego Normando leyó una crónica sobre las pésimas condiciones de la cárcel en Cuba, Juan Carlos metió tres o cuatro gritos de: ¡Abajo la dictadura! ¡Abajo Fidel Castro! Y nos dormimos más desahogados para esperar a mi visita que sería al otro día.

Partió la caravana.
A mi lado un capitán sombrío.
Pistola y silencio el capitán.

Yo esposado, dejándome llevar hacia el olvido, las sombras, el mutismo.

Un oficial de silencio y pistola junto a cada uno de mis compañeros.

Oficiales de pistola y silencio de pie en el pasillo del ómnibus.

Parte la caravana.

Iniciando la marcha dos motocicletas de tránsito. Le siguen tres autos de la policía política, dos con inscripciones grandes, legibles a distancia en los laterales de los coches: G-2. Luego nuestro ómnibus. Detrás una ambulancia. Cerrando, dos autos más de la policía política. Va la caravana. Sinuosidades, recovecos, calles bachosas. La autopista nacional se extiende al frente. El ómnibus la consume, parece irse atragantando de asfalto. A mi derecha, Jorge Olivera; a mi espalda, Víctor Rolando Arroyo; a mi frente Edel José García. Converso con Edel. Comentamos las últimas noticias. Le hablo de las declaraciones de José Saramago.

“La anciana comunista se le viró con cartas al Gran Burundú”, le digo en broma a Edel.

“¿Quién?”. Me pregunta Edel, que no entendió el chascarrillo.

“Sara Mago”, le respondo riendo.

Edel ríe. Al capitán sombrío no le gusta la broma. Nos ordena callar. Me alebresto:

“No joda, cómo me voy a callar si acaban de echarme 18 años por hablar”

Edel se calla. Me callo también. Miro a Oscar Espinosa Chepe. Se ve mustio, muy pálido. Va silencioso. Sumido en sus pensamientos. Jorge Olivera me pregunta quedamente, casi con ademanes, qué creo de nuestras largas condenas. Tiro a chanza mi respuesta:

“No le hagas caso a los 18 años. Ese viejo cagalitroso no durará tanto”.

Olivera ríe. Yo río. El capitán sombrío me ordena silencio. Discuto con él. Héctor Maseda viene por el pasillo. Lo veo andar tambaleándose por los

sacudones del ómnibus en la autopista. No puede sujetarse. Anda esposado. Camina hacia el fondo. Creo que podríamos conversar cuando pase a mi lado. No nos lo permiten. Apenas nos estrechamos las manos esposadas. Va al baño. Regresa. Me sonrío de nuevo al pasar de vuelta.

“Ya te estás meando –le digo cuando cruza- deja que lleguemos que nos vamos a cagar”. El ríe. Ríe con la misma soltura que reía cuando nos reuníamos cada martes o miércoles en casa de Ana Leonor para transmitir nuestros despachos y yo soltaba una de mis bromas. El grupo Decoro era una especie de familia. No había intrigas ni chismes. Éramos, territorio libre de bagueres, como hermanos. Nos divertíamos trabajando. Maseda, muchas veces, la diana de mis jodas. Me gustaba verlo enrojecer como un niño candoroso y reírse con la bondad de un hermano mayor que perdona las travesuras del más pequeño. Cuando lo conocí era un opositor político puro. De periodismo no sabía ni armar un buen lead. Pero con su inteligencia aguda, con su cultura amplísima, con su tenacidad y disciplina, en poco tiempo se convirtió en uno de los mejores reporteros y articulistas del Grupo Decoro. Recuerdo cuando yo lo reprobaba por el tono editorialista de sus textos. Siempre le decía: “Caballón, bájate de la tribuna que esto es periodismo”. Y el sonreía y anotaba mis sugerencias para mejorar su trabajo y nunca más volvía a cometer el mismo error. El Grupo Decoro era una fiesta. Claudita, la niña de la pandilla, todos la cuidábamos. Pepito (José Ubaldo), el malandrín que más comía cuando, entre todos, reuníamos dinero y mandábamos buscar merienda. Oscar Mario, la mesura y la nobleza. Lleno de frases amables se ganó el cariño de todos a los pocos días de ingresar al grupo. Ana Leonor, La Poli, por polilla, no por policía, el diccionario regañón. No dejaba pasar una incorrección en los textos de nadie. El Grupo Decoro pagó su encanto con cuatro presos. José Ubaldo Izquierdo, Omar Ruiz, Héctor Maseda y yo. No sabíamos que la policía política se ensañaría tanto con nosotros.

Regresó Maseda a su asiento y yo quedé con mis recuerdos. En Santa Clara bajaron a Maseda del ómnibus. Hasta hoy no lo he podido ver. Subieron a otros. Continuó la caravana. Nos brindaron un almuerzo frío. Esas eran las cajas que subieron los guardianes en el parqueo de Villa Marista. Pollo frito, arroz congris y vianda. Comí sólo el pollo. Cuando fui a la toilette para lavarme las manos, me vi en un espejo por primera vez después de 35 días. Era pelo y palidez nada más. Qué trabajos pasé para orinar. Es casi un ejercicio erótico-masoquista eso

de bajarse la cremallera y orientar bien la fontana con las manos esposadas y un ómnibus dando tumbos. En Sancti Spíritus hicieron una parada técnica para ponerle combustible a los carros. Abandonamos la autopista nacional. Rodábamos entonces por la vieja Carretera Central. La marcha más lenta. La Carretera Central es en realidad una vereda asfaltada. Han pasado casi 80 años desde que se construyó. El otro dictador, Gerardo Machado, la enarboló como un gran triunfo de su mandato. La cacareó tanto como la construcción de El Capitolio, a lo mejor para su tiempo era una gran carretera, hoy es un trillo por el cual se debe conducir con sumo cuidado. Ciego de Ávila fue la otra escala. “*Ciego del Alma*”, dije recordando la vieja novela *Siempre la muerte, su paso breve*, del escritor cubano, nacido allí, Reynaldo González. Pensé en mi hija Tairelisy y mi nieto Samuel. ¿Qué estarían haciendo en esta tarde en que yo pasaba por Ciego de Ávila, esposado, sin besos y sin regalos para ellos? Bajaron a tres o cuatro de mis compañeros. No pude saber a quiénes. La llanura camagüeyana se extendió frente a nosotros. Recordé a otro poeta avileño, Roberto Manzano Díaz, modestia y lirismo. “*Sabana, / patria de mis ojos. / Desembarazado fulgor. / Espartillo y corajo en las distancia*”. Recité mentalmente los versos de Manzano. Me adormilé.

Cuando desperté estábamos en Camagüey. Un parqueo con varios carros de policía. Desde un cobertizo de tejas acanaladas de asbesto-cemento me saludan dos jóvenes. No recordaba haberlos visto antes. Nos habían desmontado a todos para que estiráramos las piernas. Eran Normando Hernández y Mario Enrique Mayo. Hubo permutas en Camagüey: se quedaron algunos e ingresaron otros. Ya de noche entramos a Holguín. Recordé al poeta francés del mismo nombre. Vaya manía de asociar los lugares con la literatura. Nueva permuta. Dejamos a unos y recogimos a otros. Comimos sentados en el contén de una acera en el patio del cuartel provincial de la policía política holguinera. Seguimos viaje en medio de la noche.

“¡Ñoooo!, ¿y p’a dónde vamos nosotros?”, me preguntó Jorge Olivera.

“Creo que p’a Jamaica” le contesté riendo.

De madrugada entramos a la cárcel de Boniato.

Días antes de mi visita correspondiente al 30 de agosto, habíamos despertado sobresaltados. Una ráfaga de AK, seguida de varios disparos aislados habían roto la apacibilidad de la madrugada. Esa era la mejor hora para dormir en la eterna atmósfera sofocante del oriente cubano. Y el sueño fue interrumpido por las detonaciones, el vocerío, los ladridos de los pastores alemanes. Más tarde sentimos el barullo en las celdas de mayor severidad de Boniatico: llegaban nuevos vecinos.

No los vimos hasta días después. No podían moverse. Sólo escuchábamos sus quejidos desde el interior de sus celdas. Traían las cabezas rotas, los rostros amoratados e inflamados, el cuerpo cruzado de cardenales. Uno de ellos, al que ubicaron en el piso alto, me pidió analgésicos. No soportaba los dolores. Luego lo ví en el patio. Sus cardenales habían tomado una coloración verdosa, le daban un aspecto de tumefacción que casi lo convertía en un cadáver andante. El fue quien contó cómo había sido el intento de fuga, y cómo la persecución y captura. “¡Criminal!”, pensé. El deber de los guardianes era capturarlos, no golpearlos salvajemente después de capturados. Cuando lo discutí con un coronel de cárceles y prisiones de la dirección nacional que vino por aquellos días no supo que decirme, no tenía explicación para semejante atrocidad. Otra vez los autores quedarían sin castigo. Lo comprendí por la impasibilidad del coronel.

No sabíamos entonces si también seríamos blancos del salvajismo de los guardianes cuando nos declaráramos en huelga. Pero bueno, un latinazgo: *Alea iacta est*. Todo estaba preparado. Solo faltaba que yo hablara con Yolanda. Y Yolanda ya estaba en Boniato. Durante más de veinte días había mantenido una larga cola en la agencia de Cubana de Aviación, en la esquina de las calles Infanta y Humbolt, en la Habana, para conseguir los pasajes. Laura Pollán y su hija Laurita Labrada se habían turnado para conservar el sitio en la fila durante esa temporada de espera. Y todo inútil. El día de la compra de los boletos, cuando la fila había apenas adelantado cinco o seis personas, ya no había capacidad. Yolanda tuvo que pagarle a una “colera” profesional 15 dólares por

cada boleto. Pero allí estaba Yolanda. Ya me requisaban, con minuciosidad. Ya me esposaban. Ya me conducían Cholo y Kindelán y un perrero, con su perro, hacia el lugar de la visita. Mi hijo Gabriel envuelto por un duro corsé de hierro y correas que le inmovilizaba todo el torso. Mi hijo Manuel, el mayor de mis varones, serio y lacónico. Yolanda, ya muy delgada, con las huellas de una larga vigilia en su rostro. No descansaba desde el 7 de julio, día en que Gabriel fue sometido a una intervención quirúrgica en la columna vertebral para extraerle un lipoma que le presionaba la médula espinal. Mi primer abrazo fue a Gabriel, luego Manuel, más tarde a Yolanda que, con un brillo de lágrima en los ojos, esperaba, diminuta y frágil, por acurrucarse en mi pecho. Quise ver la cicatriz en la espalda del niño. Enorme. Veintiocho puntadas. ¡Y yo tan lejos! ¡Tan impotente! Dispondríamos de dos horas para conversar. Yolanda ya tenía noticias de la huelga. Nelson le había hecho llegar a Dolia una copia de la carta firmada por nosotros. Y Arrate, en su soberbia de oficialillo provinciano, catalizó el inicio de la huelga.

Le cumplí a Arrate lo prometido el día anterior. Él, tratando de imponer su fuerza, había mandado sacar de mi jaba la mitad de los cigarrillos y parte de los alimentos; yo, en honor a mi palabra empeñada, devolví a mi familia la jaba completa. No la necesitaba. Desde aquel instante estaba en huelga. De ahora en adelante íbamos verdaderamente a medir fuerzas, y sobre todo, inteligencia. Yolanda, Manuel, Gabriel, trataron de persuadirme. Yo mantuve mi decisión a pesar de sus ruegos. Por si estaban grabando nuestra conversación, ensayé una frase ampulosa, heroica, altisonante, como las que le gustan, y usa tanto, El Gran Burundú: “Vayan tranquilos. Vale más ser la viuda y los huérfanos de un hombre con decoro que la esposa y los hijos de un cobarde”. ¡Qué linda me quedó! De ese momento en adelante usaría solo el lenguaje radial y televisivo que ellos usan para deslumbrar, alelar al pueblo. Iba a impostar la imagen con que ellos arropan a sus héroes. La némesis presentada por mimesis desconcierta al adversario. Es más difícil combatir lo que creemos un reflejo propio que a un contrincante con características propias y disímiles. Usar su propio discurso desde una perspectiva diferente, los despojaba de su propio discurso. Era usar su imaginario pero con función e interpretación inversa. Con ese truco psicológico los haría sumergirse en un marasmo de dudas y admiración imposible de desenmarañar para ellos. Yo sé que ellos no saben que la humildad es la única

y verdadera fuente de admiración. La propaganda castrista les ha subvertido los valores humanos. El partisanismo, las frases pomposas y las poses heroicas son su modo común de comportarse. Aquí tendrían un héroe a su medida.

A la hora de la despedida apareció Arrate. Venía, como yo había supuesto, a dirigir personalmente la requisita a mis familiares. Yolanda se burló de la oficial que la requisó. “¡Qué mala puntería tienen”!, le dijo cuando con rostro decepcionado la militar se retiraba desencantada por no haberle hallado nada comprometedor encima.

Me regresaron a la celda. Guardé todas mis pertenencias en un saco de nylon blanco. Tiré mi colchoneta de espuma de goma sobre el piso, frente a la puerta, y me quedé en calzoncillos para que supieran que la huelga había empezado ya. En el penal corría la noticia de que Colao había traído mi jaba y luego la había retirado cuando yo lo dispuse. La atmósfera exaltada de Boniatico era bulliciosa. Los presos, a gritos, me alentaban, me hacían recomendaciones para resistir, me explicaban las diferentes variantes que podrían asumir las autoridades para sofocar la huelga.

Llegó la noche. Se presentaron en mi celda dos guardianes desconocidos. Me esposaron y me sacaron. En la antesala me requisaron a fondo. Me condujeron hasta un pequeñísimo carro celular. Esperaron a que llegara mi saco blanco con las pertenencias. Yo me asfixiaba de calor dentro de aquel catafalco oscuro. Partió el carro. Me parecía haber subido a una montaña rusa. Bajadas vertiginosas, subidas abruptas; sacudones estremecedores, bandazos bruscos. No pude calcular el tiempo que demoró el viaje. No sabía la ruta que seguíamos. Llegamos. Descendí del carro celular frente a una nave rústica de paredes de cemento y techo de tejas de asbesto-cemento. Toda pintada con cal relumbrante que molestaba, de tan blanca, en los ojos. Allí había toda una comitiva aguardando mi arribo. El oficial de la Seguridad “Charles”, con quien ya había discutido una vez en Boniatico, el mayor Moisés, jefe de reeducación de la Cárcel de Aguadores (así se me presentó), el Dr. Matos (en ese momento no sabía que era un preso y que extinguía una condena por asesinato), varios oficiales más y guardianes en abundancia.

Matos me auscultó. Se mostraba pedante. Después supe por medio de otros presos que siempre mantenía ese aire de superioridad. Me midió la presión arterial. Me pesó. Anotó mi estatura. Comenzó a llenar una nueva historia

clínica. Aprendí entonces que ellos llamaban a la huelga de hambre “Ayuno voluntario”. Cuba es el país de los eufemismos. Inventariaron mis pertenencias, que quedaron bajo custodia de la dirección del penal. Me ubicaron en la celda 15 de la sección de castigos de la Cárcel de Aguadores. Allí, en calzoncillos, durmiendo sobre el piso sin pulir, transcurriría la huelga de hambre.

La antesala de la dirección de la cárcel de Boniato es lóbrega. Un bombillo incandescente, macilento, por toda iluminación. Las paredes despintadas. El puntal alto. Una construcción de estilo *art déco*, muy propia de los años cuarenta del siglo XX en Cuba. Mantiene los mismos cánones arquitectónicos del Cuartel Moncada, y con los exteriores pintados de un amarillo sucio, como el cuartel, ya que se considera edificio histórico porque allí estuviera preso El Supremo después de los sucesos del 26 de julio de 1953.

Nos bajaron de nuestro ómnibus de turismo. Los guardianes de chalecos con monogramas de G-2 hicieron entrega oficial de los paquetes a los guardianes de la penitenciaría, y allí estábamos, bajo el bombillo mustio, esperando por que nos llevaran a nuestras residencias definitivas. Normando se acercó a mí. Nos quedamos juntos con la intención de que nos ubicaran en el mismo lugar. No sabíamos que la orden era celdas de aislamiento y el menor contacto posible entre nosotros. El espacio que media entre la antesala de la dirección y las celdas de Boniatico fue lo único que pudimos, Normando y yo, disfrutar unidos. Nos habían esposado por parejas con un solo juego de esposas.

La madrugada había refrescado. Se sentía ese frío agradable de las mañanas de abril. Vi los cerros que rodean el valle. Escuché ladridos de perros lejanos tratando de comunicarse con los que caminaban a nuestro lado. Éramos seis sombras taciturnas, maniatadas, marchando rodeadas de guardianes. Se abrió un enorme portón de barrotes y mallas. Pasamos a un camino bordeado, a la derecha, por una doble alambrada y un foso, no muy profundo, y una alta garita con guardián de arma larga; a la izquierda, unas naves de mampostería de dos pisos de altura, silenciosas, sombrías a esa hora, separadas del camino por un muro y una cerca de malla. En la segunda nave nos detuvimos. El muro que la circundaba medía el doble de la altura de la anterior. Una reja. Otra reja. La antesala de Boniatico. Al Este dos espacios enrejados. Al centro un alto mostrador con detectores de metales colgando de la pared posterior. Al Oeste una rústica escalera de hierro que conducía a la parte superior del pabellón. Nos despojaron de nuestras ropas de civil. Permanecimos en calzoncillo mientras duró la requisita de nuestras per-

tenencias y las inscripciones en el registro de ingreso. Nos vistieron con shorts y camisas sin mangas y sin cuellos. Nos condujeron a nuestras celdas.

En mi celda, en tinieblas, no podía distinguir nada. Tiré sobre el piso la colchoneta que me habían dado y traté de dormir. No dormí. Tenía frío. Si usaba la toalla para taparme me vería obligado a que mi piel entrara en contacto directo con la colchoneta sucia, si usaba la toalla para separarme de la colchoneta, entonces no podría cubrirme. Fumé para esperar la claridad de la mañana. Qué equivocado estaba Mumúa el día que me dijo: “Allá vas a estar mejor”, cuando nos despedimos en Villa Marista.

Boniatico era ese allá que ni Mumúa ni yo conocíamos cuando nos separamos, quizás para no vernos nunca más. Y no estaba mejor. El retrete, tupido. No se podía usar. El grifo, sin una gota de agua. Las paredes cochambrosas. El piso asqueroso. Un ventanuco por donde no se veía más que muros y por donde entraban a raudales los insectos, el sol y las lluvias. El nuevitero se había quedado sin contrincante para jugar a las damas y yo no podría volver a jugar con nadie. Mi soledad de hoy en adelante sería sin estatura, sin fondo.

Apenas aclaró comenzó un bullicio como nunca había escuchado. Los presos gritaban, se saludaban de celda a celda. Los carceleros se preparaban para otorgar los turnos de patio. Venía Colao arrastrando el carro sucio y maloliente. Repartían un desayuno que consistía en “chorote” (un líquido de color ocre obtenido a partir de la harina de maíz, azúcar y agua) y un panecillo que se desmigajaba de sólo mirarlo y que fabricaban, sabe el diablo, con qué harina.

Al filo del mediodía conocimos a Arrate y a Sabino. Fue una presentación ceremoniosa, protocolar. Arrate se presentaba como el oficial de la Seguridad del Estado que nos “atendería” y luego pasaba a presentarnos a las personas que estuvieran en la oficina donde se celebró el primer contacto. Más tarde nos habló de las características de la penitenciaría y nos brindó una serie de “consejos útiles” para sobrevivir en la cárcel. A medida que fue hablando con nosotros, por separado, como sería luego en todas las ocasiones, nos fue reubicando. Nelson, para un destacamento; Edel, para otro; Villarreal, para otro; Normando, Próspero y yo, que parecíamos los más peligrosos, en Boniatico. Días después vino una contraorden y Nelson, Edel y Villarreal, acompañados de Juan Carlos, que sería el séptimo entre nosotros, y que vendría con un ojo morado como una berenjena, regresaban a Boniatico.

Mi primer día de huelga fue domingo. No había podido dormir en toda la noche. Los huesos no se acostumbraban a la indocilidad del piso. La piel no se conformaba con el escozor que le proponían los insectos. El estómago no cesaba en su concierto de tripas bullangueras. Fue larga la noche. Panza arriba. Duelen los puntos de apoyo de la espalda. De lado, por la derecha. Duelen los puntos de apoyo del hombro y la cadera. De lado, por la izquierda. Duele. Cambio de posición. Se resiente de nuevo la espalda. Las horas lentas, moronas. No pasan. Se alargan. Agradecí la salida del sol. Se alejaron los bichos. Se disipó el frío. Los huesos se alivian, se acomodan. Pero las tripas, ¡ay!, las tripas no acallan su inconformidad, su desasosiego.

Llega Roberto a mi celda. Es el oficial de la Seguridad que “atiende” la prisión de Aguadores, según me dijo. Mulato. Pequeño. Gafas de aumento, Bigotito.

“Prepárese para que lo vea el médico”, me ordena. Me incorporo.

“Ya estoy preparado”, le respondo.

“¿Usted no tiene ropa?”

“Usted los sabe”. Me mira. Debo estar muy sexy. Rostro grasoso. Ojos legañosos, dientes sin cepillar, pero en calzoncillos. Se va Roberto. Quiere aparentar laconismo, dureza de carácter.

Regresa Roberto. Trae un short y una camisa sin mangas. Me los alcanza por entre la maraña de cabillas que es la puerta. Me visto. Ordena a un guardián que abra la puerta. Me esposan. Me conducen por el largo pasillo. Una pared rebrillando de blanco a la izquierda; a la derecha, celdas llenas de presos. Llegamos a la enfermería. Desalojan. El doctor Matos me ausculta, mide mi tensión arterial, me pesa. Roberto anota lo que el médico le dice. Va al teléfono a rendir el parte a sus superiores. A mí me conducen de regreso a la celda. En el trayecto me entero que las celdas de castigo están tan pobladas porque en el penal se ha desatado un brote enorme de conjuntivitis, y ese es el único modo de aislar a los infectados. Al pasar algunos me saludan. Me retiran la ropa que me habían traído para asistir a la consulta. Otra vez en calzoncillos. Otra vez

panza arriba mirando el techo desconchado. Otra vez atento a los efectos que va causando el hambre.

Amanso el hambre pensando en cualquier cosa menos en comida. Cuento los cigarrillos que tengo escondidos en una fisura de la pared. Calculo. Debo administrarlos bien. Me fumo uno hasta la mitad. Guardo los restantes. El cigarrillo apacigua el hambre. Me adormilo. Me despierto sobresaltado porque me sorprende soñando con alimentos. Me recrimino a mí mismo. Cómo puede traicionarme de ese modo el subconsciente. No puedo permitirlo. Vuelvo a adormilarme. Me despierta entonces un ligero dolor de cabeza. Viene el pasillero. Se llama Branly. Es muy joven. Conversa conmigo. Me cuenta que ya ellos sabían que yo vendría. El día antes habían sacado de las celdas de castigo a Agustín Cervantes. Agustín Cervantes había permanecido allí desde que, después que lo derribaran del muro de Boniatico, lo trasladaran para aquí. Evidentemente no querían que nos conociéramos, nos mezcláramos, nos apoyáramos. Branly me dijo que podía contar con él para cualquier cosa. Receloso, le respondí que no necesitaba nada. Me reiteró su disposición y se alejó.

A mediodía tuve otra visita. Otra vez “Prepárese”. Otra vez el short y la camisa desmangada. Otra vez las esposas. Otra vez el pasillo. Me conducen hasta una barraca minúscula. Buró. Archivos. Es la oficina de Orden Interior. Me espera el oficial Vladimir. Ya lo conocía. Era el que había estado con Arrate en Boniatico el día 29 de agosto. Comienza su monserga.

Que el único plantado soy yo.

Que los demás no comenzaron la huelga.

Que no sea caprichoso.

Que no me van a dejar morir.

Habla. Teoriza. Me da por seguirle el juego. Hablo. Teorizo. Acuerdo: sigo mi huelga. Usted con sus teorías, yo con las mías. A la celda de nuevo. Colijo, por el modo de hablar, de comportarse el oficial, que ellos son los preocupados. Fumo el medio cigarrillo que había comenzado por la mañana. Regresa Branly. Me pasa a hurtadillas una nota de Agustín. Ya Agustín sabe que soy yo a quien trajeron. Me ofrece su ayuda, incondicional. Le mando decir que lo único que necesito son cigarrillos. Me envía dos paquetes y un bulto de periódicos viejos. Por la noche descubro la utilidad de los periódicos viejos. Dispuse algunos en el piso a manera de colchón, no amortiguaban mucho pero por lo menos

estaban más limpios. Usé otros como cobertor. No abrigaban del todo pero amparaban algo contra el frío de la madrugada. En mis vueltas y revueltas se fueron arrugando, rompiendo. Cuando amaneció parecía un mendigo arrojado en un basural.

El lunes conozco a los verdaderos médicos del penal: Adrián y Tomás. Roberto, el oficial de la Seguridad, me había traído a la enfermería del penal para el chequeo diario que habían ordenado los mandos superiores. Era cierto lo que afirmara Vladimir: no me dejarían convertirme en un mártir. Era cierto lo que yo barruntaba: ellos estaban más atemorizados que yo. Tomás Velásquez, un hombre decente, un buen profesional, me explicó pormenorizadamente las consecuencias físicas del ayuno y me convocó a deponer la huelga. Vi en él la preocupación auténtica por mi salud y a la vez el miedo a deslizarse más allá de lo estrictamente orientado por las autoridades de la Seguridad. Roberto nos vigilaba atentamente. Le agradecí, cortésmente, al médico su atención y le reiteré mi disposición de continuar la huelga. Roberto anotó el parte. Me envié a la celda con los guardianes. Fue al teléfono a informar de mi estado a sus superiores.

Los días comenzaron a pasar con lentitud. El capitán Chacón, jefe de la prisión, había pasado por mi celda con todo su estado mayor. Los tuve más de dos horas de pie frente a mi celda. Los castigué con una larguísima teorización sobre la cobardía política que significaba haber separado a los huelguistas en vez de asumir la responsabilidad que el hecho acarrearía en la cárcel de Boniato. Los deslumbré con su propio lenguaje partisano, patriotero y falaz. Me creyeron uno de ellos, pero a la inversa. No se esperaban a un hombre capaz. Estaban persuadidos de que los 75 éramos un grupo de mercenarios e ignorantes como había pretendido hacer creer el gobierno por todos los medios de comunicación. Mi único objetivo era despertarles esa solidaridad subconsciente que provoca la manipulación del imaginario heroico de la memoria histórica. Si lograba sus simpatías a pesar de la aversión inculcada en sus conciencias por la propaganda del régimen, ya estaba fisurando su esquema de pensamiento, y eso los desconcertaría, y podría yo empezarlos a encaminar por una ruta verdadera y objetiva para valorar la real situación del país. Creo que se marcharon admirándome.

Todo lo que me había explicado el Dr. Tomás comenzó a producirse: la cefalea, en ocasiones, intensa; los vértigos de cúbito, las sudoraciones géli-

das, los estados de somnolencia, las alucinaciones oníricas, los retortijones estomacales, la ausencia de deposiciones fecales, las escasísimas micciones, la deshidratación paulatina, la sensación de frío, la pérdida de fuerza corporal. Había que resistir. No tenía información ninguna. Mantener la lucidez para los eventuales encuentros con los oficiales de la Seguridad se convirtió en mi objetivo principal. Ellos serían mi única fuente de información y debía estar alerta y preparado para, dentro de la maraña de información y desinformación que me brindaran, extraer la verdad. No sabía si la huelga resonaba o no en la comunidad internacional, a pesar de las medidas tomadas para que así fuera; no sabía cuántos de mis compañeros habían sido trasladados, ni hacia dónde; no sabía cuántos estaban resistiendo, ni en las condiciones en que se hallaban. La perspicacia era mi única arma.

Apareció Ramiro. Era la tarde del sábado. Para entonces yo sólo pesaba 49 kilogramos. Los síntomas de deshidratación eran evidentes. La debilidad física se hacía notable a simple vista. El Dr. Adrián me había auscultado por la mañana y, alarmado, me había convocado también a deponer la huelga. Yo había reiterado mi disposición de continuarla. Apareció Ramiro.

Por primera vez fui conducido hacia las barracas donde estaba ubicada la dirección del penal. Esposado llegué a una oficina de muebles desvencijados e incómodos. Me habían conducido dos guardianes y el oficial Roberto. Tras un rústico, despintado buró me esperaba Ramiro. Me saludó con cierta fingida cortesía. Ordenó me quitaran las esposas. Mandó retirar a los guardianes. Quedamos en la oficina Ramiro, Roberto, yo y, suponía, la técnica de grabación. Era el momento cumbre de la huelga y debía aprovecharlo. Ramiro me ofreció la oportunidad desde la misma presentación. Como si no me conociera, y fingiendo mesura y serenidad, me preguntó mi nombre y otras señas personales. Le respondí y pregunté a mi vez con quién tenía “el gusto” de hablar.

“Capitán Rolando”, me dijo. Iba yo a sonreír pero no me permití el desliz. No podía equivocarme por más tonto que lo creyera. Sonreí mentalmente. “Ah, este es de los guevéricos”, pensé, “voy a encarrilarlo por ahí”. Mientras yo pensaba él desembalaba unas ridículas raciones de pollo frito, evidentemente adquiridas en algún puesto de venta en divisas, y unos refrescos en latas.

“Capitán Rolando”, dije en alta voz. Lo miré. El aparentaba no prestarme atención. Fingía concentración en el desembalaje. “Como el Capitán San Luis

en la guerrilla del che en Bolivia”, agregué. Alzó la cabeza. Me miró. Lo noté orgulloso. Fui más a fondo. “*Y su cuerpo pequeño de capitán valiente*” cité de memoria el verso de Pablo Neruda que Ernesto Guevara usara en su diario para describir la muerte del capitán Eliseo Reyes. Vi ufanía en sus ojos. Cuando se les ataca con sus propias armas son muy vulnerables. La vanidad sedimentada en ellos por la propaganda heroica los incapacita. La Seguridad del Estado cubana padece de ese esquemático mal. Por los seudónimos que usan se puede hacer un acercamiento primario a su esquema de pensamiento individual. Los guevéricos se autonombran Ernesto, Intí, Rolando; los bíblicos, Moisés, Jesús, Pablo; los stalinistas, Vladimir, Igor, Pavel. Ramiro Tamayo Gómez, el jefe de enfrentamiento a la contrarrevolución en la provincia Santiago de Cuba, oriundo de Contramaestre, de origen campesino, muy pobre, y educado en academias militares desde la infancia pertenecía a los guevéricos. Mientras él pretendía engatusarme con el supuesto suntuoso piscolabis yo trataba de penetrarlo psicológicamente. Ya tenía un primer indicio: era fan de su guerrillero heroico.

Roberto comía con fruición, con glotonería. Había en sus ademanes exagerados como una mimesis de perro famélico. Quería contagiarme su entusiasmo por los alimentos. Ramiro insistía en que yo también comiera. Le dije que lo que hacían se llamaba tortura psicológica. Noté en Roberto entonces una fruición redoblada. Se proponía quebrarme. Pasé a la ofensiva. Comencé a hablar de métodos de supervivencia. Expliqué a qué sabían los lagartos, lo pegajosos que resultaban los gusanos de la madera podrida, de la gran cantidad de proteínas que podrían aportar las cucarachas en caso de que el cuerpo humano pudiera sintetizarla. Nada asqueaba a Roberto. Mientras yo describía mi prontuario de inmundicias él devoraba con deleite. Dejó sobre el plato plástico un montón de huesos roídos.

Ramiro abandonó la hieratez inicial. Se veía más relajado. Hablaba con más soltura. Comenzó a creer que estábamos entre compinches. Mis conocimientos sobre su ídolo, y su ideología lo hicieron enrumbar mal su pensamiento. Comencé a ser para él una especie de oveja descarriada que había que retornar al redil. Cuando se convenció de que no comería, me ofreció café. Le respondí que ningún alimento y le solicité cigarrillos. Fue muy bondadoso -con la propiedad estatal, claro está- ordenó a Roberto fuera buscar dos paquetes a la dirección de aseguramientos del penal. Fumé sin administración. La conversación sería

larga. Me había propuesto indagar, y la indagación requiere de mucho tiempo. Roberto resistió hasta el anochecer. Se marchó. Ramiro y yo, a quien ya le había dicho que no se llamaba Rolando, que yo lo conocía por la descripción que Yarái le hiciera a Normando, permanecemos en una charla que parecía no tener fin. Desfilaron por nuestro diálogo experiencias campesinas comunes, supuestas afinidades, gustos parecidos. Parecíamos dos viejos condiscípulos que se reencuentran y empiezan a contarse historias. Entre cigarrillos y memorias llegamos al meollo de lo que nos tenía reunidos. Me informó que Normando Hernández había sido trasladado hacia Pinar del Río, que Juan Carlos Herrera había sido reubicado en Camagüey, que Nelson Aguiar había sido llevado a Guantánamo, que Antonio Villarreal había depuesto la huelga y Próspero Gainza también. En ese punto se enredó la discusión. No le acepté la información que me daba sobre Próspero. Yo sabía que el holguinero era de la estirpe brava. Al fin aceptó la permanencia de Próspero en la huelga. Dueño de esta información hice un análisis rápido. La huelga ya no tenía sentido. Había cumplido su objetivo. Prolongarla era un atentado contra nuestros cuerpos. Para concluirla sólo necesitaba tiempo y vía para hacérselo saber a Próspero. Ramiro iba a ser ese tiempo y esa vía. El era el más interesado en concluirla. Le propuse que convenciera a Próspero de terminarla y yo la terminaría asimismo.

La alegría de Ramiro fue notoria. Estaba dispuesto. Haría las gestiones con Próspero. No sabía el oficial que el único medio, por acuerdo común, era dejarnos hablar a unos con los otros para tomar esa decisión. A las dos de la madrugada cerramos nuestro protocolo. Fuimos a la enfermería. Una enfermera soñolienta nos midió la presión arterial. Ambos la teníamos muy alta. Anoté también en mi memoria este dato sobre el policía para ulteriores encuentros. Fui a mi celda tranquilo. Ya había olvidado las promesas de Ramiro para que yo depusiera la huelga. Eso no era lo importante. Lo fundamental para mí era poder hablar con Próspero al otro día y estaba seguro de la reciedumbre de carácter de mi compañero. El no aceptaría nada si antes no hablaba conmigo.

A la una de la tarde del domingo volvieron a sacarme de la celda. Allí estaba nuevamente Roberto. No habían podido convencer a Próspero. Se imponía la conversación telefónica. Próspero en la dirección de la cárcel de Boniato, yo en la dirección de la cárcel de Aguadores. Timbra el teléfono. Roberto responde. Me pasa el auricular.

“Vázquez, aquí está Próspero. Háblale tú para que sepa que no hay mentira”.
Me dijo Ramiro desde el otro lado.

“Pónmelo”, respondí.

“Oigo”. Reconozco la voz de mi amigo.

“¿Y Próspero Gainza,

con su voz de montero,

por dónde es que anda Próspero?”. Le digo y oigo su risa. No hay dudas. Es él. Y él sabe que soy yo. Le expongo la situación. Nos ponemos de acuerdo. Le explico que no coma de repente, que tome sales de rehidratación antes de alimentarse con sólidos para evitar problemas de asimilación. Nos despedimos. Por la tarde vuelve Ramiro. Se siente satisfecho. Me permite llamar por teléfono a Yolanda.

Cuenta Yolanda:

El 7 de septiembre de 2003, mi esposo Manuel Vázquez Portal, me llamó por teléfono desde la cárcel de Aguadores, Santiago de Cuba, para decirme que cesaría la huelga iniciada ocho días antes, el 31 de agosto y que sería trasladado nuevamente a la prisión de Boniato.

Con el alma en vilo me dirigí tres días después hacia Santiago para llevar a mi esposo alimentos y otras vituallas, pues él había rechazado la jaba en la visita anterior a la huelga, debido a que le quitaron la mitad de los cigarrillos que yo le llevaba, las medicinas y otros muchos productos que no aceptaron los oficiales de la prisión.

Llegué a la ciudad con la idea de ir para Boniato, ya que ahí era donde yo creía que estaba mi esposo, pero Ana María Escobedo, quien amablemente ha brindado su casa a las esposas de los presos políticos; se le ocurrió llamar por teléfono a cárceles y prisiones y en ese lugar nos dijeron que Manuel aún estaba en Aguadores.

Hacia allá nos dirigimos Anita y yo, con la incertidumbre de si tendríamos que regresar cargadas con las pesadas jabas que llevábamos. Ya en el centro penitenciario, una oficial me dijo que alguien esperaba por mí; no obstante tuve que aguardar más de una hora para que me atendieran.

Se trataba del oficial Ramiro, Madre Teresa de Calcuta de la Seguridad del Estado, quien amablemente me obligó a sostener un casi monólogo con él, para comunicarme, entre otras cosas, que Manuel tenía cuatro faltas graves: el diario, los “poemitas”, el mitin del 13 de agosto y la huelga; pero para que yo viera que él no es tan malo como nosotros pensamos, olvidaba esas indisciplinas. Claro, que yo debía saber que la Seguridad del estado todito lo anota y en caso de que hubiera en el futuro un proyecto de mejoras con respecto a los 75, por ejemplo, un acercamiento a sus provincias –porque no es lo mismo estar en Santiago que en Matanzas- pues si yo me porto bien y no hago esas declaraciones a la prensa, que le hacen tanto

daño a Vázquez y si, ya que él me quiere tanto, yo lograra convencerlo de que respete la disciplina, pues a lo mejor hasta me conceden el beneficio de que mi esposo cumpla sus 18 años cerca de La Habana.

Este señor, que casi constantemente estuvo a mi lado en el Penal, no dejaba de decirme lo bondadoso que es en realidad y que nadie puede decir que él no hable mucho con la gente antes de tomar otras medidas. Hasta en una ocasión, en que me explicaba las características de la oposición en Cuba, me dijo que a la Revolución sólo se la tumbaba de dos maneras... Yo al oír esto agucé los oídos, pero se interrumpió bruscamente y no llegó a enseñarme cuáles eran esas dos formas.

Entonces trajeron a mi esposo, sin esposas ni grilletes, y pude darle un abrazo grande. Nos dejaron ¡solos! en la oficina del Jefe del penal unos quince minutos. Luego apareció Madre Teresa de Calcuta y dio por finalizado el encuentro. Se llevaron a Manuel, sin esposas ni grilletes, y a mí me acompañó hasta la entrada de la cárcel el magnánimo Ramiro, quien me reiteró la incompreensión de que era víctima por parte de los opositores.

Más tarde, cuando yo ya me encontraba en casa de Ana María Escobedo en compañía de Dolia, la esposa de Nelson Aguiar (que sólo pudo verlo unos minutos) apareció Madre Teresa de Calcuta de la Seguridad del Estado para decirme que me habían concedido una visita a Manuel al otro día y haciendo gala de su infinita bondad, me aconsejó que le preparara alguna carnecita para que se alimentara.

Al otro día después de esperar durante dos horas en la antesala de la prisión vino el seráfico Ramiro lamentándose profundamente de haberme hecho esperar, y me condujo junto a mi esposo a una oficina preparada para el encuentro. Allí Manuel me habló de algunos logros que tuvo su huelga: televisión cuatro horas a la semana, lo sacan sin esposas ni grilletes, la comida, aunque sigue mala, no está descompuesta, se le permitió una visita extra de más de una hora, la jaba la dejaron entrar completa, no sacaron nada, la celda de aislamiento más amplia (ya no tiene el retrete a cinco centímetros de la cabeza) aunque en semejantes condiciones a las de Boniatico (el techo tiene goteras, hace mucho más calor, las alimañas se mantienen, etc).

Lo más importante fue que la huelga llamó la atención de la comunidad internacional en cuanto a la protesta de los presos de conciencia, por las inhumanas condiciones a que están sometidos.

También me contó mi esposo que en la pared de su celda dibujó una bandera cubana, una palma y una rosa blanca y debajo escribió: “La patria es ara, no pedestal”, y después: “El pueblo que soporta una tiranía, la merece”.

Terminó mi visita a Aguadores, la cárcel adonde trasladaron a mi esposo por la huelga de Boniatico. En la boca me quedó un amargo por el que dejaba, pero también una sensación dulcísima por su amor a la Patria.

Las promesas de Ramiro pronto empezaron a incumplirse. La televisión se cerró para mí después que me sacaran de mi celda para que viera la Mesa Redonda dedicada a Elizardo Sánchez Santa Cruz y su reciente “destape” como el agente *Juana*. Fue la única y última vez. Parece ser que no gustó mucho que yo hiciera el chiste de que no me asombraba y que a lo mejor todavía faltaba, después de Juana, la aparición de *Tarzán* y *Chita*. Realmente no me hacía mucha falta la televisión para estar al tanto de lo poco que informa la prensa oficial cubana. Los otros presos recibían periódicos de sus familiares y una vez que los leían me los pasaban. En cuanto al entretenimiento Yolanda me lo había garantizado con una excelente carga de libros.

Volvió mi vida de prisionero a su rutina habitual. Veintitrés horas de encierro aislado al día, una hora de patio, que aquí sí usaba para ejercitar el cuerpo -mis amigos no estaban para hablar a gritos con ellos mientras se asomaban a sus ventanas-, mis noches sin luz y con mosquitos, mis cavilaciones para seguir sacando información de la cárcel, mis veinticinco minutos semanales de llamada telefónica a mi familia, mis tareas como “amo de celda”: la higiene, la alimentación, el fregado y otros asuntillos propios del reo.

Ya había usado, desde Boniato, los géneros de diario y crónica, pero en Aguadores no contaba con los mismos medios para agilizar la salida de mis papeles y eso conspiraba contra la actualidad de mis textos, los tornaba extemporáneos. Se me ocurrió que las cartas podían ser un género, que bien usado, daría frescura a mi información a pesar de que resultaren tardías. La carta le propicia al lector el hechizo de creer que está husmeando en la intimidad ajena y eso provoca una sensación de cercanía y complicidad con el remitente y el destinatario que borra toda necesidad de actualidad. Cuando llega es bien recibida. Esa sería mi próxima vía informativa para burlar la censura del régimen. Solo tendría que encontrar una manera de hacerlas salir subrepticamente.

Se me despertaron ciertas añoranzas adicionales a las que ya padecía. Le echaba de menos a Normando y Juan Carlos, extrañaba mis charlas moroneras con Antonio Villarreal a través de su ventana con vista al soleador de Boniatico,

pero sobre todo, Yenima era una ausencia sin fondo. Sus tres visitas al día no las suplía la legión de insectos y alimañas que ahora me visitaba constantemente. No pude encariñarme con ninguno después del rostro triste que le vi a Yenima la tarde antes de que aquellos dos desconocidos guardianes me esposaran, sacaran de mi celda, me condujeran hasta el minúsculo carro celular y me trasladaran, sin que yo supiera, hasta mi nuevo destino de prisión. Un cangrejo trastabillante y feo se me acercó con intenciones de compartir mi soledad, pero para macho, yo. Obturé con un pomo plástico el hueco del retrete por donde había aparecido embadurnado de sustancias bien reconocibles y lo privé de su acceso a mis aposentos. La comida del penal que antes obsequiaba a Yenima, ahora se la brindaba a Yan José Alzola, el negro más comilón y simple que he conocido en mi vida.

Yan, indudablemente submental, pasaba más tiempo en las celdas de castigo que en los destacamentos donde lo asignaban. No bien salía de una penitencia, entraba en otra. Siempre poseía un arma rústica, de fabricación carcelaria, y siempre le era descubierta por los guardianes. Cada vez que esto ocurría Yan iba a carenar a las celdas de castigo. Al principio me resultó repulsivo. No le veía la menor norma de buena conducta social. Supuse que podría resultar peligroso. Desconocía el respeto, la cortesía, los hábitos más elementales de la convivencia. Lo distancié lo más que pude. Con el paso de los días caí en la cuenta de que no merecía la exclusión, que no era el culpable de su deformación moral. Sus desvíos conductuales tenían origen en la mala educación que recibió en la infancia. Su entorno familiar había sido hostil. Carecía del más mínimo sentimiento de afecto. No había seguido ningún patrón que definiera su carácter ni desarrollara sus aptitudes y capacidades. Era el resultado de la anarquía que caracteriza al niño sin disciplina ni estructuras familiares estables. Huérfano, analfabeto, con la autosuficiencia propia de la independencia precoz en un barrio de mala reputación, Yan no conseguía siquiera contemporizar con los demás. Era un arma él mismo, y contra él mismo. No sobrepasaba los 19 años y poseía una complexión de atleta de alto rendimiento. Fornido de cuerpo y raquítico de pensamiento pronto se convirtió en la diana de todas las burlas y todos los retos. De celda a celda comencé a hablar con él para ejercer alguna influencia que lo mejorara. Rebatía todos mis argumentos, no aceptaba razonamiento alguno. Tenía una concepción

marginal de cuanto lo rodeaba. Su futuro era la inmediatez; su método vital, el pillaje y la fuerza.

Cuando los pasilleros me traían el sancocho del penal lo botaba por el tragante del retrete. Nunca pude comerlo. Abel Domínguez Portuondo y Branly Arnal se habían encargado de alimentarme mientras mi jaba no había llegado. Ellos también botaban la comida que brindaba la prisión. Se me ocurrió que podíamos ayudar a Yan que siempre trinaba de hambre. Su corpachón joven necesitaba una cantidad de alimentos que, ni por asomo, satisfacía la exigua ración que le otorgaban. Acordamos no verterla más por el retrete. Branly se la llevaría a Yan.

“Gracias, papá Manuel”, me gritó Yan desde su celda cuando Branly llegó con el cargamento.

Aquella noche el negro estuvo cantando hasta después del toque de silencio. Su alegría era incomparable. Al final de su concierto, impuesto por los guardianes que, entre divertidos e imperiosos, le ordenaron callara, anunció que se masturbaría a costa de la madre de Fidel Castro, rió estruendosamente y la sección de castigo de la prisión de Aguadores cayó en el letargo que antecede a los ronquidos, quejas de pesadillas y flatos sonoros de una noche de cárcel.

Yo no sospechaba entonces el triste destino que se le avecinaba a Yan.

Cárcel de Aguadores, 14 de septiembre, 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Amor:

¡Y qué tarea cíclopea se le avecina al pueblo cubano! Salvarse de la ruina heredada y salvarse de las apetencias mezquinas, de las rapacidades espurias, del filibusterismo interno. Es la hora grande de la nación. Nos veremos crecer. El magma está a punto. La erupción es inminente. No creas que cuando así pienso, y te lo participo, me creo el demiurgo elegido, dueño de la piedra filosofal, con un programa infalible. Sólo soy un hombre honrado que desde la soledad de mi celda otea el horizonte y atreve una premonición, a lo mejor, sin sentido.

Cuando se llega al límite no quiere decir que se ha arribado, sino que se tiende a... Y creo ver la hora límite. Lo inusitado puede ser la incógnita revelada en toda ecuación política –por ende coyuntural. El resultado puede ser sorprendente. Estamos – recordemos a Hegel- en un momento trascendente. No se le puede dar pábulo a la demencia, a la turbamulta desenfrenada, así como tampoco a los apetitos bárbaros, a las debilidades creadas por la precariedad, a las concesiones pusilánimes; sólo la serenidad y la inteligencia serán el manto protector. Dios pone ante el pie del hombre los caminos, y ante sus ojos el tino y la vivencia para escoger el apropiado

Todos los procesos históricos, aunque ejecutados por los hombres, están previstos y organizados por Dios. Si acaso, somos sus instrumentos. Creo que ha llegado la hora en que Dios desea salvar a nuestra Jerusalén, y contra eso son inútiles las fuerzas humanas. Se equivoca quien pretenda impedir los designios de Dios. Si acaso estoy en el vórtice de la sacudida, ten por seguro que nuestra dignidad será salvada, y para ello, ante todo, respetaré, seré fiel, leal hasta la muerte, de las leyes, las enseñanzas del único, verdaderamente todopoderoso.

Cesó el tiempo de adoración de los falsos ídolos, de los trenos alelantes, de los aforismos embaucadores, de las frasecitas altisonantes y falaces. El cubano merece ya un poco de piedad y transparencia. Ha sido largo, rudo su gólgota. Creo percibir la clemencia divina. Soy ahora, más que nunca, todo fe. Si no fuera que lo creo blasfemo te diría que me siento ungido. Hay que evitar por todos los medios el derramamiento de sangre, ya Cristo derramó la suya por todos, no hace falta más. A menos que Dios mismo lo desee, y si Él lo quiere, yo seré el primero en ofrecer la mía. La vida no vale nada si no se sabe morir apegado a la grandeza divina, y ganarse la vida verdadera, sin más gloria que glorificar a Dios.

Amor, Pucha mía, cualquier estólido podría pensar que esta no es una carta de amor a la esposa amantísima. Pues sepa el tonto que no se puede amar a nadie si no se ama a la humanidad, del mismo modo que no se puede amar a la humanidad si no se ama a cada individuo en particular. Te amo porque me amo, y amo a la humanidad porque tú eres parte mía y los dos somos parte de la humanidad. Dios nos creó como un todo, ¿quién soy yo para segregación tan imprudente? Yo te amo, Dios nos ama más, porque nos ha unido para que no nos atrevamos nunca a dejarlo de amar. Más no puedo amarte, porque todo mi amor es tuyo.

Yo.

Cárcel de Aguadores, 15 de septiembre 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño

Pucha querida:

¿Será Cuba sólo ese tráfago de tiranos, cada vez más crueles, herencia abrumadora que nos legara una metrópoli ferozmente absolutista cuando el “descubrimiento” de nuestra atribulada, dolida isla?; ¿será sólo esa ecléctica mixtura de razas bullangueras e irresponsables carentes de identidad propia y que, como famélicos perros vagabundos, siguen la primera mano que les lanza un hueso ya roído, o les da un silbido de pestilente y ajena ideología?; ¿será sólo el histrionismo payasesco tropical para turistas peseteros que arriban solamente tras las huellas de meretrices baratas, o ese mismo histrionismo con aires de solemnidad, que persiguen caudilluchos populistas y pseudo mesiánicos que vienen a pavonearse junto a una historicidad decadente, porque, sólo aspiran, como su ídolo a perpetuarse en el poder? No puede ser.

Poseemos también una herencia de fundadores hidalgos que fueron capaces de incendiar la ciudad donde nacieron ¡donde naciste! antes que rendirla al opresor; de padres adelantados capaces de enseñarnos a pensar, a ser nosotros mismos; de jóvenes altruistas y románticos capaces de inmolarse en la siempre sacrificial piedra de la Patria honrosa; de artistas eméritos que ha ennoblecido nuestro espíritu con sus versos, sus arpegios, sus colores. ¿Por qué entonces esta timoratez que nos consume, por qué esta docilidad que nos mantiene con la cerviz a ras del suelo, por qué esta indecisión o indiferencia que nos carcome? ¿Alguna tiranía lo había logrado antes, y por tanto tiempo?

Es, Pucha mía, que la tiranía actual es más sutil, sofisticada, sibilina, dúctil de jugadas, despiadada, inescrupulosa y cruel que todas las anteriores. Párvulos fueron Machado y Batista, niños caprichosos e ingenuos. Esta tiranía se estableció contaminada –diríase infectada- por el comunismo ruso –el mismo que infectó toda la Europa Oriental- con su carácter satrápico y tenebroso. Tiranía

totalitarista que crea en los súbditos el servilismo perruno y en los poderosos la prepotencia, la arrogancia y la impunidad, un totalitarismo que ha robado, con su pillaje enmascarado de ley, el honor, la libertad, la vida, sin dejar alternativa alguna a las víctimas que hemos sido, que somos. De la misma manera que Lenin, a la cabeza de los bolcheviques, abortó la revolución burguesa rusa, los barbudos enrojecidos, no por el sol caribeño, sino por la tóxica ponzoña de una ideología espuria, malograron la nuestra. ¿Qué pensarían hoy nuestros antecesores sacrificados en pos de decapitar la tiranía anterior, al sentirse colaboradores involuntarios de una nueva y más devastadora tiranía? ¿Cómo se comportarían hoy tus tías Blanquita, Yolanda, Manuel Angulo, el dueño de la única emisora radial de Holguín, estaríamos a su altura, nos resultaríamos opositorcitos políticos, casi ridículos ante ellos? Creo que estamos inmersos en el minuto glorioso. Si nos dejamos invadir por el miedo que corroe los huesos de los cubanos –como único amparo frente a la bestialidad gubernamental-, si permitimos que la incuria frente a las angustias de la nación que aplasta a los ciudadanos nos circule por la sangre, estaremos traicionando a Blanquita, a Yolanda, a Angulo, en última instancia a Mamaté. ¿Tuvo Blanquita temor al expulsar de su casa a generales y embajadores del poder cuando se sintió usada, manipulada, traicionada por ellos –preguntadle al general William Gálvez? ¿Por qué tendríamos nosotros miedo de expulsar de la casa común – la nación- a quienes nos usan, degradan, manipulan y traicionan? ¿No te parecería más digno morir?

Amor, no quisiera parecerte falsamente apostólico, o en el peor de los casos, pedante, pero ahora comprendo mucho mejor que la rebeldía no es privativa de la juventud. Desde mis cincuenta y dos años me siento inaugural para la lucha, imberbe para las utopías decorosas y verdaderamente fructíferas, mozo para los anhelos que borren las tinieblas. Carlos Manuel de Céspedes cuando se levantó en La Demajagua también sobrepasaba los cincuenta, ¿será que éramos, tanto él como tú, como yo rebeldes desde la infancia? La cárcel no me ha doblegado, al contrario, me ha radicalizado aún más y clarificado mis ideas. Aquí la meditación y la reafirmación personal se tornan casi manía. Hoy conozco mejor, en más detalles, la rémora que significa para el desarrollo de Cuba el actual régimen. Un régimen que más que sistema de gobierno es una -poca valiosa por cierto- pieza de museo, un fósil vivo que se tambalea, trastabilla, se interpone hacia

un siglo nuevo, una existencia nueva a la que el mundo entero se ha insertado ya. ¿Qué momia anacrónica y vampiresca es ésta que nos estanca, descarría y deja exánimes mientras la felicidad se nos escabulle? ¿Permitiremos que nos desangre totalmente mientras el mundo se revive después de un siglo con dos guerras mundiales y una guerra fría donde estuvimos al borde del holocausto? Así no será. Estar vivo, aunque encarcelado, es luchar. El pueblo, también en la ergástula ya visible de la tiranía, también luchará. Las pulsaciones gubernamentales se están acelerando por días, la presión aumenta vertiginosamente, huele a cadáver, el infarto es inexorable. El viejo, desgastado, turbulento corazón de la dictadura-¿habrá sido proletaria alguna vez?- no resistirá el empuje de su propia sangre envenenada. Al fin entraremos al nuevo siglo como quien resucita y se escapa de una infecta, sórdida tumba. Haremos, para nuestros hijos, de esta fosa común que nos dieron por hogar durante casi medio siglo nuestros enterradores –disfrazados de redentores- un jardín exuberante, de lujuriantes flora, de cantora fauna, donde la ortiga del totalitarismo no hallará espacio para germinar, ni la traidora serpiente del comunismo hallará madriguera.

Pucha, no cejes en el empeño de ser mi voz, de ser mis ojos, mis oídos ante el mundo, porque como dijera el poeta Walt Whitman “cada partícula de mi cuerpo es tuya” y sin ti no me completo, no soy. Abracemos el amor, abrasemos el odio más fuerte aún que hasta ahora. Creceremos.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 18 de septiembre, 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

Si caben en tu corazón más pesares de los que te ha impuesto el gobierno cubano al encarcelarme injusta, despiadadamente, escucha también éstas tribulaciones mías, que sólo comparto contigo porque eres parte mía. Debía callarme, no causarte penas, pero sé que entre los dos el fardo es menos pesado.

Te doy dos buenas noticias. Las pequeñas escaras que me produjo dormir en el suelo y sin aseo durante la huelga ya sanaron. Con todas las delicias que trajiste he empezado a engordar. De los 49 kilogramos con que terminé la huelga ya peso 54. Parece que el queso y la leche siguen siendo alimentos esenciales, lástima que a nuestros niños los priven de leche a los siete años.

La alimentación aquí es tan deficiente como en la cárcel de Boniato. Las mismas recetas –bazofias- se repiten con asqueante asiduidad. Me impongo comérmelas, pero me es imposible. ¡Cuánto echo de menos a tus artes culinarias de las que, a veces, me quejaba, no sé cómo excusarme! Parece que los seres humanos necesitamos perder algunas cosas para comprender que se trataba del paraíso.

Los libros que me trajiste también me alimentan. Son el antídoto preciso contra la alienación, el embrutecimiento diario a que estoy expuesto. Este es un mundo inhumano, grotesco, inescrupuloso, aberrante. Para evadirse de él hace falta una dosis inmedible de voluntad y valentía. Siempre se está al frente del exabrupto y la violencia. La cautela tiene que ser permanente y la alerta eterna. Uno nunca puede definir con exactitud cuándo se trata de provocadores manipulados o de personas realmente traumatizadas por los años de cárcel los que se te acercan. En todo caso el comportamiento en las relaciones –bien sabes que no soy muy buen cultivador de ellas- tiene que ser sereno, firme. No se puede mostrar ningún signo de debilidad, al mismo tiempo que el coraje no

puede ser demasiado ostensible. El equilibrio del carácter, para con todos, sin excepción y sin exclusión, es la clave de una convivencia cercana a lo sosegado, si es que el sosiego puede alcanzarse en este lugar.

En cuanto a las conversaciones de corte político, la cautela hay que redoblarla. Sólo se topa a personas de pensamiento muy poco cultivado, fabricado a fuerza de consignas banales; si algunos se expresan contra el gobierno, no lo hacen por convicciones, sino porque, en última instancia, todo recluso rechaza al sistema que lo encarcela; la libertad es tan sagrada – a pesar de ser la palabra más emputecida, y la categoría filosófica más pretendidamente explicada- que hasta los hombres más pedestres quieren solapar sus culpas, sus crímenes tras el biombo de las culpas, los crímenes, lo reaccionario de los gobiernos. Por otro lado son muy volubles, tan pronto los escuchas despotricando contra el sistema, como a la menor prebenda los oyes alabándolo con frenesí de bestias obnubiladas. El preso cubano – no sé como será en otra parte- está lastrado por un sentido de provisionalidad muy acentuado. Cree sólo en el ahora y en el aquí. No tiene el menor sentido de futuro, su proyección hacia el mañana no existe. Está tan engañado, tan mondongueado por las autoridades penitenciarias, y por tanto tiempo y tan constantemente que no espera nada de nadie. Su sentido de reafirmación individual se mueve en el estrecho carril del día que discurre. La esperanza para ellos es una entelequia. Su confianza en los demás es sólo una máscara de seudo agradecimiento cuando se les satisface una perentoriedad: el obsequio de una galleta o un cigarrillo. Después son capaces de destriparte, denunciarte o, en el mejor de los casos, ignorarte. Tienen –como consecuencia de la política que se ejerce sobre ellos- el sentido de colectividad inhibido, cuando no totalmente anulado. De ahí que sea imposible un motín, una rebelión organizada contra los desmanes humanos y civiles que cometen cotidianamente las autoridades penitenciarias. Y es cuando –aplastados por esa trampa infernal- optan por la auto agresión física (se incendian, se acuchillan, se enceguecen, se mutilan) o van a la huelga de hambre como único modo de llamar la atención de las autoridades sobre ellos. Y ni con ello alcanzan un tratamiento más humano. El desmembramiento, la desarticulación, la atomización de la conciencia colectiva, el sentimiento de solidaridad entre iguales, son las armas más eficientes del sistema penitenciario cubano.

Para los presos de conciencia esa ignorancia de los presos comunes es el mejor estado que puede alcanzarse. Conseguir que lo ignoren a uno es lo más acertado que se puede conseguir. Evita la cuerda floja de tanta volubilidad. La solidaridad humana cobra aquí un carácter aberrado. No se puede ser obsequioso ni tacaño en demasía. Hay que establecer, muy a tiempo, esa frontera infranqueable y reconocible de brindar cuando se considera apropiado y denegar cuando alguien desea aprovecharse de tu bondad. Es una coraza no muy cristiana, pero sí muy necesaria. La cárcel común es una agria lección que no deseo a nadie, aunque comprenda la necesidad –otra palabrita emputecida y categoría filosófica recontraexplicada- de su existencia para mantener un orden propicio para el buen desarrollo de la vida en sociedad. La cárcel política es un verdadero crimen, crimen mayor, de cualquier gobierno que la imponga. Someter a un opositor político a los rigores de un sistema penitenciario despiadado es cercenar el desarrollo político de la nación, es mutilar el derecho de todo hombre a pensar, a disentir, a soñar una sociedad mejor; es, en fin, un acto de terrorismo gubernamental con afanes de perpetuidad en el poder. Y si ese presidio político es como en Cuba, donde al reo de conciencia se le arroja –abandonado a su suerte, su fuerza y su inteligencia únicamente- dentro de toda catadura de delincuentes comunes, es doblemente criminal y terrorífico.

El choque conceptual que puede producirse entre un preso común y un reo de conciencia tendría – y ha tenido- efectos catastróficos. Son dos sentidos de la existencia diametralmente opuestos. Por lo regular, el preso común se degrada moralmente, mientras que el preso político se fortalece y engrandece éticamente. La incomunicación entre ellos es prácticamente inmanente a ambas perspectivas personales, y la confrontación se torna inminente, y es donde el hombre de conciencia, de responsabilidad civil y pública se ve obligado a hacer ciertas concesiones que eviten la conflagración, pero que a la vez pueden disminuirlo frente a la concepción primitiva del resto de la población penal común. Y si el preso político se deja arrastrar por esa enfermiza y errónea concepción de virilidad casi animal que caracteriza la hombradía –más bien machismo- cubana, podría incurrir en contravenciones que lastren su prestigio político.

He ahí una trampa macabra que el preso de conciencia cubano tiene que sortear con valentía y honradez y sentido de la responsabilidad. Pero no es la única trapisonda a que somete el gobierno cubano a los presos políticos, porque

de esa misma trampa nacen los efectos psicológicos que –de prolongarse el encierro- afectarían el sistema nervioso del condenado.

¿No te parece, Pucha, verdaderamente demoníaco el intento gubernamental de doblegar por este medio las conciencias adversas a sus intereses políticos? ¿De qué se trata, de verdadera batalla de ideas, o de abuso desmedido del poder para reprimir las ideas contrarias? Una verdadera batalla de ideas no encarcela las ideas opuestas, a lo sumo, debe tener por norma –ética y política- contrarrestarlas con eficiencia, inteligencia y verdadera tolerancia. El gobierno cubano no sólo expone el futuro de Cuba con su actitud delirantemente caprichosa, totalitarista y obsoleta, sino que lo compromete seriamente sometiendo a sus opositores a unos peligros donde pueden resultar dañadas su integridad intelectual y física.

No creas, amor, que te explico, que reflexiono sobre estos desenfrenos del gobierno cubano, por miedo. El miedo para mí es un sentimiento mezquino cuando se trata de temor a los hombres. Mi único temor es frente a Dios. Pero realmente me aterra el futuro de Cuba. ¿A dónde quiere el gobierno cubano, ya abiertamente retrógrado, llevar al pueblo cubano? ¿Puede la vanidad de un hombre sobreponerse a la voluntad de una nación de ser libre, próspera, estable, dichosa? ¿Seremos tan ciegos como para permitirnos seguir andando por un laberinto donde sólo nos aguarda el minotauro feroz de la pobreza, del aislamiento, de la degradación humana?

No, Puchita mía, siento latir en mí toda la fuerza telúrica, abrasadora de mi nación, percibo la inminencia de la rebeldía total. Se salvará la Patria. Al fin lograremos la libertad de poder ser nosotros mismos, con nuestras virtudes y defectos, nuestras santidades y malignidades, sin que un solo hombre pretenda prediseñarnos un alma común para todos, sin matices ni irregularidades naturales que nos hagan únicos, irrepetibles, diferentes entre sí, verdaderamente humanos, dentro de la multiplicidad en que nos creó Dios. ¿Quién ha dicho de modo tan estrambóticamente maniqueo que el ser humano está concebido de una sola piedra y de la misma y exclusiva cantera? Vaya locura comunista, vaya disparate totalitarista. ¿Qué dirían de ello los dedos de esta mano con que escribo, si todos son diferentes, útiles, agraciados, con disímiles funciones? El igualitarismo comunista es la locura más atrevida, la ley más antinatural de cuantas han ceñido y asolado la tierra.

No más por hoy. Si no estuviera loco no te amara. Recuerdo ahora a Martí:
“Amor cuerdo no es amor”. Soy un loco que sueña con la loca cordura de la
libertad, tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 20 de septiembre, 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

No sé si hoy ha ocurrido algún hecho histórico. La vida de la humanidad está plagada de fechas trascendentes. Pero hoy es un día histórico sólo porque te amo. ¿Hay mayor historicidad que el amor? Dicen que amar con desenfreno, con frenesí, con el corazón es cosa de adolescentes. Debo haber amanecido adolescente, niño romántico-heroico que desea ser un héroe mitológico para que tú lo ames. Pobre Werther que soy a mis 51 años. ¡Te amo con el corazón, la cabeza, la piel y los riñones! Tengo grandes amores. Tú lo sabes y no me celas tontamente de ellos. Dios, la Patria, mis hijos, pero ante todo tú, porque tú eres yo. ¿Cómo amaría a Dios si no te amara?

La cárcel es ruda, la cárcel es sórdida, la cárcel es degradante, pero ¿hay cárcel más cruel que encerrar el pensamiento humano, pretender la acefalia ajena para convertirse en el único pensador? El más torpe, el más incultivado de los hombres se rebelaría frente a la imposición de un pensamiento único. ¿Quién ha dicho que la multiplicidad humana puede encarrilarse para que viaje mansa, negligentemente por un solo raíl? ¿Quién ha dicho que la pluralidad ideológica puede atraparse en un puño –por más férreo que este sea- y convertirla en doctrina alelante que todos tengan que aceptar? ¿Qué fronesis exótica es esa, qué reflexión demencial? Y las potencialidades cognoscitivas del ser humano, ¿dónde quedan? ¿Es que acaso el hombre es hucha vulgar que traga pacientemente cualquier moneda política, ética que se arroje dentro de ella?

No es cuerno vacío que se desborda con cualquier futilidad el pensamiento humano. Todos aprendemos, desde temprano, a valorar, discriminar, solucionar aquello que más concuerda con los valores éticos propios, heredados de una tradición familiar, religiosa, social. ¿O es que el totalitarismo posee la cualidad de borrar todo legado cultural para, partiendo de la nada, erigirse Dios y crear “un

hombre nuevo”, autómeta triste, dispuesto siempre a asimilar exclusivamente la directriz del “gran cerebro”? Ningún sistema de gobierno porta la facultad omnímoda, omnipotente de trasmutar la sociedad en un monolito ideológico. La unanimidad política es, a estas alturas del desarrollo humano, una engañifa a la cual ningún cosmético enmascara eficientemente. Se engaña, y pretende embaucar a los demás, todo gobernante que, por más recursos –persuasivos o represivos- que despliegue para la movilización popular, crea representar, llevar en sí, la opinión general.

La doblez popular también existe y la sociedad, frente a la represión –ya enmascarada o abierta- la utiliza para salvaguardarse; puede la doble moral ser la única tabla de sobrevivencia en el naufragio político. La historia ha demostrado que la simulación social socava pero no derrumba. El desplome viene cuando la sociedad, fatigada de fingir, prefiere la cárcel real, ruda, sórdida, degradante, antes que permanecer en la ergástula más estrecha y denigrante, de la falta de pensamiento propio y la imposibilidad de elegir. Cuba conoce las alternativas, sabe del derriscadero por el que se desbarranca, tiene conciencia del abismo ideológico en que ha caído. ¡Quiere elegir! Y no podrá la cárcel, mía o de miles, detener un futuro plural, múltiple, elegible.

Por eso ha amanecido hoy mi amor lozano, ígneo, palpitante. En ti se resume la Patria, la libertad. Te conozco y conozco a mi pueblo. Soy un reo feliz porque te tengo y mi pueblo me tiene. Vaya espíritu flaco el mío si me quejara de mis penurias. Cuba sufre más. Cuba vive más encarcelada que yo, su padecimiento es mayor. ¡Cuba primero! Salvémosla. El hombre es perecedero, la Patria que deja a los hijos, eterna. Fundemos la Patria donde nuestros hijos puedan pensar y elegir.

Si te besara ahora, te abrazaría, y yo ardería contigo.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 22 de septiembre, 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Pucha:

Hoy Tairelsita cumple 26 años. ¡Cuánta juventud! ¡Cuánto entusiasmo ha de asistir! ¡Cuántos anhelos de ver a su hijo –mi nieto- hecho un mocetón virtuoso y fuerte!

¿Les dejaré de herencia una Patria envilecida, pobrísima, estancada? ¿Será posible que Samuel también tenga que padecer las ataduras físicas y morales del totalitarismo? ¿Será baldía esta cárcel que sufro? No dudo en afirmarte que así no será.

Cuba se ha desperezado. Quien no quiere admitirlo es aquel que la cree dormida aún. Mi nieto Samuel disfrutará de la Cuba que soñamos, tendrá el privilegio de verla crecer junto a él como a la niña hermosa, alegre, mimada por todos, que será la patria nueva. ¡Ah, patria nueva, sin costas enrejadas, sin bocas temerosas, sin vidas constreñidas! ¿Qué es la patria sino la tierra que nos da pie para andar todas las patrias, geográficas y espirituales, añorarla y regresar cuando nos plazca, para reencontrarnos, reafirmarnos en ella.

La patria no es pedestal para asentar en él una doctrina inflexible, intolerante, tiránica, es el cantero donde deben germinar todos los jugos seminales de la espiritualidad humana, y nadie, absolutamente nadie, puede arrogarse el derecho de desarraigar, escardar, podar ningún brote, ya aromático o espinoso, que nazca. De todas las plantas debe componerse el bosque de la patria; el árbol bueno dará frutos, el árbol roñoso, calor en los hogares de las casas de los hombres. ¿Cómo conocer al árbol benigno o maligno si lo arrancamos en su edad temprana y no lo dejamos crecer para compararlo, para valorarlo, para elegirlo?

En el nuevo siglo la patria amplía sus fronteras, se dilata, alcanza toda la tierra, el planeta entero como patria de una civilización, la especie humana.

No es esta era la de estrecho chauvinismo, ni ridículo nacionalismo. La nación del hombre es el orbe entero. ¿Qué diferencia esencial, como persona, existe entre un francés y un chino, entre un dominicano y un ruso? ¿El idioma, las tradiciones locales, el color de la piel? ¿Es eso esencial?

Aunque las danzas, en su forma, su ritmo, sean diferentes en distintos sitios de la tierra, lo esencial es la necesidad humana de bailar. Aunque Dios tenga nombres y cultos diferentes en distintas latitudes, lo esencial es la necesidad humana de un Dios a quien temer y adorar. Aunque el misterio del alma se conciba de disímiles maneras en lugares distintos del planeta, lo esencial es la necesidad del hombre de indagar sobre el origen del alma.

El hombre, independientemente de lenguas, tradiciones, religiones, rasgos físicos, es, en todas partes, el mismo. En él se amalgama ese cúmulo de virtudes y miserias, de anhelos y negligencias, de santidades y malignidades, de heroicidades y cobardías, de cordura y delirio, de fidelidades y traiciones que lo identifica como humano. ¿Qué es, entonces, la españolidad, la haitianidad, el espíritu ruso, la britanidad, lo cubano? ¿No se ha mixturizado ya demasiado el mundo como para andar con melindres localistas, tribales? ¿No ha padecido ya demasiado la humanidad por hacer prevalecer esas singularidades estrechas? ¿No es hora ya de entender la multiplicidad como rasgo esencial de la unicidad?

El hombre es único dentro de su pluralidad, y eso es lo que hay que salvar. Seamos, al fin, terrícolas, y unámonos en el afán de salvar la tierra y sus habitantes. Es la hora de que Cuba se incorpore a esa tarea grande, gloriosa, necesaria, y no es su sistema fracasado y obsoleto el llamado para regir ese destino. El totalitarismo fracasó en su cuna y fracasó en sus epígonos. Afincarse hoy en él es una actitud retrógrada, reaccionaria, criminal, nada hay de salvable en él, salvemos al hombre y démosle una patria planetaria. Que sea dueño de todas las lenguas y todas las culturas, de todas las tradiciones y todas las religiones, para que elija aquella que más se avenga con él, y sea dichoso.

El adelantado que fue José Martí no pudo expresarlo más claro, sintéticamente: “*Patria es Humanidad*”. Ha llegado la hora de que la humanidad entera tenga por patria al mundo entero. Atrincherarse hoy en la endeble barricada de una nacionalidad bastante dudosa es cerrarle el paso al desarrollo humano. ¿Queremos acaso una sociedad que, en medio del desarrollo actual, se estudie

como la pirámide de Keops, sólo para que permanezca en su trono el faraón? No. El régimen cubano pertenece ya al pasado, y como pasado hay que aceptarlo y darle paso a una nueva formulación política que permita legítimas, beneficiosas, perdurables y respetuosas asociaciones con el resto del mundo. Si Cuba se halla hoy aislada no se debe a ninguna tendencia hegemónica foránea, sino a la intransigencia testaruda de quien dice representarnos cuando, en realidad, sólo representa su afán desmedido de perpetuidad en el poder. No es Cuba quien no desea ajustarse a las nuevas exigencias de un orden social mundial nuevo, es su gobierno. Y nunca ha de confundirse el gobierno con la nación, con la identidad, con la nacionalidad, con la Patria. Ningún caudillo es síntesis de esas categorías.

Cuba está ansiosa de incorporarse al mundo, de participar del desarrollo, sólo que el gobierno encabezado por Fidel Castro se empeña en que con su desaparición personal y del aparato que él representa, se perderá la patria, la independencia, la soberanía. ¿Qué concepto de soberanía tiene este señor, estos señores? ¿Acaso el criterio medieval del soberano rigiendo el destino de todos sus súbditos y siervos? ¿Nuestra soberanía depende de que él siga fungiendo como soberano absoluto? ¿Es que acaso no hay otros cubanos dignos, y quizás más aptos, para representar nuestro interés de nación independiente? El poder, ejercido de manera totalitaria, lo ha enceguecido. Si Cuba corre hoy el riesgo de una confrontación sangrienta se debe únicamente al frenético, demencial, vanidoso, egoísta empeño del gobierno actual de perpetuarse en el poder, y a la negligencia política del pueblo cubano que, apocado y sumido, ha dejado que tal empeño se enraíce. Es la hora de extirpar esas raíces que pueden secarnos el corazón. Mi nieto, todos los nietos de los cubanos, merecen que les forjemos una patria acorde con los requerimientos del mundo actual.

Quiero que Samuel sepa elegir, y lo aprenda temprano. Un hombre que no sabe elegir va por el mundo como un mendigo que implora la limosna de la orientación a una brújula ajena, y corre el riesgo de que lo descarríen, que lo conduzcan por un camino incierto. Es una tarea impostergable enseñar al cubano, cuanto más temprano mejor, a elegir el destino propio y el de la nación, y para ello hay que cortar, de un tajo sabio y decidido, todas las ataduras que por casi medio siglo nos han impedido la libre circulación de una sangre, por herencia patriótica, rebelde y orgullosa. Sean estas cartas a ti Pucha mía, mi

derrotero inraicionable para el futuro. Porque así pienso, así actuaré. Sólo la muerte podrá impedir que luche por estas ideas. Repetirte que te amo jamás será suficiente porque no hay letanía, por duradera que sea, que alcance para reiterarte todas las veces que desearía decirte, “Pucha, te amo”

Yo.

El Tigre viene a las cinco de la tarde para llevarme al teléfono. El Tigre es el reeducador de la sección de castigo de la cárcel de Aguadores. Nunca hablamos de política. Me ha pedido que respetemos mutuamente nuestras ideas. No es un mal hombre. Cumple con su deber lo mejor que puede. Tiene una niña pequeña que él cuida porque su esposa es médico y está “cumpliendo misión” en Venezuela. ¡Qué manía de dividir las familias tiene el gobierno cubano! Nunca he sabido su nombre. El día que nos conocimos él me dijo: “Yo soy El Tigre”, y yo le dije: “Y yo soy El Ratón”. Nos echamos a reír. Es una persona con buen sentido del humor. Siempre que me lleva al teléfono manda desalojar el lugar. La orden que tiene es que no puedo mezclarme con el resto de la población penal y que mis llamadas deben ser bajo vigilancia estricta. Anota el número a donde llamo y el nombre de los familiares con que hablo. Nunca ha permitido que me esposen para trasladarme desde mi celda hasta las barracas donde están los teléfonos. “Este es un hombre decente”, dice y me lleva.

El breve paseo lo uso, además, para echarle un vistazo a la cárcel, al paisaje. La cárcel de Aguadores, rodeada de montañas que azulean en la distancia, ubicada cerca de la costa y del aeropuerto de Santiago de Cuba, a donde se accede por una sinuosa carretera bordeada de marabuzales, es realmente un conjunto de barracones donde se hacían cientos de presos. Las barracas, techadas con tejas de asbesto-cemento, paredes de bloques, con las puertas y ventanas enrejadas, y rodeadas por mallas peerless, le dan un aspecto pobrísimo. No tiene estilo ni funcionalidad arquitectónica. Sus espacios fueron arbitrariamente diseñados y construidos. No es como Boniato. Fabricada después de 1959, ¿qué otra cosa podía esperarse? Remiendos y chapucería. Alrededor se tiende una cerca con altas garitas vigiladas por guardianes que portan armas largas. Luego varias empalizadas acordonan el lugar. La puerta principal, al Este, una barrera de acero que rueda sobre un raíl según ordenan desde una garita con teléfono y varios guardianes. Al otro lado de la puerta principal, las barracas que sirven de departamentos de dirección.

La barraca a donde me conducen para mis llamadas telefónicas tiene varios usos. Dividida en cubículos aloja las oficinas del Equipo Multidisciplinario, La Dirección de Reeducción, la mínima enfermería, la aún más pequeña y desabastecida farmacia, y el salón de visitas para los familiares de los presos. Detrás otra barraca fragmentada en varias habitaciones, de absoluta promiscuidad, que sirven para brindar las licencias conyugales.

Las celdas de castigo son en total 23; 15 a lo largo de un pasillo que corre de Norte a Sur y 8 que se disponen de Este a Oeste, encerradas por un muro de aproximadamente ocho metros de altura y malla peerless que se tiende desde el techo de las celdas hasta el borde superior del muro. Para penetrar a las celdas de castigo hay una gran puerta enrejada, tapiada por un muro posterior que impide toda visión hacia el interior y da acceso a otra puerta enrejada y tapiada con planchas de acero que conduce directamente a las primeras 15 celdas. Por la parte Oeste de estas primeras celdas, después de atravesar otra puerta enrejada, se pasa a un patio interior que conduce directamente a otra puerta enrejada y con plancha de acero que desemboca en las restantes 8 celdas. En las celdas de castigo la pestilencia y la humedad son insoportables. Los techos, agrietados por los constantes movimientos sísmicos típicos de la zona, dejan filtrar la lluvia a raudales. Los pisos de cemento sin pulir no permiten, a falta de silla, sentarse en ellos sin correr el riesgo de dañarse la piel. Las paredes, pintadas con cal, relumbran y provocan malestares en la vista que pueden convertirse, y se han convertido, en patologías oftalmológicas. Estas celdas, según normas del propio sistema carcelario cubano, son usadas solamente para corregir indisciplinas por 7, 14 y 21 días, según la gravedad de los actos de los reos. Sin embargo en ellas permanecen por meses, y hasta años, la mayoría de lo que aquí estamos ubicados

Al patio salgo solo. Los restantes presos salen en grupos. Pueden conversar, jugar, y hasta practicar algún deporte. Mi único contacto con los demás es a través de la ventana del patio. Se suben al pretil y conversan conmigo, a pesar de que los guardianes se lo prohíben. Yan es quien más desobedece las órdenes de los carceleros. Ellos le gritan para que descienda de mi ventana. El hace caso omiso. Se ríe y me explica: “Ya estoy en las celdas de castigo, ¿qué más pueden hacerme?” Yo le recomiendo que se baje, que no se busque más problemas. El acepta y se va a vociferar, a discutir con los demás. Yan es un niño gigantón

de quien, con un poco de afecto, se podrían esperar mejores resultados de los que obtiene, con su método hostil y represivo, el sistema penitenciario.

De madrugada el recuento nos despierta. Nunca me levanto de la litera ni le rindo la cortesía que exige el reglamento. Los jefes ya lo saben y no se molestan en pedirme que me ponga de pie y los salude. A veces, al capitán Manuel Ramírez Moraga, le devuelvo, desde la cama, el saludo madrugador. Me resulta simpático. Es un guajiro auténtico y sin ínfulas de gran jefe. Siempre le tengo algún chiste preparado y él ríe con desenfado. Los presos le profesan cierto aprecio. Cuentan que nunca ha tratado mal a nadie y que dice la verdad cuando habla. “No fouchetea a los presos”, aseguran. “Fouchetear” es una verbalización del apellido del célebre jefe de policías de la Francia del siglo XVIII, José Fouché, y viene significando algo así como engañar con cinismo y hasta algo de malevolencia. Moraga no fouchetea. Habla claro, sin rodeos y sin miedo. Esto le ha acarreado problemas con algunos de sus homólogos y superiores. Pero él afirma que lo tiene sin cuidado. Otros oficiales lo tildan de irresponsable y hasta de algo loco, Creo que, en el fondo, lo envidian por su coraje.

Pasado el recuento me levanto. Tras un estrecho muro que separa el retrete del resto de la celda tengo dos ladrillos escondidos. Son mi fogón. También tengo una pequeña cacerola que compré con cigarrillos. El combustible son tiras de saco de nylon blanco, que también compro con cigarrillos. Prendo mi hoguera y caliento agua. Preparo café instantáneo. Bebo y fumo. Después mis incómodas abluciones y evacuaciones. Luego preparo desayuno. Satisfecha todas mis necesidades matinales, escondo mis tesoros de supervivencia. Una requisita sorpresiva puede dejarme en la mayor de las orfandades y no debo permitirme ese lujo con mi frágil estómago. Panzilleno, aseado, paso a mi deleite: leer hasta que los ojos chillen y el estómago vuelva a solicitar atención. Vuelta a los ladrillos, las tiras de saco, la cacerola y la despensita que Yolanda se encargó de proveer. La siesta se alarga entonces hasta las cuatro de la tarde. A esa hora el patio. En el enrejado de cabillas hago ejercicios. Corro. Veinte vueltas al patio que apenas si tiene veinticinco metros de largo y cuatro de ancho. Veo en pleno vuelo una avioneta que pasa hacia el aeropuerto. Supongo

que es el correo. Sobrevuela la prisión más o menos a la misma hora, todos los días. Unos minutos después estoy de vuelta a mi celda. Si hay agua, un baño. Si el agua escasea, a veces lo hace hasta por seis días, una enjugadita de gato: carapataygüevo. ¡Hombre nuevo! ¿Será ese el “*hombre nuevo*” a que aspiraba Che Guevara? Yo tenía siete años cuando tomaron el poder. Debía serlo. ¿Qué ocurrió con “*la arcilla fundamental*” que yo representaba? Nada, casi seguro me concibieron mudo; y yo tengo lengua, y peor aún, la uso. ¡A estos teóricos del igualitarismo se les ocurre cada cosa! Hitler también quería un ario puro, un ser nuevo, perfecto, y para ello por poco deja al mundo sin gente. Detrás del baño o la enjugadita, según sea el caso, otro poco de lectura hasta el anochecer. Dentro de la celda no tengo luz y el equipo de infrarrojos que me prometió Ramiro para que depusiera la huelga no me lo han traído todavía. Si hambre de nuevo, una meriendita ligera. No se puede abusar de la jaba, es cada tres meses. Así es mi día en la cárcel. Así son todos mis días, excepto aquellos en que una bronca, una golpiza, una autoagresión, un motín los anima un poco.

Cuchillita y Yorgenis son unas de las mejores distracciones. Cuchillita se llama en realidad Wilfredo Landas. Tiene los brazos y el abdomen como si fueran de pana. Los costurones de infinitas cuchilladas, unas junto a las otras, le dan a su piel un aspecto como de tierra surcada. Totalmente desquiciado se tasajea sin clemencia. Llega a las celdas de castigo sangrante y excitadísimo. Lo único que grita es Abajo fidel abajofidelabajofidelabajofidel hasta que enronquece, como si se le consumieran las baterías y entonces sólo se escucha un aliento casi inaudible que repite abajofidelabajofidelabajofidel mientras, agarrado con ambas manos de los barrotes, se balancea como un endemoniado. Su función puede durar horas y hasta días. Si se prolonga mucho, lo esposan, lo llevan a la enfermería y lo sedan para que duerna. Yorgenis no. Es más racional, si a eso se le puede llamar racional. Cuando se aburre de estar encerrado planea unas vacaciones en el hospital. Uno o dos días antes comienza a anunciar que se picará. Y como no le hacen caso, se pica. Es especialista en cercenarse el tendón del talón de Aquiles. De un tajo limpio, preciso lo segmenta. Tiene más de ocho cicatrices en cada talón. Cuando regresa del hospital cuenta sobre la belleza de las enfermeras y de sus aventuras eróticas con ellas. Posee una imaginación desbordante. Si se le creyeran sus anécdotas habría que considerarlo un Don Juan de altos quilates. Los presos no se lo creen pero él los entretiene.

Yan es la otra diversión. Más que hablar, el pobre, ladra. Pero si alguien comenta sobre atracos, él es el mejor atracador; si alguien cuenta de birles, él es el mejor birlador; si alguien narra de timos, él es el mejor timador. Discute con una vehemencia que quien no lo conozca creería que es cierto cuanto dice. Y lo hace sin medidas hasta que alguien le grita: “Yan, tu lo que eres es un pestífero”. Entonces él pasa a las ofensas personales y se echa a perder la diversión. “Pestífero”, en la jerga carcelaria viene significando algo así como carroñero, comilón de todas las bazofias que brindan en la penitenciaría. Supongo sea una corrupción del “pestiféréé” francés cuya traducción sería apestado. Pero eso no hace mellas en Yan. Cuando al anochecer traen la comida del penal él vuelve a devorar su ración, la mía, la de Barnly y la de Abel. No sé cómo puede. Tiene el estómago de hierro. Se acaba el día. Vueltas y revueltas sobre la dura, indómita litera. Pienso en lo que deseo escribirle a Yolanda mañana.

Cárcel de Aguadores, 24 de septiembre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Pucha Querida:

Pensar, como bien sabes, siempre ha sido riesgoso; pero, como también conoces, porque lo sufrimos, en Cuba pensar ha devenido tabú, y expresar el pensamiento un crimen. Yo soy la prueba fehaciente, tangible. Si sufro las penurias de la cárcel se debe a esa legislación macabra, diabólica, que impone el totalitarismo, donde la única defensa es sumarse, con mansedumbre de cordero, o arrepentirse –si públicamente mejor, con toda la carga de humillante denigración que supone el acto- de lo que piensas y has expresado.

¿Qué tipo de libertad es esa que propagan los medios oficiales y que no nos permite siquiera la posibilidad de ser nosotros mismos? ¿A dónde va un país que mata en sus ciudadanos la capacidad que hace del hombre un ser superior frente a los demás animales?

¿Acaso aspira el gobierno cubano a que la nación se vea poblada de boricos dóciles que trasladen la carga sin más conciencia que la de aceptar la irremediabilidad de su condición de bestias subordinadas al imperio de quien, como a una recua, los conduce al despeñadero? Triste, dolorosa es la imagen que brinda nuestro país. Como piedra de Sísifo lleva Cuba su presente: los pies rencos, el hombro desollado. Es mucho el peso, la carga le dobla el espinazo, las fuerzas que le restan sólo debe usarlas para arrojar el terco basalto lejos de su cuerpo molido. Es hora –aunque parezca maniqueo- de las únicas dos opciones prudentes: se despoja de la carga con valentía o la arrastra con resignación de manso asno. No hay más, la testarudez de quien nos arría con látigo de retórica falaz y violentos trallazos de odio, no admite matices.

Y estoy seguro de que la altivez, la honra del pueblo cubano se impondrá al servilismo y la mansedumbre. Cierto es que Cuba es tardía para las decisiones de independencia; basta recordar –lejos de toda matización académica- que fue la

última colonia española en rebelarse contra la corona, y que ha sido –aún sigue siendo- el último de los epígonos de un totalitarismo retardatario y sombrío que lastra la conciencia e impide el desarrollo; pero llegado el instante supremo no duda en dar la batalla. Sólo ruego a Dios no sea sangrienta, aún contra la voluntad guerrerrista del imperatorcillo con ínfulas de César. (Un paréntesis: Ayer –qué ignorancia la mía- descubrí que César, en lengua púnica viene significando elefante... Dios mío, con lo longevos que son los elefantes.)

La sociedad cubana está harta, hastiada de muertes innecesarias e inútiles. ¿Cuántos cubanos murieron en el Congo, en Bolivia, en Angola, en Etiopía, en Somalia, en Nicaragua, para qué sirvieron sus muertes? ¿Cuál ha sido el resultado de la exportación de guerrilla? Ojalá este siglo nos permita una vida sosegada, nos premie con una transición pacífica que traiga, sin cobrar vidas de cubanos nobles, alegres, laboriosos, la estabilidad, la prosperidad y los derechos que ansiamos.

Puchita, en las noches, cuando ya el desquiciante barullo de presos famélicos y esquizoides cesa, sueño despierto. Sumergido en las tinieblas apacibles de mi celda –para qué describirte su inmundez- y acompañado de alimañas que buscan su alimento en la penumbra e insectos que me escuecen la piel, imagino el futuro de Cuba. Proyecto, desde mi condición de ignaro jurista, una Constitución donde la proscripción primera sea la de la tiranía con pilares legales de irrevocabilidad; donde la Ley primera sea la conjugación armónica de los intereses generales de la nación con los intereses individuales de cada ciudadano; donde la libertad de expresión, de culto, de movimiento, de afiliación política, de empleo, de doctrina, de educación, sea, si cabe el término, sagrada. Compongo una economía donde el primer beneficiario sea el ciudadano emprendedor que, con sus talentos, su tesón, su honradez, su sentido práctico, su capacidad de inversión, su prudencia administrativa, su visión empresarial, sea capaz de producir bienes y servicios que redunden en la satisfacción de sus aspiraciones personales y aporten, por medio de un aparato fiscal eficiente e inmunizado contra la corrupción que por siglos ha minado las naciones, dividendos abundantes a la economía general con que se establezcan presupuestos que garanticen el bienestar del sector menos próspero de la sociedad. Barrunto una política interior en la que cada ciudadano participe desprejuiciadamente, sin mordazas ni presiones externas que lo conviertan en marioneta, en la composición de un

gobierno que lo represente realmente, sin que ningún sector de la ciudadanía —ya minoritario o mayoritario— quede excluido, una política exterior sintonizada con la tendencia mundial de paz y desarrollo sostenible, celo por el medio ambiente, respeto por la soberanía nacional, la autodeterminación y disfrute de la cultura local y universal, una política exterior que nos emparente con el resto del mundo, en condiciones de igualdad e intercambios favorables para ambas partes, sin que por ello se vea la nación subordinada a intereses espurios, y marche, con todos los hombres y todas las naciones, hacia un futuro de paz y plenitud. Un futuro en que el planeta todo sea la patria de la humanidad, y la especie humana logre por fin el derrumbe de todas las aprisionantes geografías e ideologías que mantienen al hombre actual en estrecho, convulso y frágil redil, por cuanto rapiña voraz y egoísta nace del miserable afán de preponderancia, ya personal, étnico o nacional, que se imagine elegido para regir el destino de todos.

¿Quién puede asegurar, con seguridad apostólica, que el paraíso prometido por Dios es un mínimo jardín ubicado en una longitud determinada de la tierra, no será todo el planeta el Edén prometido? ¿Por qué creer que el templo sagrado debe ser erigido en un sitio limitado, no será Jerusalén uno de los tantos símbolos de la parábola divina, y el Jerusalén verdadero sea el planeta todo, desde el cual debemos aprestarnos a glorificar a Dios? ¿Y cuál es la mejor manera de glorificar a Dios sino cuidando de sus criaturas preferidas: los hombres?

Como ves, Puchita mía, mi celda no es una madriguera turbia de rencores y propósitos de venganza, no es el emporio donde se incuban resquemores, lamentos, pretensiones banales, ajustes de cuenta sanguinarios, no es el cubil donde germinan crueldades, egoismos, represiones; es la sementera donde nacen —me nacen— cada día más ansias de libertad y justicia, más afanes de —en mi modesta capacidad— contribuir a la plenitud del hombre —todos los hombres— y salvaguardar ese jardín que Dios nos regalara para que, leales a su mandato, podamos ser merecedores del vergel eterno. Allí nos encontraremos para seguir amándonos. No tenemos otro sendero.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 24 de septiembre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

Parece ser que la única descomposición notable, y advertida hasta ahora, que me dejó como corolario la huelga de hambre fue cierto desequilibrio en la presión arterial. Se mantiene entre 170 con 110 y 160 con 100. Pero también es posible que no sea resultado del ayuno sino del apatito, diríase voraz, que se me ha despertado. Estoy comiendo como una nutria. Otro factor de incidencia puede ser la cafeína, bebo mucho café. No sé, puede ser cualquiera de estas cosas. En todo caso no le he dado importancia porque no me siento mal por ello, no te preocupes tú.

La huelga no hizo más que verificarme mi capacidad de resistencia y mi salud a prueba de gastroenteritis y otras plagas. Cuando la detuve todavía tenía fuerzas para otros diez días, sin que se produjeran daños notables en mi organismo. Parece ser que el Espíritu Santo me alimentaba. Fueron días difíciles. Cuando renuncié a la alimentación, me privaron también de todas mis pertenencias –incluyendo toalla, jabón, cepillo y pasta dentífrica- dormí todos esos días en el piso de una celda sucísima – solamente en calzoncillos- atacado por los insectos y rodeado de un brote de conjuntivitis que asolaba el penal completo. Hubo días en que los infectados sobrepasaban los 150. Dios quiso que saliera ileso.

Me mantengo sobre los 54 kilogramos de peso. Me siento ágil y fuerte. La hora que me otorgan de patio la uso en la ejercitación: corro, hago gimnasia y otros ejercicios de construcción y fuerza, los más jóvenes se asombran de mi elasticidad y resistencia. Estoy hecho todo un gallito de pelea. Lástima que aquí no tienen equipamiento deportivo. Toda la ejercitación tienes que improvisarla a partir de imaginación: el enrejado de cabillas del patio lo convierto en “Hércules” de calidad incuestionable, lo demás, ejercicios de manos libres:

abdominales, cuclillas, rotaciones de miembros, planchas; eso basta para estar en forma; si siento algún “cancaneo” –extrañísimo en mí- ha de deberse al medio siglo de uso de esta carrocería maltratada por 44 de soyalismo.

No se si Gabriel haya recibido la carta que le envié hace unos días. Le eché un buen rapapolvo, creo que eso será suficiente. El y yo nos comprendemos bien. Pero me cuesta mucho ser severo con él, me reconozco –ah, infancia perdida- en sus gestos, sus desplantes, su audacia, su temeridad, su fortaleza de carácter, su carencia de temores, su lengua restallante. Cuando lo amonesto siento renacer al niño reprobado por los adultos sin comprensión del universo infantil; y veo nacer esa rebeldía que también descubro en él. Difícil tarea la de educar a un “rebencú”. Ahora comprendo mejor a la vieja Eva y al viejo Manolo, sólo que ellos no se andaban con tantos escrúpulos ni psicologías, una buena correa era su mejor instrumento pedagógico. En el Eclesiastés también se habla de la correa como medio educativo, pero no sé, no lo creo eficiente, ni digno ni moral. Si los niños pudieran enfrentar a sus padres abusadores con igual fuerza, destreza y rabia cuando son agredidos por ellos, creo que los padres lo pensarían dos veces, pero resulta más fácil reprimir con fuerza bruta que persuadir con inteligencia y amor. Yo quiero ser amigo de mi hijo, y toda agresión física o moral invalida la amistad. Un hijo es, al menos para mí, algo así como un regalo muy preciado que nos otorga Dios para que nuestra estirpe permanezca. Me parece, además de inmoral, sacrílego, maltratar a un niño, forzarlo a trabajos a destiempo o involucrarlos en política. La familia, la sociedad entera ha de entender que los niños son el tesoro más valioso, y a la vez, frágil que poseemos. Nadie mejor que tú para entenderme porque sé cuánto amas a Gabriel.

Estoy confrontando problemas con el uso del teléfono. Parece que los señores de la “Seguridad del Estado” no dejaron las orientaciones precisas a la dirección del penal, y estos, aterrados, no se atreven a autorizarme las llamadas. Ni que fuera yo el encargado de dar la orden de ataque nuclear. Percibo mucho miedo por parte de las autoridades en relación con nosotros, parece que no somos tan insignificantes como quieren hacerle creer al pueblo. Por otra parte veo crecer las simpatías de los reclusos y de muchos guardias – estos últimos sotto voce- por nosotros. El liderazgo de los 75 en las prisiones es impresionante. Al menos en mi experiencia personal, tanto en Boniatico como ahora en

Aguadores. Creo que hemos pasado de pretendidos “mercenarios” a auténticos adalides. El pueblo esperaba ese momento, ya tiene una guía, intuyo que ya nadie podrá detenerlo.

Es la hora grande de Cuba, nos amaremos, al fin, sin tiranía.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 26 de septiembre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Pucha adorable:

Postrado ante tu lealtad me siento más humano, me ahombro por tu amor. Si me faltaran fuerzas, las hallaría en tu honradez, dignidad y altivez. Es orgullo lo que me asiste de tenerte. Por eso no te hablo en estas cartas, me hablo a mí mismo desde tu corazón. No son palabras lo que trazo, son latidos de tu sangre navegando la mía. Eres la compañera que siempre desee para este empeño que me completa como cubano.

¡Tonto aquel que piense que el futuro será armónico como una sonata, necio quien crea que será plácido como una puesta de sol, vista desde la mu-llida poltrona en la terraza umbría! Muchos son los peligros que correrá la Patria, después de arrojada la piedra de Sísifo que le lacera el hombro. Mucha ha de ser la cautela y grande la alerta para que no se corrompa el alma de la nación. Con seres humanos ha de erigirse el templo de la Patria, y resabida es la imperfección de los seres humanos, pero, precisamente en esa ringlera de imperfecciones radica su grandeza. El delirio de un hombre nuevo, superior, inmaculado, impecable es un desafío a las leyes divinas y naturales que rigen la existencia humana. ¡Cuántas calamidades ha acarreado a la humanidad el afán de preponderancia de una raza o de una doctrina política!

Pero la comprensión de nuestras imperfecciones no será fertilizante para que crezcan vilezas en la nación nueva. El poder legislativo, sin subordinación alguna que lo lastre, será el máximo rector de la moral ciudadana, sin que nadie, absolutamente nadie, ya por su poder político, ya por su encumbramiento financiero, ya por sus méritos al servicio de la Patria, se crea, o resulte verdadera y vergonzosamente, impune. Leyes nuevas ha de parir la nación nueva, para que impidan con su eficacia la proliferación de depredaciones sociales que pudran los pilares de una convivencia segura de la sociedad. Un Estado de derecho, sin

atribuciones factuales para ningún representante administrativo, ha de primar en el ejercicio del poder. La aparición de la pluralidad política, y la necesaria competitividad que de ella dimana, será piedra de apoyo para la consecución de tal empeño de justicia.

La pluralidad no debe suponer, bajo ningún concepto, anarquía, segregación, pérdida de la unidad nacional. Toda la bancada estatal ha de defender con denuedo, en primer lugar, los intereses generales de la nación que sobrepujan en importancia los intereses de partidos particulares integrantes de la totalidad. La nación por sobre todos los partidos, y cada partido, en el poder o en la oposición, en función de la nación, o la nación perecerá de nuevo entre manos adictas al poder dictatorial y permanente.

Mucho celo y medida requerirá el ajuste de unas fuerzas armadas hipertrofiadas innecesariamente; evitar el caudillismo militar o la aparición de “mafias” surgidas de los aparatos castrenses habituados a medrar, amparados por su fuerza, profesionalidad y destreza, será tarea principal de los oficiales pundonorosos que sean designados para defender la integridad de la nación y la vida pública, en un ambiente de civilidad y democracia.

No será fácil. Habituarse a una sociedad sin tradición democrática a las ventajas y exigencias de la democracia, será faena de grandes enamorados de la libertad. No percatarse de las deformaciones que han minado a los países recientemente liberados del totalitarismo, y cometer los mismos errores, sería imperdonable; hay que estar preparados para los desenfrenos, la proclividad a la corrupción, las voracidades y apetencias mezquinas, para frenarlas a tiempo. Los vicios del totalitarismo no pueden ser sustituidos por nuevos vicios. La investigación minuciosa de los factores que han propiciado en los países con más tradición democrática el desarrollo económico, político y social, ha de prevalecer, no para implantarlos miméticamente sin una adecuación acertada a nuestra realidad, con el fin de acelerar nuestro propio desarrollo, sin cometer el desatino, diríase endémico en las naciones del trópico y del Sur, de la desafortunada improvisación caprichosa. Arduo será el futuro.

Y estos son sólo apuntes del tropel de ideas que se me agolpan pensando en el porvenir de Cuba. Habrá que convocar a las mentes más lúcidas, a los patriotas más fieles y altruistas, a los tecnócratas más capaces, a los economistas más agudos, a los financistas más audaces y a la vez sensatos. Habrá que darle

participación a los grandes capitales amasados en el exilio y a los pequeños productores que requieran de créditos estatales o privados para la fundación de nuevos capitales. Será como fundar un nuevo país teniendo en cuenta todas las potencialidades de cada ciudadano; será, al fin, como le apuntara José Martí en carta al generalísimo Máximo Gómez, fundar un país lejos de los bandos militares con que manda un cuartel. La Patria no es una trinchera, es el seno de la madre común que nos arrebujá y arrulla para que seamos felices a su amparo. Y para ese empeño sólo pido tu compañía y comprensión, probada ya en estos días turbulentos y difíciles que hemos elegido.

Tuyo,

Yo.

P.D.

*Tu mirada, agua sutil
que me baña tibiamente.
Luz como de sol naciente
que me ilumina el perfil.
Soy a tus ojos servil,
a tus labios soy esclavo.
Si no me miras me acabo,
si no me besas me hundo;
cuando a tu cuerpo me fundo,
tu luz en mi pecho grabo*

Tuyo otra vez,

Yo.

Los tres presos más célebres de la cárcel de Aguadores son Elpidio Mancebo, ex pelotero del equipo Orientales, un extranjero que nadie conoce, pero todo el mundo habla de él, y yo. Elpidio Mancebo trabaja en la enfermería. Allí lo tienen ayudando a los médicos y las enfermeras. El extranjero vive en la enfermería. No le permiten interactuar con el resto de la población penal. La enfermería está cerrada para los pacientes que la necesiten porque allí vive el extranjero. Dicen que tiene mejores condiciones que cualquier cubano en su propia casa. Cuando yo sea grande, si permanezco en Cuba y Castro sigue en el poder, quiero ser extranjero. Yo vivo en la celda 15. Pero cuando me sacan para hablar por teléfono o por cualquier otra razón, veo como me señalan, como cuchichean los demás presos, y algunos, hasta se acercan para darme la mano. Saben que soy de los 75, y eso, para ellos es muy importante.

Elpidio Mancebo mantiene buena estampa a pesar de su edad. Anda muy activo. Es amigo de toda la oficialidad del penal. Cuando lo ví el primer día creí que estaba de visita por la cárcel. No me pasaba por la cabeza que uno de mis ídolos de la pelota cubana estuviera en “el tanque”. Además de su trabajo en la enfermería, Elpidio atiende un equipo de béisbol integrado por presos de menor severidad, y con ello, a cada rato se da su vuelta por la calle. No sé la razón de su encarcelamiento pero se corre por la cárcel que usaba su casa de la playa Siboney como lugar de encuentro de los turistas con jineteras menores de edad. Yo trato de evitar las conversaciones con él cuando voy a la enfermería. Siempre le hace loas a la revolución y prefiero no escucharlo.

Al extranjero no lo he visto nunca. Dicen que come sólo alimentos que encarga, con dólares, a tiendas de la ciudad. Dicen que tiene un televisor para él solo, equipo de música para el solo y que usa una cama cómoda y con ropas higiénicas. Dicen que está preso por asuntos de corrupción de menores y drogas. Dicen que tiene sobornados a algunos oficiales. No sé si será verdad.

Yo soy el otro en el hit parade de Aguadores. Uno de los 75. Las leyendas que corren aquí sobre mí llegan de la calle, las traen los familiares que vienen

a visitar a sus presos. A mí no me permiten hablar con nadie, y cuando alguien lo intenta, lo alejan como si yo fuera un leproso. Mis charlas más largas son con Yan cuando él sube al pretil de mi ventana.

Hay escasez de personal médico y paramédico. Por eso utilizan a los presos para esos menesteres. El Dr. Matos era un cirujano afamado en Santiago de Cuba hasta que se le ocurrió la pésima idea de lanzar desde lo alto de un edificio a su esposa. El Dr. Andrés Benítez era un buen médico en Contramestre hasta que pensó aumentar sus ganancias con la crianza de cerdos y lo acusaron de comprar pienso de contrabando para alimentar a sus animales. Aquí lleva casi dos años sin que le hayan celebrado juicio aún. Juan, era ambulanciero, y como sabe algo de primeros auxilios también trabaja en la enfermería. Enfermería que, como ya se conoce, labora de modo ambulatorio porque “el pepe” usa el local como cárcel particular. El trabajo más pesado cuando el brote de conjuntivitis que asoló el penal a mi llegada recayó sobre ellos. Los enfermos más graves los aíslan en las celdas de castigo hasta que pueden trasladarlos a algún hospital.

También hay escasez de guardianes. A pesar del salario de privilegio que les pagan los carceleros no quieren permanecer en sus labores. Desde que estoy aquí muchos han solicitado su baja del Ministerio del Interior. Hace unos días uno de ellos me pidió que le redactara la carta por la cual exigía su liberación del cuerpo. Los guardianes permanentes de las celdas de castigo, a quienes les pagan más por peligrosidad, son el zurdo Montoya, Neroide, Palacio y Prior. Cuando se ausenta alguno de ellos mandan sustitutos. Con uno de los sustitutos hablé ayer mientras me vigilaba en mi horario de patio.

“Puro, ¿y usted por qué está preso?, me preguntó. Creí que se estaba haciendo el despistado y le respondí:

“Por robo”.

“¿Y cuánto le echaron?”

“Treinta años”.

“¡Treinta años! ¿Pero qué se robó usted?”

“No, no llegué a robármelo”

“¿Y qué era?”

“A Cuba, pero Fidel Castro se me adelantó”

El hombre hizo un gran esfuerzo para no reír, del mismo modo que hizo un gran esfuerzo para no reprenderme. Era muy joven y quizás por eso sentí

que se debatía entre su deber de rebatirme y el sentimiento de respeto que yo le inspiraba por mi edad. Al fin preguntó:

“En serio, ¿por qué está preso?”

“Si me respondes algunas preguntas, te respondo esa”.

“Venga”.

“¿Qué edad tienes?”.

“Treinta y uno”.

“¿Tienes hijos?”.

“Una niña”.

“¿Donde viven?”.

“Con mis padres, en un cuartito que hicimos detrás de la casa”.

“¿Qué tienen dentro del cuarto?”.

“La cama de nosotros, la cuna de la niña y un radio”.

“¿Nada más?”.

“Nada más”.

“El salario que ganas es alto, ¿te alcanza?”.

“No”.

“¿Vas de vacaciones con tu familia a algún lugar”.

“No puedo. Las vacaciones las cojo para resolver problemas en la casa, para luchar unas tejas o algún saco de cemento para arreglar el cuartico”

“¿Qué tiempo hace que no llevas a tu esposa a un restaurant?”

“Creo que desde la luna de miel”.

Lo miré con hondura. Lo descubrí sincero. No tenía nada de qué vanagloriarse, de qué alardear. Era el resultado de una pobreza asumida sin preguntarse por qué. Toda su vida había transcurrido en ese estado de inconciencia, sin referencial alguno de una vida mejor, en que ha sumido el gobierno de Castro a toda la población.

“Porque quiero que vivas de otro modo, por eso estoy preso, muchacho”. Le respondí. El se quitó la gorra. Se rascó la cabeza. Se fue, callado, hacia la pequeña oficina de las celdas de castigo. No volvió sino para llevarme de regreso a mi celda, después de concluida mi hora de patio.

Por la mañana terminé de leer *Ingeniero de Almas* del escritor checo Josef Skvoresky. El libro es un ladrillo. Gordo y pesado. Pero vale la pena soportar los inconvenientes para su lectura. Me divertí mucho. Es un libro que convierte el sufrimiento en ironía, y la ironía en escalpelo para extirpar el sufrimiento. Desde el mismo título es una burla a la teoría stalinista de que el escritor, el artista, el intelectual es un “ingeniero de almas”. En él se hacen palpables las almas construidas por la teoría del “gran líder soviético”. Es una radiografía del socialismo en checoslovaquia, y me atrevo a decir que en toda la Europa Oriental. De Skvoresky solo conocía algunas referencias escritas por Milán Kundera, el escritor checo que más he leído después de Kafka. Milán Kundera se tornó mi preferido después que leí *La Insoportable levedad del ser*. Siempre me han llamado mucho la atención las teorías nietzscheanas sobre el eterno retorno, ya se sabe, por aquello de *nihil novum sub sole*. Pero los libros de Milán Kundera no los dejarían pasar. Los policías políticos son incultos pero no tanto. Y Milán Kundera ha sonado mucho en los últimos tiempos en Cuba como para que no lo conozcan. Por eso sugerí a Yolanda me trajera a otros autores menos connotados del ex bloque socialista. Quiero saber cómo fueron las cosas por allá después de tantos Sholojov, Babel y Gorki, con las excepciones de los Bulgakov, los Pasternck y las Ajmatova, claro está. Para entender los procesos históricos siempre he preferido la literatura a la historia. El duro y conceptual lenguaje de la historiografía me resulta árido, me desconcierta con tantas categorizaciones, me enreda con sus periodizaciones, referencias e interpretaciones, las más de las veces, tendenciosas, me cansa con su atención sólo a los hechos trascendentes y de élite. Prefiero la misma historia, pero recreada con imaginación, desenfado del lenguaje y participación del hombre común.

A las nueve de la mañana ya había terminado el libro. Quería quedarme rumiando el sabor que me dejó en la memoria. Pero me acordé que hoy, 26 de septiembre, es el cumpleaños de mi sobrina Taira y me levanté para buscar su número telefónico. No quiero dejar de felicitarla cuando llame esta tarde.

Cumple 40 años, y dicen, que los 40 años en una mujer son difíciles, más si el marido ha muerto hace poco. Taira es la primera sobrina de toda mi familia. Fue para nuestra infancia y adolescencia como un juguete más con su hechizo de niña encantadora. Nació unos días antes de que el asolador ciclón Flora, que arrasara la antigua provincia de Oriente, comenzara a azotar Cuba. Creció, fue pionera, estudió e hizo un gran matrimonio a la manera socialista: con apenas 21 años se casó con un anciano coronel. Eso nos separó. Cuando me dijo que lo haría, y me presentó a su esperpento con entorchados, le pregunté si se habían acabado los jóvenes en Cuba. El resto de la cena que habíamos preparado para la presentación transcurrió en silencio. Y ese silencio entre nosotros se alargó por mucho tiempo. No porque el hombre fuera coronel, comunista o malo, si no porque me parecía hallar algo de oportunismo o prostitución moral en la actitud de mi sobrina. Ya en ese tiempo había dos tipos de jineteras en el país: las que negociaban con extranjeros, y las que cazaban a un alto funcionario o militar. No obstante una parte de mi amor le siguió perteneciendo, le pertenece. Y por eso no quiero que se me olvide felicitarla precisamente hoy que cumple 40 años, y debe haber madurado mucho.

Cuando tuve el teléfono de Taira pensé en Yolanda, en su honradez, su altivez, su dignidad y decidí escribirle otra carta para patentizarle mi respeto y mi amor. Usé el resto de la mañana ensartando palabras.

“Te tengo una noticia”, me dijo Yolanda apenas Gabriel la dejó hablarme por teléfono. El niño siempre es quien comienza las conversaciones y resulta difícil que deje hablar a los demás. Es como si tuviera hambre de mí, como si quisiera que los 25 minutos de llamada fueran eternos.

“¿Buena o mala?”

“¡Buenísima!”

“Suelta”

“Te dieron el premio internacional de Libertad de Expresión que otorga cada año *El Comité de Protección a los Periodistas*, con sede en New York. Son cuatro los premiados: un ruso, un marroquí, un afgano y tú”.

“¡Ñooooo!”

Regresé a la celda entre feliz y atormentado. El desfollamiento abrupto de mi anonimato internacional me sumía en un piélago de preocupaciones e inquietudes. No sabía si merecía tal reconocimiento o si el tal honor redundaría

en beneficios para mí y mis colegas encarcelados injustamente por ejercer su oficio. Indudablemente el premio significaba un reforzamiento de la campaña internacional por nuestra liberación y concitaba el interés de la opinión pública mundial sobre nuestra peligrosa situación dentro de las cárceles cubanas. Pero había que prepararse para la revancha del gobierno cubano. Estaba convencido de que simularían ignorarlo, como siempre que el premiado no es uno de ellos. Y estaba persuadido, además, de que azuzarían a algún idiota nativo, junto a algún compinche foráneo, para que despotricaran de mí cuando la noticia se conociera. Eso me tenía sin cuidados. Lo que más me atormentaba era si podría yo ser capaz de reciprocarme a mis colegas del mundo tal muestra de solidaridad. Premio más o premio menos no era lo cardinal. Sin embargo no podía desahacerme de cierto sentimiento de orgullo.

La ceremonia de premiación, me había dicho Yolanda, se celebraría en el *Waldorf-Astoria* de New York, en el mes de noviembre. Yo no estaría. No sé si lo lamenté o me regocijé la idea de mi ausencia. La experiencia que tengo de anteriores solemnidades de este tipo –todas en Cuba– me habían dejado un regusto amargo. No pude menos que recordar.

Era el año 1974. Mi libro de poemas *Canto de Memoria* había resultado premiado con una mención de honor en el Concurso Julián del Casal de la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba. Era yo entonces un guajirito de apenas 23 años. Llegué a la recepción con mis ropitas campesinas y mis modales provincianos. Fui casi una atracción circense entre aquellos mofletudos jerarcas de la cultura cubana, todos atildados como para grandes solemnidades. Me mareaban tantas frases de elogios, tantas falsas alabanzas, tanta postura paternalista. Ese año no hubo Primer Premio porque los jurados no llegaron a un acuerdo común. Cada uno de los miembros llevó un candidato diferente y la decisión final fue declarar el premio desierto y otorgar tres menciones de honor. Yo una de ellas. Lo curioso. Todos los miembros del jurado tuvieron “la delicadeza”, por separados, en breves encontronazos dentro del tumulto, de asegurarme que yo había sido el candidato presentado por ellos pero que los demás llevaban otros candidatos. 1979. Otra recepción en los jardines de la Unión de Escritores. Otra mención de honor para un libro mío, esta vez de poemas para niños. *La Guerra de las Abejas*, su título. Escrito totalmente a la manera del romancero español. Otra vez los jerarcas mofletudos. Otra vez las

alabanzas, los aplausos. Otra vez mi sensación de estar en el lugar equivocado. 1984. El que persevera triunfa. O perro huevero aunque le quemén el hocico. Mi libro *Amar a fondo* (actualmente inédito, y peor, desaparecido) gana el Premio Ismaelillo de la Unión de Escritores. Otra ceremonia. Otras alabanzas. Diferencia. Este año todo el mundo asegura ser mi descubridor para las letras cubanas. Soy muy joven. Soy una promesa. Y las promesas es bueno tenerlas cerca. 1985. Premio La Edad de Oro. Mi novela para niños *Una Guerra por los Sueños* se llevó los lauros. Por entonces trabajé como redactor en el *Semanario Infantil Pionero*. La “guataquería” padre en mi centro de trabajo. 1993. Desempleado público. Desde 1989 había renunciado a mi cargo de redactor en el *Semanario* y me había largado a Nicaragua con una beca de la Unión de Escritores. El libro que escribí allí era impublicable, “tenía aristas peligrosas para la imagen de la revolución”, me dijo el editor. ¿Qué habrá sido de ese libro? Premio entonces, por segunda vez, La Edad de Oro. Este libro sí pude salvarlo. Tenía una copia guardada en casa. Se llama *Fábrica de Antojos*. A la ceremonia sólo asistí para recoger mi cheque. Ya me asqueaban los jerarcas mofletudos, las falsas alabanzas, las palmaditas en la espalda. Y, cuando solo, en mi pequeña celda de una cárcel santiaguera, a más de 900 kilómetros de mi familia, me sorprendí pensando en la vanidad de un nuevo premio, me dio por preguntarme cómo sería la ceremonia del *Waldorf-Astoria*. Estuve seguro de que sería distinta y por eso no sé si lamentaba mi ausencia o si me regocijaba de ella.

Cárcel de Aguadores, 28 de septiembre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

La prisión no me doblega, me reafirma. Cuando los gobiernos encarcelan por razones políticas no hacen más que mostrar su impotencia, su miedo ante la desobediencia civil, su terror al ejemplo viril. Al encarcelarme no han conseguido más que elevar mi amor por ti, por mis hijos, por Cuba, a blasón, himno y bandera. Hoy soy más tuyo, mejor padre y más cubano. ¿No fue más amado Cristo después de crucificado? Los malos gobiernos siguen cometiendo el mismo error. Cuando no pueden con el ejemplo de un hombre noble, digno, pretenden envilecerlo, humillarlo, destruirlo, y es cuando el ejemplo crece, si es verdaderamente auténtico y representativo de los anhelos públicos.

Ya el pueblo cubano sabía, y ahora lo ha corroborado, que hay algo de impasible, de obstinado, de maléfico en la testarudez castrista de creer que la independencia, la soberanía de Cuba se sustenta en su permanencia al frente de un gobierno que ha traído más penurias que ventajas gratificantes para la sociedad cubana. ¡Cuánto de megalomanía hay en esa actitud! ¡Cuánto de desprecio por los demás cubanos! ¿Qué delirio es ese de paradigma insustituible, estadista imparangonable, deidad casi? ¡Qué demencia egocéntrica!

Desde que en 1959 (nacías tú ese año para salvar la fecha), y por medio de la violencia –violencia que intentó luego transplantar, infructuosamente, en América por medio de la exportación de guerrillas y la subvención soviética-, arribara al poder, el país ha vivido como sumido en una delirio de zafarrancho. El trauma bélico que padece, desde que en la pandilla de Emilio Tro se formara como un “gatillo alegre”, ha marcado la vida cubana. ¿Es esa la estabilidad civil a que aspira?

Después que en 1959, trácala tras trácala, conspiración tras conspiración, y ya con anhelos totalitaristas, descabezara, inhabilitara, desarticula todas las

organizaciones revolucionarias que habían hecho posible el derrocamiento del régimen militar encabezado por Fulgencio Batista, lograra, con maniobras turbias, y aprovechando el entusiasmo popular por un líder fabricado por medio de leyendas, y tras una falsa renuncia a su cargo de primer ministro, deponer a (Manuel) Urrutia Lleó, supuesto primer presidente después de reconquistada la democracia violada tras el golpe militar del 10 de marzo de 1952 (nacía mi hermano Arturito entonces para salvar la efemérides, me refiero al año, no al día), emprendió una alocada carrera hacia el absolutismo, ya con el respaldo de una Unión Soviética sedienta de ampliar su influencia en Occidente. Es el momento en que una revolución que aspiraba solamente al restablecimiento de la democracia se vio convertida en epígono comunista, y trajo para el país toda la herencia putrefacta de las satrapías rojas euro-orientales: los planes fantasmales, a largo plazo, de desarrollo económico, los racionamientos, las precariedades, el desabastecimiento, junto a la intransigencia política, los ataques a la moral religiosa, la aplicación de un árido ateísmo estatal, la intolerancias frente a las minorías intelectuales, artísticas, educacionales, filosóficas, sexuales, el incontenible éxodo de una población que vislumbraba ya el desastre económico, la destrucción de una infraestructura económica que, si bien tenía perfiles estrechos ya que partía de escasos rubros: industria agro-azucarera, tabacalera, ganadera, etc, servía de garantía financiera para la nación, la demolición de una red de pequeñas industrias manufactureras y pequeños productores, que para el mercado interno y el consumo nacional, así como la satisfacción de servicios a la población, eran de innegable eficiencia, hasta desembarcar en un verdadero estado de emergencia debido a la dependencia del eje socialista europeo, cuando este, corroído por su propia ineficiencia, se viene abajo.

¿Es esa la prosperidad a que aspira con su eternización en el poder? ¿Es ese el amor que proclama por Cuba y por los cubanos? No digo más, si continuara no podría evitar los insultos; y los insultos, el mismo se ha encargado de probarlo, no son un modo decente de polemizar, de convencer, de hacer política. Se apela al insulto, en su caso es proverbial la tendencia, cuando faltan razones.

Amor, la presión arterial sigue con su afán de cumbres, no logro hacerla descender, pero yo me siento cual si nada. No creo que en este instante, cuando

se acercan grandes definiciones en el país, el corazón me traicione. Mi corazón
tú lo llenas demasiado para que venga a caber otra cosa en él.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 29 de septiembre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita querida:

Yo sufro los barrotes de una celda, más bien chiquero de marranos, donde hoy hace seis días falta el agua; Cuba sufre los bostezos de la comedia manida, reiterada hasta el agotamiento de sus chascarrillos, que le impone un histrión demente. ¿Cuál mi culpa, cuál la de Cuba? Yo no he cometido otro delito que el de escribir con honradez sobre lo que otros callan, ya con disimulo, ya con complicidad, ya con desvergonzado desparpajo; Cuba no ha cometido otro crimen que el de la aquiescencia pasiva frente a tanta estulticia que durante casi medio siglo la ha degenerado.

Quizás ambos merezcamos la condena. La ingenuidad, bajos los efectos enervantes del hechizo de las habilidades del prestidigitador malvado, puede ser una culpa. No fuimos, ni yo ni Cuba, capaces de vislumbrar la catástrofe que se avecinaba. No barruntamos que si alguien se sueña estatua, ese es el tirano. No sabe que al convertirse, en vida, en más mármol que carne humana, sensible y perecedera, el resto de los hombres comienzan por temerle, luego despreciarle, y más tarde burlarle. Lo que empieza con solemnidad de himno para el héroe – si es un tirano el elegido- termina con fanfarrias de circo para el devenido saltimbanqui, caricatura de lo que fue heroísmo.

La oportunidad de servir a la humanidad –y no lo ha entendido nunca ningún tirano- es en sí misma la presea. Todo jalón áureo, todo entorchado dorado que se procure luego, no sintetiza el instante supremo en que el destino individual brinda una brizna de gloria. Coincidir, ya por azar, ya por decisión propia en el segundo exacto en que los demás requieren del acto altruista no significa luego que los beneficiarios nos deban pleitesía eterna.

Fidel Castro de cuya heroicidad siempre he dudado – cuando los sucesos del Cuartel Moncada su automóvil se extravió, y su piel no estuvo expuesta al

silbido feroz de los disparos; cuando el combate de Guisa, mientras Braulio Coroneau moría junto a la loma del Martillo, él dirigía las acciones amparado por las estalagmitas de la Cueva de Santa Bárbara; cuando en Bahía de Cochinos Efigenio Ameijeiras llevaba los tanque de guerra hasta las arenas de la playa, él dirigía las acciones al resguardo de muchos kilómetros en el Central Australia; cuando Arnaldo Ochoa veía, en Cuito Cuanavale, la noche hendida por cintas de fuego, él quería, desde la Habana, dirigir la batalla- ya arribó a la fase de bufón. Cuba es hoy, bajo su férula, un mundo de brujas desenfrenadas, de mentiras, de trampas, de falsos semblantes, de antifaces macabros, y estratagemas, y todos, urticados por la infecta máscara, esperan la hora final del aquelarre para poderse componer el rostro verdadero.

El grupo de adelantados que se arrancó con energía y virilidad la máscara de la diabólica comparsa, padece en su mayoría los rigores de la prisión, pero puede mostrar la faz sin pústulas repulsivas que los señalen como conjurados de Belcebú. Ojalá —y ruego aquí fervientemente a Dios- no haya entre nosotros otro que se sueñe mármol, obelisco. Ojalá el futuro no tenga que enfrentarlo, porque te juro que, aún en la ancianidad, volveré a la carga. Estos sufrimientos tuyos de hoy no los repetirá otro tirano sin que me encuentre otra vez adarga al brazo... ¡Qué bonita me quedó esa referencia al Quijote! ¿No seré yo en realidad algo quijotesco, no habré confundido el Almendares con el Toboso? Si es así, que tengan cuidado los futuros molinos con ínfulas de sátrapas in-conmovibles.

Estos meses de cárcel han sido un gran sacudimiento en el ámbito sideral de nuestra oposición. Novas, supernovas, negras, aerolitos han estado en el vórtice de las explosiones. Unas se han convertido en huecos negros, otras en puro polvo astral, otros han decidido apagarse y, sobre todo, un grupo de satélites se ha reorientado en su órbita real. ¡Bienvenido el bang! El cielo ha quedado más limpio para que yo escoja una estrella y le ponga tu nombre, y pueda orientarme en la noche más negra.

Tuyo,

Yo.

Cárcel de Aguadores, 1 de octubre de 2003.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita mía:

El día 9 será mi cumpleaños. No podré gozar de tu compañía, y Gabriel, que ya sufre mi ausencia, no podrá este año despertarme con los ojos brillantes de júbilo, para recordarme con un jugueteo matinal, que estoy envejeciendo. ¿Cuándo podremos nuevamente disfrutar esos placeres elementales del espíritu a que acostumbrábamos, y de los cuales nos ha privado la injusticia y ferocidad de un régimen macabro?

Frente a esta pregunta que te hago y me hago no puedo responder más que con esa desafiante respuesta que siempre doy a quienes me preguntan que cuándo acabará este régimen oprobioso: *“esto acabará cuando los cubanos lo deseemos”*. Si padecemos la tiranía es porque la soportamos y por tanto la merecemos. Hasta que el pueblo cubano, a pesar de toda la represión gubernamental, no se decida a ser libre, seguiremos siendo esclavos. Mientras sigamos creyendo en el barraje propagandístico del régimen, seguiremos, como sapos hechizados, viviendo en el cieno.

La revolución de Castro ha sido desde sus albores un fingimiento edénico que, por medio de una prensa más adoctrinativa que informativa, vendiendo una imagen mesiánica, ha tratado de deslumbrar al mundo, ha engatusado a algunos y embaucado a un pueblo entero. De paradisíaco Cuba sólo ha tenido el riesgoso pasadizo, como Estigia plagada de peligros, que nautas atrevidos, desesperados, han descubierto en el Estrecho de la Florida, y en el cual intuyen la promisión de una vida mejor después de haber enfrentado al cancerbero.

Este año, cuando arribo, sin paz, sin Patria, sin libertad, a los 52 años, ha sido particularmente fatídico para Cuba. Miles de encarcelados pagan con su encierro la cuota de sufrimiento que cada cierto lapso de tiempo se desencadena en la nación. Frente a la imposibilidad de bajar la presión social por medio de

otro éxodo masivo, el régimen se ha visto forzado a sustituir la migración por el encarcelamiento.

Las operaciones policiales (esta vez encabezadas por la Seguridad del Estado) han servido para frenar el evidente descontento popular. ¿Cuántos son los prisioneros arrestados este año? Nadie —excepto la cúspide de poder— lo sabe. Las operaciones con nombres rimbombantes como “*Coraza del Pueblo*” contra el tráfico de drogas, “*Ofensiva Dos*” contra opositores y periodistas independientes, más otras, han arrojado un enorme caudal a las cárceles cubanas. Pero no por ello el descontento popular ha decrecido. La inconformidad bulle en el país como el magma a punto en las entrañas de un volcán. Creo sinceramente que esta línea ascendente de desaprobación hacia el sistema castrista es irreversible. Aspiro a no cumplir más años bajo la pesada piedra del totalitarismo cubano.

Te amo. Yo.

Reapareció Ramiro. Día de mi cumpleaños. Venía haciéndose el chivo con jaquecas. Ya tenía noticias del premio. Pero los agentes de la Seguridad cubana simulan muy bien no tener información ninguna. Se han tomado muy a pecho aquella frase de José Martí, en carta a Manuel Mercado: “*en silencio ha tenido que ser porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas*”. Y hasta se autodenominan “*Los hombres del silencio*”. Conmigo se joden. Yo soy periodista. Y como periodista, divulgador, comunicador. Todo lo que logro saber lo esparzo por el mundo. Adoro la transparencia. Respeto sin fronteras el derecho que tienen a saber los demás. Quien no quiera que yo informe, que no me diga nada, que no haga nada donde yo alcance a verlo, porque si le hallo el filón noticioso, es reporte seguro. Mi universo es la opinión pública. Y las mordazas, a pesar de la draconiana ley 88 por la que me condenaron, trato de deshacerlas.

Pero Ramiro no venía por la noticia del premio. Llegaba tras las huellas de una supuesta nueva huelga. Agustín Cervantes y yo habíamos acordado promover una en la cual se involucraran varias penitenciarías de la provincia Santiago de Cuba. Yo sabía de antemano que si invitaban a Yolanda a recibir mi premio, el gobierno cubano no le permitiría asistir, y en respuesta a la arbitrariedad nos lanzaríamos a la huelga. Agustín Cervantes permanecía en el “destacamento 5” y nos comunicábamos por medio de notas que ciertos enlaces nuestros trasladaban. Sin embargo nos hacía falta un encuentro más cercano para trazar la estrategia. Agustín encontró la fórmula perfecta. Un mediodía, escuchamos desde las celdas de castigo, que colindaban con el comedor del penal, una estruendosa algazara. Agustín le había lanzado a la cara su cantina de alimentos a un guardián. ¡Sacrilégio! ¡Indisciplina! Por ello Agustín iría, *ipso facto*, a las celdas de castigo, sin darle tiempo a la Seguridad de que interviniera con “su inteligencia” e impidiera nuestro encuentro. Cuando intervinieron “los sesudos muchachos del silencio” ya Agustín llevaba varios días en las celdas de castigo y la estrategia había sido trazada.

Ramiro, al enterarse que era mi cumpleaños, se desmerengó en atenciones. Quiso ordenar una merienda para festejar pero no se lo permití. Me contó que el día anterior había sido el suyo y lo había pasado trabajando. Sonreí. Pensé que el mío también trascurría mientras yo pasaba trabajos con él. Después de las congratulaciones mutuas, fue al grano. Quería saber sobre la próxima huelga. Parecía tener toda la información. Sólo lo inquietaba la fecha. Agustín y yo habíamos tomado esa prevención. La fecha se conocería sólo pocas horas antes de comenzar. Era una precaución contra Orrios y otros reptiles. Y, como supusimos, se arrastró el majá. Ramiro, una vez más, caía en trampas elementales. Allí estaba, haciéndonos saber que había comején en el almacigo. Se fue sabiendo que yo le mentía, que trataba de manipularlo; vamos, que el hombre era bruto, pero no tanto. Y tomaron medidas contra la huelga.

Mi próxima visita, según el calendario que me habían entregado en Boniatico, correspondía el 29 de noviembre, así como la licencia matrimonial el 17 del mismo mes. Adelantaron la visita para el 30 de octubre. Suponían que con la visita tan cerca no me lanzaría a una huelga que me privaría del encuentro con mis familiares. Suponían mal y bien a la vez. La huelga no sería en la fecha que ellos preveían. Primero debíamos, Agustín y yo, hacer un trabajo de decantación de los posibles delatores y luego arrollarlos en una maniobra de desinformación para que no la estropearan o malograrán. Necesitábamos tiempo. Y ellos mismos nos lo habían proporcionado adelantándome la visita. Se lo informé a Yolanda por teléfono y le expliqué que iba a hacer gestiones para que nos adelantaran también la fecha de la licencia conyugal para el día primero de noviembre, alegando que era su cumpleaños, y para evitarle tan largo viaje, uno tan cercano al otro.

Todo funcionó de maravillas. La huelga no sería en octubre. Ramiro volvía a estar pletórico de satisfacción. Su trabajo de "*profilaxis*", así lo llaman, había dado los resultados esperados. El Tigre recibió a mis familiares desbordante de simpatías. ¡Qué distinto el tratamiento de Aguadores! Aceptaron a todos mis visitantes: Yolanda, Gabriel, Tairelsy, Samuel, Isauro, mi yerno, Darío, mi sobrino, hijo de Xiomara. Eso sí. La visita separada del resto de los visitantes a otros presos. Nada de esposas, nada de perros de presa, requisas menos vejatorias, más privacidad, ni un caramelo rechazado de la jaba. ¡Y magia de la benevolencia! Aceptaron que la licencia conyugal se propiciara el día del cumpleaños de Yolanda

Primero de noviembre. Ya estoy vestido. Ropa de civil, que me trajo Yolanda. En Aguadores no volví a usar el uniforme gris que tanto me emparentaba con Yenima. Bañadito, perfumado, los zapatos lustrosos, la cabeza menos rapada. Diez de la mañana. Viene el guardián a buscarme. Nada de esposas. Nada de requisita personal. Tomo mi toalla, mi jabón, mis chancletas, mi cubo plástico – los otros presos me habían informado que en el pabellón de licencias conyugales no hay agua corriente-, mis pomos plásticos con agua potable –la potabilizo yo con unas gotas de un líquido purificador mexicano, que me trajo Yolanda- y salgo con mi guardián. En el camino el hombre me cuenta que había sido escolta de Agostinho Neto, el ex presidente de Angola. Está bien. Pasa como africano. Achaparrado, regordete, labios gruesos, nariz grande y achatada. En la garita de la puerta principal, la barrera de acero, requisan mis objetos. ¿Qué raros? El pabellón de licencias conyugales está ubicado dentro del área del penal, justo detrás de la enfermería, que no funciona como enfermería sino como recámara carcelaria del “pepe” famoso. ¿Por qué me conducen entonces hacia el área exterior donde están las barracas de la dirección? ¡Ah, ahí me espera mi beatífico Ramiro! Hoy sí se llevará las roscas de la bondad. Risueño, exultado. Diríase que es él quien gozará de tres delirantes horas de ejercicios de alcoba. Pero hay otro con él. Durán se apellida. Hay un ramo de flores y una guitarra sobre una litera en la oficina donde me reciben. Ramiro me pide le permita tener la delicadeza de regalarle las flores a Yolanda, por su cumpleaños, y que Durán nos agasaje con unas canciones “*que se pasó ensayado toda la noche anterior*”. Acepto. Las flores que se cortan para una mujer son de ella, aunque las envíe el diablo; ¿las canciones? ¡Adelante! Mandan traer a Yolanda. La beso. La felicito. Le hago un chiste para que entre en el juego del cinismo propuesto por nuestros benefactores. “Yo no sabía que la coronela estaba tan cerca de mí”. Ramiro se irrita. Transpira copiosamente. Se nota su borotosis. Pretende corregir la intención de mi broma. “Si yo no soy el coronel, debe ser ella. Ustedes no son ni tan delicados ni tan bien intencionados” Aumenta su irritación. Aumenta su borotosis. Está fuera de centro. Se lo restriego en el rostro. Le digo que un buen agente debe ser impasible. Yo sé que lo que le preocupa no es mi reacción sino el informe que rendirá a los superiores, más tarde, el oficial que lo acompaña.

Suenan los primeros acordes. Pobre Pablo Milanés, no sabes como te están despanzurrando tu canción emblemática. Hasta yo, que soy la desafinación en dos patas, canto “*Si me faltaras no voy a morirme/ si he de morir/ quiero que sea contigo*”... Luego: “esta es de mi propia inspiración”, dice Durán. Y entona una canción que no anda del todo mal. Le digo que me recuerda al *Dúo Buena Fe*. El rostro se le ilumina. *Buena Fe* ha adquirido fama en los últimos tiempos. Emocionado me cuenta que Israel, uno de los integrantes, fue condiscípulo suyo en la academia militar. Información para mí. La anoto. Siempre algo se obtiene en estos encuentritos con los muchachos del silencio. ¡Farándula! Ojo con Israel. Los agentes duermen pero no dejan de ser agentes.

Ramiro nos conduce amablemente hasta el pabellón de las licencias conyugales. Yolanda va radiante con su ramo de flores. Los presos nos miran con asombro. Eso era lo que se proponía Ramiro. Secreteaba con la oficial que atiende el lugar. Es una mujer madura pero aún hermosa. Tiene la mirada pícara y una sonrisa provocadora. Trata de ser delicada, estimulante, conspirativa con Yolanda. Suerte que traje el cubo. Es cierto que no hay agua corriente. Voy a un grifo exterior y cargo agua hasta la recámara. La habitación es un asco. Me recuerda aquellas inmundas casas de citas que, esparcidas por toda la Habana, servían a la gente para sus encuentros amorosos furtivos, que respondían al nombre de Albergues INIT o Posadas, y que se rentaban por tres horas, y donde un posadero insolente, terminado el tiempo, tocaba estruendosamente a la puerta y luego gritaba: “¿Van a seguir?” Las usaban los jóvenes, las parejas sin hogar, los cautelosos adúlteros de horarios laborables. Eran realmente infectas y se corría en ellas el riesgo de contraer alguna enfermedad o, cuando menos, una profusa, picantona, perdurable, pediculosis.

Yolanda y yo trazamos el plan a seguir. La amabilidad de Ramiro perseguía algún objetivo. Era evidente, descaradamente evidente. Quizás hubieran filmado o grabado el modesto ágape en honor a su cumpleaños. Nos íbamos a adelantar. Yolanda haría públicas todas las prebendas concedidas por Ramiro. Él se había encargado puntillosamente de recalcarlos no lo divulgáramos. Fue lo primero que hizo Yolanda al llegar a la Habana. ¡A joder a otro, que estamos muy viejos y nos conocemos esos trucos lerdos!

Yolanda me explicó, por teléfono, que ya había dado a conocer a la prensa las bondades de Ramiro. El segundo paso corría por mi cuenta. Agustín Cervantes sólo esperaba por mi decisión para poner en marcha los engranajes que desatarían la huelga. Pero se añadía un motivo superior a los que ya teníamos. Mis compañeros de la prisión de Holguín: Adolfo Fernández Saíz, Mario Enrique Mayo, Ángel Moya, Antonio Díaz Fernández, y otros, estaban en huelga de hambre. ¡Perfecto! Eso venía a fortalecer la idea que, Agustín y yo, teníamos de crear una manifestación de protesta que rebasara las fronteras de la Cárcel de Aguadores. Era 7 de noviembre. Viernes. El Tigre me había llevado al teléfono. Estaba allí, a mi lado. No pude explicarle a Yolanda lo que sucedería apenas dos días después. La información sobre la huelga saldría de otro modo. Ya le habíamos entregado tarjetas magnéticas para teléfono a quienes se encargarían de hacerlo. Esa misma noche le pasé a Agustín una nota con todas las indicaciones pertinentes. Agustín demostró, una vez más, su calibre. Aquella tarde, sobre el muro de Boniatico, cuando el garitero de la alambrada disparara su AK al aire, para amedrentarlo, y él golpeándose el pecho con una mano, le gritara: “Tira aquí, pendejo”, me demostró que se podía confiar en él. Y allí estaba, de nuevo, exponiendo el pecho bravío, indomable.

El inventario de mis pertenencias, que quedarían bajo custodia de la dirección del penal, vino a hacerlo el oficial Oney, jefe de orden interior de la prisión. Quedaba de nuevo en calzoncillos. Quedaba nuevamente sobre el piso rugoso. Quedaba otra vez sin útiles de aseo, pero esta vez no era yo solo. Agustín había conseguido que en todos los destacamentos del penal hubiera tres o cuatro hombres “plantados”. Éramos trece en total.

No me dejaron en mi celda. Suponían que había escondido alimentos y otras vituallas para sobrepasar la huelga. Fui trasladado a la celda 23, la última de las que corren de Este a Oeste. Vuelta a los chequeos médicos diarios, vuelta a los mareos, vuelta al concierto escandaloso del yeyuno, vuelta a las alucinaciones oníricas, vuelta a las magulladuras de la piel contra el piso áspero. Allí supe que Mario Enrique Mayo había sido trasladado desde Holguín para la prisión

de Mar Verde, en Santiago de Cuba. La noticia me la envió Ray Bradbury con *El Hombre Ilustrado*. El enlace de mi cúmbila Ray llegó con la cabeza rota y un pómulo amoratado. Había tenido una bronca en Mar Verde. Lo montaron en un platillo celular y lo descargaron junto a mi celda. Sus tatuajes eran muy animados. Como para que el viejo Bradbury reescribiera sus historias. ¡Perfecto! Mayo en Mar Verde, Próspero Gáinza y Carlos Luis Díaz Fernández en Boniato, Adolfo Fernández Saíz y otros en Holguín, nosotros en Aguadores; la noticia no podía ser mejor. Pero luego supe una lamentable noticia. Próspero Gainza tuvo que suspender la huelga porque en medio de ella, su madre falleció en Holguín. Lo llevaron, bajo un fuerte operativo, a las exequias y no bien terminado el obituario volvió a su celda de Boniato, sin la menor consideración a su dolor.

El seráfico Ramiro, como lo hubiera calificado Yolanda, apareció el jueves. Ya venía con su verdadero disfraz de dragón con siete cabezas y siete coronas. No era parlamentar lo que quería. Prohibió el uso del teléfono para todo el penal. Total, la información ya había salido. Prohibió las visitas a los presos. Pretendía enfrentarnos con toda la población penal que se sentiría afectada por nuestra actitud. No sabía que la huelga estaba llegando a su final porque su objetivo ya había sido cumplido. Mandó me trasladaran a la celda 16, ella, la peor de todas, como se autotitulara Sor Juana Inés injustamente, pero que la dichosa 16 si se merecía. Trajo a unos soldadores para cambiar la cerrajería de la puerta enrejada y con planchas de acero que daba acceso a las celdas de atrás. Él y el mayor Moisés, el jefe de reeducación del penal, dirigían las acciones. Mientras el chisporroteo del autógeno iluminaba la tarde otoñal yo, siguiendo las enseñanzas que me brindara con sus bolereros Jorge Ochoa en Boniatico, comencé a improvisar el montuno de una guarachita: *“Ramirito, Ramirito/ ¡qué bobito, qué bobito!// Ramirito, Ramirito/ me vas coger el pito.”*

El acuerdo tomado con Agustín era que no haríamos ninguna demanda, que la huelga se efectuaba solamente en solidaridad con los huelguistas de Holguín y que la concluiríamos el próximo domingo. Todas las prevenciones de Ramiro se tornaban tardías e ineficientes. Sin embargo después de concluida la huelga yo permanecería por 21 días más en la celda 16. Sin agua, sin colchón y con sólo un ventanuco de apenas 25 centímetros de área para mirar la empalizada que acordona el penal tras la alambrada y las garitas. Dije entonces que ni me

afeitaba ni me pelaba ni hablaba por teléfono con mi familia hasta que no me devolvieran a mi celda. El Tigre estaba de vacaciones por entonces y yo sabía que no lo perjudicaría con mi actitud, el hombre realmente no se merecía tanta indisciplina por mi parte. A todos lo que hablaron conmigo para que me pelara y me afeitara le respondí siempre que cuando me llevaran a mi celda, y les alertaba que mi esposa notificaría a la prensa extranjera que me tenían incomunicado.

El Tigre volvió se sus vacaciones y me halló en la celda 16 aún. Habló conmigo, jovialmente, como acostumbrábamos. Ya había pasado mucho tiempo y yo no podía deponer mi actitud a esas alturas del diferendo. Acordamos, al fin, y después que él me explicara que llegaría una visita de la dirección nacional y que eso lo perjudicaría, que yo me pelaría, afeitaría y ellos me llevarían a mi celda con mis anteriores condiciones. Aquella tarde hablé con Yolanda y me contó lo que le habían contado de la ceremonia de premiación en el *Waldorf-Astoria*.

Ramiro desapareció del árido Aguadores pero había dejado, muy cercano a mí, un “oidor del rey”. Lo supe en la primera conversación que tuve con su sustituto. El capitán Reyes, un negrito flaco, risueño, inteligente, vino a “atenderme” a falta de Ramiro. Tuvimos una conversación muy amigable, ¡cordiales qué son los policías políticos cubanos! Vino a traerme la noticia de que, ¡al fin! me llevarían a una clínica donde me someterían a un examen de torax y otras pruebas de laboratorio. Hablamos de mis cartas a Yolanda que se estaban publicando en Cubanet. Cometió un error. Me comentó sobre una que Yolanda me había asegurado no había recibido. Recordé inmediatamente a quién se la había entregado para su envío. “¡Carajo!, me dije, tengo que corroborar si fue casualidad o lo “engancharon”.

No era casualidad. El hombre tenía muchos lados flacos, susceptibles de chantajes. Varios días después conseguimos nos sacaran al patio juntos. Yo hice las gestiones con los carceleros pero sabía que, por debajo del telón, él aplicaría, mejores y más convincentes, artes que yo. Desde mi conversación con el Capitán Reyes lo sometí a una vigilancia y análisis minucioso de todas sus manifestaciones y relaciones. Ya estaba casi convencido de que era él el “oidor” designado para mí. Pero quería una conversación “*face to face*”, como se dice en inglés. No quería ser injusto, le había tomado afecto.

Aquella tarde no ejercité. Todavía me estaba recuperando de la flaqueza y el hambre de la huelga. Caminé con él, hombro con hombro, secreteo cómplice, cigarrillos compartidos. Me contó del rapapolvo y las amenazas de Ramiro mientras yo permanecía cantando mi guarachita en la celda 16, de la actitud viril que él había mantenido al reafirmarle que seguiría siendo mi amigo, y me convocaba a que contara, incondicionalmente, con él. Lo abracé conmovido. “Un amigo así, no se consigue todos los días”, le dije y continuamos nuestro paradisíaco *promenade* por el patio de las celdas de castigo de la cárcel de Aguadores.

“Pero yo no estoy muy de acuerdo con ustedes”, me dijo, “eso de la ‘*resistencia pacífica*’ no va conmigo. Prefiero la acción”

La gota que faltaba. La torpeza padre. Mensaje de la contrainteligencia. La violencia es su mundo. Han hecho creer a la población que los héroes se fabrican de sustancias violentas únicamente. Y, cuando “enganchan” al primer estúpido que puede serles útil, y como no les interesa más que su soplonería, no los preparan adecuadamente, y estos la primera idea que conciben, bajo el influjo de tanta propaganda partisana, es la de la violencia porque con eso creen ganarse la confianza de su objeto de vigilancia.

“Alberto Delgado, cará, tu eres del G-2 o trabajas p’al G-2”, recordé la secuencia más lograda del viejo film *El Hombre de Maisinicú*, donde ese versátil y gran actor cubano que es Reynaldo Miravalles acabó con la fama de buen actor de Sergio Corrieri, en apenas unos segundos.

Continué mi caminata con mi Alberto Delgado particular y cuando la avioneta de correo sobrevoló la cárcel rumbo al aeropuerto de Santiago de Cuba me despedí de él con un abrazo fraternal convencido de que todo lo que yo quisiera hacerle saber a Ramiro no necesitaría sello postal.

El primer intento de chequeo médico falló. Parece que el capitán Reyes no había hecho las coordinaciones necesarias. El Tigre, más otro oficial de pésima reputación – por represivo- entre los presos, me acompañaron hasta la clínica del Ministerio del Interior en el ex elegante barrio de Vista Alegre, en Santiago de Cuba. Era 3 de diciembre. Bajé del camión gazz soviético disfrazado de ómnibus en que me habían trasladado hasta la ciudad, y respiré el aire de la civilización con ansias de naufrago. Desde el 19 de marzo no veía un niño jugando a la pelota, desarrapado y jubiloso, en medio de la calle, ni una mulatona esteatopígica (*esteato*: grasa; *sito pigio*: posaderas, nalgas, culo; realmente hubiera podido decir mulata culona, pero cansado del lenguaje barato, quise gastarme una palabra de cinco dólares; ah, para más información, la esteatopigia es una enfermedad que ataca a las mujeres en el África meridional y les pone el culo del tamaño de una mochila de soldado en campaña) contoneando sus anchas caderas bajo la sombra de los laureles de la acera. Trabajosamente, con mis manos esposadas, extraje de un bolsillo mis cigarrillos y convencí al Tigre que me brindara un café callejero que vendían en un ventorrillo aldeaño a la clínica. El otro oficial, el represivo, que había penetrado en el local médico a nuestra llegada, volvió con cara de pocos amigos. Malhumorado. Rezongando por lo bajo. No quería que escucháramos o entendiéramos lo que despoticaba contra

sus superiores. No había médicos en el lugar. Estaban de fiesta. Se celebraba el día de la medicina cubana. Yo me alegré al saberlo. Eso garantizaba otro paseíto mío por la ciudad.

La segunda vez que me condujeron a la clínica fui acompañado del Capitán Mendivil, jefe de actividades culturales de la penitenciaría. No permitió que me esposaran. Un caballero Mendivil. En la clínica, mientras esperábamos, conversamos como amigos. El estaba allí cumpliendo su deber y yo el mío. Los dos, aunque él no lo expresara, estábamos concientes de que no intentaría fugarme. En mí opinión, y creo que él lo comprendía, lo que debía avergonzar al gobierno cubano era mantenerme preso por mi oficio de periodista, no que yo me fugara y un hombre bueno tuviera que pagar las consecuencias de mi evasión.

“Tengo una mancha en un pulmón”, le dije a Yolanda por teléfono. “Pero no te preocupes. Si es cáncer, ya fumé todo lo que me dio la gana”.

Se hizo un silencio profundo del otro lado de la línea y me reproché haber tirado a chanza la información que, de todos modos, debía brindarle a mi esposa. Demasiado importante para ocultárselo. Pero el método que usé no resultó efectivo. Comprendí inmediatamente mi torpeza.

“Oye dice la doctora que me atendió que puede ser un problema del equipo. Ella no es radióloga ni neumóloga, me explicó. Tendrá que consultar con un especialista. A lo mejor, no es más que una falsa alarma. Ella me aseguró que la máquina donde me tomaron la radiografía es un trasto viejo. Estamos esperando la respuesta. No te preocupes y, por favor, discúlpame la broma. No quise asustarte. Creí que tirándolo a jodedera te afectaría menos.”

El resto de la conversación fue tenso. No conseguía que Yolanda se sobrepusiera. La afectaba además el hecho de que sería la primera vez que no esperaríamos juntos el nuevo año.

Adrián, el médico de Aguadores, vacacionaba por esos días. Nadie se ocupó más de mi mancha en el pulmón. Sólo el capitán Reyes vino para presentarme al nuevo oficial de la Seguridad que me “atendería”. Corrían rumores de que a Ramiro lo habían “tronado”. Y, como el que no quiere la cosa, hurgué para enterarme del chisme. Entre col y col, saqué la lechuga. No lo habían “tronado”, iría, o andaba ya por Venezuela. Cará, y yo que pensaba que el gobierno cubano estaba apoyando a Hugo Chávez con médicos y maestro nada más. El nuevo oficial que me “atendería” se llamaba Julio. Mulato, achaparrado, fornido, con las manos muy marcadas por el entrenamiento de las artes marciales. La maquiñara deja huellas imborrables en los nudillos. El primer chiste que le dirigí fue que toparía con él cuando me repusiera totalmente de las huelgas. Eran los días finales de 2003, y la penitenciaría parecía dirigirse sola. No había un cabrón jefe por todo aquello. Yolanda llamó por teléfono en reiteradas ocasiones para saber sobre mi pulmón y no pudo hacer contacto con alguien que le explicara debidamente.

El fin de año en Cuba es más un atareo que un jubileo. La gente anda como atolondrada. Hormiguean de aquí para allá y de allá para acá sin resultados satisfactorios. Una premura descocante desborda el ambiente. Se irritan con facilidad. Se tornan proclives al robo, el asalto, quieren conseguir algo distinto del picadillo de soja y el arroz con frijoles para despedir el año. Y eso, en Cuba, no sólo a fin de año, sino todo el año, es una tarea para Superman.

Yolanda me había enviado, por medio de una señora de Santiago de Cuba, un pequeño paquete con golosinas para, por lo menos, endulzarme el año nuevo. Reyes me afirmó que no habría dificultades para que entrara al penal. Sin embargo el salado paquete dio mas vuelta que un carrusel para finalmente, y después de insultos de alto calibre que proferí a Ramiro, llegar a mis manos.

Se autorizo que a fin de año, todos los presos, recibieran una visita de 5 a 10 minutos para que sus familiares les entregaran una cena y pudieran congratularse mutuamente. Yo no era todos los presos. Yo era el preso-presos. Para mí la visitita no había sido autorizada. El paquete sí, si Yolanda podía hacérmelo llegar. Yolanda pudo. Pero la señora de Santiago fue más de tres veces a la penitenciaría para entregarlo y que me lo hicieran llegar y no lo logró. Ningún jefecito –los jefesotes andaban de rumba- quiso aceptarlo. Propio en mí. Hice preguntas. Y el paquetico sin aparecer. Hice gestiones. Y el paquetico sin aparecer. Hice demandas. Y el paquetico sin aparecer. Propio de mí. Empenamiento total. *“Aquí el que más fino sea/ responde si llamo yo”*. Empezó la bronca. Ramiro no se había marchado aún para Venezuela. Apareció junto a Reyes y a Arrate frente a mi celda. Le dije hasta recorteculo. Se acabó el juego de cinismo e inteligencia con Ramiro. El paquete apareció aquella misma tarde. Reyes se comprometió en hacérmelo llegar. Y así fue. El día 31, lejos de Gabriel, sin el abrazo de Yolanda, comí un turrón de Gijón que venía dentro del paquete. No quise pensar en mi familia, en su tristeza por mi ausencia en la mesa, donde todos, estarían quizás masticando en silencio y recordándome, añorándome.

Ocho de enero. Infausto aniversario. Fidel Castro entró a la Habana ese día de 1959, al frente de una caravana de jóvenes barbudos que yo miraba con la admiración y el entusiasmo con que un niño de apenas siete años ve aparecer a sus héroes, para quedarse hasta este hoy en que, yo, cincuenta y dos años, preso por orden suya, entro al hospital Ambrosio Grillo, en Santiago de Cuba.

La mancha del pulmón no era defecto de la vieja máquina instalada en la clínica del ministerio del interior. La investigación se imponía. Había alarma. Allí estaba yo de nuevo frente al mismo tareco oyendo al radiólogo decirme. “Respire hondo, no bote el aire, no se mueva. Póngase el *pull over*. Esperen afuera.” La placa anterior, por esa incuria que corroe a Cuba, se había extraviado. Hacía falta otra, de urgencia. Algún peje gordo estaba detrás de esa imperiosidad ahora. Ya nadie parecía recordar que desde julio del año anterior yo había solicitado, antes de lanzarme a la huelga de septiembre, esa misma radiografía. Pero esto era una orden, por el apuro, muy de arriba.

El oficial Julio, acompañado de dos guardianes, vino a buscarme muy temprano. Me pidió que me mantuviera en ayuna, no fumara y recogiera todas mis pertenencias. Me trasladaron hasta la clínica del barrio ex elegante en el mismo carro celular, oscuro, angosto, sin ventilación, en que me habían trasladado desde Boniato hasta Aguadores. Todavía no sabía mi destino. Al filo del mediodía supe que era hacia el hospital.

La nueva radiografía confirmó la mancha en la parte superior del pulmón derecho. Montado en mi bacinilla con ruedas tomamos el camino de Santiago a Melgarejo, de Melgarejo al Cobre, de El Cobre a Grillo. Llego mareado. Nauseas. No vomito. Sudo copiosamente. El viaje fue atormentador. Dando nalgazos sobre el asiento de hierro a cada bache de la carretera. Me recibe un médico muy joven. Amable. Tengo la presión alta. Furosemida en vena. Meo más que un Eros de cualquier fontana de parque. Trámites. Nueva historia clínica. Paso entre la gente con mi saco blanco de nylon sobre la espalda, mi cubo plástico en la otra mano. Oigo a unos jóvenes reírse. “Ñoo, a ese lo botaron

de su casa”. Dice una señora cuando cruzo. Dos guardianes me conducen a la Sala de Penados.

La Sala de Penados del hospital Ambrosio Grillo es un asco, pero comparada con mi celda es todo una habitación palaciega. Cuenta con tres cubículos enrejados. Cuatro camas en cada cubículo. La cama 48 parece ser la destinada para “los mercenarios”. Por ella han pasado antes que yo Oscar Espinosa Chepe y Edel José García. Me acomodan. Coloco mis bártulos en una reducida taquilla que me asignan. Me traen ropas de cama y un pijama. Le pido a Julio me permita llamar por teléfono a Yolanda para imponerla de mi nueva situación. No hay en el hospital teléfonos de tarjetas magnéticas. No tengo dinero. Ellos no lo permiten. Si lo hallan en las requisas, aseguran que estará a buen recaudo pero siempre termina perdiéndose. Aquí mismo se va a armar. Julio consigue varios pesos metálicos dorados con la efigie de Martí. A estas monedas los cubanos las llamamos “morocotas”. Me lleva al teléfono de la recepción del hospital.

El hospital Ambrosio Grillo es un antiguo sanatorio para tuberculosos convertido en hospital general. Ubicado a menos de tres kilómetros del Santuario de la Virgen del Cobre, patrona de Cuba con la bellísima leyenda de haber aparecido en la bahía de Nipe y salvado de la tormenta a tres pescadores al borde del naufragio, y a quien Ernest Hemingway, después de su Premio Nobel de Literatura, le brindara, quizás pagando una promesa hecha a la santísima, la medalla entregada por la Academia Sueca. El edificio estilo *art déco* aún mantiene el desenfado arquitectónico de sus líneas rectas y sus amplios espacios. Muy deteriorado y con innovaciones caprichosas en su estructura es un anciano que se derrumba por el paso de los años. Maltrecho, falto de reparaciones a tiempo, muestras paredes fracturadas, techos desconchados, pabellones clausurados.

Le informo a Yolanda donde estoy. Se desespera. Le ruego calma, que no se alarme. Insiste en venir. Le digo que no le permitirán verme. Insiste. Viene. No la dejan verme. Y para que yo no me entere de su visita al hospital no acceden siquiera a pasarme un abrigo que me traía. Me entero después de una semana, cuando vuelvo a hablar con ella por teléfono.

Comparto el cubículo con Miguel Moya y otros dos presos. A Miguel Moya lo conocí en las celdas de castigo de Aguadores. Había llegado arrastrando una bolsa plástica rebotante de orina que le servía de sonda y una tos cavernosa que denunciaba a viva voz su tuberculosis, escupía sangre y refunfuñaba como un

condenado. Todos protestamos. ¿Qué era eso de introducir en las celdas a un tuberculoso? Precisamente en esos días fue que me enteré de que la enfermería del penal servía de recámara carcelaria para el “pepe” famoso.

“Ese hombre debe estar en la enfermería”, grité airado al mayor Moisés, jefe de reeducación del penal, y que era quien mandó que Moya fuera aislado en las celdas.

Todos los presos me apoyaron. Estaban aterrados con la idea del contagio. Logramos que trasladaran a Moya para el hospital. Aquí lo encontré a mi llegada.

Nuestro cubículo tiene dos rejas muy sólidas. Barrotes de una pulgada de diámetro. Una al pasillo Este, otra al pasillo Oeste. La del pasillo Este me permite, a través de un amplio ventanal, ver el campo, el lomerío, los pinos meciéndose al viento. Por la del pasillo Oeste la mirada choca con la pared. Por el pasillo Oeste se llega también a los baños. Unos inodoros malolientes sin mecanismos de descarga. Unas duchas sin aspersores que te dejan caer sobre el cuerpo el chorro frío de un agua con olor pantanoso. Un pequeño vertedero donde se apilan herrumbrosas cuñas de las que se usan para los enfermos impossibilitados de llegar por sus propios pies al baño. Las paredes muy manchadas por antiguas filtraciones del techo agrietado.

¡Un televisor! Me marea el primer día. Hay que mirarlo a través de las rejas del pasillo Este. A más de cinco metros de distancia. Las cabezas contra los barrotes. El cuello hacia la derecha. El televisor esta ubicado justo en el segundo cubículo. Los presos del primer y tercer compartimiento, tenemos que torcer el cuello. El televisor tiene defectos técnicos, se ve desenfocado y con los colores corridos. Marea el esfuerzo por mirarlo.

Comienzan los exámenes. Nueva radiografía de torax. Otra radiografía con inclinación de 30 grados, esta se llama apicografía. Pruebas de esputo (si muy puto, pero cuando joven, ahora soy un viejo muy honrado, “*aquel trueño/ vestido de nazareno*” diría Antonio Machado en sus coplas a Don Guido). Exámenes hematológicos (ojalá no me ensarten la vena del chícharo porque si no tendrán que darme otro pinchazo). Pruebas de orina (sí, aún me queda con qué), de *eces* fecales. Resultados: Buena sangre, buena orina, buena mierda. Bula enfisematosa en el ápice del pulmón derecho. Sólo dejar de fumar. El parénquima del pulmón esta bien. No hay infecciones. La presión arterial un poco descontrolada. Comer sin sal, reducir el café, los dulces de harina. De

ahora en adelante turismo de salud carcelario. El Dr. Mesa pasa todas las mañanas. Cortés, risueño, dispuesto a dar ánimo y respuesta a cada interrogante. La Dra. Cuba, una vez a la semana. Eminente neumóloga. Yo diría que bella pero triste. Alguna pena le empaña la mirada, le agobia el semblante. Las mujeres que vienen a hacer la limpieza, me adoran. Les regalo del aromatizante, que me trajo Yolanda y la Sala de Penados queda con una fragancia embriagadora. Parecería que la limpieza es absoluta, al menos por el olor. Pero *la vida*, como afirma Milán Kundera, *está en otra parte*.

Mi visita se acerca. Corresponde el día 30 de enero. No sé qué hago aún hospitalizado. He engordado. La comida en el hospital no es gran cosa pero muchísimo mejor que en el penal. Le he repetido mi preocupación por la visita a cuanto oficial de la Seguridad ha pasado por aquí. He tenido visita de ellos con frecuencia: Julio, Reyes, Charles. Vienen cuchichean con los médicos. Me dirigen unas frasecitas de cortesía y se marchan. Hay algún rebumbio extraño. La preocupación que noto en ellos no les es propia. El 28 de enero llegan los guardianes de Aguadores y me devuelven a mi celda 15. Los presos me reciben con muestras de alegría desde el interior de sus celdas. Se había regado la noticia de que yo estaba tuberculoso. Me entero de que ya la enfermería está funcionando como enfermería. Allá está Miguel Moya con su bolsa de orina y sus esputos sanguinolentos. Hay nuevos inquilinos en las celdas. Ángel Martínez Rivera, un guajiro de por las serranías de Chivirico, acusado de tráfico de drogas, con sesenta y tantos años a costas se morirá dentro de unos días a consecuencia de un ataque al corazón. Andrés Benítez, el medico preso por criar cerdos que les permitieran un salario más solvente, hace todo lo posible por el viejo Ángel. Aerosoles. Inyecciones. Defibrilador. ¡Mierda! Se muere.

Gabriel anda todavía con su corsé de hierro y correas. Hasta ahora la intervención quirúrgica ha sido un éxito. Cicatrizó magníficamente. Ha ganado en flexibilidad y confianza en sus piernas. Ha vuelto a montar bicicleta. Lo noto más alto, más reposado en el carácter, más varonil. Se acaballa sobre uno de mis muslos y acapara mi atención. Ávido de respuestas me acribilla a preguntas. Quiere saberlo todo de un tirón. Me pide todos los permisos posibles ante las prohibiciones que, por precaución, le ha indicado la neurocirujana, y su madre le exige. Pretende escudarse en mí para lograr sus propósitos de audacia. Su confianza en mí lo conduce a creer que accederé ante sus pretensiones de apoyo para el consentimiento de ejercicios físicos que desea emprender. Razono con él hasta que lo convengo de que su doctora es quien traza la estrategia a seguir para su total recuperación. Refunfuña al principio. Luego acepta que sus limitaciones serán temporales y que no debe apurarse. Me permite, al fin, departir con los demás visitantes. Pero no se baja de mi muslo. A horcajadas sobre mi pierna es un jinete tierno que me soba la espalda, me acaricia el rostro.

Vino Yolanda y mi hermana Xiomara, y mi hermana Dulce María, y mi sobrino Yordy. Mi hermana Dulce me cuenta de Morón. Mi hermana Xiomara me cuenta de la Habana. Yolanda me cuenta del mundo. Qué poco tiempo son dos horas cuando hay tanto de que hablar.

No ha habido problemas con la jaba. Ni una aspirina ha sido sustraída. El capitán Reyes ha estado durante toda la visita, pero sin importunarnos con su presencia. Un pequeño salón con banquetas de teatro nos acoge. Podemos conversar desprejuiciadamente mientras el oficial Oney cabecea y ronca mientras nos vigila a cierta distancia.

El Tigre ha mandado que dos presos carguen mis bultos hasta mi celda. Uno de los presos se asombra. “Esto sí es una jaba”, exclama. Las jabas de la mayoría de los presos comunes son muy pobres. La crisis económica del país no permite a sus familiares apertrecharlas mejor. Azúcar parda, galletas, escasos paquetes de cigarrillos y quizás un par de jabones de los que venden

por la Libreta de Abastecimientos. Los bajos salarios, el poco valor adquisitivo del dinero cubano, y los elevadísimos precios –la mayoría en dólares- no les permite a las familias con presos –que son incontables en Cuba- acceder a más productos. El azúcar parda y las galletas, para amortiguar el hambre: con una “munga” (en jerga carcelaria: agua endulzada) y un par de galletas la noche es menos cruel con el estómago. Los cigarrillos son el dinero de la prisión. Con cigarrillos se compra todo. Un “picho” o “caballo” (punzón fabricado con alambón sustraído de las rejas, de las patas de una mesa, de donde aparezca), cacerolas pequeñas, sacos de nylon para usarlos como combustible, “volcanes” (calentador de agua fabricado con dos latas de conservas, una de menor diámetro dentro de otra, aisladas entre si por cuñas de maderas, y dos cables eléctricos, sin enchufe), un ajuste de cuentas a algún enemigo, en fin, desde la complicidad hasta la risa. Los jabones, para descansar del escozor que deja en la piel esa piedra espumosa que en la cárcel brindan con el nombre de jabón.

Yolanda me trajo un cargamento de libros. Todos los dejaron pasar. La Seguridad no parece preocupada por lo que yo lea sino porque no arme otro titingó. También me trajo los parches para dejar el hábito de fumar. Está muy preocupada con mi pulmón. La noticia ya se sabe en el extranjero. Un amigo ha donado los parches. Son muy caros. De no ser por la bondad de ese amigo no los hubiéramos podido obtener, además en Cuba no existen. En Cuba, para dejar de fumar ha de imponerse la voluntad, como todo, a puro cojones. Somos una sociedad de voluntarismos, caprichos, imposiciones, resoluciones tajantes, leyes y juicios inapelables, y fundamentalismos baratos. Así nos han educado durante casi medio siglo.

Después de la visita quedo desasosegado. La celda es muy pequeña para que quepa mi ansiedad. Desde el día 31 de diciembre estaba fumando muy poco. Me había propuesto dejar de fumar para año nuevo. Casi lo consigo. Imagino que para un lince en cautiverio sea muy difícil acostumbrarse a no correr como una exhalación. Para mí es sumamente arduo no encender un cigarrillo tras otro, como el lince, fumar en mí, es correr pero con la imaginación, y no me concibo imaginando sin ver ante mi rostro las mil filigranas que pinta el humo en su aspersión por el aire. Encerrado como estoy en una tumba con vista a un muro blanco no consigo matar este enemigo que me mata. Fumo como un poseso. En las volutas que ascienden veo el rostro alegre de Gabriel mientras retoza

conmigo en una playa de la costa habanera, vislumbro la algarabía de Samuel corriendo por su casa solariega de las afueras de Ciego de Ávila, me redescubro niño braceando en la Laguna de la leche. Fumo hasta toser. Recuerdo entonces mi pulmón. Me pongo un nuevo plazo para dejar de fumar.

Se acabó enero. Ha muerto Ángel Martínez Rivera. Era fin de semana cuando el viejo comenzó a quejarse. El Dr. preso Andrés Benítez hizo todo lo que estaba en sus manos. El corazón del viejo no soportó el encierro, el rigor de una celda de aislamiento. Los fines de semana los médicos presos, que no tienen “weekend”, son los encargados de atender a los otros presos. Imagino el susto que pasó el pobre Andrés aquella noche. No es lo mismo que fallezca un paciente siendo uno médico-presos que un médico-médico, aunque la preocupación profesional sea la misma. Los oficiales del penal se preocuparon mucho porque yo tuviera su interpretación de lo sucedido. El mayor Moisés se encargó de hacerme saber hasta el estado de opinión de los familiares del difunto. Le temían a lo que yo pudiera informar. Ya se habían convencido de que no tenían modos de detener el flujo de mis reportes desde la cárcel. Yo había hecho mi propia interpretación de lo sucedido. El viejo Ángel, sospechoso hasta el momento de tráfico de drogas, bajo la medida cautelar de prisión preventiva, aquejado de cardiopatías y asma bronquial, no debía estar en una celda de la Cárcel de Aguadores, sin las condiciones requeridas para una urgencia médica como la que ocurrió.

El ocho de febrero ya no fumaba. Los parches estaban dando un estupendo resultado. Sólo después del desayuno me aguijoneaban unas ganas irresistibles de absorber un poco de humo. Me sobreponía y luego se me olvidaba. La nicotina que introducen los parches a través de la dermis me curaba de la ansiedad pero el hábito motor me dejaba una sensación de vacío entre las manos. Suplía tal exigencia del cuerpo y de la psiquis leyendo, escribiendo, lavando alguna ropa que estuviera sucia. Fue una batalla feroz entre el cigarrillo y yo, y la iba ganando. Pero para el fumador inveterado que soy cualquier pretexto es bueno para colocarte otro cigarrillo entre los labios, inhalar fuerte, exhalar con deleite y ver musas de colores en la columna de humo que se eleva triunfadora mientras te aniquila. Me resisto a todas las tentaciones. Me impongo ganar esta bronca.

A mediodía llegan Reyes y Julio. Nos hacemos chistes sobre lo recuperado que estoy y lo pronto que podré subir al Tatami con Julio para un “tope frater-

nal". Me percató de que Reyes trae un cartapacio de papeles dentro de un file algo percutido, manoseado. Me sacan de la celda. Corre p' aquí, dale p' allá. No aparecen las llaves de las oficinas de Orden Interior ni de Reeducación. Ningún oficial de por los alrededores las tiene. Vamos a la oficina de reeducación del Destacamento 2. Nos acomodamos en unas sillas de hierro. Reyes hala por el cartapacio. Ahí están las copias de todas las declaraciones que ha hecho Yolanda a la prensa. Reyes me las lee una a una. Me pide la opinión. Aplaudo, alabo a Yolanda. Me responsabilizo de todas sus declaraciones. Le afirmo que yo soy a quien ellos andan buscando, que yo soy el autor de cuanto Yolanda afirma, que no traten de mezclarla en esta porquería que ellos mismos han revuelto, porque de hacerlo apestaría más. Siento el cinismo amenazante que tratan de solapar con jaranas. Tomo la decisión de adelantármeles. Hoy mismo haré públicos los peligros que corren nuestras esposas por defendernos de la injusticia. No bien se marchan Reyes y Julio, le escribo a Yolanda, y con manos seguras hago salir la carta del penal.

Cárcel de Aguadores, 8 de febrero de 2004.

Sra. Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

Esta será una carta muy breve. Hija de la premura. Escrita con la premura de los mensajes impostergables. Quien conozca el amor sabrá por qué.

Recibí una visita entre pachanguera y amenazadora. Por su burda sutileza te diría que más amenazadora que cualquier otra cosa. Los detalles son, por ahora, imposibles. Sólo te repito, como te dije desde el principio: de todo lo que tú digas soy yo el único responsable. Que nadie intente ver en ti o en tus actos otra culpa que no sea la de amarme. Si alguien quisiera utilizar tus palabras para inculparte por algo, conocerán entonces de lo que soy capaz verdaderamente. El juego de cultas fruslerías se convertiría en guerra sangrienta y sin tregua.

Mantente alerta y alerta a toda persona que corra el mismo riesgo. Los zarpazos de la fiera herida son atolondrados pero peligrosos. Debes y deben precaver por si asoman las uñas. Todo sastre antes de dar puntadas, toma medidas. Tómenlas, pero no dejen de zurcir. No permitan que ningún zascandil se les adelante. No se queden en la playa, vayan hasta altamar, que se enteren todas las costas del peligro que supone amar cuando el amor anda tan lejos del corazón de la fiera.

Puchita, tú eres mi voz y cuanto digas es mucho menor de lo que yo diría; si te conminan al silencio, diles que entones seré yo la algarabía, y que tengo buena garganta; no hay convenios, tenemos el derecho. La altamar es el reino donde podemos navegar. Sé buen marinero, no dejes nada en la ribera, que todo, absolutamente todo, por nimio que sea, resuene en todas las playas. Yo soy el autor –material e intelectual- de todo cuanto afirmes. Si buscan un culpable, aquí estoy, preparado y aguardando. Tu delito es amarme. Mi delito, no haberte dado a tiempo una Patria donde defender el amor no sea un delito.

Tuyo,

Yo.

Ha crecido el rebaño en Boniatico. Son un enjambre. Vistas desde la ventana, al atardecer, cuando los presos han tirado entre los barrotes hacia el patio todos los desperdicios de los desperdicios que comen, parecen centurias romanas a la desbandada. Gruñen, muerden, corren, saltan, se atacan entre ellas; es la batalla por la supervivencia, la ley de la depredación. Imposible reconocer a Yenima entre tantas ratas.

He vuelto. Julio y El Tigre me trajeron en un viejo Lada pintado de rojo. Arrate salio a recibirme envuelto en un paño de barbería, venía a medio pelar. Otra vez Arrate. Otra vez Boniatico. Otra vez el retrete pegado a la nariz. Otra vez el carro cochambroso cargado de condumios malolientes chirriando por el pasillo. Otra vez las esposas, los perros acechantes. Otra vez Kindelán y Cholo.

El día 10 Reyes y Julio vinieron a avisarme que iba a ser trasladado. Me dejaron entrever que sería para La Habana. Pensé en el alivio que significaría para Yolanda. La excursión hasta Santiago de Cuba es una verdadera ordalía para mis familiares. El transporte en Cuba torna una aventura peligrosa cualquier viaje. Hay que prepararse como para atravesar el desierto. Entre trenes obsoletos y “camellos” atestados de pasajeros se puede perder desde el equipaje hasta la razón. Los medios de transporte son un espejismo, los itinerarios una alucinación, las reservaciones un delirio, los precios una locura.

Me dijeron que no me impacientara pero que fuera preparándome. El traslado se hizo efectivo al otro día. Cuando vi llegar el Lada rojo creí sinceramente que iba para La Habana. Aunque mecánicamente sonaba pésimo y los neumáticos se notaban muy gastados, supuse que sería más comfortable que el catafalco celular en que me habían movido hasta ese momento. A Dios gracias que el recorrido fue hasta Boniato, un neumático llegó desinflado.

En el camino Julio me explicó que, momentáneamente, permanecería en la enfermería de la prisión. “¡Coño, con ustedes nunca se sabe a ciencia cierta para dónde uno va!”, le dije. “Medidas de seguridad” me contestó. Empecé a joder. Saqué de uno de los sacos en que trasladaba mis pertenencias un jabón

de tocador. “Aquí pichón, aquí pichón. Cambio”. Como todo un sampling imité la estática de un radio. “Mariposa, mariposa, ¿me escuchas”? Estática. Interferencias. “Aborten concierto autopista. Aborten concierto autopista”. Interferencia. Estática. “Vamos hacia nido tubérculo, hacia nido tubérculo. Cambio”. Estática. Interferencia. El Tigre se echa a reír. Por el retrovisor veo al chofer que ríe también. “Amarren cabras. Suelten zunzunes. Cambio”. Estática. Interferencia. “¿Cómo? No copio”. Interferencia. “¿¿Qué?! ¡Pero cómo ese cabrón se va a ir en el jet para Varadero en medio de una operación! Estática. La risa no permite que la estática me suene muy estética. Luego, entre todos, seguimos imaginando como sería una operación de rescate dirigida por Yolanda mientras mi hijo Gabriel andaba con un harem de putas gastando mis millones en las playas de Varadero.

Antes de partir de Aguadores tuve tiempo de despedirme de algunos amigos. Me mantuvieron mucho tiempo fuera de la celda mientras esperábamos por el automóvil. Yan me abrazó, casi llorando, cuando lo sacaron al patio en medio de mi espera. “Papá, Manuel, voy a pasar un hambre del carajo”, fue lo que atinó decirme. En un descuido de los guardias pude pasarle una nota a Agustín Cervantes. Le sugería que tuviera mucho cuidado en lo adelante. El solo podría resultar presa fácil de la represión. A la hora de almuerzo Agustín se escapó de la fila que marchaba hacia el comedor y vino hasta el portón enrejado de las celdas de castigo y pudimos darnos un estrechón de manos entre los barrotes. Aguadores pasaba a la memoria, no volvería a existir para mí sino en el recuerdo.

Boniatico no había cambiado mucho. Kindelán, testa brillante por la alopecia, después de requisar parsimoniosamente, engolosinado, boquibabeante mis pertenencias, lo primero que quiso fue mandarme pelar.

“Cuando me lo ordene un oficial, si lo entiendo, tu no eres más que un llavero”, le respondí.

Vi su rencor, su sonrisa malévola. Pero ya me daba lo mismo chocar con él que con Leviatán. No había planes que pudieran ser estropeados. La mansa oveja de los primeros meses había sido trasquilada y mostraba su verdadera piel.

“Está bien, está bien, goza”, me respondió con su tono típico de amenazas veladas.

Abrí y cerré las manos en un ademán voluntario, soberbio, desafiante. Pensé: agarre firme de solapas, giro rápido por la derecha, flexión a fondo de las rodillas, halón fuerte mientras se alza el cuerpo, soltar en el aire para que caiga libre sobre mi cabeza: perfecto *Ho Uchi Mata*. Kindelán no fue nunca más allá de sus cínicas palabritas. Me quedé con ganas de verlo estrellarse contra el piso.

Sabino ya no estaba en Boniatico. Lo sustituían dos jóvenes. Uno de nombre Ramón, corpulento y risueño; otro de apellido Granja, pequeño y parco. De jefe del pabellón el oficial Arce, algo engreído y fanfarrón. Me ubicaron en la celda 9, de los bajos, justo frente a Antonio Villarreal. Edel José García ocupaba la número 1, también de los bajos. A Próspero lo habían mandado para un destacamento. No sabíamos si lo traerían nuevamente para las celdas.

“Nos vamos para La Habana”, me voceó Edel cuando pasé frente a su reja. Eufórico con la posibilidad que creía ya un hecho.

“Ese es el rumor”, le contesté y seguí marcha, con mis sacos a cuestras, hacia la celda donde me ubicarían. Antes de que me encerraran saludé a Villarreal.

El ciego Norges Cervantes se alegró con mi llegada. Me contó que su familia le había contado sobre la crónica que publiqué sobre él. Me lo agradeció con exageradas muestras de entusiasmo. Ahora vivía a mi lado, en la celda 7. Estuvimos hablando sobre Normando Hernández largo rato. Él y Normando habían establecido una buena amistad.

Conocí una nueva doctora. Se llama Julliet. Rubia. Óvalo griego el rostro. El pelo recogido en dos trenzas que le circundan la cabeza. Pecas graciosas sobre la nariz. Un poco pasada de kilos para su estatura. Ríspida el primer día. Las mujeres que trabajan en las cárceles están obligadas a endurecerse. No es grato tratar con delincuentes de toda laya, faltos del afecto y las artes femeninas, que la desnudan con la mirada. Ella misma me lo explica. Más tarde, después que Adrián, el médico que me atendía en Aguadores, le habló de mí.

Yenima me abandonó. Se olvidó totalmente de mí. No la reencontré. Ha crecido el rebaño en Boniatico. Son un enjambre. Vistas desde la ventana, al atardecer, cuando los presos les han tirado todos los desperdicios de los desperdicios que comen, parecen centurias romanas a la desbandada. Gruñen, muerden, corren, saltan, se atacan entre ellas; es la batalla por la supervivencia, la ley de la depredación. Imposible reconocer a Yenima entre tantas ratas.

Hoy se cumple un año del gran berrinche del Gran Burundú. Todavía me parece verlo. Rabioso, incoherente, violencia verbal que se transformaría en violencia material. Todas las amenazas se corporizarían. Tendrían nombres. Serían redadas. Allanamientos de moradas. Órdenes de registro. Arrestos. Juicios sumarísimos. Largas condenas. Vuelve hoy a ser 24 de febrero. Soy uno de aquellos nombres. Soy una de aquellas casas puestas patas arriba. Uno de aquellos juicios sumarísimos. Uno de aquellos condenados a volver a la vida pública –si vuelvo- trasmutado en un ancianito temblequeante, cagalitroso y sin memoria.

A Edel José García lo mandaron recoger sus pertenencias. Desde por la mañana espera porque vengan a llevárselo. Ya sabe que va para La Habana. Antonio Villarreal, acicalado, bello uniforme gris de presidiario, espera por Silvia y por su hija de apenas ocho años que vendrán a verlo. A Próspero Gainza no lo han traído para las celdas, como esperábamos al principio. No se puede celebrar el Grito de Baire con una buena gritería. Será una jornada aburridísima para mí.

Estoy saliendo al patio con lo más selecto de Boniatico: dos condenados a cadena perpetua, por homicidios; un loco, que dice ser mi fan desde mi anterior estancia aquí, y un bravucón, a quien le he enseñado algunas proyecciones de judo, como medida preventiva a su carácter inflamable; como alumno es bueno, no sé cómo resultaría como contrincante. Hago ejercicios con ellos. Uno de los homicidas comenta:

“El puro está en talla. Cualquiera se jama un pan con él”. Y nos reímos. Y hacemos planchas. Y corremos. Y hacemos cuclillas. Y me retan a que haga cuclillas con uno de ellos acaballado sobre mis hombros. Y llego a veinticinco cuclillas con la carga incluida. Y exclaman con admiración. Y Alberto Díaz Pérez, asomado a su ventana de los altos, grita:

“¡Ese es mi puro! ¡Es de Morón!”.

Marzo es rápido. Llega. Debía ser primaveral pero no llueve. En Boniato el agua está racionada. Hasta el clima colabora con la sed. Los carceleros usan

a los presos para arrastrar el carro pringoso cargado con bidones de agua. Tres pomos plásticos con capacidad para un litro y medio es la cuota por prisionero. Las pestilencias alcanzan su mayor estatura. Las ratas se reproducen por centenares. Las moscas zumban, revolotean, incomodan. Villarreal discute de béisbol con los demás aficionados. Es un fanático de Víctor Mesa, el manager del equipo Villa Clara. Los Santiagueros lo azuzan, lo acorralan, los chacotean. Estamos rodeados de fans del equipo de Santiago de Cuba. Cuando la chirriante bocina deja escuchar las narraciones de los juegos, se hace un silencio total. El escándalo empieza una vez terminado el juego. ¡Ñooooo! Como hay expertos del béisbol en Cuba.

Ya no puedo usar la ropa de civil que tenía en Aguadores. El oficial Arce ha ordenado que me den un uniforme de preso y me rapen nuevamente la cabeza. Yo sé que es el reglamento. Pero no me da la gana. Si ellos exigen, yo también. Exijo me brinden la dieta que tengo prescrita por los médicos. Aparecen muchas explicaciones: que si el penal no tiene condiciones, que si la cocina del hospital no tiene capacidad. No me importa. Quiero mi dieta. Se arma el estira y encoge. Tres de marzo. Renuncio a la comida del penal. Renuncio a la hora de patio. Renuncio a la atención médica. No me pongo el uniforme. No me pelo. No me afeito. Arrate se hace el duro. Renuncio a hablar con Arrate. Lo amenazo con la “guerra de la mierda” si se aparece por mi celda. “La guerra de la mierda” es famosa en Boniato. Cuando los presos quieren humillar a otro para obligarlo a la bronca le lanzan excrementos. Las heces también las usan para embadurnarse el cuerpo y provocar a los guardianes, con ello aseguran que no se les acerquen para golpearlos. He presenciado algunas de ellas.

Me alimento de la jaba. Tengo suficiente leche. Suficientes galletas. Suficiente puré de tomate. Suficientes caramelos. Suficiente mayonesa. Suficiente azúcar. Llega el dieciocho de marzo. Hace un año del atropello cometido contra nosotros. La Comisión de Derechos Humanos condenará nuevamente al gobierno cubano. El gobierno cubano ha tratado inútilmente de contener el golpe. Felipe Pérez Roque, el canciller de la mentira, ha brindado una conferencia de prensa en la cual los embustes y las manipulaciones han llegado al cielo. Ha mostrado las filmaciones de unas cárceles verdaderamente palaciegas. La televisión cubana ha logrado engatusar a siete ingenuas mujeres familiares de los 75 para hacerles entrevistas que, luego de editadas a su conveniencia, serán

mostradas a la población. Ese día viene el oficial Arce a mi celda. Me promete la dieta. Le doy un voto de confianza. Me pelo. Me afeito. Permito que la Dra. Julliet me examine. Viene el almuerzo del hospital. Kindelán está flipando de rabia. Bazofia. Pero del hospital. Limpia. Sazonada pobremente. Pero sabe a algo. Por la tarde hablo con Yolanda por teléfono. Las Damas de Blanco están reunidas en casa de Laura Pollán, la esposa de Héctor Maseda. Les envío con Yolanda una felicitación. Al otro día ellas acometerán el acto más valiente por nuestra liberación. Se irán a la dirección nacional de cárceles y prisiones, en el Vedado, y allí, con gritos de: ¡LIBERTAD! ¡LIBERTAD! Abogarán por nosotros. Luego caminarán hasta el local de La Asamblea Nacional del Poder Popular –parlamento cubano- y entregarán una solicitud de amnistía firmada por ellas. Pero entonces yo no lo sabía. Nadie, excepto ellas, lo sabía. Fue un primer golpe sabio y contundente. Fue el grito de paz, no de guerra que daría a Las Damas de Blanco su estatura actual.

Por la noche no me trajeron la dieta del hospital. Me sentí engañado por el oficial Arce. Reclamé mi dieta cuando el carro asqueroso pasó frente a mi celda. Kindelán sonrió satisfecho:

“Esto es lo que hay”, y me señaló para la burundanga apestosa.

“Eso se lo come tu madre”, le grité. Volvió a sonreír.

El 19 amanecí en zafarrancho. Posición anterior. No como. No me afeito. No me pelo. No permito que Julliet me ausculte. Boto el uniforme para el pasillo. Despotrico contra Arce, contra Arrate, contra el gobierno, contra Fidel Castro. Desde mi celda monto un mitin por el primer aniversario de nuestro encarcelamiento. Viene la guarnición. Sofoca la participación de otros presos que me apoyaban desde sus celdas. Sigo solo. Grito hasta enronquecer. Viene la guarnición a sacarme de la celda. Me llevan esposado hasta el hospital. Allí está Arce.

“¿Qué pasa?”, me pregunta.

“Eso pregunto yo, ¿qué pasa?”

“Ahí está tu dieta”, me dice señalando para una bandeja.

“¡A esta hora, con el empingue que tengo!”

“Fue un error de coordinación. En la cocina del hospital se confundieron”

“Bien. ¿Y mañana?”

“No hay problema”

Al otro día me burlé yo de Kindelán. Él mismo tuvo que traerme la dieta. Empecé a compartirla con Villarreal. Dividía los alimentos a la mitad. Tenía la intención de que los guardianes informaran a sus superiores lo que yo hacía. Así fue. Mi plan funcionó. Me llamaron para reprobarme mi actitud. Y fue que aproveché para argumentar que Villarreal también padecía de la presión arterial y que debían otorgarle la misma dieta que a mí, y que seguiría compartiendo la mía con él hasta que se la brindaran a él también. Plan perfecto. Le concedieron la dieta a Villarreal. Pero la alegría en casa del pobre dura poco.

Gabriel Felimón, un preso común llevaba más de veinte días en huelga de hambre. Lo habían traído desde su destacamento hasta Boniatico. Nadie lo atendía. Parecía que lo dejarían morir. Recordé a Vladimir cuando me afirmara que no me dejarían morir. ¡Claro! Mi muerte sería un escándalo. La de Gabriel Felimón quedaría en el más oscuro de los anonimatos. El Gordo Quintero, un excluible de los devueltos por el gobierno de los Estados Unidos, iba a preparar una protesta a favor de Felimón y pidió nuestro apoyo. Humanamente no podíamos negarnos, hubiera sido ser cómplices de un crimen. Se armó la candanga. Las planchas de acero que cubrían las puertas de las celdas de Boniatico cantaron aquella noche más alto que Pavarotti, Plácido Domingo y José Carreras juntos. El escándalo se oyó en todo el penal. Vino el Capitán Armando. Traía un pelotón de guardianes, tonfa en mano, dispuestos a aporrear a quien fuera. Comenzaron a sacar esposados a los iniciadores. El ambiente de violencia crecía. En medio de la grito de los presos pude hacerme escuchar por Armando. Vino a mi celda con cara de pocos amigos. Entre Villarreal y yo le explicamos los motivos de la insubordinación. Y que en vez de la violencia usaran la cabeza, que el asunto se resolvería dándole atención médica a Felimón. Asunto concluido. Eso creía yo.

Trasladaron a Felimón hacia el hospital. Iba suspendido entre dos guardianes, la cabeza colgante, el rostro demacrado, las piernas a rastras. Se calmó Boniatico. Dormí. Al otro día lo devolvieron a las celdas. Le habían aplicado un suero de sacarosa para reanimarlo, y hasta ahí el cuento. No le escucharon sus demandas. Continuó la huelga Felimón. Lo acusaron de que se estaba alimentando subrepticamente y el hombre se cosió los labios con un cordel de nylon extraído de unos de los sacos blancos que usamos para guardar nuestras pertenencias. De nuevo el barullo. Esta vez apareció el capitán Vázquez. Oscuro

personaje. Se cuenta en el penal que es quien dirige el pelotón de fusilamientos. Cuando los cambios en la dirección de Boniatico, él pasó a ocupar el cargo de segundo jefe de orden interior de todo el penal. Hablé con él, echándome hacia atrás para escucharlo, padece de la alitosis más agresiva que ser humano haya olido alguna vez. ¿Resultado de mi conversación con el capitán Vázquez? Nos suspendieron a Villarreal y a mí la dieta que tanto trabajo nos había costado lograr.

El Pinto amaneció mexicano. Corridos. Jarabes tapatíos. Bolerones. Es un caudal. Canta. Canta El Pinto. Lo nombran así porque tiene el cuerpo repleto de pecas. Pecas grandes de color terracota sobre la piel enrojecida. El Pinto se ha quedado calvo en la cárcel. Lleva muchos años enjaulado. Lo trajeron para Boniatico porque tiró contra el piso el televisor del destacamento donde estaba. El Pinto y el Gordo Quintero se fajaron un día en el patio y la bronca fue un show. El Gordo Quintero es famoso por peleador. No sé por qué le dicen el gordo. En su cuerpo no hay una gota de grasa. Todo lo contrario. Es fibroso. Fornido y vigoroso parece un atleta. El Pinto es pequeño pero muy fuerte. Fue luchador de greco-romana. El Gordo creyó que se jamonearía con El Pinto. Se equivocó. El Pinto se le coló por las piernas y lo levantó en vilo. El Gordo tuvo que apelar “al pincho” para librarse del Pinto. Le propinó como cinco pinchazos. El Pinto está loco. Cuando cae en crisis canta. Canta. Canta El Pinto. El Pinto canta corridos, jarabes tapatíos, boleros mexicanos. No me ha permitido leer en todo el día. Arrancó desde por la mañana y no se ha detenido. El Pinto dice que ese pescadoapestoso, casi podrido, que brindaron en la cena de ayer le revuelve las ganas de cantar. El Pinto se come todas las raciones de tenca que los otros presos no comen. “¡La tenca me pone niño!”, grita entre canción y canción. “Su madre con la tenca”, pienso. Cada vez que ofrecen tenca el penal queda envuelto por una peste insoportable. No puedo alimentarme bien en tres días. Todo me huele a tenca. Todo me sabe a tenca. El asco se posesiona de mí. Me revuelve el estómago. Me inhibe el sentido del paladar. Me mantiene al borde del vómito. La madre del Pinto y de la tenca. No deja de cantar el Pinto.

Los presos protestan. El Pinto no deja dormir. Es casi media noche y el Pinto canta. Los guardianes lo mandan callar y el Pinto continúa. Tiene garganta de hojalata el Pinto. Los presos protestan. Amenazan al Pinto. Insultan al Pinto. El Pinto no los oye. Canta el pinto. Y cuando el Pinto canta no oye a nadie. Parece sumido en la trama de sus canciones. Imita los disparos mortales de los corridos. Ríe la alegría de los jarabes tapatíos. Lloro el melodrama de los

boleros. El Pinto escribe los guiones de sus películas mentales. Él es todos los personajes. Se desdobra en damita seducida y abandonada. Ruge como el padre que lavará la afrenta. Bravuconea como el *Don Juan* serrano que sólo cree en su hechizo para las mujeres y su confianza en sus revólveres. Cada canción es una película. El Pinto es sus actores. Dialoga. Hace los efectos sonoros. Canta. Canta El Pinto. Y cuando el Pinto canta hay para rato.

Por la madrugada nos dejó dormir un par de horas. Al amanecer recomenzó su concierto. El chorote del desayuno lo fortaleció. Hoy tampoco podré leer. El Pinto no salió al patio. Si sale tendría que fajarse. Los presos que no pudieron dormir están que trinan con el Pinto. Pero el Pinto no salió porque tuviera miedo. ¡Qué va! El Pinto es un bragado, como los corajudos de sus corridos mexicanos. El Pinto no salió al patio porque está embebido con sus personajes. Lo mismo es *Siete Leguas*, el caballo de Pancho Villa, que *María Bonita*, la novia eterna de Agustín Lara, que *Juan Charrasquedo*, el más charro de todos los charros.

Llega otra vez la noche y el Pinto pinta con sus canciones un mundo alucinante en que es millonario, mendigo, perseguido por la justicia, asaltador de trenes, salvador de muchachas secuestradas por forajidos.

“Pinto, coñoetumadre, deja dormir a lojombre”, le gritan al Pinto desde varias celdas. Pero el Pinto canta. Y cuando canta el Pinto, hay para rato.

Los guardianes le ordenan silencio.

El Pinto canta.

Los presos lo insultan.

El Pinto canta.

Los guardianes mandan buscar un superior.

Canta el Pinto.

Viene el superior.

Canta el Pinto.

El Pinto canta. Y cuando canta el Pinto no oye, no ve, no atiende a nadie. Nadie logra que calle. Y pasa la noche el Pinto cantando. Y a nadie se le ocurre llevarlo al hospital e inyectarle un sedante para que el Pinto duerma y nos deje dormir. Y cantando el Pinto llega el nuevo día. Y los presos alebrestados. Y aquí se va a armar la jodentina. Y por la noche se arma la jodentina. Y los presos cansados de escuchar al Pinto. Cansados por el insomnio impuesto por el

Pinto, empiezan a golpear las planchas de acero de las puertas. Y entre golpes y vocerío Boniático se transforma en un infierno. Y viene la guarnición. Tonfas al aire. Rostros huraños. Perros que confunden sus ladridos feroces con el vocerío de los presos. Y se va calmando el estruendo a medida que los presos explican que llevamos tres días sin dormir. Y el Pinto elevando su voz sobre el vocerío y los ladridos. Y suben los guardianes con sus perros hasta la celda del Pinto. Y el Pinto que no se calla. Y ahora canta una canción de guerra, de cuando la Revolución Mexicana. Y los guardianes abren su celda. Y él no desmaya en sus canciones. Y los guardianes le azuzan los perros. Y los perros gruñen. Y los perros muerden. Los perros desgüazan al Pinto. Y los guardianes sacan al Pinto, chorreando sangre, de su celda. Y lo llevan, al fin, para el hospital para zurcirle los desgarrones. Y el Pinto vuelve del hospital después de tres días, ya calmado, silencioso, sin ganas de cantar.

El Pinto se llama Emni Echavarría. No llega a los cuarenta años. Y lo único que ha hecho en su vida es robar, vivir encarcelado, y, en la cárcel, fajarse, cantar boleros, jarabes tapatíos y corridos mexicanos.

Cárcel de Boniato, 21 de abril de 2004.

Sra: Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

¿Por qué no puedo yo darle reposo a esta cabeza mía, mientras más vieja más indagadora, inconforme y sumida siempre en meditaciones complicadas?

¿Qué fatum terrible me signa y no me permite las banalidades que, cómodamente se apoltronan en la mayoría de las cabezas?

Es que no puedo dejar de pensar. El destino de mi país, de mi pueblo, se me ha convertido en obsesión, en un *rittornello* abrumador y pertinaz. Fácil – aunque muy doloroso en mis circunstancias presentes- sería imaginar lo que hace nuestro Gabriel en este instante, evocar lo que te apesadumbra o contenta en esta hora, colegir las aspiraciones de Manolito, barruntar los sueños esperanzadores –no conoce todavía la crueldad y vacuidad de cuando la esperanza se convierte en espera- de mi hija Tairelsy para su hijo Samuel; en fin, esa cotidianidad que hace feliz a tanto ser común.

Pero yo, no. Alma de carretero atascado que agujijonea a sus bueyes, tengo que pensar –con lo peligroso que se torna pensar- en el destino de una nación que su sátrapa expolia, y niega desvergonzadamente que lo hace, y nos roba sin dejarnos ninguna alternativa, abusando de una titularidad que hace mucho tiempo el verdadero soberano le retiró, pero que él detenta a pura fuerza castrense. Pienso. No pudo dejar de pensar en el triple peligro –aunque se avisora otro, un cuarto- que se cierne sobre ella: la permanencia en ese estado limbático en que el tiempo parece haberse congelado, la asechanza de que el limbo se rompa y dé paso al infierno de una insurrección interior que sería reprimida con fiereza y recrudecería el estado de plaza sitiada que padece la ciudadanía y por último, el tan anunciado Apocalipsis de una agresión armada por parte del “enemigo histórico”, más bien, conseguido por la necesidad que todo principado

absolutista requiere para mantener el espíritu de confrontación de que depende su existencia.

Ante esa necia tozudez partisana –no tan necia como impostada- de quien hace de la confrontación el único asidero para la supervivencia de su política, convocando sin escrúpulos al holocausto, no resta otra opción que acrecentar la sabia, prudente y paciente civilidad, para no ser cómplice, o marioneta ciega, del crimen que supone un estado de guerra real en las circunstancias actuales. La mayor aspiración de todo psicópata belicoso –recordar la recomendación (petición) a Nikita Jruschov en 1962- es ver al mundo envuelto en pólvora. Hay que evitarlo a toda costa. La pólvora y la guerrilla son, ahora mismo, una metáfora, una reminiscencia del pasado en que se quiere, como fósil viviente, eternizar “el magno”. Es estúpido olvidar que la modernidad ha dotado al hombre de una tecnología de exterminio que deja muy estrecho margen a las utopías espartanas. No es la arrogante intransigencia caudillista, el espíritu de sacrificio, la heroicidad suicida y a ultranza lo que determina el desenlace de las batallas en esta hora, de aceptar como inteligente que se puede desafiar con el pecho –ajeno casi siempre de quien lo preconiza- un misil de lanzamiento digital o una aviación pilotada por computadoras remotas. Pero esa postura numantina – que implantada en la conciencia como providencial, nos viene desde que los mambises del siglo XIX incendiaron la ciudad de Bayamo antes que entregarla al enemigo español- no es auténtica ya en la élite de poder que la alimenta con plena conciencia del verso del himno, también bayamés: “*Al combate, corred*” (vosotros, ustedes) y asumen una socarrona actitud de “capitanes arañas”. A la hora cero todos huyen bajo el pretexto de continuar la sagrada lucha –fundamentalismo también impostado. Ese imaginario no es más que el discurso enmascarado tras el cual se esconde una selección muy racional –maquiavélica diría yo- del arsenal simbólico de la memoria histórica para redespertar un *entusiasmo* muerto desde la década de los sesenta, que les permita la perpetuación de una *usura*, ya traspasada –menos en los niveles más altos de la pirámide- a los herederos ortodoxo y dogmáticos que la usufructúan y aprendieron a defenderla con las mismas trácalas.

Frente a eso, ¿qué cabeza honrada puede darse el lujo de reposar? El cuarto peligro –el más horripilante- sería, a la desaparición de nuestro Pitaco particular

el establecimiento de sus vástagos en esa ortodoxia dogmática que elevaría el nepotismo a alturas insospechables.

No puedo dejar de pensar. No hay espacio en mi cerebro para quejas personales, acoquinamientos ideológicos individuales, ¿seré estúpido o estaré infectado por ese virus providencialista que aqueja la nación romántica que somos, cuando ya el mundo anda en pos de una multiculturalidad postmoderna que permita la existencia, reconocida y legitimada, de las pequeñas comunidades que conforman la unidad, en mi caso la familia?

No te caliento más la cabeza. Con la mía que bulla basta. Soy el único culpable de llevarla todavía sobre los hombros, y no hay ninguna deidad aquí, como en *Las Cabezas Trocadas* de Thomas Mann, que me la pueda permutar, aunque sea por un coco seco, pero que me permita una mullida inconciencia para dedicarla únicamente a soñarte.

Te amo.

Yo.

Cárcel de Boniato, 22 de abril de 2004.

Sra Yolanda Huerga Cedeño.

Puchita:

Recibí tu carta. Y ahora, ¿qué digo? Tu amor me deja mudo. ¿Cómo cabe tanto amor para mí en ese tremolar tibio y pequeño que eres: *Nerviosa llama apoyada/ en la frágil palmatoria/ de un lirio...*, mariposita mía: Hoy menos que nunca, puedo disculpar a Carmen Zayas Bazán; hoy más que nunca, veo a Amalia Simoni en tu rostro –y que quede claro que en mí no es un símbolo partisano para refrendar heroísmo alguno, sino para recordar que el amor no necesita legitimaciones en ninguna época.

Hace ya más de un año esperas, parada en el balcón, por mi regreso; hace más de un año, atenta a los rumores de la noche, sueñas con el crujido del cerrojo abierto por mi llave en la puerta de nuestra casa; hace más de un año viajas cientos de kilómetros para venir a darme un abrazo consolador. Penélope mía, qué tejido precioso hilvanas con tus lágrimas. ¿Podrá algún sátrapa contra eso? No saben la fuerza invencible que han desatado. El amor sobrevive a todas las catástrofes. ¿Qué herida no me sanaría con el bálsamo de un beso tuyo? No hay ergástula para el amor.

Cuando la política deje de ser un arte de rentables convenios, un juego de pactos sustanciosos, un ardid de maquiavelos, y se convierta en manto amoroso para proteger lo creado por Dios, Dios la dotará de esa fuerza inderrotable que posee el amor. La política no puede seguir siendo esa lid escabrosa que lleve al poder a seres sin sensibilidad exquisita para cuidar del hombre y su entorno. El destino del planeta no puede estar en manos de quienes no amen la paz, la concordia, la inteligencia. La política ha de ser amor por el prójimo, preocupación constante por el bienestar, respeto constante por las libertades del hombre, transparencia absoluta de la gestión de los titulares del gobierno, inviolabilidad del contrato que se establece entre gobernante y pueblo para

asegurar que ningún ambicioso de poder se erija con facultades de Dios terreno; y sobre todo, la política debe educar al ser humano en la ley, para que nadie, absolutamente nadie, se crea, intente, o pueda establecerse o actuar fuera de ella.

El futuro del mundo no pueden ser las dictaduras, ni la preponderancia de una minoría sobre las otras. La nación postmoderna ha de abrirse paso legitimando todas las comunidades y todas las culturas. Si la naturaleza ha demostrado que existen, en lo objetivo, ¿por qué reprimir o privar de derechos sociales, económicos y políticos a los gay o a las lesbianas o a los heterosexuales? ¿Por qué reprimir o privar de sus derechos a los católicos o los anglicanos? ¿Por qué reprimir o privar de sus derechos a los liberales o a los socialistas? Libertad es eso, política es eso: la *viña del Señor*, el *arca de Noé* para salvación de todos.

Puchita, mi pecho es pequeño para que quepa tu beso, pero recibe tú el mío al tamaño de tu amor.

Tuyo,
Yo.

Arrate el diabólico. Ramiro el angélico. No hay remedio. Al negro siempre le toca el papel de malo. Y Arrate lo representa bien. He sabido que Yolanda llegó a Santiago de Cuba en silla de ruedas. Un sorpresivo, oscuro accidente la tiene con una pierna escayolada hasta la altura del iliaco. La noticia me llegó el día antes de la visita correspondiente al 30 de abril. Se lo digo a Ramón, el nuevo reeducador. Ramón me lleva al teléfono. Hablo con Yolanda. Ella me cuenta que cinco días antes de la visita, mientras andaba correteando todas las tiendas de la Habana para conseguir los alimentos que me trae, en la plaza de la iglesia de San Nicolás, un perro dálmata salió disparado y la impactó de tal modo que, cuando cayó sobre el pavimento, sintió que una pierna se le astillaba: fractura de tibia y peroné, diagnosticó el ortopédico. “¿Y cómo coño éste se enteró de que su mujer está en Santiago y con una pata partida?” Imaginé fuera la pregunta que se hicieron los gendarmes y oficiales del penal. A mi vuelta del teléfono hallé mi celda patas arriba. La habían requisado a fondo en mi ausencia. Empecé el bonche. “Qué incapaces son”, grité para que me oyeran los guardias. “Si querían hallar el celular tenían que haberse embadurnado las manos de mierda. El teléfono estaba en el retrete turco, pero ya va rumbo a Santiago”. La risa explotó en todo Boniatico. La jarana del teléfono celular duró hasta por la noche. La orden era seguir requisando. Celda a celda. Palmo a palmo. A uno de los presos le descubrieron un pequeño radio de baterías. Eso los reafirmó en la idea de que el celular había podido entrar y estaba en algún sitio. Era imprescindible hallarlo. Y no lo encontraron porque nunca existió. Supe lo de Yolanda por medio de mis gorriones mensajeros. Que eran muchos. Hábiles, bien adiestrados le habían hecho llegar a Yolanda mis crónicas, mis poemas, mis cartas.

Desde entonces supe que la visita de mis familiares iba a ser farragosa. Arrate, a quien hacía más de dos meses no le permitía hablar conmigo, representó muy bien su papel de Mefistófeles. Incautó libros, no permitió que pasaran algunos alimentos, no consintió que mi hermana Xiomara pasara a verme, obligó a Yolanda a subir por una angosta escalera hasta la oficina donde habían

previsto se efectuaría mi encuentro con los familiares; en fin, Belcebú contra los corderitos. Arrate no aprendía. Me obligó otra vez a la huelga de hambre. Por supuesto, después aparecería el arcangélico Ramiro a *defacer entuertos*. Eran las reglas del juego. Yo representaría otra vez mi papel de héroe suicida, que tanto gusta a la conciencia nacional cubana desde antes de que Martí se suicidara en Dos Ríos, Arrate haría el papel de verdugo y Ramiro el de perdonavidas, y todo en paz con Dios y con el diablo, total, lo único que se desconflautaba era mi salud. Y así lo contó Yolanda:

Llegamos a Boniato con el corazón contento. Apenas el reloj marcaba las nueve de la mañana y no nos hicieron esperar mucho en la antesala del establecimiento penitenciario, en menos de una hora nos estaban llamando para entrar a la cárcel.

Ya habíamos olvidado las dificultades que sufrimos para conseguir los pasajes y para trasladarnos en tren en un viaje de 14 horas, yo sentada en una silla de ruedas debido a una fractura que me produjo en la pierna un pequeño accidente. Íbamos Gabriel, el niño de Manuel y mío; Manolo, hijo de Manuel; Xiomara, su hermana, que me sirve bondadosamente de enfermera, y yo.

Tampoco recordábamos el cansancio del peregrinaje por las tiendas de La Habana, buscando productos que se conservaran sin refrigeración por largo tiempo y que, además, fueran lo más nutritivos posible para que nuestro Manuel pudiera sobrevivir en ese cementerio de cadáveres vivientes, como él mismo la definió, que es la prisión de Boniato.

Vino a buscarnos un guardia, como siempre, y comenzamos la ascensión de la loma del penal. A mí por estar en silla de ruedas y a Manolo que la empujaba nos dejaron pasar por la entrada de los trabajadores del centro penitenciario, ya que la silla es más ancha que la acera pavimentada de lajas y enrejada con cerca peerless que se emplea para conducir a los familiares de los presos.

A la requisa de la jaba yo no pude entrar, pues era tan angosto el pasillo que conducía al lugar designado para realizar ésta que mi silla de ruedas no pasaba, y tuve que quedarme esperando en la parte exterior, mientras mi cuñada y mi hijastro sometían nuestros bastimentos al minucioso escrutinio de los carceleros.

Más tarde, ya fuera de ese lóbrego sitio, me contaron cómo había sido la supervisión de la jaba. Cuando entraron cargados con los pesados bultos de nuestros víveres, uno de los guardias les espetó que sólo eran 30 libras de peso y 48 cajas de cigarros. Que no se podía pasar ningún tipo de proteína, ni aromatizante, ni repelente para los insectos ni siquiera una bajara que habíamos llevado (supongo que pensarían que Manuel es cartomántico y podría adivinarles el futuro). Mi hijastro le preguntó al “jefe supervisor” qué respaldaba estas medidas con presos a los que se les llevaban provisiones cada tres meses. El “jefe” contestó que eran órdenes superiores. Entonces Manolo le dijo: “Usted tiene que tener un documento que lo respalde”. Sin responder, el guardia salió y trajo un papel que no le permitieron leer pero que Manolo pudo atisbar que estaba encabezado ANEXO DOS PARA EL PROCEDIMIENTO EN LA OPERACIÓN OFENSIVA DOS.

A las 11:50 nos entraron al lugar en que se efectuaría la visita, que consistía en una especie de salón de reuniones pequeño con una mesa oval en el centro, rodeada de algunas sillas. A mi cuñada no la dejaron ver a su hermano (ley: dos adultos y tres hijos menores) y la obligaron a permanecer de pie en un pequeño cuarto, sin poder salir de la cárcel durante el tiempo que duró la visita.

Cuando pudimos abrazar a Manuel ya le habían quitado las esposas. Comenzamos a hablar de esos temas de que hablamos los que tenemos la desdicha de tener a un ser amado alejado y sometido a los rigores desenfrenados propios de la venganza política del que detenta el poder.

Me contó de los desmanes que cometen con los presos en la prisión. Dice que a Emni Echavarría, un preso común que llevaba cantando corridos mexicanos tres días, lo encerraron con uno de los perros entrenados y después que éste lo desgüazó lo llevaron a coser sus heridas al hospital y lo devolvieron a la cárcel. Otro preso, Gabriel Felimón, el cual estaba en huelga de hambre debido a las pésimas condiciones de la comida del penal, cuando ya estaba deshidratado, le pusieron un suero para reanimarlo. Este preso se cosió los labios con fibras de nylon para no comer. También Rolando Iglesias, quien desde tiempo atrás estaba solicitando atención médica psiquiátrica, se embarró todo el cuerpo

de heces fecales y trepó un muro altísimo para llamar la atención de las autoridades.

Narra Manuel que continúa en las mismas infrahumanas condiciones en que está desde que cayó preso, en una celda mugrienta porque no hay agua para limpiarla (el preciado líquido falta en la prisión desde más de un mes, sólo lo ponen algunos días cinco minutos). Tiene como única compañía las ratas y todo tipo de insectos incluyendo nubes de mosquitos (pero no permiten llevarle repelente ni veneno para ratas y cucarachas). Cuando cae la noche se queda totalmente a oscuras, pues su celda no tiene bombillo (ni permiten llevárselo). Le suspendieron la dieta que le había indicado el médico debido a su estado de salud (bula enfisematosa y presión alta) y que consistía en arroz, agua de frijoles y picadillo de soja. No puedo imaginar lo que comerán sin dieta. Esta dieta se la habían aplicado el 18 de Marzo de este año, después de rechazar la comida durante 21 días, y ya se la suspendieron porque dicen que no tienen condiciones en la prisión para seguirla suministrando. A pesar de haber pedido atención religiosa en incontables ocasiones se le niega sistemáticamente. Bromea con la espantosa peste del retrete diciendo que no vive en una celda sino en una letrina.

Cuando transcurrió una hora de la visita en la que extrañamente nos habían dejado solos, pero encerrados, Manolo llamó al guardia que estaba afuera de custodia y le solicitó salir para que pudiera entrar su tía. Negativo. Eso podía resultar una conspiración contra la seguridad nacional.

Ya al final de la visita, cuando le informamos a Manuel que sólo le dejaban pasar 30 libras de la jaba, me acarició y me dijo: “Comenzaré hoy una huelga de hambre como protesta a esta medida, que no persigue otro fin que el de debilitarnos físicamente hasta matarnos lentamente por inanición; o me permiten entrarlo todo o rechazo todo. La respuesta fue que nos lo lleváramos todo.

La seguridad de estado incautó dos libros de los que le llevé en la visita anterior: *Otra grieta en la pared*, de Fernando Ruiz, y una biografía de Nerón, el famoso emperador romano. El libro de Ruiz, que versa sobre la nueva prensa cubana, lo entiendo a pesar de que lo habían dejado pasar, pero con el que me rompo la cabeza pensando por qué lo consideran subversivo es el que trata sobre Nerón. ¿Habrán hecho algún tipo de comparación?

Salimos triste de la cárcel, detrás se nos quedaba un pedazo de alma. ¿Qué será de Manuel sin comida, sin aseo, sin medicinas, sin libros? En huelga de hambre, porque es la única manera de protestar contra las arbitrariedades del régimen penitenciario. Y yo rogándole a Dios que nos perdonara a los cubanos por haber soportado tantos años este mal que padecemos.

Antes de comenzar la huelga saqué de la celda todos mis manuscritos. No podía brindarles la oportunidad de que revisaran mis papeles mientras permanecieran bajo custodia de la dirección del penal. Había terminado ya mi libro de poemas *Cristal Ahumado* y conseguí que uno de mis gorriones mensajeros lo entregara a Yolanda en Santiago antes de que partiera.

El primero de mayo Fidel Castro habló por la radio y la televisión conmemorando “el día de los trabajadores”. Un discurso partisano, agresivo, convocando al holocausto una vez más. La guarnición fue reforzada en Boniatico. Vino una tropa, perros incluidos, bajo el mando del capitán Vázquez y del jefe de Trabajo Operativo Secreto de la prisión. Arce, el jefe del pabellón; Ramón y Granja, los reeducadores rondaban por los pasillos y los patios exteriores. Una manada de guardianes circulaba por los patios y los techos. Quizás esperaban alguna pachanga por parte de los presos para celebrar también “el día de las clases oprimidas”. Ya yo tenía un hambre del carajo.

El discurso del Gran Burundú me reafirmó la idea de que la confrontación es el único modo de supervivencia de su discurso político. Tiene necesidad imperiosa de demostrarle al pueblo que somos una plaza sitiada y que, como Numancia moriremos todos antes de entregarnos al enemigo. Repasé mentalmente uno de los poemas del libro recién terminado mientras mi yeyuno comenzaba a dar sus primeros gritos de guerra.

NUMANTINO.

Para Francisco López Sacha, miliciano.

*Vivo siempre en alerta,
alguien creó ese monstruo
para que yo no duerma.*

*En mi foso caliente el rancho colectivo,
con la llama escondida,
para no delatar el bastión que defiende.*

*Por la noche
en la torre
vigilo las fronteras
-todo en mí son fronteras.*

*Revivo un batallón
de mis viejos, heroicos, familiares fantasmas,
les doy un AK-M
y los pongo a mi lado en la trinchera.
Yo soy el numantino
del **camello** y la **soya**
y estoy aquí,
de pié,
en mi ciudad sitiada
velando el resplandor de tanto patrimonio.*

Río imaginando a Sacha vestido de miliciano mientras cocina unos plátanos fongos sobre una fogata encendida con madera verde: los ojos irritados, llorosos, la nariz deshecha en estornudos y mocos, las manos tiznadas que abanicaban las llamas con un trozo de yagua, y Abel Prieto que, con voz imperiosa, le exige se apure con la comida de la tropa cultural del batallón de retaguardia, y llega Waldo Leiva, sudoroso, jadeante, para informar que el recital de esta noche hay que suspenderlo por falta de poetas. Río y soporto el hambre. Río y oigo a los presos protestando por lo largo del discurso del Supremo. Río y me voy adormilando, y cuando me despierto del todo ya es casi de noche, las ratas combaten en el patio, la guarnición de refuerzo se ha marchado de Boniatico, Villarreal me llama para preguntarme cómo me siento, y le respondo que entero, y permanecemos un rato hablando de Morón y de pelota y de Nancy Rivacoba, que era, en nuestra adolescencia, la mujer más bella del pueblo.

La doctora Juliet se preocupa porque ya llevo cuatro días en huelga de hambre y no he permitido que me ausculte. He perdido bastante peso y he vuelto a fumar para entretener el hambre. Vuelven los mareos y los escalofríos. Siento debilidad en todo el cuerpo. Esta vez me retiraron las pertenencias pero me dejaron la colchoneta de goma y mis sábanas. Parece que las denuncias anteriores dieron algún resultado. No me han trasladado para la “tola”, que es lo que yo esperaba y lo que hacen con los que se declaran en huelga de hambre. Arrate y los de la Seguridad no se han molestado con venirme a ver, ya saben que perderían su tiempo. Sólo Granja y Ramón acuden a tratar de convencerme para que vaya a la consulta con Juliet.

Al quinto día acepto que me saquen de la celda para que Juliet me examine. Tengo la presión arterial muy baja. He perdido cerca de seis kilogramos de peso y la hipoglicemia me provoca sudoraciones frías. Mi salud se ha ido quebrantando. Ya no tengo tantas reservas como antes. Un año de mala alimentación ha ido minando mi organismo. Ella trata de persuadirme para que deponga la huelga y yo le explico que no desistiré. La falta de alimentos unida a la suciedad de la celda y el reinicio de mi hábito de fumar me han provocado una abundante rinorrea así como una tos bastante persistente. Supongo que mi pobre pulmón esté sufriendo lo indecible pero tiene que resistir un poco más.

Al séptimo día ya siento que las fuerzas me están abandonando. Los mareos han aumentado y el estado de sonnolencia es casi permanente. Estoy muy preocupado por Yolanda. Su pierna fracturada, su delgadez extrema me dejaron un sabor de rabia contra el gobierno en la boca. Quisiera hablar con ella por teléfono pero sé que mientras mantenga la huelga no me lo permitirán. Trato de forzar la situación. Le explico a Granja, uno de los reeducadores, que necesito saber de mi esposa, que él conoce que vino a la visita con una pierna enyesada. El me promete que lo consultará. Lo consulta. Le dicen que no puede ser. Le digo que voy a armar una tángana. Y antes de que organice el rebumbio con los otros presos, me sacan esposado de mi celda y me conducen hasta el calabozo de la dirección de Orden Interior. Allí me aíslan para que no pueda sublevar a Boniatico. El calabozo de Orden Interior es el lugar más sucio apestoso, opresivo y torturante que se pueda imaginar. Un acre hedor de orinas viejas hace el aire irrespirable, la humedad y la oscuridad lo convierten en una verdadera tumba, un banco de concreto es el asiento y la cama a la vez. Sobre el banco

echo mi cuerpo famélico, sofocado, enfermo. Trataré de resistir hasta donde pueda. No resisto mucho. Parece que a mi organismo no le queda de dónde sacar. Me falta el aire y sudo mucho. Han pasado más de seis horas. Me levanto con dificultad del banco de concreto. Arrimo el rostro a las rejas para respirar mejor. Las piernas me flaquean. Debo tener la presión y los glúcidos por el piso. Me impongo resistir. Resisto. Vuelvo a mi cama de piedra. Creo que me adormilo. Un agudo dolor me invade el torax. Es fuerte, punzante. Tengo la sensación de que se me aflojan los esfínteres. Trabajosamente me incorporo y hago lo que muchos han hecho allí antes que yo: meo, poco, intermitentemente. Descubro que la pestilencia se debe a que el calabozo no tiene letrina y los que son traídos a él se ven obligados a realizar sus evacuaciones en el piso. El dolor parece ceder. No cede. Me agarro fuerte de los barrotes. Me recomiendo calma. El dolor aumenta su intensidad. Llamo. Vienen los guardias. He perdido el sentido de la orientación y del tiempo. Debo estar transparente de palidez cuando llego al hospital del penal. El médico ha depositado una píldora debajo de mi lengua. Sudo. Sudo. No distingo los rostros que me rodean. Arcadas. Nada. Arcadas. Nada. No hay nada que vomitar. Al final un líquido ácido me brota, abrasador, desde lo más recóndito del estómago. Sudo. Sudo mucho. Se me va la visión a intervalos. Me descubro sobre una cama con un suero que se ha ido de vena y me está inflando el brazo. A mi lado una enfermera hurga de nuevo en mis venas. Adrián, el médico de la cárcel de Aguadores, me dice: “Viejuco, por poco te vas del aire”. Y, ¡sorpresa! Ramiro ha aparecido como por arte de magia. Allí está, junto a Adrián con cara de preocupación.

Vuelta a las maniobras seráficas de Ramiro. Ha regresado de Venezuela bien avituallado. Gafas de sol, reloj de pulsera y caja doradas, zapatos sintéticos afocantes, pull over desmangado, jeans desteñido. Todo un Dandy Ramiro. Baratijas, subproductos del mercado pero él cree vestir al último grito de la moda. ¿Sabrá Ramiro lo que son unos zapatos Gucci de 900 dólares, lo que es un Rolex de 10 mil, lo que son unas Ray Ban? No. Esos son lujos de Generales y Coroneles. Ramiro es un pobre capitán de provincia. Pero salido del terrón y la cañada, se piensa en la cima del mundo con sus espejuelitos plásticos, su reloj de kiosco de baratijas y sus zapatos de colorines.

Ramiro no es mala persona. Yo diría que un guajirito noble. Pero tiene que hacer su trabajo. Y el trabajo ajeno, por más repulsivo que nos resulte hay que respetarlo. Ramiro es policía. Tiene que actuar como policía. Si no fuera policía quizás fuéramos amigos, y a lo mejor lo ayudaría a resolver su trauma con las mujeres. Ramiro siempre habla de su suerte para conquistar mujeres. Pretende brindar una imagen de Don Juan. No es más que una proyección psicológica de su carencia. Si el supiera que el donjuanismo es, en el fondo, debilidad, no alardearía tanto con su suerte para las mujeres. Lo difícil en el amor es mantener una sola mujer por mucho tiempo. Ligar putas en cualquier esquina de cualquier ciudad es fácil. Ramiro no lo sabe. Me doy cuenta que usa a las mujeres como vertedero. Va a ellas a desahogarse. El día que comprenda que la plenitud del amor radica en la satisfacción de ambos en la pareja, comprenderá que la mujer es mucho más que sexo emergente después del estrés cotidiano que le produce su ajetreo policíaco.

Ramiro protesta por la hora que es y por el lugar donde se halla. ¿Qué hace él a medianoche en la cárcel de Boniato? Debía ahora mismo estar frente a una cerveza fría, abacorando una mulata santiaguera y alardeando de su viaje a Venezuela. Mi huelga no le ha dejado disfrutar de las delicias del viajero que, como el Marco Polo de los pobres que es, vuelve para contar, entre los parroquianos que no han salido nunca de Tivolí o Chicharrones, sus aventuras por esos mundos de Dios. No ha acabado de bajarse del avión y ya tiene que venir

a *defacer los entuertos* entre Arrate y yo, entre la cárcel y yo, entre el gobierno y yo.

Primer acuerdo: yo me tomo un yogurt que Adrián ha conseguido de el que le brindan a los trabajadores del hospitalito de la cárcel, depongo la huelga, y él hace las gestiones para que mi familia me traiga mi jaba, completa. Segundo Acuerdo: Llamo por teléfono apenas amanezca y aviso a mi familia.

Hablo con Yolanda por teléfono. Le oculto lo del dolor, lo del brazo inflado por el suero ido de vena. No quiero preocuparla. Le exijo, casi le ordeno que no venga ella a traerme la jaba. Sería otro calvario, con su silla de ruedas, su pierna escayolada, el viaje desde La Habana hasta Santiago. Le ruego que se cuide, que haga reposo, que deje de participar en las actividades de Las Damas de Blanco, por lo menos, hasta que se haya repuesto un tanto. Viene mi hermana Xiomara con la esposa de mi sobrino Darío. Ramiro las atiende y tiene la magnanimidad de permitirles verme. Me llevan nuevamente a la oficina de la mesa oval. Ramiro anda atildado con todas las prendas que trajo de Venezuela. Xiomara se divierte mucho cuando yo mortifico a Ramiro:

“Estás hecho un mercenario, fuiste a Venezuela detrás de la pacotilla”.

Ramiro enrojece. Pero no se altera. Poco a poco se ha ido inmunizando contra mis provocaciones, y además, noto que, en el fondo, está orgulloso de su botín.

Xiomara trajo un verdadero cargamento. Ramiro decide que una parte se quede bajo custodia de la dirección de penal. Acepto. A fin de cuentas ya los pertrechos están al alcance de mi mano. Voy a mi celda más tranquilo. Ha sido un día de mucho ajeteo. Por la mañana me habían llevado al hospital Saturnino Lora en la Ciudad de Santiago. Dos guardianes me condujeron en un carro celular. Llegué al departamento de radiología con mi uniforme y mis esposas de preso. Los pacientes que esperaban me miraban como si hubieran visto aparecer al mismísimo Al Capone. En mi vida me había sentido observado con más recelos. Arrate apareció. Quiso saludarme. Me tendió la mano. Le dije, rechazando su cortesía, que él no podía siquiera saludarme. La doctora Lalín (así la nombran con mucho cariño y respeto todos los médicos, ha sido profesora de todos ellos) me había indicado otra radiografía de torax. Después de mi huelga vino a examinarme. Quedé fascinado con su delicadeza y su cultura. Es una de las mujeres más sabias y más dulce que he conocido. Me auscultó a fondo. Me explicó, con lujo de detalle mi

padecimiento de pulmón, me recomendó no fumara, no hiciera esfuerzos, no siguiera ejercitando. Sospeché que mi pulmón había sido la causa del agudo dolor que me derrumbara en el pestilente calabozo, quizás una leve neumotora, quizás una alerta del miocardio. Nunca lo supe. Los diagnósticos médicos eran de consumo privado de la policía política aunque yo fuera el aquejado.

Días después estaría nuevamente reclinado sobre la cama 48 del hospital Ambrosio Grillo. El pulmón o el corazón, no sé, querían joderme. No pude evitar el recuerdo de la segunda visita del zoquete rubicundo. Había venido, nuevamente de civil, acompañado de otro teniente coronel ataviado con atuendo militar y un escuadrón de médicos. No había olvidado su arrogancia, sus gestos de guapetón barato, su barriguita cervecera. Era casi mediodía. Yo estaba ejercitando en el patio. Antes que terminara mi tiempo reglamentario de sol, los guardianes me sacaron esposado. En el vestíbulo de Boniatico había toda una delegación de militares con batas de médico. Uno muy alto, de bigote y espejuelos parecía el jefe. Al rubicundo le dije que lo recordaba de cuando había, al principio, venido a amenazar. Respondió que no era él. Le noté cierto espanto en la mirada. En el diario había hablado de su comportamiento, creí ver en sus ojos el miedo a que lo identificaran. Le reafirmé que sí era él. Volvió a negarlo y se apartó. El grandote tomó la palabra. A cada pregunta suya le respondí con evidencias palpables. Las ratas. La falta de agua. La suciedad del penal. La pésima alimentación. La ausencia de medios de información. El discurso del *canciller de la mentira* en su conferencia de prensa brindada unos días antes, por lo menos en Boniatico, rodaba por el piso, mugriento, está de más decirlo. El grandote se interesó entonces por mi salud, pero con cierta rispidez. Le expliqué, también con rispidez.

“Pero de la bula, no te vas a morir”, me dijo finalmente.

Sonreí antes de contestarle. El hombre no sólo era médico sino también adivino.

“Yo moriré de cualquier cosa: / la garganta, el hígado, el pulmón/ y como buen cadáver descenderé a la fosa/ envuelto en mi sudario santo de compasión”, le recordé el poema más conocido de su socio comunista Rubén Martínez Villena.

El rubicundo ordenó me llevaran a la oficina de la dirección de Boniatico. Allí discutimos en presencia del teniente coronel vestido de militar y de otro de

los médicos que lo acompañaba. No quería reconocer que había sido él quien había venido anteriormente con amenazas de guapetón barato. Se lo reafirmé hasta el cansancio. Le expliqué que no lo había descrito físicamente en el diario porque no me parecía ético hacerlo sin conocer su nombre. Cayó en la trampa. Me dijo su nombre. Un nombre compuesto. Un nombre que quería yo divulgar. Un nombre que no escribiré hasta el momento apropiado. Desde aquella ocasión me propuse no hacerlo famoso siquiera por sus pequeños, ridículos crímenes como alto oficial de la policía política.

Cárcel de Boniato.

Sr. Gabriel Vázquez Huerga.

Hijo de stirpe tierna y bravía:

¿De dónde te salen esos versos desgarrados, y desgarradores, que me envías-te? ¿Será verdad que la poesía tiene como manantial el dolor? ¡Qué no diera yo porque fueras un poeta sin los halos con que adornan el alma las tristezas! Pero “*el amor, Gabriel, es dulce y espinoso*” y la poesía es, sobre todo, amor. Pero no estés triste. La tristeza es una enfermedad que padecen los débiles. Mira, te transcribo unos versos que el poeta español Miguel Hernández le escribió a su hijo cuando él –el poeta- estaba preso en una cárcel franquista.

*Tu risa me hace libre,
me pone alas.
Soledades me quita,
cárcel me arranca.*

*Es tu risa la espada
más victoriosa,
vencedor de las flores
Y las alondras.
Rival del sol,
porvenir de mis huesos
y de mi amor.*

*Desperté de ser niño,
nunca despiertes.
Triste llevo la boca,*

*ríete siempre.
Siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma.*

*No te derrumbes,
no sepas lo que pasa
ni lo que ocurre.*

Eso quiero de ti y para ti. Juega, ríete, estudia mucho. Los libros son el mejor bálsamo para las heridas, la sabiduría que alcances en ellos te hará bello y fuerte, probo y justo. Yo no estoy triste, porque te tengo, y tengo esa bondad y reciedumbre que es tu mamá. Somos inderrotables, contra el amor todo mal se estrella. No estés triste. Escribe, como has hecho con esos versos que ¡ya quisiera yo haberlos escrito a los diez años de edad! Pero no estés triste, que tu poesía sea como un dulce látigo cayendo sobre el lomo fiero de quien te provoca el dolor, y como una caricia a los oídos de quien te ama. La poesía es tralla y flor. Ojalá sólo tengas que usarla como flor, por ello lucharé sin cansancio.

Decirte qué me parecieron tus versos sería una tontería. Esos versos son hijos de tu dolor, nietos de los míos, son bellos, inmejorables, por lo menos, a los ojos de este abuelo que te vio, como padre balbucir las primeras palabras, y ahora escucha a los nietos, dados por el hijo poeta, a un abuelo chocho. Sueña y escribe. ¡Qué dichoso eres, a los diez años ya tienes novia, versos y dolores!

Te ama,
Papá.

Moscas. Moscas. Moscas. ¡Coño, qué mosquero! Es mayo. Tiempo de mangos. El pasillo Oeste de la sala de penados del hospital Ambrosio Grillo tiene unas ventanas de persianas, enrejadas, por supuesto, que dan a uno de los jardines del centro médico. En el jardín crecen dos árboles plagados con el fruto. Los presos aprovechan cuando los guardianes abren las rejas de los cubículos para asomarse a las ventanas y rogarles a las personas que transitan por el jardín que les alcancen las frutas caídas. Las comen con fruición: las bocas untadas del néctar, los dedos chorreantes de jugo; pelan al rape, con sus dientes voraces, las almendras que junto a las cáscaras van a caer luego al jardín. Y entonces las moscas. Moscas jodedoras que revolotean por la cama, que caen, engolosinadas, en la sopa de frijoles del almuerzo, que zumban cerca del oído, que cosquillean en las mejillas, que se posan en el culo de un recién operado de hemorroides, que vienen a chocar con los labios. Moscas. Moscas. Moscas. ¡Coño, qué mosquero!

El 22 de mayo fui trasladado al hospital. Dos guardianes desconocidos se asomaron a mi reja. “Prepárese, va de conduce”, me dijeron. Ir de ‘conduce’ significa ser trasladado fuera del penal. Yo dormía la siesta. Era esa hora de modorra evanescente que envuelve a Boniatico después de almuerzo. El sol de mediodía pone a coruscar los espejos de los diminutos charcos de orina y aguas residuales del patio contra las paredes, los lagartos, feos como pequeñas igüanas, se adormilan en los umbrales de las ventanas, las ratas batallan por los desperdicios, las arañas penden, inmóviles, de sus hilos grises, y el preso sueña con prados de hierbas ondulantes donde corre en libertad detrás de un niño que ríe y lo convoca a que lo siga.

“¿Para dónde?”, pregunté aletargado.

“Para el hospital”, me respondió uno de ellos.

Me puse mi uniforme de preso. Me calcé. Saqué las manos por la reja para que me esposaran.

“Recoja sus pertenencias”, me dijo el gendarme.

“¿Todo?”, pregunté.

“Todo”, respondió.

“Qué capricho ese de que uno no tenga un bolso decente o una valija para guardar las cosas”, pensé mientras ordenaba mis pertenencias dentro mis sacos de nylon blanco que volverían a ser blancos de las burlas de los transeúntes que me vieran pasar como un loco o un mendigo. Sonreí recordando a la señora que exclamara, en mi anterior ingreso, ¡Ñooo, a ese lo botaron de su casa”!

Llegamos al hospital ya atardeciendo. Me recibieron en el cuerpo de guardia dos médicos muy jóvenes: Pupi, quien me había recibido la vez anterior, y Novelia Mendina, una muchacha de ojos seductores, sonrisa contagiosa, cejas de mora, pelo renegrado y delgadez de balletista. Me auscultaron. Presión alta. Cada vez que viajo en el carro celular me mareo y me sube la presión. Furosemida. Nueva radiografía. Nuevo electrocardiograma. El miocardio bien. La bula enfisematosa en su lugar. Los médicos discuten con los guardianes. No hay criterio de ingreso. Los guardianes no saben qué explicar. Esta vez no vino con nosotros nadie de la Seguridad. Tomo la palabra. Ya le he hecho algunos chistes a Pupi y regalado algunos piropos a Novelia, me siento en confianza.

“No se preocupen, ingréneme. Es una orden, ya saben... La relación entre política y salud”, les digo. Se ríen.

Ya estoy reclinado nuevamente sobre mi cama 48 de la sala de penados del hospital Ambrosio Grillo recordando las visitas del teniente coronel rubicundo, gestos de guapetón barato, ojillos azules, barriguita cervecera, mientras Raúmel Vinajera le grita: “¡Oye, coñoetumadre, vete a amenazar a lojombre a otro lao que aquí nadie come miedo!” y espantando las moscas que han alzado el vuelo desde una escupidera y pretenden posarse en mi rostro.

Me recibieron las mismas enfermeras de la otra vez, los mismos guardianes, las mismas mujeres que limpian el piso y se alegran de mi retorno porque tendrán aromatizante, las mismas duchas de aguas con olor pantanoso, los mismos inodoros sin mecanismos de descarga, el mismo televisor desenfocado y a cinco metros de los ojos tras las rejas, los mismos análisis de mi sangre, de mi orina, de mis heces, de mi corazón –¡Ah, músculo emputecido con tanta poesía!-, de mi pulmón averiado por el humo fatal del cigarrillo, la misma sonrisa amable del Dr. Mesa, la misma tristeza en los ojos de la Dra. Cuba, esta vez acentuada por el fallecimiento de su madre.

Retomo algún poema del libro que envié con mis gorriones mensajeros a Yolanda antes de salir de Boniato y lo someto al ojo crítico y cambio una palabra resbaladiza en su significado, una rima floja, un signo de puntuación mal colocado, una metáfora demasiado hermética; soy ahora el artesano que burila la prisa, la fiebre del poeta, queda así:

**Mariposa, flor alada,
rosa que a volar se atreve,
como un arco iris breve
te posas en la mirada.**

Ingrávida enamorada
que flamea más que vuela,
luna hechizante que riela
en el agua de los ojos,
leve surtidor de antojos
que el corazón nos desvela.

**Mariposa, flor alada,
rosa que a volar se atreve,
como un arco iris breve
te posas en la mirada.**

Gema que fue burilada
en el taller de la magia,
audaz fuga que presagia
el fin de la primavera,
despedida zalamera
que nos llena de nostalgia.

Mariposa, flor alada,
rosa que a volar se atreve,
como un arco iris breve
te posa en la mirada.
Trémula luz apoyada
en la frágil palmatoria

de un lirio, pequeña historia
del niño que no te atrapa,
evocación que se escapa
del arcón de la memoria.

Mariposa, flor alada,
rosa que a volar se atreve,
como un arco iris breve
te posas en la mirada.
Traviesa musa intocada
que se ve sólo un instante,
abanico palpitante
sobre las olas del charco,
velas mínimas de un barco
hacia un ensueño distante.

Ahora si estoy satisfecho. Hasta aquí llega lo que puedo hacer. Y ya se sabe:
uno no escribe como quisiera, sino como puede. Esto puedo. Ojalá les guste.

Encaramado sobre junio. Alcibíades, el enfermero, está preocupado. Los comicios revocatorios del Presidente Hugo Chávez, en Venezuela lo tienen sobre ascuas. Para agosto está prevista su partida hacia esa “tierra necesitada”. Irá a prestar su “ayuda solidaria al hermano país”. No quiere que se fastidie acto tan altruista. De joderse se quedaría sin los cincuenta dólares de estipendio mensual, sin la posibilidad de traer una caseterita de video, un televisorcito de colores, alguna “pacotilla p’ a la jeba y los chamacos, ¿tu me entiendes?”. Ya sabe la noticia de que me otorgaron el premio internacional de Libertad de Expresión que concede el Comité de Protección al Periodista. La noticia se ha regado por todo el ámbito carcelario. No hay un cabrón día que alguien no me hable de eso. Me pregunta si es verdad lo de los cien mil dólares de dotación del premio. Me cago de la risa. Pero lo dejo con la duda. Parece que la Seguridad quiere hacerme aparecer como un gran adinerado por mi trabajo como “mercenario”. ¡Si supieran que soy más pobre que Yenima, que Yolanda pasa las de Caín para traerme las cuatro golosinas que ellos, por su falta de referencias, creen fastuosidades!

Llevo casi un mes respatingado sobre la cama 48 de la sala de penados. Estoy gordito, rosado, despercudido. Se me han borrado las manchas que me dejó en la piel una escociente, escrofulosa, eficiente escabiosis contraída a mí llegada de Aguadores a la cárcel de Boniato. La pude atajar a tiempo porque la Dra. Juliet me consiguió un frasco de benzoato de bencilo y después Yolanda me envió una buena cantidad de lindano. Me ha crecido algo el pelo. No me doy miedo como cuando me asomaba al espejo y me veía la carabela repelada. Las oquedades de las mejillas son menores. Luzco como para exposición. Las noticias que llegan son alentadoras. Han sido liberados cinco de los encarcelados en la primavera negra: Julio Valdés Guevara, Carmelo Díaz Fernández, Roberto de Miranda Hernández, Miguel Valdés Tamayo y Orlando Fundora Álvarez, todos enfermos. Me pregunto si estaré yo también en la nómina de los “enfermitos” y me estarán chapisteando un poco antes de presentarme en público. Sería espectacular. Pero no me hago ilusiones. Hay todavía en las cárceles mucha gente más desconflutada que yo.

¿Quién será ese que traen en una camilla, tapado hasta el cuello con una manta verde? Seguro viene del quirófano. ¿Un tasajeado en una bronca? ¿Un auto agresor que se cortó el cuello? ¿Un desgüasado por los perros de presa, como El Pinto? ¿Un molido a tonfazos por los guardianes? Trae el cráneo rapado. Un costurón le circunda media cabeza. Parece joven. Es negro. ¡Coño! Es Yan. Lo traslada Prior, uno de los guardianes de las celdas de castigo de la cárcel de Aguadores. Me acerco a la camilla cuando lo introducen en el cubículo. Me mira con los ojos extraviados. Quiere hablarme. Me ha reconocido. Le brota una especie de gorgoteo tartamudo y pedregoso. No logra articular totalmente. Su boca torcida en un rictus de sonrisa sardónica muestra sus dientes que contrastan de blanco con su piel oscura.

“Aa-aa-aa-ppaa nu-nu-eel”, es lo que le entiendo. Le tomo una mano, se la palmeo. La otra mano le pende. No le responde. Parece muerta. Me doy cuenta de su hemiplejía. Observo su cicatriz. Tiene que haber sido un golpe brutal. Alzo hacia Prior la mirada interrogante.

“Un disparo”, me dice Prior.

“¿Cómo?”

“Desde una garita”, me responde. “Ofendió a uno de los reclutas que estaba de guardia. El muchacho perdió los estribos y le disparó”.

Imaginé a Yan en una de sus vueltas a los destacamentos, después de haber purgado una culpa anterior en las celdas de castigo, y casi lo vi discutir como un gorila rabioso con el primero que se le pusiera por delante. Recordé la de veces que hablé con los oficiales para que le brindaran atención psiquiátrica, y la de veces que me respondieron que era un malcriado, un incorregible. Allí, frente a mí, estaba el resultado: Yan, hemipléjico, quizás para el resto de su vida, y un joven recluta del Servicio Militar, arrestado, esperado por una corte militar que, tal vez, lo condenará a sufrir los mismos rigores que Yan.

El 23 de junio por poco me da un infarto de verdad. Había acabado de regresar del baño cuando llegó Ramiro con una profusa comitiva de acompañantes.

“Recoge tus cosas que vas de traslado”, me dijo sonriente.

“¿Para dónde?”, indagué.

“Para La Habana”, me contestó.

“Tengo que afeitarme”.

“Más tarde. Recoge”

Otra vez a depositar tarecos dentro de mis sacos de nylon blanco. Ramiro comete una indiscreción que me pone sobre aviso. ¿O no es una indiscreción sino una pista para que yo empiece a imaginar otras cosas y no me tome por sorpresa lo que sucederá más tarde?

“Esto no te hará falta”, dice y toma mi balde plástico y se lo regala a uno de los enfermos. Reacciono inmediatamente.

“De que regales tú lo mío, lo regalo yo”, digo también sonriente y comienzo a regalar prendas entre los presos ingresados. Las chancletas a uno, la toalla a otro, el pomo de aceite al de más allá, un jabón de tocador al de la izquierda, las tarjetas magnéticas para teléfonos al de la derecha, unas zapatillas chinas de tela negra y algunos alimentos a Yan. Mientras reparto pienso velozmente. Si Ramiro me sugirió lo innecesarias que pueden resultarme las cosas en mi próximo destino es sólo por dos razones: o me van a montar en un avión con rumbo a casa del carajo desde el mismo aeropuerto de Santiago de Cuba o me van a otorgar la misma licencia extrapenal que han concedido ya a cinco de mis compañeros. Guardo mis escasas prendas de vestir, mis libros, mis papeles. Entra un teniente coronel y la jefa de recursos médicos que ya había conocido en Boniato. Me pide que salga del cubículo. Hay otro médico esperando. Me mide la presión. Está alta. Me entrega una píldora. La tomo. Ramiro sale del cubículo con mis bultos. Hora de irse. Me despido de los enfermos con que había compartido mi tiempo de ingreso. Me despido de los guardianes de la sala. Me despido de las enfermeras. Ramiro va delante, marcando el camino, con uno de mis bultos, yo llevo el otro. A la puerta del Hospital me espera un microbús recién estrenado. La doctora jefa de recursos médicos se despide de mí en la puertecilla del microbús. Partimos. Ramiro a mi lado. El teniente coronel revisando unos papeles. El médico, Sergio del Valle, he leído en el monograma inscripto en el bolsillo su bata impoluta, hurga en su portafolios. De los dos choferes, al que va al timón, le falta una oreja.

El paisaje es árido. Pequeños breñales adornan los bordes de la tortuosa carretera. Las montañas lejanas como envueltas por un cendal de humo insinúan un verdor de olivo. Vamos rumbo a Santiago de Cuba. A través de las ventanillas veo correr el mundo. La premura de la partida no me permitió desayunar pero no siento hambre. Mi estado de excitación no me deja pensar en el estómago. Entramos al barrio de Vista Alegre. El microbús aparca frente a una casa hermosísima. Me mandan descender. Penetramos en la mansión. Es una casona de estilo ecléctico como la mayoría de las residencias fabricadas por la burguesía cubana entre los años 30 y 50. Pésimamente amueblada, decorada con el más torpe de los gustos. Es la sede del grupo de enfrentamiento a la contrarrevolución que dirige el Capitán Ramiro Tamayo Gómez. Ya estoy en su oficina. Al frente otra habitación de la mansión, convertida en oficina, deja ver, a través de una alta pared de cristales, al capitán Reyes frente a una computadora, Arrate y otro lo acompañan. Reyes viene, risueño, a saludarme. Se acerca Arrate dudando de mi reacción, esta vez le permito saludarme.

Ramiro me presta una maquinilla desechable de afeitarse y me indica el baño. ¡Estupendo! ¡Hay agua! Un enorme espejo devuelve el reflejo de mi cuerpo completo. Me veo sumamente ridículo. Un short playero, un pull over barato, mis viejos zapatos de la campaña penitenciaria. Me rasuro parsimoniosamente. Vuelve Ramiro. Arrate me brinda un mango como muestra de desagravio a todos nuestros encontronazos. Partimos de la mansión ecléctica.

Santiago de Cuba se abre frente a mí con todo su resplandor de ciudad caribeña. Reconozco viejos lugares por donde alguna vez anduve. La gente hormiguea en las calles. Hay kioscos para ventas de viandas, mujeres que ofrecen flores, carretones tirados por caballos que se atraviesan al tránsito. Arribamos al hospital Saturnino Lora. Avituallan el microbús con medicinas y un balón de oxígeno. El viaje será largo. Pregunto por qué no lo hacemos en avión. El Dr. Sergio del Valle, junior, ya sé que es hijo del ex ministro de salud pública de Cuba, me explica que la comisión médica decidió que fuera

por carretera. Entiendo. La bula, mi pulmón puede reventar como un globo. Ni que los aviones no estuvieran presurizados.

De nuevo la carretera. Son cerca de las once de la mañana. El trayecto entre Santiago y Contramestre es una montaña rusa. Sigue al volante el chofer desorejado. Tengo náuseas. Ver al mundo de nuevo girando me marea. El teniente coronel, que me ha dicho llamarse Rolando también, como Ramiro la primera vez que hablamos, me pregunta cómo me siento. Le respondo que bien. Vuelve a preguntarme. Quiere cerciorarse, estar seguro. Vuelvo ha responderle que bien, y entonces:

“Estás de libertad, vas para tu casa”, me dijo.

“¡No jodas!, exclamé. “Te lo creo cuando lleguemos”. Ramiro apoyó la afirmación de su jefe, el médico me miró con ojos de reafirmación. Quise creerlo pero no dejé de pensar que se trataba de una broma de mal gusto.

Quedamos en silencio después de la noticia. El microbús era un carro de montaña rusa. Las náuseas me volvieron con más fuerzas. El mareo se acrecentó. El vómito era inminente. Pedí detuvieran el microbús. Bajé presurosamente. Vomité diez veces el mango que me brindara Arrate. Entre las medicinas servidas por el hospital Saturnino Lora no había gravinol. Tuvimos que llegar a Contramestre para que me inyectaran. Seguimos camino. Me recosté a lo largo de dos asientos. Traté de dormir. No lo conseguí.

¿Qué será de mis hermanos encarcelados? ¿Estarán también montados en un ómnibus rumbo a sus casas? ¿Habría podido la comunidad internacional conseguir la libertad de todos? ¿Habría el Gran Burundú rectificado su error? Pensaba mientras el paisaje se deslizaba a mi lado. Pasaban ciudades, pueblos, pequeños caseríos. Pasaban grandes extensiones de tierra plagadas por el marabú, pasaban guajiros a caballo, pasaba el tiempo y la carretera parecía no acabarse.

En una casa de visita del Ministerio del Interior, en Ciego de Ávila, al filo de las cuatro de la tarde, almorzamos. Yo solamente una sopa. Tenía el estómago revuelto.

“Eso es brujería que te hizo Arrate con el mango, suerte que lo vomitaste”, bromeó Ramiro. Todos reímos.

Salí al portal de la casa después de tomar café. No quería fumar en el interior. Conversé con los choferes. Mientras el desorejado limpiaba el parabrisas

el otro me contó el accidente, en la guerra de Angola, donde su compañero había resultado herido. Miré con avidez la sabana avileña. Estábamos en una zona suburbana. Tras los feos edificios de nueva construcción se eleva el barrio Nuevo Ortiz, donde viven mi hija Tairelsy y mi nieto Samuel. ¿Qué estarían haciendo a esta hora que yo volvía a pasar, otra vez, sin besos ni regalos para ellos?

Continuamos viaje. En Sancti Spíritus hicimos una parada para ponerle combustible al microbús. Nos bajamos. El teniente coronel me brindó prú oriental, una bebida ambarina que se obtiene a partir de la fermentación de algunas hierbas, semillas y raíces, y que traían embotellado en envases de cerveza. Primero no acepté pensando que se trataba de un truco de la Seguridad para filmarme tomando, aparentemente, cervezas con ellos. Luego acepté una porción en un vaso plástico con el logotipo de la cerveza Cristal. Y no bien empine el primer sorbo, no pude evitar la joda:

“¿Se imaginan, que nos estén filmado y luego pongan por Tele Martí la imagen de unos oficiales de la Contrainteligencia cubana tomando cervezas con un preso en plena calle?”, dije y comencé a reír. El chascarrillo no les gustó mucho. Pero para si era un truco, ahí tenían mi respuesta.

En la autopista nacional –medio nacional, no han logrado terminarla todavía- nos sorprendió un aguacero torrencial. Anduvimos largo tiempo bajo la lluvia. Cayó la noche. Mojada. Fría. El aire acondicionado dentro del microbús comenzó a castigar mis piernas descubiertas. El short apenas me llegaba a las rodillas. El pull over era muy poco abrigo. Se me puso la carne de gallina. Entramos a La Habana. ¡Coño, La Habana! Un año, tres meses y cuatro días sin verla. Los choferes no sabían como llegar al destino. Los oficiales tampoco. Me consultaron. Me enteré entonces que iríamos para Marianao. No podían ocultármelo si querían que los guiara. Sospeché que la broma de mal gusto del teniente coronel había llegado a su fin. Los encaminé por la ruta del Hospital Militar. ¡Eso era!, creí, me trasladaban del hospital Ambrosio Grillo de Santiago de Cuba, para el Carlos J Finlay en La Habana. Cuando ya iba a cagarme en la madre de todo el mundo, torcimos por una calle paralela y nos detuvimos frente una casa, el teniente coronel descendió, tocó a la puerta, entró. Luego ordenaron a los choferes que entraran a un parqueo por la parte posterior de la casa. Allí me esperaban Aramís y otros oficiales que no conocía. Aramís

no perdió la oportunidad para sermonearme, amenazarme y sugerirme que lo mejor que haría yo, sería largarme del país. Yo no perdí la oportunidad de hacer mi última broma: le pregunté a un coronel que vino a saludarme, cuándo le impondrían la medalla XX aniversario del MININT al dálmata que había sacado de combate a Yolanda.

A las once de la noche arribamos a Alamar. Subí a mi casa. Abracé a Yolanda que temblaba en su silla de ruedas. Gabriel se prendió de mi cuello con los ojos preñados de humedad y júbilo. Manolo me estrechó en silencio contra su pecho.

¿FIN?

La Habana, abril de 2005

***Campaña del Comité para la Protección de los Periodistas
(CPJ, por sus siglas en inglés) por la libertad
de Manuel Vázquez Portal.***

En mayo del 2003, el periodista cubano preso Manuel Vázquez Portal logró sacar clandestinamente de la cárcel una copia de su diario de prisión. Los fragmentos de su diario aparecieron en varias publicaciones del extranjero. Esto es lo que el periodista tuvo que decir acerca de la publicación de su diario de prisión:

«He pensado en las represalias cuando se publiquen estas páginas. Estoy preparado. Si por el simple hecho de oficiar el periodismo me condenaron a 18 años de privación de libertad, ya nada puede ser más injusto y desmesurado».

Vázquez Portal es uno de los 29 periodistas —cerca de la tercera parte de la prensa independiente de la isla— que junto a 46 opositores fueron arrestados, sometidos a juicios sumarios y condenados en un período de tres semanas en marzo y abril del 2003, mientras la atención del mundo se concentraba en la guerra de Iraq. Los periodistas, muchos de los cuales fueron acusados de «contrarrevolucionarios» al servicio de Estados Unidos, recibieron entre 14 y 27 años de privación de libertad.

En noviembre del 2003 y como reconocimiento a la labor de todos los periodistas independientes cubanos que tratan de informar en un clima de severa represión gubernamental, el Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ) le otorgó a Vázquez Portal uno de sus Premios Internacionales a la Libertad de Prensa.

Escritor y poeta, Vázquez Portal nació en 1951 en la ciudad de Morón, provincia de Ciego de Ávila. Trabajó de profesor de escuela secundaria, de asesor literario del Ministerio de Cultura cubano y de periodista en varios medios estatales. En 1995, comenzó a trabajar en la agencia noticiosa independiente Cuba Press y en septiembre de 1998 fue uno de los fundadores de la agencia independiente Grupo de Trabajo Decoro, a la que perteneció hasta su arresto en marzo del 2003.

La obra periodística de Vázquez Portal, en su mayoría conformada por artículos de opinión publicados en la página de Internet radicada en Miami *CubaNet.org*, comprende desde incisivas críticas al sistema político cubano hasta crónicas sobre la desilusión de muchos cubanos en medio de la crisis socioeconómica que ha atravesado Cuba en los últimos 13 años.

Durante su encierro en la cárcel, Vázquez Portal se ha unido a otros periodistas encarcelados en al menos dos huelgas de hambre, por las cuales las autoridades penales lo han castigado duramente. En una visita a la prisión el 30 de enero del 2004, Vázquez Portal contó a su esposa, Yolanda Huerga, que durante la última huelga de hambre lo habían tenido 21 días en ropa interior en una celda fría sin colchón. El periodista también relató que estaba en total aislamiento y que las autoridades penales les habían prohibido a los demás reclusos que se acercaran a él.

Los demás periodistas presos, quienes han sido ubicados en pabellones de máxima seguridad, han denunciado las malas condiciones sanitarias, la inadecuada atención médica, el aislamiento a que son sometidos y la falta de acceso a la prensa escrita y la televisión. También se han quejado de que los alimentos que reciben huelen mal o están en mal estado.

Petición por la libertad del periodista cubano Manuel Vázquez Portal

Doy mi apoyo al Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ, por sus siglas en inglés), organización independiente sin fines de lucro que se dedica a defender la libertad de prensa en todas partes del mundo, en su campaña por lograr la libertad del periodista preso Manuel Vázquez Portal, ex colaborador de Cuba Press y cofundador de la agencia noticiosa independiente Grupo de Trabajo Decoro.

Vázquez Portal trabajó de profesor de escuela secundaria, de asesor literario del Ministerio de Cultura cubano y de periodista en varios órganos de prensa estatales antes de incorporarse a las filas del periodismo independiente en 1995. En marzo del 2003, Vázquez Portal fue arrestado durante una campaña emprendida por el gobierno de la isla contra la oposición y la prensa independiente. En total, 29 periodistas fueron arrestados, condenados y sentenciados a penas privativas de libertad que oscilan entre los 14 y los 27 años. Vázquez Portal fue sentenciado a 18 años de prisión tras un juicio sumario en el cual casi no tuvo acceso a un abogado defensor.

En un diario que fue sacado clandestinamente de la prisión de Boniato, en la provincia de Santiago de Cuba, Vázquez Portal describió las inhumanas condiciones en que lo mantenían preso. El periodista ha ingerido alimentos en estado de descomposición, ha sido ubicado en celda de aislamiento con una letrina maloliente, no ha recibido atención médica adecuada, y le han negado visitas familiares. Al dar a conocer estos abusos mediante la difusión del diario, Vázquez Portal observó que estaba preparado para enfrentar las consecuencias. «Si por el simple hecho de oficiar el periodismo me condenaron a 18 años de privación de libertad, ya nada puede ser más injusto y desmesurado», escribió el periodista.

El encierro de Vázquez Portal y sus compañeros como represalia por su labor informativa independiente, viola las normas más básicas del Derecho internacional, entre ellas el Artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que garantiza a todo individuo el derecho «de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por

cualquier medio de expresión». Hago un llamado al gobierno cubano a liberar de inmediato y sin condiciones a Vázquez Portal, así como a los demás periodistas cubanos presos, y a respetar el derecho de todos los periodistas a ejercer su profesión libremente y sin temor a represalias.

Nota: esta petición se entregó al gobierno cubano el 16 de marzo del 2004.

Listado de los periodistas de América Latina que firmaron la petición del CPJ solicitando la libertad de Manuel Vázquez Portal:

Tomás Eloy Martínez (Argentina)
Héctor Timerman (Argentina)
James Neilson (Argentina)
Mario Diament (Argentina)
Daniel Santoro (Argentina)
Héctor D'amico (Argentina)
Magdalena Ruiz Guiñazú (Argentina)
Andrew Graham-Yooll (Argentina)
Fernando Ruiz (Argentina)
Joaquín Morales Solá (Argentina)
Jorge Elías (Argentina)
Gabriel Michi (Argentina)
Norma Morandini (Argentina)
Jorge Canelas Sáenz (Bolivia)
Rosental Calmon Alves (Brasil)
Alejandra Matus (Chile)
Juan Pablo Cárdenas Squella (Chile)
Claudia Lagos (Chile)
Mónica González (Chile)
Alejandro Jiménez (Chile)
Abraham Santibáñez Martínez (Chile)
Faride Zerán (Chile)
Antonio Caballero (Colombia)
Ignacio Gómez (Colombia)
Javier Darío Restrepo (Colombia)
María Teresa Ronderos (Colombia)

Marta Ruiz (Colombia)
Alfredo Molano (Colombia)
María Jimena Duzán (Colombia)
Fabio Castillo (Colombia)
Fernando Vallejo (Colombia)
Juan Gonzalo Betancour (Colombia)
Armando González (Costa Rica)
Rubén Darío Buitrón (Ecuador)
Mauricio Funes (El Salvador)
Jaime López (El Salvador)
Michéle Montas (Haití)
Laura Esquivel (Mexico)
Homero Aridjis (Mexico)
J.Jesús Blancornelas (Mexico)
Elena Poniatowska (Mexico)
Carlos Monsiváis (Mexico)
Pedro Enrique Armendares (Mexico)
Federico Reyes Heróles (Mexico)
Francisco Martín Moreno (Mexico)
Sergio Ramírez (Nicaragua)
Benjamín Fernández Bogado (Paraguay)
Ricardo Uceda (Peru)
Gustavo Gorriti (Peru)
Enrique Zileri (Peru)
Marco Zileri (Peru)
Cecilia Valenzuela (Peru)
Nelson Fernández (Uruguay)
Teodoro Petkoff (Venezuela)
Andrés Cañizález (Venezuela)
Ewan Schanferberg (Venezuela)



El Centro para la Apertura y el Desarrollo de América Latina (CADAL), con sede en Buenos Aires, Argentina, se constituyó el 26 de febrero de 2003 con el objetivo de promover en los países de la región el fortalecimiento de la democracia, el estado de derecho y las políticas públicas que contribuyan al progreso económico. CADAL integra el Network of Democracy Research Institutes y ha recibido dos premios internacionales por su labor: "2005 Templeton Freedom Award Grant for Institute Excellence" y "2005 Francisco De Vitoria Prize for Ethics and Values".

Av. Roque Sáenz Peña 628 piso 2º Of. R
(C1035AAO) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54-11) 4343-1447
Fax: (54-11) 4343-1554
e-mail: centro@cadal.org
website: www.cadal.org



Konrad
Adenauer
Stiftung



La Fundación Konrad Adenauer es una fundación política alemana fundada en el año 1964, comprometida con el movimiento demócrata cristiano y se honra con el nombre del primer Canciller Federal. Las actividades de la Fundación tanto en Alemania como en el resto del mundo se rigen por los principios que determinaron la obra de Konrad Adenauer.

En la cooperación internacional los objetivos de la Fundación Konrad Adenauer se centran en mantener la paz y la libertad en todo el mundo, fortalecer la democracia, luchar contra la pobreza y conservar el entorno de vida natural para las generaciones venideras.

Suipacha 1175, 3º piso
(C1008AAW) Ciudad de Buenos Aires
República Argentina
Tel. (0054-11) 4326-2552
Fax (0054-11) 4326-9944
e-mail: info@kas.org.ar

“**P**or el solo hecho de ejercer su derecho a expresarse libremente, Vázquez Portal recibió un castigo severísimo. El 7 de abril del 2003, el Tribunal Provincial de Ciudad de La Habana anunció que lo había condenado a 18 años de cárcel.

El 16 de marzo del 2004, en el primer aniversario de la ofensiva contra la prensa independiente, el CPJ envió una carta al Presidente cubano Fidel Castro reclamando la liberación de Vázquez Portal y los demás presos. Fue sorprendente la solidaridad de la comunidad de prensa internacional. Más de 600 periodistas de todo el continente firmaron peticiones solicitando la liberación de los periodistas cubanos, que fueron enviadas por correo a la Sección de Intereses de Cuba en Washington, D.C. Asimismo, el CPJ lanzó una sección especial en su página de Internet con el título “Libertad para Vázquez Portal”. Entre los periodistas estadounidenses que se adhirieron a la campaña se destacaron Carl Bernstein, Clarence Page, David Remnick, Ed Bradley, Anthony Lewis, Gwen Ifill y Michael Massing. Prominentes periodistas y escritores latinoamericanos también se sumaron a la campaña: Tomás Eloy Martínez, Sergio Ramírez, Elena Poniatowska, Javier Darío Restrepo, Michèle Montas y Teodoro Petkoff firmaron peticiones, entre muchos otros.

Vázquez Portal fue liberado el 23 de junio del 2004”.

Carlos Lauría
Coordinador del programa de las Americas
Comité para la protección de periodistas (CPJ)



ISBN 978-987-23446-0-3



9 789872 344603

Manuel Vázquez Portal al recibir el Premio Internacional a la Libertad de Prensa 2003 otorgado por CPJ